EDUARDO DE GUZMAN

EL AÑO DE LA VICTORIA

MEMORIAS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 1936-39

El año de la victoria es uno de los mejores libros que se han escrito sobre la inmediata posguerra civil española y sobre las terribles y sangrientas condiciones de vida, más bien de muerte, en los campos de concentración del franquismo.

El autor relata cómo, finalizada la guerra civil, es apresado en el puerto de Alicante, y los maltratos que padece en los campos de concentración de Los Almendro y Albatera, antes de ser trasladado a las cárceles de Madrid.



Eduardo de Guzmán

El año de la victoria

Memorias de la guerra civil 2

ePub r1.1
Titivillus 17.09.16

Título original: *El año de la victoria*
Eduardo de Guzmán, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I

EL CAMPO DE LOS ALMENDROS

Atrás, en los muelles, dejamos los cuerpos de cuantos no quisieron o no pudieron sobreponerse al dolor y vergüenza de la derrota. Junto a ellos, con ellos, tan muertos como ellos, quedan nuestras ilusiones de treinta y dos meses de lucha; más aún, las esperanzas acariciadas amorosamente durante toda la vida por millones de liberales, republicanos, marxistas y libertarios españoles.

Abandonamos el puerto entre una doble fila de soldados enemigos. Caminamos despacio y en silencio. No tenemos prisa por llegar a ningún sitio ni ganas de pronunciar una sola palabra. Cada, uno carga con lo poco que pudo salvar del general naufragio, con lo que hace días pretendía llevárselo para iniciar una nueva vida en tierras lejanas y extrañas: una maleta, un macuto, unos papeles o unas mantas. Muchos van con las manos tan vacías como su propio espíritu en esta hora de hundimiento moral y material. Sobre todos pesa, con mayor carga que los livianos equipajes, la abrumadora convicción de haber sido vencidos.

—Pronto envidiaremos a los muertos.

La amarga frase, escuchada momentos antes, continúa resonando en mis oídos. Empieza ya a ser realidad para mí. Envidio en este segundo a quienes, como Mariano Viñuales y Máximo Franco, se quitaron la vida de un pistoletazo como última protesta contra el fascismo triunfante. Envidio

con mayor fuerza aún a cuantos murieron luchando durante los años precedentes, con un arma en las manos, alentados por una fe inquebrantable en el triunfo próximo de las ideas regadas con su propia sangre, seguros de que su sacrificio no resultaría estéril.

—Nosotros no tendremos ni siquiera ese consuelo.

Inevitablemente recuerdo la discusión sostenida hace una hora escasa entre adversarios y defensores del suicidio. Sesenta minutos atrás estaba convencido de la razón de los primeros y de la fuerza irrefutable de unos argumentos que en gran parte coincidían con los míos. Empezando por reconocer y proclamar que no teníamos salvación posible y que los días, semanas o meses que durasen nuestras vidas habrían de ser una ininterrumpida sucesión de dolorosas torturas, afrontábamos el seguro calvario como un servicio —último y definitivo— a la causa que todos habíamos defendido con uñas y dientes.

—Yo no les ahorro crímenes —resumía su postura Manuel Amil—. Si me quieren muerto, tendrán que matarme.

Era, en apariencia al menos, un argumento de peso: un suicidio colectivo despejaría de obstáculos el camino que nuestros adversarios se disponían a recorrer, al no tener que cargar con nuestra sangre sobre su conciencia. Como lo tenía el esgrimido por Juan Ortega, que aspiraba, con su entereza en el sacrificio y dignidad para afrontar la muerte, a convertirse en lección y ejemplo para quienes —menos formados ideológicamente— sufrieran y muriesen a su lado. Aunque más claramente político, nadie podía negar valor al razonamiento de muchos —Rubiera, Antona, Zabalza, Mayoral, Molina y Acero, entre otros— de que nuestra estancia, por breve que fuese, en campos, comisarías y cárceles refutaría la propaganda adversaria de la huida en masa de cuantos desempeñaron algún cargo, dejando abandonados a los simples soldados. Incluso la opinión de los militares profesionales —Burillo, Fernández Navarro u Ortega— de que sus fusilamientos demostrarían al mundo que el fascismo violaba todas las leyes de la guerra —empezando por la famosa Convención de Ginebra— al ejecutar a sus prisioneros, revestía o podía revestir excepcional importancia.

Pero esto, todo esto en que creía firmemente, que se me antojaba evidente e incuestionable, empieza a parecérmelo menos. Yo, como todos,

hablaba hace una hora sin reservas mentales, íntima y firmemente convencido de que al intentar prolongar mi existencia un corto período de tiempo, lo hacía única y exclusivamente para continuar luchando por las mismas ideas de siempre con los escasos recursos que la derrota dejaba a nuestro alcance. Repentinamente, en el instante mismo en que traspasamos los límites del puerto, una duda lacerante se abre paso en mi ánimo. ¿No habrá sido el simple instinto de conservación, el miedo inconfesado a la completa desaparición, el ansia puramente física —animal— de seguir alentando, aunque sólo sea unos minutos más, lo que ha determinado mi postura y la de muchos que me rodean? ¿No será nuestro estoicismo el disfraz de una esperanza que se niega a morir incluso en circunstancias tan desoladoras? La sospecha de que así sea basta para sumirme en una nueva y angustiosa inquietud.

—Sería espantoso volver a caer en el infierno de la esperanza.

Es, como acaba de probarme la más reciente experiencia, la mayor de las torturas imaginables. A mi mente acude de nuevo, igual que en los días de pesadilla que vivimos en los muelles, un cuento alucinante de Villiers de l'Isle Adam, que describe los tormentos a que la Inquisición somete a una de sus víctimas. Con cuidadosa delectación, convencidos los inquisidores de que los sufrimientos físicos no son castigo suficiente para sus culpas, añaden a sus dolores materiales los morales de la esperanza. La noche que precede a su ejecución, el preso puede escapar del calabozo, aprovechando la aparente negligencia del carcelero y recorre diversos pasillos y estancias donde sus guardianes duermen plácidamente. Se considera libre y salvado cuando gana la calle, para descubrir en el postrer instante la terrible verdad. Arde ya la pira en que han de quemarle vivo y junto a las puertas de la prisión le aguardan pacientemente los verdugos que van a conducirle a ella.

—En cierto modo y manera —murmuro— es lo que nos ha sucedido a todos nosotros.

Lo es, en efecto. Hundidos los frentes entre el 26 y el 28 de marzo, pudimos salir de Madrid cuando el enemigo estaba dentro porque dejó abierto un portillo que alimentase nuestras esperanzas. Unas horas después, en Valencia ya, nos dieron seguridades verbales de rápida evacuación y nos encaminaron a Alicante quienes sabían que un barco de guerra inglés,

anclado en Gandía, garantizaba la salvación de unos cuantos y les libraba de correr nuestra suerte. Luego, en los muelles de Alicante, donde llegan a reunirse más de veinte mil personas, vivimos durante tres días interminables una dantesca peripecia. Amontonados en el puerto, sin dormir, sin comer y casi sin respirar, ateridos de frío por las noches, empapados por la lluvia a todas horas, aguardamos con la mirada fija en el mar unos barcos que no llegan. Nuestras ilusiones se desvanecen, destrozadas por una serie interminable de decepciones; pero a cada instante alguien trata de hacerlas resucitar en nuestro pecho con una mentira compasiva o burlona. Por espacio de sesenta y dos largas horas todos —Consejo Nacional de Defensa, organizaciones internacionales de evacuación, cónsules alicantinos y militares italianos que a partir de la tarde del 30 ocupan la ciudad— se esfuerzan y compiten —como los inquisidores del cuento francés— por mantener vivas nuestras últimas esperanzas.

—En Alicante hay barcos para evacuar a cuantos deseen expatriarse —dicen los «capitanes Araña» que rodean a Casado y se irán con él.

—Les doy mi palabra de honor —asegura solemne y serio el general Gambara— que no entraremos en el puerto. Podrán permanecer en los muelles todo el tiempo preciso para que lleguen los barcos necesarios para marcharse todos.

—Esta noche, apenas oscurecido, entrarán los dos primeros barcos —anuncia la Comisión de Evacuación.

—No corren ustedes el menor peligro —declaran los cónsules— porque el puerto ha sido declarado zona internacional.

—Para garantizar la libertad de navegación el gobierno francés ha mandado un crucero que anclará en los muelles a media noche y en el que podrán marcharse los que se consideren más comprometidos.

¡Palabras, palabras, palabras…! Frases tranquilizantes, seguridades verbales, garantías solemnes que alimentan las más rosadas esperanzas. Pero frente a todas las declaraciones adormecedoras, los hechos concretos y brutales: barcos que viran en redondo al llegar a la bocana del puerto o se mantienen al pairo a media milla de los muelles; lento discurrir del tiempo mientras el hambre se adueña de todos y los nervios de muchos saltan, incapaces de soportar la tensión a que se les somete; casos de locura y

epidemia de suicidios; hombres desesperados que se tiran al agua o se levantan la tapa de los sesos y mujeres desoladas que lloran sin lágrimas y se retuercen las manos en expresión de suprema impotencia. Y, al final —ya en la tarde del 31 de marzo—, cuando se ha logrado convencer a las gentes para que entreguen sus armas como condición *sine qua non* para que los buques franceses entren en el puerto, la aparición del *Vulcano* con la bandera bicolor desplegada al viento, ametralladoras y cañones apuntando a los muelles y el desembarco de los soldados que van a poner final inmediato y dramático a nuestra estancia en el puerto; a escribir el RIP definitivo sobre la tumba abierta de la Segunda República española.

La entrada del buque de guerra nacional; la conminación para una entrega inmediata de quienes, apelotonados en los muelles, no tenemos posibilidad alguna de resistencia; las ráfagas que silban sobre nuestras cabezas y abren algunos claros en nuestras filas, significan el angustioso despertar de una pesadilla dantesca. Es, dicho sea en pocas palabras, la muerte de la esperanza para todos nosotros. Pero, sorprendido y desconcertado, advierto entonces un fenómeno inesperado: que la pérdida de la esperanza, el adiós a toda clase de ilusiones personales, la certidumbre de un final próximo y trágico, no aumenta las inquietudes, zozobras y angustias de los días precedentes. Su efecto es diametralmente opuesto. Repentinamente experimento una asombrosa placidez interior, un extraño sosiego que ofrece el más duro contraste con la tormentosa agitación padecida desde que muchas horas atrás quedásemos recluidos en el puerto.

No se trata únicamente de una reacción personal. Lo compruebo muchas veces en el curso de la noche —nuestra última noche de hombres libres— que luego pasamos en el puerto, advirtiendo la serenidad y cordura de cuantos sabemos que apenas amanezca empezará para todos la más oscura de las noches. Podemos hablar y discutir, con alteza de miras y absoluto desinterés, sobre las causas de nuestra derrota común y las inevitables consecuencias que nos traerá aparejadas. Es posible que podamos hacerlo, dialogar con tanta calma de un final que tenemos a la vista, porque la tranquilidad que nos conforta al saberlo todo definitivamente perdido, sea un anticipo de la propia muerte. Tal vez porque todos —una mayoría sin haber oído hablar siquiera de su autor— comprendemos la razón de un

hombre que hace dos mil años pasó por trances parecidos a los nuestros, y acabó como seguramente terminaremos nosotros, cuando momentos antes de morir dijo a quienes le rodeaban: «Dejaréis de temer cuando dejéis de esperar, porque el temor y la esperanza, que parecen irreconciliables, están en realidad perfectamente unidos». Matar la esperanza es matar el temor; ayer, cuando todavía esperábamos, podíamos temer las asechanzas del futuro, y la lucha entre la ilusión de salvarnos y el miedo a perecer trocarse en las más insoportables de las agonías, ya que hay circunstancias —las que ahora estamos experimentando los antifascistas españoles— en que la esperanza, lejos de sostener la vida, contribuye a su destrucción.

* * *

Recelo y temo en este momento volver a caer en el tormento de la esperanza impulsado por un elemental instinto de conservación. Procuro rechazar la idea de que, hábilmente disfrazada, pueda renacer en el fondo de mi ánimo. Para lograrlo concentro mi atención en la cambiante escena que se ofrece a la vista cuando al salir del muelle iniciamos la marcha por la carretera de Valencia. Ante nosotros —un grupo de doscientas personas que prácticamente cerramos la comitiva—, se extiende una larga columna formada por cuantos pasamos la noche última en el puerto.

Avanzamos concentrados y silenciosos por el ancho pasillo que forman las filas vigilantes de los soldados que, fusil en mano, nos guardan a uno y otro lado. De vez en cuando la dolorosa procesión se detiene. Allá delante, sin que nuestra vista alcance a verlo porque quienes nos preceden ocultan la escena con sus cuerpos, están siendo cacheados uno por uno cuantos salimos de los muelles. Lejanas, confusas, ininteligibles nos llegan algunas palabras de conminación u orden. De vez en cuando suena un disparo y nuestros oídos recogen gritos de agonía o lamentos de dolor.

—Nos matarán a todos —murmura alguien a mi lado, apretados los puños con rabia.

Ha dejado la maleta en el suelo y varios le imitan. En la breve detención la atmósfera parece cargarse de electricidad. Con ojos relampagueantes algunos miran a los soldados que nos custodian; otros vacilan, pensando si no será preferible terminar de una vez. Quienes nos guardan parecen

adivinar sus pensamientos y nos encañonan prestos a aplastar en el acto cualquier intento de resistencia. Un sargento grita:

—¡Adelante…! ¡El que se detenga…!

La cola de la columna reanuda su marcha. Es una mañana de cielo limpio y claro sol en violento contraste con los días nublados y las noches lluviosas pasadas en los muelles. Pasamos ante la playa de Postiguet, que muestra los viejos balnearios de madera destrozados por los cañonazos y las bombas. En cambio, aparece intacta una casamata de cemento que debiera defender la bahía y de la que desaparecieron —sería difícil saber cuándo— las armas antiaéreas, caso que estuvieran emplazadas allí alguna vez y no fuera un simple refugio contra los frecuentes bombardeos del puerto.

A lo lejos, cerrando la breve playa, grandes masas rocosas semejantes a monstruosos animales antediluvianos, hunden sus cuerpos en el agua intensamente azul del Mediterráneo. En ellos, como una mancha negruzca, la boca del túnel del ferrocarrilito costero parece la entrada de una ratonera por la que el tren se hunde en las entrañas de Serragrosa para emerger unos kilómetros más allá a la luminosidad riente de San Juan y Villajoyosa.

A la izquierda quedan las abruptas pendientes del monte en cuya cima alza sus murallas el castillo de Santa Bárbara. Las casas, que bordean la carretera y se pegan materialmente a las rocas, dan una sensación de completo abandono; probablemente hace meses que no queda nadie en ellas porque los impactos recibidos durante los bombardeos, y cuyas cicatrices nos muestran, las hicieron prácticamente inhabitables.

—¡Ahí vienen los rusos…! —grita una voz.

—¡Los rusos, los rusos…! —le hacen eco, alborozadas, otras varias.

Me sorprenden las palabras y, saliendo de mi momentánea abstracción, miro hacia el punto donde suenan las voces. Distingo a un grupo de paisanos que conversan con algunos soldados en el sitio preciso en que la carretera, torciendo hacia la izquierda, se desvía hacia el interior bordeando las faldas del monte. Algunos llevan camisa azul; otros, un simple brazalete con los colores rojo y gualda. Un momento pienso que pueden ser los que hace días estaban recluidos en el Reformatorio de Alicante; luego, viendo una camioneta parada en la cuneta, que pueden ser vecinos de cualquier pueblo cercano que han venido a ver a los prisioneros del puerto. Pero más

que ellos, me interesan los rusos, y como parecen mirar hacia un punto situado a mi espalda, vuelvo maquinalmente la cabeza. Tras de nosotros vienen quince o veinte filas más de los que acaban de abandonar los muelles.

—¿Dónde diablos ven a los rusos?

—Los rusos somos nosotros —masculla malhumorado David Antona, que camina a mi lado.

Comprendo y me encojo de hombros. Entre el millar largo de personas que pasamos la última noche en los muelles, es posible que hubiese veinte o treinta no nacidas en España, pero con toda seguridad ni un solo ruso. ¿Vale la pena decírselo?

—No nos creerían en el caso improbable que nos dejasen hablar.

Cuando pasamos por delante del grupo, basta ver sus gestos para comprender que no están nada seguros de que seamos los técnicos, militares y dirigentes soviéticos que, según la propaganda enemiga, inundan lo que hasta hace unas horas tan sólo fue zona republicana. Si unos nos miran dubitativos, otros se rascan la cabeza con aire de sorprendido desconcierto. Es de suponer que no tardarán en darse cuenta de que aquí no éramos precisamente moscovitas los que estábamos luchando. Aunque siempre hay gente dispuesta a comulgar con ruedas de molino, capaces de creerse cuanto le digan antes de molestarse en pensar por cuenta propia.

—¡Fuera, fuera…! Mujeres y chicos no pueden pasar de aquí…

La columna se detiene de nuevo. Un grupo de soldados se cruza en el camino quince o veinte metros por delante de nosotros. Lo hacen en tono descompuesto y airado bajo la mirada complaciente y las aprobaciones verbales de unos cuantos paisanos que contemplan, divertidos, la escena. La separación de los familiares se hace con innecesaria violencia. Las tres mujeres y los dos chicos son empujados hacia una de las cunetas. Los críos lloran asustados y una de las mujeres pregunta angustiada a un paisano vestido con un chaquetón de cuero junto al cual ha sido lanzada:

—Por favor, señor, ¿dónde llevan a mi marido?

—¡Mejor que no lo sepas! —contesta, burlón, el interpelado—. Para lo que va a durar…

—Pero —se desespera la mujer, resistiéndose a admitir lo que el otro ha dado a entender—, ¿es que van a matarles?

—¡Ningún rojo merece nada mejor que la horca!

—¡No es un criminal; les juro que no lo es! Ha sido siempre un trabajador honrado que…

—¡Calla, Marga! —la interrumpe colérico el marido, silencioso hasta este momento—. No quiero que llores ni pidas nada.

—¿Todavía con humos, cabrón? Voy a enseñarte que…

El tipo del chaquetón se abalanza sobre el prisionero. Tratando de impedir el choque entre ambos, la mujer le agarra del brazo. El paisano responde con un violento empellón que lanza a la mujer por tierra. Sin pararse a mirarla, llega junto al preso, al que abofetea. El otro contesta con un puñetazo en plena mandíbula que le hace retroceder unos pasos tambaleante. No llega a caer, sin embargo. Del bolsillo del chaquetón saca una pistola pequeña que dispara con rapidez. Herido en la cabeza y el pecho, su adversario se detiene en seco, mirando con ojos desmesuradamente abiertos, pero posiblemente sin ver ya nada; un segundo después se desploma verticalmente.

—¡Canalla…! ¡Cobarde…! ¡Asesino…!

Cincuenta voces distintas increpan al que acaba de disparar. Muchos, tirando al suelo maletas y mochilas, se enfrentan rabiosos con el individuo, que retrocede asustado, pero sin dejar de empuñar la pistola. Se produce un terrible alboroto. Hay muchos dispuestos a castigar sin tardanza al agresor. Los compañeros de éste se agrupan a su alrededor requiriendo las armas. La tensión aumenta cada décima de segundo. Hay un momento en que pienso que el preso que se desangra a veinte pasos de nosotros no será el único en morir aquí. Es probable que los demás piensen como yo; incluso que por sus mentes crucen ideas parecidas a las mías. ¿No sería preferible terminar de una vez? ¿Merecerá la pena seguir adelante?

—¡Quietos, quietos todos…! El primero que se mueva puede darse por muerto…

Metralleta al brazo, un teniente que ha presenciado de lejos la escena se acerca a la carrera, gritando sus órdenes. Los soldados se echan los fusiles a la cara, apuntándonos. Mirando hacia los lados, atrás, al montículo de

enfrente, descubro fusiles y pistolas que nos encañonan por todas partes. ¿Van a apretar los gatillos? El viejo Juan Ortega, con su pelo blanco, yergue su figura quijotesca encarándose con el oficial, al tiempo que muestra con gesto expresivo sus manos vacías:

—¡Cuidado, teniente! Somos prisioneros, estamos desarmados y…

—¡Silencio! Al primero que alce la voz le vuelo la sesera…

Se abre una breve pausa preñada de amenazas. Arrojándose sobre su marido muerto, una de las mujeres le abraza desesperada, estremecido su cuerpo por los sollozos. Ante la mirada del teniente, el individuo de chaquetón trata de justificarse:

—Tuve que defenderme… Me pegó y si no disparo rápido…

La mirada del teniente se endurece. Despectivo, contesta:

—No tenía armas y tú lo sabías.

—Pero era un rojo y a esos…

—¡Basta ya! A los rojos debiste combatirlos en los frentes si tenías valor; no matarles cuando están prisioneros.

De la columna de presos se alzan murmullos aprobatorios. El teniente reacciona rápido, receloso quizá de que el tipo del chaquetón o alguno de sus acompañantes crea que se pone de nuestro lado. Grita enérgico:

—¡En marcha todo el mundo y ay del que lo dude un segundo…!

Bajo la amenaza de pistolas y fusiles, empujados por los que vienen detrás, a los que a su vez empujan a culatazos los guardianes que caminan a retaguardia de la columna, recogemos los menguados equipajes para reanudar la marcha. Un sargento pregunta al teniente:

—¿Y las mujeres?

—Llevadlas junto a las otras.

Unos soldados arrastran el cadáver hacia una de las cunetas, donde sigue llorando y retorciéndose las manos con aire desesperado su pobre mujer. Un cabo trata de meternos prisa:

—¡Andando de una vez!

—¿Y ese?

El cabo mira de refilón al sujeto del chaquetón que, rodeado de sus amigos, se ha retirado unos pasos de la carretera. Encogiéndose de hombros, murmura:

—Eso no es cuenta tuya ni mía.

Luego, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, escupe:

—¡Es un hijo de puta cobarde!

* * *

Reanudamos la marcha y pronto el grupo desolado de mujeres y chicos queda a nuestra espalda. No sé quién pueda ser el muerto ni quiénes iban con él que caminan unas filas delante de nosotros. Es probable que alguna vez me haya dado de cara con ellos durante los días pasados en el puerto, pero no los recuerdo. No necesito preguntar nada, sin embargo, para saber quién era. A Henche, que camina algo más adelante, le informa uno de los suyos:

—Pertenecía a la UGT. Estaba en el ayuntamiento de un pueblo de Albacete.

Asciende la carretera alejándose de la playa, pasando por un estrecho boquete abierto entre el monte de Santa Bárbara y las moles rocosas que forman la costa entre Alicante y la Albufereta. En las alturas, a uno y otro lado, vemos soldados que, fusil en mano, vigilan nuestro paso.

—¿Dónde nos llevan?

—Creo que cerca; un par de kilómetros escasos más allá.

Coronada la pequeña pendiente, la carretera desciende ahora torciendo a la derecha para alejarse de Santa Bárbara, que queda a nuestra espalda. Damos vista a una especie de valle largo y ancho. Aunque he pasado por él varias veces —la última en la mañana del 29 de marzo—, nunca le he prestado la menor atención.

Calculo ahora que debe tener entre tres y cuatro kilómetros de largo y un par de ellos de anchura. La carretera de Valencia, que lo cruza por el centro, lo divide en dos mitades desiguales. Lo limitan de un lado alturas rocosas que lo separan detrás del mar; de otro, unas colinas bajas, de suaves pendientes y abundante vegetación arbórea. Por detrás del Monte de Santa Bárbara asoman algunas casas de la parte más alta de Alicante, hacia la que conduce, a quinientos metros de donde nos encontramos, una bifurcación de la carretera.

—¡Ahí están…!

Todavía nos separa cerca de un kilómetro del extremo más próximo del improvisado campo de concentración a que nos conducen, pero caben pocas dudas al respecto. A la derecha del camino que llevamos, una masa integrada por varios millares de personas parece ocupar por entero el espacio que separa la carretera de los montes rocosos. Fijándonos, vemos en lo alto de los montes grupos de soldados con ametralladoras emplazadas. Otros soldados, más numerosos aún, vigilan la carretera.

La cabeza de la columna integrada por cuantos salimos del puerto esta mañana llega, no sin frecuentes altos, hasta la bifurcación que conduce a la parte alta de la ciudad sin pasar por las cercanías de los muelles. Allá debe terminar nuestra marcha, por cuanto los que llegan allí se desparraman por el lugar elegido no sé por quién para concentrarnos. Más allá, la carretera parece atascada por coches, camiones y autocares y grupos nutridos que charlan con los soldados. ¿Prisioneros también? Seguramente, no. El hecho de encontrarse al otro lado de la fila de vigilantes, de moverse con absoluta libertad y, más aún, el que algunos vayan provistos de fusiles o rifles, indica que deben ser elementos nacionales que se dirigen a Alicante o Murcia y que han sido detenidos hasta que pasemos nosotros.

—¡Aquellos grupos son mujeres…!

De lejos hemos podido dudarlo, porque con ellas van algunos soldados; al acercarnos un poco se disipa cualquier posible duda. Forman una pequeña columna de doscientas o trescientas mujeres y medio centenar de chicos que se alejan del campo de concentración, dirigiéndose hacia Alicante, escoltadas y custodiadas por unas docenas de hombres armados que marchan a sus costados o detrás, cuidando que no se escape ninguna.

—Tienen que ser las que anoche no descubrieron en medio de la oscuridad entre los salidos de los muelles.

A doscientos metros una nueva parada. Están cacheando a las filas que nos preceden y pronto harán lo mismo con nosotros.

—El que tenga algún arma, que la tire. ¡Si se la encuentran encima, lo liquidan!

El aviso salta de fila en fila hasta llegar a la retaguardia de la columna de prisioneros. Casi todos nos encogemos de hombros. Antes de salir del puerto los que aún guardaban alguna pistola, tuvieron buen cuidado de

tirarla al mar, no sin desarmarla y machacarla primero. Varios, sin embargo, dejan caer algo con disimulo.

—¡Arriba los brazos y no te muevas!

El cacheo es rápido y un poco formulario. Pienso que hubiera sido relativamente fácil pasar un arma sin que la descubrieran. Pero ¿hubiese servido de algo? Como si adivinase mis pensamientos, el individuo que me cacheó advierte:

—¡Peor para ti si llevas algo, porque entonces la *espichas*!

—Y si no lo llevo también.

Acabo de descubrir, pegados a la cerca de unas huertas, a la izquierda de la carretera, unos cuantos cadáveres medio tapados con unas ramas; seguramente los han llevado allí para enterrarlos y no debe hacer mucho que están muertos.

—Los fusilamos hace dos horas, cuando quisieron fugarse —explica displicente el que nos cachea.

Es posible que sea verdad; también que hayan muerto de mala manera sin pretender huir.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta señalando la maleta.

—Ropa que no te sirve —replico— porque te quedaría corta.

—Tampoco creo que te sirva a ti, salvo de mortaja —responde agresivo y destemplado.

Me encojo de hombros mientras me agacho para abrir la maleta y mostrarle su contenido. Alarga la mano para revolverla y hace un gesto de desencanto. No llevo nada que pueda excitar su codicia.

—¿Y el reloj?

—Demasiado malo; nadie te daría diez duros por él. Pero si te interesa el dinero…

Se le iluminan un instante los ojos. Aunque no lo diga, piensa sin duda que puede valer mucho más que el modesto reloj de metal que llevo en la muñeca. Con gesto inocente saco de la cartera los cinco billetes de cien pesetas que constituyen todo mi capital y se los tiendo.

—¿Los quieres?

—Guárdatelos para limpiarte el culo —replica rabioso tirándolos al suelo de un violento manotazo.

Me agacho a recogerlos, no porque crea que tienen ningún valor, sino porque no vea la risita burlona que su decepción hace aparecer en mis labios. Los dos sabemos de sobra que a estos billetes, de una de las últimas emisiones de la zona republicana, se les niega toda validez en la nacional. Mientras cierro la maleta, me chilla:

—¡Pasa de una vez o te haré pasar a patadas…!

Los que caminaban junto a mí han adelantado unos pasos y voy a reunirme con ellos.

—¿Qué te pasaba con ese?

—Nada —respondo—. Quiso ver los billetes que llevaba y parece que no le han gustado.

Marchando por la carretera llegamos a un extremo del espacio acotado para campo de concentración. Desde el interior del mismo, separados de nosotros por una treintena de metros y una fila de vigilantes armados, algunos de los que salieron del puerto la noche anterior nos reconocen y agitan los brazos en señal de saludo. Contestamos en la misma forma y uno de nuestros guardianes se indigna:

—¡Al que haga una señal le pateo las tripas…!

Reímos para nuestros adentros. Nada peligroso o secreto tenemos que comunicar a los que se hallan dentro del campo y que anoche mismo estaban con nosotros en el puerto. En cualquier caso, podremos hacerlo con absoluta tranquilidad tan pronto como nos internen en el mismo lugar. Pero nuestros guardianes siguen todavía bajo la influencia de la propaganda contra el espionaje y los espías, tan abundantemente florecida a uno y otro lado de los frentes durante toda la guerra.

Seguimos por la carretera medio kilómetro más. Corroboramos la primera impresión de que el campo es grande y suman muchos millares los hombres recluidos en él. Una parte de ellos están sentados o tumbados en el suelo; otros van de un lado para otro con aire cansado y aburrido; no pocos se agolpan cerca de la carretera, buscando con la mirada a conocidos, amigos o parientes entre los que anoche quedamos en los muelles. Aun sin fijarme reconozco al pasar algunas caras.

—¡Mira allí, a la izquierda, junto al pozo!

Miro y no me sorprende lo que descubro. Cerca del brocal de un pozo, a treinta o cuarenta metros de distancia, veo el cuerpo de un hombre tumbado de bruces e inmóvil. Fijándome más alcanzo a distinguir en las proximidades del primero cuatro cuerpos más, tan inmóviles y tan muertos como él. Tres de ellos llevan uniforme y cada uno ha caído en postura diferente.

—¿Nuestros?

—¡Claro! A los suyos los hubieran recogido ya.

—¿Suicidados como en el puerto?

Muevo la cabeza en gesto negativo. No resulta lógico que para suicidarse hayan venido hasta aquí. Más probable parece que quisieran huir durante la conducción o escapar de sus guardianes. Tampoco cabe descartar que fueran fusilados por el motivo que fuese o perecieran en forma semejante a la víctima del sujeto del chaquetón de cuero, muerto hace veinte minutos ante nuestros ojos. En cualquier caso, el resultado es el mismo.

—Sobran maneras de morir.

Pienso con un estremecimiento que tendremos que acostumbrarnos a presenciarlas en abundancia, caso de que nuestra vida se prolongue unas semanas o unos meses. Es cierto que los años de guerra nos han familiarizado con la idea de la muerte. Casi todos hemos visto morir gente durante los combates y en los bombardeos, en los frentes y en las ciudades o pueblos de la retaguardia. Pero ahora se tratará —se trata ya— de acostumbrarse a algo muy distinto. En la guerra se moría generalmente en lucha, asaltando los reductos enemigos o defendiendo los propios, con la ilusión de alcanzar el triunfo, en la embriaguez de la batalla y con víctimas de los dos bandos. En adelante no habrá embriaguez ni ilusiones ni peleas y todos los muertos pertenecerán a un solo bando: al de los vencidos, al nuestro.

* * *

—Creo que ya llegamos.

Me alegra oírlo. Aunque desde que salimos del puerto no hemos andado arriba de tres kilómetros, me doy cuenta en este momento de que estoy

cansado, muy cansado. No he pegado los ojos la noche anterior. En realidad, no he dormido tres horas seguidas desde el domingo por la noche y estamos a sábado. Aunque acaso más que el no dormir me cansase la tensión nerviosa de las jornadas del puerto. En cualquier caso, me pesa la maleta como si la llevase llena de plomo.

—¡Venga, entrad ahí de una vez!

—La carretera tiene que quedar libre inmediatamente.

Nos movemos con mayor lentitud de la que quisieran nuestros guardianes, a los que de repente parece haber acometido una prisa febril. Aguijoneados por sus gritos y empujones, vamos abandonando la carretera para desparramarnos por las huertas y plantaciones que llegan hasta las masas rocosas que nos separan del cercano Mediterráneo.

El campo de concentración improvisado en las cercanías de Alicante es grande como no tardamos en comprobar. Debe tener cerca de tres kilómetros de longitud por quinientos o seiscientos metros de anchura, ocupando más de la mitad de esta especie de valle, que se extiende entre el monte de Santa Bárbara y las alturas de Vistahermosa. El suelo, quebrado e irregular, va subiendo desde la carretera hasta las rocas, alternando pequeñas alturas y profundas vaguadas por donde en épocas de lluvias deben discurrir minúsculos arroyuelos. Cultivado salvo en los puntos en que la piedra desnuda imposibilita las faenas agrícolas, aparece cruzado en todas las direcciones por pequeñas cercas de piedras junto a las cuales crecen grandes piteras y agrestes matorrales. Aquí y allá, muy espaciadas entre sí, algunas edificaciones, simples barracas en su mayoría, utilizadas para guardar aperos, herramientas y tal vez ganado de labor. Tampoco faltan los pozos, con un agua ligeramente salobre.

Pegados materialmente a las rocas crecen algunos olivos polvorientos y retorcidos; formando pequeños grupos o totalmente aisladas las palmeras elevan hacia lo alto la esbeltez de sus troncos coronados por frondosas palmas. Pero la casi totalidad de los árboles que cubren el valle son almendros. Bien alineados, formando largas columnas, guardando entre sí una conveniente separación, son millares los que aparecen a la vista. Aunque las huertas dan la clara sensación de haber estado poco cuidadas durante los años de lucha, estamos en los comienzos de primavera y los

almendros muestran su vitalidad en la profusión de sus ramas entre las que destacan el verdor intenso de los almendrucos.

—¿Cómo se llama este valle?

Nadie parece saberlo, pese a que entre los prisioneros deben abundar los alicantinos. Es posible que no tenga un nombre determinado y concreto; en cualquier caso, la mayoría lo ignoramos. Algunos campesinos castellanos o andaluces no ocultan su admiración al pasear la vista en torno suyo:

—¡Buen campo de almendros…!

Pronto el improvisado campo de concentración recibe por los mismos que estamos internados en él ese mismo nombre: Campo de los Almendros. Es fácil, eufónico y apropiado, pese a que todo esto nos tenga sin cuidado en estos momentos dramáticos. Pero como los almendros crecen en abundancia y como de alguna manera hemos de llamarlo, el nombre se impone con rapidez. Dentro de cuarenta y ocho horas todos le denominaremos así. Entre otras poderosas razones porque los almendrucos van a ser —aunque ninguno lo sospeche en las primeras horas— casi nuestro único alimento durante los seis días que permaneceremos aquí.

—¿Cuántos calculas que somos?

La pregunta se repite con frecuencia, como expresión de la curiosidad de muchos, sin que nadie acierte a darle una respuesta precisa y concreta. Es difícil, imposible casi, cifrar los hombres que nos encontramos recluidos en estos campos. Pueden ser lo mismo veinte, que veinticinco o treinta mil personas. Su número sufre, además, constantes oscilaciones.

—Desde luego, más que en el puerto.

Esto parece evidente con sólo subir a cualquiera de los altozanos que permiten divisar toda la extensión del campo. Algunos lo dudan, señalando que estamos menos amontonados que en los muelles, aunque la extensión es diez o doce veces superior. Otros lo niegan, subrayando que en el puerto habría tres o cuatro mil mujeres y chicos que han sido separados de nosotros. Sin embargo…

—Aquí hay mucha gente que no llegó a pisar el puerto siquiera.

Es cierto. Aparte de quienes nos pasamos horas interminables en espera de unos barcos que no llegaron, hay millares de hombres detenidos en la ciudad de Alicante, en los pueblos vecinos, en las carreteras de Valencia y

Albacete cuando en los dos últimos días marchaban en busca de un lugar en que embarcar para salir de España. Son jefes, oficiales, comisarios y soldados de los ejércitos de Extremadura, Andalucía y Levante, campesinos murcianos y militantes antifascistas de cualquier punto de la zona republicana que se derrumbó entre el 26 y 31 de marzo.

—Acaso más importante que calcular cuántos somos sería saber cuántos podrán salvarse.

Pero si lo primero resulta harto difícil, lo segundo supera con creces el alcance de nuestros vaticinios. Ni depende de nosotros ni contamos con los elementos de juicio precisos para formular el menor augurio. Hay tantas opiniones como opinantes que van desde el más delirante optimismo al más desolador de los pesimismos; de quienes se figuran que sobreviviremos todos a los que temen que dentro de dos meses ni uno solo continuaremos con vida.

—No lo pienses, muchacho. Lo que ha de ser será y nada podrás hacer por impedirlo.

No hay sitio reservado para nadie dentro del inmenso campo. Cada uno puede sentarse o tumbarse donde le parezca, cambiar de emplazamiento cuando le agrade o ir de un lado para otro constantemente. No obstante, de una manera instintiva y maquinal las gentes se agrupan por afinidades políticas o profesionales, el parentesco y la amistad. Muy mezclados en general en los grupos reunidos junto a una cerca alrededor de un pozo, en una depresión de terreno o en torno a una choza se encuentran personas de las más diversas edades, ideologías u oficios.

Cuando llegamos nosotros alrededor de las diez de la mañana del sábado, los sitios más ventajosos están ocupados por quienes fueron metidos en el campo la tarde o la noche anterior. Las barracas y chozas están llenas, porque las paredes y el techo por mal que estén ofrecen alguna protección contra la posible lluvia y el frío de las noches; algo semejante sucede con las cercanías de los pozos, donde uno puede conseguir agua para beber o lavarse, e incluso con las cercas altas que amparan del viento y del sol.

—Aquí no estaremos del todo mal.

Es un espacio entre dos almendros, casi en el centro del campo, a media ladera de una colina, y separado sesenta metros de la carretera. A quince pasos está una estrecha depresión en la que abundan los matorrales que podemos arrancar para hacer más mullida nuestra cama y uno de los pozos no dista más de trescientos metros. Bajo los árboles la hierba está bastante crecida. En los alrededores, más arriba y más abajo, a izquierda y derecha, han dejado sus menguados equipajes buen número de compañeros y amigos. ¿Para qué ir más lejos?

Dejamos en el suelo las maletas, macutos y mantas señalando cada uno el lugar que piensa ocupar en los días próximos. Buscamos a quienes estaban con nosotros en los días pasados en el puerto y nos separamos en la confusión desilusionada de la consumación de la derrota. No tardamos en dar con ellos. No he visto a varios desde la tarde anterior. Tienen curiosidad por conocer lo que ha sido la última noche pasada en los muelles y lo cuento en el menor número posible de palabras, sin ocultar nada. Ni siquiera los suicidios de esta mañana. A su vez ellos me relatan sus amarguras y zozobras en las doce horas transcurridas desde nuestra separación. Todos coinciden en que su caminata hasta el campo fue más larga, accidentada y dramática que la nuestra.

—Anochecía cuando salimos —dice Esplandiú—; se habían fugado varios y nuestros vigilantes estaban nerviosos e irritados. Teníamos que detenernos cada diez pasos y dejarnos cachear una y otra vez. Armas encontraron pocas; se compensaron llevándose otras cosas. A éste le quitaron el capote y a Juan unas botas flamantes que llevaba en la mochila.

Indignados por el despojo, muchos protestaban y se entablaban discusiones que muchas veces terminaron a tiro limpio. Cayeron no pocos antes de su paso y durante todo el recorrido vieron cuerpos caídos a uno y otro lado de la carretera. Aunque la llegada al campo de concentración no era precisamente alcanzar la libertad, dieron un suspiro de alivio al encontrarse dentro.

—Momento hubo —añade— en que creímos no llegar ninguno con vida.

Mujeres y chicos son también motivo y pretexto para alborotos, peleas y ejecuciones sumarias. Aunque en las proximidades del puerto se procura

separarlas de los hombres, no pocas se confunden entre ellos por ir tapadas con alguna manta o capote, llevar puestos pantalones y no ser descubiertas a la luz tenue del atardecer. No obstante, algunas de ellas, que logran atravesar los primeros controles, son identificadas más adelante, incluso a la entrada del mismo campo.

—Todas se resistían a separarse de sus maridos, de sus novios, de sus hermanos o de sus padres. Los vigilantes recurrían entonces a la fuerza, los familiares acudían en su ayuda y… Ya puedes figurarte lo que sucedía.

No tengo que esforzarme poco ni mucho para imaginármelo. Me basta con recordar lo presenciado por mí un rato antes. La única diferencia es que en la tarde anterior había mayor oscuridad y un superior número de mujeres. ¿Sería excesivo multiplicar el trágico episodio por treinta o cuarenta?

—Multiplícalo —replica Esplandiú— y seguramente te quedas corto.

Todavía hay un factor que influye más que los cacheos y las mujeres en que la primera noche pasada en el campo haya sido agitada y sangrienta. Ninguno de los que se encuentran en el campo está allí por su gusto, sino muy en contra de su voluntad. Si no intentan marcharse todos no es tanto por los soldados que lo vigilan directamente, como por no saber donde dirigirse. Una mayoría tienen su residencia o sus familiares a cientos de kilómetros de distancia y dudan que tengan posibilidad alguna de llegar hasta allí. Todos carecen de documentación que les permita moverse con relativa libertad cuando tienen que estar vigilados ferrocarriles y carreteras; pocos disponen de dinero válido u objetos que puedan convertir con rapidez en unos cuantos billetes útiles. Si unos no saben donde refugiarse hasta que mejoren un tanto las circunstancias, otros se cuidarían mucho de ir junto a sus familiares por temor a comprometerles.

—No faltaban, sin embargo, quienes estaban dispuestos a jugarse el todo por el todo para escapar inmediatamente.

Existen sobradas razones para justificar su deseo de fugarse cuanto antes. Si de un lado la vigilancia del campo es —al menos lo parece— un tanto deficiente la primera noche, cabe suponer que la precipitada ocupación de diez provincias enteras en el espacio de una semana no haya permitido establecer un control riguroso en los puntos clave de

comunicación de tan extenso territorio. Por otro lado, en estos días, se estará iniciando el retorno masivo de los cientos de miles de personas que hubieron de evacuar sus pueblos y ciudades —esencialmente cerca de la mitad del propio Madrid— empujados por el avance nacional y la proximidad de los frentes de combate. Buena parte de los evacuados no tenía significación política de ninguna clase, pero su vuelta precipitada bastaría para abarrotar todos los medios de transporte imaginables y hacer dificilísimo la identificación de cualquiera que se mezclara entre ellos.

—Eso decía Román Escudero apenas entrado en el campo —agrega uno de los que escuchan a Esplandiú— y se largó antes de medianoche con otros cuatro compañeros.

—¿Consiguió escapar?

—Por lo menos no volvió aquí ni le hemos vuelto a ver ninguno.

—Que es lo mismo que habría ocurrido si llegaron a descubrirle.

Todos asienten con un leve movimiento de cabeza. Quien más quien menos cada uno ha visto apenas amaneció algunos cadáveres caídos al otro lado de la carretera o en las alturas rocosas por las que andan los soldados vigilantes y alerta. Escudero puede ser cualquiera de los cuerpos tendidos en los alrededores del campo.

—Apenas si pudimos cerrar los ojos en toda la noche —dice Serrano—. Cuando no se le ocurría levantarnos a una patrulla para cachearnos bajo la amenaza de los fusiles, eran las ráfagas de ametralladora disparadas nadie sabe por qué. Es posible que en las horas de oscuridad se hayan largado cien o doscientos; pero las descargas fueron suficientes para terminar con toda una división.

—Incluso a la amanecida vimos fusilar a cuatro allá abajo, al otro lado de la carretera cerca del pozo. Un sargento italiano me dijo que los habían cogido montando una ametralladora para barrer el camino. Lo decía con aire convencido, pero yo no lo creo. De llegar hasta allí con una ametralladora y de noche, se hubieran llevado por delante a veinte o treinta *macarronis*.

—Pero —inquiero ligeramente sorprendido— ¿estaban los italianos por aquí?

—Estaban y están. Desaparecieron del puerto cuando consiguieron engañarnos con el cuento de las armas y los barcos, pero no tardarás en verlos por ahí, presumiendo más que el mismo Mussolini y dándoselas de héroes.

—Si lo dudas, no tienes más que volver la cabeza para verlos.

Los veo tres minutos después cuando pasan alegres, sonrientes y parlanchines a diez metros de donde me encuentro. Son dos oficiales que van delante y a los que siguen en actitud vigilante cuatro o cinco soldados. Juzgando por sus insignias pertenecen a un batallón de la brigada Flechas Negras, al parecer integrante con otras de la división Littorio que manda el general Gambara. Los oficiales conversan con quienes quieren escucharles, ofreciéndoles incluso algunos cigarrillos.

—Son una especie de comisarios —indica Plaza— en misión de proselitismo y propaganda.

Les observo de lejos, cuando se detienen a charlar con un grupo de soldados. Si los oficiales se dejan rodear por los prisioneros, sus guardaespaldas, que no les pierden de vista un segundo, permanecen expectantes, con las metralletas en la mano, dispuestos a barrer con una ráfaga a los que esbocen el menor gesto ofensivo.

—Perdisteis la guerra —dice en tono de arenga, en un español bastante correcto, uno de los italianos— porque os traicionaron las podridas democracias. Prometieron en el último momento mandar unos barcos para recogeros en Alicante, pero los barcos no llegaron.

No le falta razón en esto último, que muchos de los que escuchan tienen vivo y sangrante en su ánimo. Calla, naturalmente, no sólo que ellos no tenían nada que hacer en España, sino que su general Gambara empeñó con nosotros una palabra que no ha cumplido, aunque simulara quitarse de en medio en la tarde del 31 de marzo. Me pongo en pie dispuesto a recordárselo al oficial, pero Aselo Plaza me disuade.

—¿Qué ganarías con decirle algo que todos, empezando por él, estamos cansados de saber?

—Os aseguro que no estaréis mucho tiempo aquí —continúa perorando el italiano, en un español perfectamente comprensible—. Saldréis en libertad inmediatamente porque a nadie le interesa que continuéis presos.

Entonces podréis luchar a nuestro lado. Todos juntos iremos a París y Londres a enseñar una lección de honor y virilidad a unas potencias en plena decadencia, muertas de miedo al pensar que tendrán que enfrentarse con los invencibles camisas negras victoriosas en todas partes, con unas legiones ardientes que no conocen la derrota porque su indomable valentía…

—¿Y Guadalajara, qué? —suena de pronto una voz burlona interrumpiéndole.

Se oyen algunas risas y el oficial se queda vacilante, con la boca abierta, mientras su rostro se contrae en una mueca colérica. Su acompañante clava la mirada en los presos que le rodean y echando mano a la pistola que lleva al cinto pregunta rabioso:

—*Chi ha parlato? Chi…?*

Nadie le contesta. Los guardaespaldas encañonan con sus metralletas a los prisioneros, que visto el cariz que toma el incidente y tras una ligera y perceptible vacilación, dan la espalda desdeñosos a los italianos yendo a sentarse junto a sus menguados equipajes, simulando desentenderse por completo del grupito fascista.

El oficial que hablaba mira a los prisioneros que momentos antes trataba de convencer con aires de insoportable superioridad. Saca el pecho, acaricia la culata de su pistola y antes de reanudar la marcha, escupe violento y amenazador, mezclando palabras españolas e italianas.

—¡Peor para *voi, rossi*! Tomaremos París como tomamos Bilbao, Santander y Alicante. No tardaréis en comprobarlo, si para entonces seguís con *vita. ¡Tutti gli rossi finirenno fucilati!*

Tornan los camisas negras hacia la carretera, fracasados en sus primeros intentos de labor proselitista con los vencidos. Muchos comentan con interés lo sucedido y señalan la abismal diferencia entre las primeras y las últimas frases del oficial. Yo personalmente creo que encierran mucha mayor verdad las palabras de airada despedida.

—¿Acaso crees que los italianos llegarán a París?

—Creo que cuando lo intenten, si lo intentan, casi todos nosotros estaremos ya criando malvas y viendo crecer la hierba desde abajo —respondo sincero.

* * *

Sentado en la maleta, recostado contra uno de los almendros, cierro un momento los ojos. Durante varios minutos oigo a los que hablan a mi alrededor. La charla tiene poco de nuevo o interesante. Una vez más, como tantas durante los últimos días, quienes comentan dan vueltas al mismo tema —nuestro inmediato futuro— con los mismos pronósticos y argumentos que estoy cansado de oír. Poco a poco, tengo la sensación de que las voces van alejándose mientras me gana una modorra producto lógico y natural del sueño atrasado. Cuando abro de nuevo los ojos siento un molesto cosquilleo en el estómago.

—¡Buena siestecita, antes de comer! ¡Y que no has roncado ni nada…!

—¿Roncar?

—Tanto que oían el concierto hasta en la carretera. ¡Y así dos horas largas…!

Creo que exageran tanto en los ronquidos como en la duración del sueño. Pero en esto último cuando menos deben decir la verdad, porque al mirar el reloj compruebo que son ya las doce y media de la mañana. Me incorporo con cierta dificultad porque lo incómodo de la postura ha entumecido mis piernas. Protesto mientras me desperezo. ¿Por qué no me han despertado?

—¿Para qué? Mientras duermes, no sufres.

—Ni te das cuenta del hambre.

Muevo la cabeza en gesto negativo. Admito que el sueño nos libra momentáneamente de inquietudes y zozobras; pero no del hambre. La prueba es que experimento con más fuerza que hace unas horas la aguda sensación de vacío en el estómago.

—Pues temo mucho que las sigas sintiendo despierto. Porque como no quieras comer almendrucos tendrás que continuar en ayunas.

Me tienden un almendruco, que me llevo a la boca. Hinco los dientes en la primera cubierta verde y amarga. El sabor tiene poco de agradable. Le tiro para comer la parte carnosa interior, lo que será la almendra, todavía a medio cuajar. Mis compañeros, que han debido comer varias durante mi sueño, ríen burlones.

—Cómete la envoltura también, aunque esté amarga. Es posible que alimente algo y en cualquier caso llena un poco el estómago.

—¿Es que no hay comida?

Todos niegan a un tiempo. La tarde anterior, al salir del puerto, les dijeron que al llegar al campo repartirían unas raciones de rancho; al entrar allí repitieron la promesa, pero tanto en una como en otra ocasión la promesa se quedó en serlo.

—Ahora dicen que nos facilitarán rancho en frío, pero son más de las doce y no hay la menor señal de que vayan a hacerlo.

—¿Y ellos?

Los soldados cenaron anoche, desayunaron esta mañana y volvieron a comer hace media hora. Nosotros seguimos esperando.

—Y consolándonos con esto.

Esto son los almendrucos. Me fijo entonces que han puesto una manta en el suelo para recoger los que caen de los árboles cuando sacuden las ramas. Al mirar alrededor compruebo que están haciendo lo mismo con todos los almendros.

—No les hagas muchos ascos —me aconseja Aselo— porque dentro de dos horas no quedará ni uno.

Probablemente tiene razón. Las envolturas están amargas al masticarlas, pero consuelan un poco al caer en el estómago. Como con creciente apetito los cinco que consigo. Mientras lo hago, pienso que llevo catorce o quince horas sin probar bocado y fue muy poco lo que comí en días precedentes. En realidad, desde la noche del martes no he hecho una comida decente y ya estamos a sábado. Lo mismo les pasa a los muchos miles de personas que llenamos el campo.

—¡Cualquiera sabe cuándo nos darán de comer, si es que piensan que comamos algún día!

En previsión de que esto suceda los propios presos se han organizado entre anoche y esta mañana, dividiéndose en centurias. Si llega el rancho el jefe de cada centuria con un par de ayudantes bajará hasta la carretera para recoger las correspondientes raciones.

—Allí, en aquella casa, tienen instalado el puesto de mando. Supongo que habrá que ir allí a recoger la comida.

Pero la comida continúa sin aparecer, aunque llevamos largas horas esperándola. Cada vez que aparece un camión en cualquiera de los extremos de la carretera, muchos se hacen la ilusión de que venga cargado de provisiones. Por desgracia, los camiones cruzan sin detenerse por delante del campo. O si se detienen es para descargar un grupo de prisioneros, capturados en algún lugar cercano, que vienen a incrementar el número de los que estamos dentro.

Sin embargo, la casi totalidad de los prisioneros vienen a pie. Bien custodiados, pero andando. Llegan en grupos, sin armas, con aire cansado y gesto ceñudo. Muchos son soldados u oficiales procedentes de alguna unidad disuelta al producirse la desbandada de los últimos días; otros vecinos de los pueblos de la provincia detenidos apenas las nuevas autoridades tomaron posesión de sus cargos; no faltan tampoco los evacuados de Madrid, Extremadura o Málaga apresados en el camino de vuelta a sus respectivas localidades. Todos dicen lo mismo:

—Llevamos horas caminando y días enteros sin probar bocado.

Pensamos inevitablemente en los sacos de lentejas apilados en los muelles de Alicante, suficientes para alimentar a una provincia entera durante diez o doce días. Que no hubiesen sido sacados del puerto antes de nuestra llegada tiene la fácil explicación de la derrota y la completa desorganización que es su inevitable acompañante, especialmente cuando muchos de los trabajadores portuarios debieron marcharse, seguramente, en los mismos barcos que trajeron las legumbres.

—Pero ¿por qué no lo han hecho ya los que ganaron la guerra?

—Acaso —dice Amil, delegado de transporte en alguna ocasión crítica y difícil durante la guerra— porque contra lo que hasta hoy dábamos por descontado no están mucho mejor organizados que nosotros.

Son muchos los que empiezan a pensarlo así, viendo el completo desbarajuste del tráfico en la carretera que tenemos a la vista. Aunque se trata de una ruta nacional importante y su conservación es bastante buena, se producen en ella constantes atascos. Coches, camiones o camionetas que se dirigen a Alicante chocan con los que quieren marchar hacia Denia, Gandía y Valencia. Son frecuentes los intentos de adelantamiento y las averías y paradas más o menos caprichosas que interrumpen la circulación.

Es inútil que algunos soldados procuren encauzarla, porque otros militares o paisanos que van al volante de los vehículos no les hacen demasiado caso. Incluso, con alborozo y diversión de los prisioneros que las presencian desde el campo de reclusión, son frecuentes las peleas personales entre conductores malhumorados.

—En todas las guerras, y lo sé por muchos franceses que participaron en la Europea —dice Antona, que ha vivido varios años al norte de los Pirineos—, todo el mundo piensa que los éxitos del contrario se deben a una superior organización que le permite un mejor aprovechamiento de sus recursos. Nosotros lo pensamos con doble motivo, porque hemos sido vencidos, aunque es posible que esa superioridad sólo exista en nuestra imaginación.

—Lo sentiría —tercia Aldabe, silencioso hasta este momento—. Porque si nuestros defectos contribuyeron a la derrota, los del enemigo pueden tener para nosotros consecuencias tanto o más calamitosas.

—¿Cuáles?

—Que, sin proponérselo de una manera deliberada, acaben matándonos de hambre.

* * *

Junto con el dolor de la derrota, y lo negro de nuestro inmediato futuro, el hambre comienza a convertirse —se ha convertido ya a primera hora de la tarde— en una obsesión general. Si los días precedentes, encerrados en el puerto, apiñados en los muelles, con la terrible tensión de la espera, nadie comió mucho, ahora todos llevamos veinticuatro horas sin ingerir otra cosa que tres o cuatro almendrucos. Lo compruebo yendo de un lado para otro del inmenso campo de concentración y oyendo hablar a muchos de los prisioneros.

—¡Alégrate, Manolo, dentro de diez minutos repartirán el rancho!

Difunden la noticia quienes suben del borde de la carretera. Se lo acaban de decir a quienes nos guardan, un comandante que ha llegado en un coche de Alicante hace cinco minutos. Tras él parece que vienen unos camiones con rancho en frío para todos los prisioneros. Poco después, a través de unos megáfonos, confirman la especie. Los jefes o delegados de

las centurias deberán situarse cuanto antes cerca de la carretera en lugares que tendrán que desalojar inmediatamente los que los ocupan ahora, para recoger los víveres que repartirán entre sus hombres.

—Se reprimirán con la máxima energía y severidad —advierten una y otra vez— alborotos, barullos y desórdenes. Los que pretendan escapar, serán fusilados inmediatamente.

La amenaza del fusilamiento a fuerza de repetirse a cada momento, no impresiona ya demasiado a nadie. En algunas partes del campo se produce un trasiego de gentes. Los que han de recoger la comida para sus compañeros van a situarse de manera ordenada junto a lo que podemos considerar puerta de entrada al recinto, aunque en realidad no exista puerta de ninguna clase, como no existen cercas ni alambradas. Pero allí, frente a la casa del otro lado de la carretera donde han establecido el puesto de mando, es por donde nos hicieron entrar a nosotros y por donde hacen penetrar a los grupos de prisioneros que siguen trayendo.

—Que los demás permanezcan donde ahora se encuentran. Si pretenden abalanzarse tumultuosamente sobre la carretera, serán barridos en el acto por el fuego cruzado de las máquinas.

En el tejado del edificio donde han establecido el puesto de mando tienen montadas dos ametralladoras. Junto a la casa y en la carretera hay varios camiones con armas automáticas enfilando el campo. Lo mismo sucede en todas las alturas cercanas. Hay, además, muchos soldados armados con metralletas y con granadas de mano en el cinturón. Tienen tomadas todas las precauciones e intentar algo en estos momentos no podría tener otra consecuencia que una espantosa carnicería.

—¿Y qué? —dicen algunos—. Si de todas formas nos van a matar…

No consiguen que la mayoría les secunde. Lejos de ello se disponen a esperar con serenidad y calma. Esperando pasamos toda la tarde y parte de la noche. Al anochecer sopla un viento frío, húmedo y desagradable. Pasan muchos camiones por la carretera, pero casi todos reanudan la marcha tras una breve detención, ante el puesto de mando. A las nueve alguien dice que están descargando víveres, pero al parecer únicamente alcanzan a los soldados. Poco más tarde empieza a caer una lluvia mansa y fina que

embarra el suelo, empapa las ropas y parece meterse en los huesos. Llueve poco rato, pero resulta sobrado para aumentar las molestias de todos.

Aquí y allá comienzan a encenderse hogueras. Son precisas para secar las ropas y combatir el frío que aumenta a medida que pasan las horas. Por uno de los megáfonos nos ordenan apagarlas, pero no hacemos caso aunque suenan disparos ratificando la orden y resultan varios heridos. De vez en cuando se arma una escabechina de tiros en cualquier extremo del campo. Es alguien que trata de fugarse y a veces lo consigue; es, en la mayoría de las ocasiones, imaginación de un centinela demasiado nervioso que hace fuego sin saber contra qué.

Sentados en torno a una pequeña hoguera, que alimentamos con matorrales y ramas, pegados unos a otros para resguardarnos del frío, seguimos esperando. Levantado el cuello del chaquetón, recostado contra uno de los árboles, cierro los ojos. Los abro de nuevo cuando regresan de las cercanías de la entrada los que durante cinco horas han aguardado inútilmente los alimentos prometidos.

—Ni llegaron ni llegarán en toda la noche y lo más probable es que mañana tampoco los traigan.

Vienen irritados por la burla y el hambre. Cansados de esperar han protestado hace un rato y estuvieron a punto de ser pasados por las armas. Les echaron de donde estaban, encañonándolos con fusiles y metralletas. Oyeron gritar airado a uno de los jefes:

—Partidle la crisma al primero que alce el gallo. ¡Si quieren comer, que coman mierda…!

Quedamos silenciosos, hundidos en pensamientos que tienen poco de agradables, tras oír el relato de nuestros compañeros de cautiverio. Al cabo de un rato, Aselo Plaza me pregunta en tono apacible:

—¿No decías esta mañana que acabarían fusilándonos a todos?

—¿Acaso lo dudas?

—Sí. Temo algo mucho peor.

—¿Qué puede haber peor?

—Que no crean que valemos el plomo necesario para un fusilamiento y prefieran hacernos morir de inanición.

II

SEMANA DE PASIÓN

Aunque tengo sueño atrasado, no consigo dormir mucho en la primera noche pasada en el Campo de los Almendros. No es, desde luego, que lo lóbrego del porvenir me desazone lo suficiente para mantenerme despierto, que la inquietud y la angustia desaparezcan automáticamente cuando uno lo da todo por perdido. Tampoco los frecuentes y frenéticos tiroteos que estallan de pronto y cesan al minuto siguiente sin causa aparente en uno u otro punto del dilatado perímetro del campo. Las causas del desvelo son puramente físicas. De un lado y tras muchas horas sin comer, el cosquilleo molesto del estómago, que no han podido calmar el puñado de almendrucos verdes y amargos ingeridos la tarde anterior. De otro —y fundamentalmente — el frío y la humedad.

Parece absurdo y disparatado quejarse del frío a comienzos de abril y en un clima tan famoso por su dulzura como el de Alicante. El hecho cierto, sin embargo, es que lo sentimos y con mayor fuerza de lo que nadie pudo imaginarse por adelantado. La lluvia caída a primeras horas de la noche ha empapado la hierba sobre la que nos tumbamos y chorrean agua las ramas de los árboles. Nos acostamos muy juntos, apretados unos contra otros más que por la escasez de espacio —aunque el campo se ha llenado con la incesante llegada de nuevos grupos de prisioneros— por calentarnos

mutuamente. Pero no disponemos más que de una manta para cuatro personas y por mucho que la estiremos no alcanza a taparnos a todos.

Pese a todo, estamos tan cansados que nos dormimos apenas cerramos los ojos y durante dos o tres horas permanecemos hundidos en un sueño profundo. A las dos de la mañana nos despierta un nuevo chaparrón. Aunque no llueve más que veinte o veinticinco minutos resulta suficiente para obligarnos a levantar y empapar de tal modo nuestras ropas, que la humedad parece metérsenos en los huesos.

Para secarnos, tratamos de volver a encender la pequeña fogata apagada durante el sueño. Tardamos mucho en conseguirlo, igual que les sucede a todos los grupos de los alrededores. Las ramas y las matas que podemos recoger están mojadas y no arden. Cuando lo conseguimos se queman de mala manera, despidiendo un humo que nos hace llorar y se mete por la boca y narices irritando la garganta. En cualquier caso se apagan con rapidez y hay que volver a empezar. Al cabo de una hora, cansados y aburridos, nos volvemos a tumbar sobre el suelo mojado, con ropas que rezuman humedad. Aún así, ya cerca de la amanecida logramos conciliar un sueño breve y desazonado.

Nos despierta al poco rato un agudo toque de diana. Las cornetas tocan con fuerza en distintos puntos del campo, sin duda para que nadie pueda alegar no haberlas oído. A continuación a través de los megáfonos se transmite una orden. Todo el mundo tiene que ponerse en pie. A la orden, que se repite varias veces seguidas, acompaña una amenaza:

—Los que sigan tumbados serán levantados a patadas.

Son las siete de la mañana y aún no ha salido el sol. Sobre el valle se extiende una bruma blanquecina que difumina los objetos a distancia y parece prenderse en la cima de las rocas y en las murallas del cercano castillo de Santa Bárbara. Me incorporo somnoliento y entumecido. Me duelen todas las articulaciones. Lo mismo les ocurre a los demás.

—Tal vez si nos diéramos una carrerita…

No es posible porque hay demasiada gente en el campo y tendríamos que chocar unos con otros o pisar a los que continúan acostados. Algunos lo hacen porque tienen mucho sueño; los más, por no encontrarse bien.

—Debo tener una fiebre alta —dice uno en el grupo inmediato al nuestro—. Estoy dando diente con diente y no sé si me sostendré de pie.

Diez minutos después le obligan a incorporarse a viva fuerza. Grupos de vigilantes, armados de fusiles y metralletas, recorren el campo en todas las direcciones, cumpliendo al pie de la letra la amenaza transmitida por los megáfonos. Cuando encuentran algún prisionero tumbado la emprenden a culatazos y patadas con él, sin molestarse en preguntarle antes lo que le sucede.

—Este hombre está malo. Tirita de fiebre y…

—¡Que reviente si quiere, pero de pie! ¡Es una orden…!

—¿No sería mejor llevarle a la enfermería?

El vigilante se encrespa. No hay nada que se parezca a una enfermería en el campo; cree que los presos debemos saberlo y que quien le interpela —un viejo campesino con el pelo blanco— pretende burlarse de él. De un culatazo en el pecho le tira de espaldas, mientras chilla rabioso:

—¡Toma el pelo a tu padre, cabrón…!

Ante el pequeño revuelo acude un sargento. Cuando alguien trata de explicarle en pocas palabras lo que sucede, no le deja continuar.

—¡Las órdenes no se discuten, se cumplen y sanseacabó! ¿Está claro? Pues ya están todos en pie. Si lo repito, será a tiros.

Unos ayudan a levantar al enfermo; otros incorporan al viejo que recibió el culatazo en el pecho y que escupe una bocanada de sangre.

—Me alegro. ¡Así no se te olvidará la lección…!

Se marcha la patrulla, buscando más hombres que permanezcan tumbados para obligarles a levantarse. No comprendo por qué lo hacen ni acierto a explicarme en qué puede molestar que continúen echados. Ni formamos para nada, ni tenemos nada que hacer y ni siquiera van a contarnos.

—Son ganas de fastidiar por el simple placer de hacernos la puñeta.

Aselo Plaza piensa de distinta manera. Cree que la violencia que acabamos de contemplar no obedece al simple capricho de un individuo aislado, sino que está perfectamente planeada con diversas finalidades.

—La primera, humillarnos. La segunda hacernos comprender que carecemos de todo derecho y ellos los tienen todos.

—¿Incluso el de matarnos de hambre?

—¡Claro! Pero todavía existe una tercera razón fundamental para mí: grabar en nuestro subconsciente, como un nuevo reflejo condicionado, la obediencia sumisa y rápida a sus órdenes. Conforme señalaban las viejas normas jesuíticas hemos de obedecer como cadáveres.

—Sobra el «como» —replico—, porque muy pronto seremos todos cadáveres auténticos. ¡Aunque nos obliguen a seguir de pie una vez muertos!

Algunos que se han acercado a la carretera, vuelven con la noticia de que no se ve preparativo alguno para una interrupción de nuestro prolongado ayuno. Cuando preguntaron a algunos soldados, la contestación fue siempre la misma, aunque empleasen distintas palabras al darla.

—¡Podéis sentaros, porque en pie os vais a cansar de esperar!

En los árboles cercanos no queda un solo almendruco. Ninguno de los que integran nuestro grupo ni de los que nos rodea tiene nada que permita aliviar el apetito.

—Bueno, por lo menos podremos beber agua y lavarnos.

Nos hace falta a todos. Quien menos lleva cinco días sin desnudarse y lavándose de cualquier manera, cuando se ha lavado. Por otro lado, hace muchas horas que nadie se afeita y las barbas parecen crecer con mayor rapidez, cuando su aumento coincide con el enflaquecimiento de quien las lleva.

—Tengo una maquinilla y un poco de jabón —dice Serrano—. Afeitados estaremos más presentables; no sé para qué, pero lo estaremos.

Los buenos propósitos se quedan en serlo. Cuando nos acercamos a uno de los pozos hay esperando centenares de prisioneros. Todo el mundo ha tenido al levantarse la misma idea que nosotros y el pozo tiene muy escaso caudal.

—Con mucha suerte, no nos llegará la vez hasta dentro de tres o cuatro horas.

Probamos fortuna en otros tres pozos, para lo cual hemos de ir de uno a otro extremo del campo, cruzándolo repetidamente. Se repite, agravado, lo ocurrido con el primero. Agravado porque tras sacar unas decenas de cubos los pozos quedan secos y hay que aguardar quince o veinte minutos para

conseguir extraer un poco de agua y un mucho de barro. No queda más remedio que resignarse.

—A mal tiempo, buena cara. Si podemos llamar buena a la cara que tenemos en estos momentos. O a la que tendremos mañana o pasado, si para entonces no han acabado de rompérnosla.

Un grupo de muchachos jóvenes sube corriendo desde la entrada del campo difundiendo a voces la noticia:

—¡Se acabó la lucha…! ¡La guerra ha terminado…!

Aunque muchos les miran sorprendidos, casi todos se encogen de hombros. La nueva que propalan está ya casi olvidada de puro sabido. Para muchos de nosotros la guerra concluyó prácticamente en la tarde del domingo 26 de marzo, cuando el Consejo Nacional de Defensa radió la orden increíble de alzar bandera blanca en los puntos en que atacase el enemigo. Incluso los más reacios a admitir la derrota, hubieron de reconocerlo así hace treinta y seis horas al tener que rendirnos cuantos nos hallábamos en el puerto de Alicante.

—¡Valiente novedad…! ¡Si no nos dicen algo más nuevo!

Como es lógico, negarnos a la noticia —cuya veracidad nos consta por estar sufriéndola en nuestra propia carne— la menor importancia. Pronto advertimos, sin embargo, que contiene alguna novedad, si bien rechazamos en redondo la posibilidad de que varíe en lo más mínimo nuestra poco agradable posición. No se trata simplemente de repetir un hecho harto visible y sensible para los que no estaríamos presos de no haberse consumado la derrota, sino que la contienda se haya dado oficial y definitivamente por terminada.

—Anoche lo anunció con toda solemnidad el parte oficial de Burgos —precisa uno de los que han bajado hasta la carretera para enterarse.

Es un dato interesante que no pasa, en opinión de la mayoría, de simple curiosidad. Aunque no faltan ilusos que acarician la remota esperanza de que aquello mejore su situación personal, casi todos tenemos la absoluta convicción de lo contrario. La llegada de la paz no significará, desde luego, nuestra libertad.

—Ni siquiera aumenta un ápice las escasas posibilidades de supervivencia de la mayoría de los que estamos aquí.

Es una opinión personal perfectamente razonada. Sé perfectamente que el triunfo de Mussolini en Italia y de Hitler en Alemania no fue seguido de ninguna amnistía, de ningún generoso perdón para sus enemigos políticos, sino de una feroz represión para exterminarlos. Los nombres de Matteoti en un lado y Thaelman en otro no permiten hacerse ilusiones. Como tampoco las autorizan las matanzas de Viena luego del aplastamiento socialista por Dollfus o de la consecución del Anchluss por los nazis.

—Tendríamos que ser imbéciles para esperar nada mejor.

Pienso, además, que sólo serviría para aumentar nuestros dolores. Por haberlo vivido tan intensa y recientemente no puedo olvidar el tormento que acompaña a la esperanza. No ignoro que muchas veces es una trampa tendida por nuestro instinto de conservación para seguir alentando y para que la absoluta desesperanza no nos impulse a precipitar el final. Aunque sea el hombre el único animal capaz de tropezar dos veces en la misma piedra no quiero hacerlo yo.

—¿No te interesa conocer exactamente lo que ha dicho anoche Burgos?

Asiento. Pese a que lo fundamental sea la noticia en sí —y más aún el acontecimiento que la motiva— siento cierta curiosidad por saber los términos en que está redactado el último parte de guerra de las fuerzas nacionales. En el fondo, sigo siendo periodista; incluso en estas circunstancias, y con la íntima convicción de que no volveré a escribir en ningún periódico, quiero enterarme lo mejor posible de las cosas.

—Antona tiene una copia del parte.

David Antona, hasta hace dos días gobernador civil de Ciudad Real —Ciudad Leal, como se llamó durante la guerra—, secretario del Comité Regional del Centro unos meses atrás y del Comité Nacional de la CNT al iniciarse la contienda —que le sorprende encerrado en la Cárcel Modelo de Madrid como consecuencia de la huelga de la construcción—, está rodeado por un numeroso grupo de compañeros con los que habla en tono animado. Aparte de los que duermen a su lado en el campo, encuentro a muchos que, como yo mismo, acuden a enterarse. Conozco bien a la mayoría con quienes, a lo largo de los años últimos, he compartido ilusiones y desesperanzas, triunfos y fracasos. Aparte de Gallego Crespo —secretario de la regional Centro hasta el mismo 28 de marzo— están Manuel Amil y

Melchor Baztán, miembros del Comité de Defensa confederal; Lorenzo Íñigo que, muy joven aún, desempeñó la Consejería de Industrias de Guerra en la Junta de Defensa de Madrid; Ciriaco y Román, comandantes de batallón y brigada que han luchado con heroísmo en todos los frentes, igual que hicieron como comisarios Adrados y Guevara, e incluso dos redactores de *Castilla Libre*, que dirigí durante toda su vida: Mariano Aldabe, con quien me encontré repetidas veces durante los últimos días en Valencia y Alicante, y Manuel Zambruno, «Nobruzán», al que no llegué a ver en la terrible aglomeración de los muelles.

—Voy a leerlo otra vez en voz alta para que todos puedan oírlo —dice «Nobruzán», que es, al parecer, quien se ha hecho con una copia del parte de guerra.

Se hace un profundo silencio y todos escuchamos con atención. Pausadamente, con voz potente que llega con claridad a cuantos se encuentran alrededor, Zambruno lee:

—«Parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo: En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939. Año de la Victoria».

Vuelve a hacerse un profundo silencio cuando «Nobruzán» termina la lectura. Aunque el texto no difiere de lo que había supuesto por anticipado, siento un íntimo dolor al escucharlo. Inevitablemente acuden en tropel a mi memoria los recuerdos de los treinta y dos meses y medio precedentes. Con velocidad cinematográfica desfilan por mi mente los dramáticos episodios de la guerra. Desde las primeras noticias recibidas del alzamiento de Melilla en una tarde de calor bochornoso de julio de 1936, hasta las últimas horas de la dramática madrugada del 1 de abril de 1939 en los muelles alicantinos. Estrecha, indisolublemente unidos a los recuerdos, los rostros y nombres de tantos que cayeron a lo largo del sangriento camino que separa ambas fechas. Especialmente —acaso por tenerlos más cerca— los que no pudiendo o no queriendo soportar la derrota final, se levantaron virilmente la tapa de los sesos, prefiriendo renunciar a la vida antes que a su condición de hombres libres.

—¡Año de la Victoria…! —exclama con gesto amargado Aldabe, repitiendo las cuatro últimas palabras del comunicado—. No lo es para nosotros, evidentemente. Ni lo será para las democracias que nos volvieron la espalda haciendo inevitable nuestra derrota, sin darse cuenta de que, al hacerlo, empezaban a cavar su propia tumba. Una tumba para la libertad del mundo.

Nadie discrepa porque en este momento pensamos todos en forma muy semejante. Es probable que en nuestro pesimismo influya la desoladora situación en que nos encontramos. Sin embargo, tengo el pleno convencimiento de que ni aun hallándome en libertad y en un país extraño donde pudiera hablar y escribir sin trabas ni cortapisas, mi opinión tendría poco de optimista. Pienso que el desastre sufrido no sólo nos afecta a nosotros —si bien seamos quienes más directa y rápidamente suframos las consecuencias—, sino a muchos pueblos de todas las latitudes y razas. En España se ha ventilado algo más que una querella intestina, que una sangrienta pelea entre hermanos. La contienda civil que dividió al país tuvo, desde sus mismos orígenes, una amplitud ideológica que desbordó nuestras fronteras. Sin haber participado personalmente en los combates, hay millones de hombres en Francia, Alemania, Italia, Rusia o Inglaterra —incluso en lugares tan remotos geográficamente como Australia, la India o Sudáfrica— que en estos momentos se sentirán tan angustiados como nosotros o tan satisfechos como nuestros adversarios. Durante cerca de tres años la guerra española había dividido al mundo en dos grandes bloques. Y uno de ellos, el que aspiraba a terminar con seculares injusticias transformando las estructuras socioeconómicas, había sido vencido con nosotros y en nosotros.

—Muchos que por cobardía, cálculo o conveniencia ayudaron al fascismo y nos negaron el agua y la sal no tardarán en comprender su error. Pero ya será tarde para nosotros y, probablemente, para ellos mismos.

—¿Crees, entonces, que conforme nos anunciaban ayer a voz en grito, los italianos entrarán en París y que el fascismo dominará Europa?

—Deseo que no —replica Aldabe—, aunque Europa lo merece. En cualquier caso los Chamberlain y los Halifax, los Chautemps, Laval y Daladier, campeones de la no intervención que ató las manos de París y

Londres mientras soltaba las de Roma y Berlín deberían ser arrastrados por sus propios pueblos a los que han hecho el más flaco de los servicios.

* * *

De manera casi inevitable la charla deriva hacia la posibilidad de una nueva gran guerra. Difieren los pareceres acerca de su proximidad y alcance. Algunos, influenciados todavía por alguna propaganda, opinan que pudimos prolongar nuestra resistencia hasta que estallase un conflicto general, que bien pudo hacer variar nuestra suerte. Otros —los más— tenemos el firme convencimiento de que la contienda general no habría estallado de ninguna manera antes de que concluyera la nuestra.

—Sobraron motivos y razones el verano pasado cuando la crisis checoslovaca. Inglaterra y Francia se doblegaron entonces a las imposiciones de Hitler y Mussolini y la guerra no estalló; como no ha estallado hace tres semanas escasas cuando los tanques alemanes han entrado en Praga. Ni estallaría, hicieran lo que hiciesen los fascistas, en tanto que nosotros estuviésemos en pie.

—¿Por qué?

—Porque el capitalismo imperialista occidental, esencialmente el británico, sentía mayor hostilidad y odio hacia nuestra revolución que hacia el fascismo —afirmo—. Aun sabiendo que Hitler y Mussolini representan una amenaza para su supervivencia, temían mucho más al peligro del contagio de nuestras ideas entre el proletariado británico. Segura de sus recursos nacionales, Gran Bretaña, en cuya ayuda acudirán, como en 1917, los Estados Unidos, tiene el convencimiento de volver a triunfar sobre Alemania en una contienda internacional. En cambio, desconfía de aplastar una revolución interna alentada y estimulada por la victoria de los trabajadores españoles en caso de que hubiéramos llegado a triunfar.

—Opino exactamente igual —interviene Antona— y tengo motivos para saber de una manera positiva que el miedo a la revolución primaba sobre el temor al fascismo en Inglaterra y en extensos sectores franceses. Y esto no lo digo ahora, tan *a posteriori*, que de nada servirá decirlo, sino que lo dije donde debía decirlo con entera claridad a la vuelta de mi viaje a Francia en agosto de 1936.

Vencedor el Frente Popular galo en las elecciones del mes de mayo, León Blum ostenta la jefatura del gobierno al comenzar la guerra de España. Lo sigue ostentando cuando, un mes más tarde, David Antona, como secretario del Comité Nacional de la CNT, al iniciarse la lucha, hace un rápido viaje a París. Va oficialmente para intervenir en diversos actos públicos de solidaridad antifascista, celebrar una serie de conferencias y recabar las máximas ayudas para los trabajadores españoles.

—Pese a que la prensa reaccionaria se había volcado en contra nuestra, encontré en Francia un formidable ambiente. La contienda española electrizaba a las masas trabajadoras; millones de personas manifestaban en todas las formas imaginables su deseo de apoyarnos e incluso millares de obreros socialistas, comunistas, sindicalistas o simplemente liberales estaban dispuestos a venir a luchar a nuestro lado y los gobernantes del Frente Popular no disimulaban sus simpatías por la pelea que sosteníamos.

Pero, a diferencia de lo que sucedía en Roma y Berlín, quienes gobernaban en París no podían proceder con entero desembarazo. Entre su deseo de ayudarnos y el envío de las armas que la República necesitaba mediaba un largo camino erizado de obstáculos y dificultades. Si Pierre Cot, ministro del Aire, pudo enviar medio centenar de aviones Potez a principio de agosto como contestación a los envíos de Junkers, Saboyas y Capronnis por parte de Alemania e Italia, fue por tratarse de aviones anticuados y desechados por la aviación francesa, previo pago de los mismos y perdiendo unos días preciosos vendiéndoselos a unas compañías particulares que posteriormente se los revendían a Madrid, pese a que con arreglo a todas las leyes internacionales era normal y legítima la venta de armas a un gobierno amigo, con el que existían las más cordiales relaciones diplomáticas.

—La prensa reaccionaria había armado un pequeño revuelo, alarmando a la opinión pública con las complicaciones internacionales que el hecho podría traer aparejado. Además, los ingleses ponían el grito en el cielo y el gobierno conservador británico presionaba sobre París para que no mandase armas y cerrase a cal y canto la frontera española.

Cuando Antona llega a París ya está en marcha, como panacea salvadora de la paz europea, la idea de la no intervención. Se trata de que,

por mediación de la Sociedad de Naciones, y en cierto modo controlado por ella, se cree un Comité Internacional que vigile el estricto cumplimiento de un compromiso suscrito por las grandes potencias de mantener una estricta neutralidad en el pleito español sin facilitar armas de ninguna clase a los dos bandos en pugna. Aunque en la zona republicana el propósito ha sido rechazado con general indignación por todos los partidos y organizaciones antifascistas, el antiguo secretario de la CNT se entera con asombro que es no sólo aceptado, sino defendido con entusiasmo por el propio gobierno del Frente Popular francés.

—Fui a ver personalmente a León Blum y le hablé sin morderme la lengua. Entendía que la no intervención era injusta, porque negaba al gobierno legítimo español su derecho legal a comprar las armas que precisaba. También que con acuerdo o sin él, Hitler y Mussolini seguirían mandando los pertrechos bélicos que necesitaban nuestros enemigos.

—Es probable que esté usted en lo cierto —admitió sincero León Blum — y ni Alemania ni Italia cumplan el compromiso. Más aún, temo mucho que envíen los aviones, tanques, cañones y fusiles suficientes para que los trabajadores sean aplastados.

—¿Por qué lo defiende entonces?

—Porque no tengo otro remedio. Podría decirle, porque es verdad, que si socialistas y comunistas apoyan los suministros de armas al gobierno legítimo, todas las derechas francesas lo combaten con encarnizamiento. Incluso una parte del Frente Popular —no olvide que lo integran también los radicales socialistas y otros grupos republicanos— quieren lavarse las manos, desentendiéndose del avispero español. Pero existe todavía un factor de mayor fuerza o influencia: Inglaterra.

En Londres gobiernan los conservadores. Stanley Baldwin, primer ministro, sigue una línea política claramente determinada. No simpatiza con Hitler y Mussolini, pero todavía siente mayor hostilidad contra toda clase de revoluciones, esencialmente las de matiz obrerista. Aunque mantiene relaciones diplomáticas con los gobernantes republicanos, se siente mucho más próximo a quienes les combaten. En cualquier caso está firmemente decidido a que Gran Bretaña no se comprometa lo más mínimo por prestar ayudas de ninguna clase a la amenazada República.

—La alianza inglesa es vital para Francia. Sin ella no podríamos resistir un ataque alemán que tarde o temprano —probablemente esto último— desencadenará Hitler contra nosotros. Personalmente difiero radicalmente de la manera de pensar de Baldwin. Sin embargo, y aun retorciéndome el corazón, tendría que sacrificarlo todo al mantenimiento de la *Entente*.

Abrigaba la esperanza de que, contra lo que su visitante pensaba y lo que él mismo temía, la no intervención resultase eficaz y cesaran los envíos italo-germanos a España. De ocurrir así, confiaba en una victoria de las fuerzas republicanas.

—Voy a decirle algo que usted parece ignorar —continuó— y reviste para mí excepcional importancia: que ha sido el propio gobierno de Madrid, por vía diplomática, quien nos ha pedido que hagamos lo posible y lo imposible para que la no intervención empiece a funcionar cuanto antes.

Continúa refiriendo Antona que la no intervención —pese a que el gobierno republicano de Giral pusiera en ella tantas esperanzas— resultó tan inútil y contraproducente como muchos habían pronosticado de antemano.

—Tuve ocasión de decírselo personalmente a Blum, cuando volví a verle en la primavera de 1938.

El líder socialista había vuelto al poder y la República española cruzaba por momentos de extraordinaria gravedad. Fracasada la ofensiva contra Teruel, iniciado el veloz avance de las fuerzas nacionales por tierras de Aragón merced a su abrumadora superioridad en armas de tierra y aire, Francia abrió parcial y transitoriamente la frontera para permitir que entrasen en Cataluña una parte de los pertrechos adquiridos en distintos países y retenidos hacía largos meses en territorio galo. Blum estaba dispuesto a prestar las máximas ayudas porque un cambio brusco en la opinión francesa —alarmada e inquieta por la presencia en el sur de los Pirineos de la Legión Cóndor y del Cuerpo de Tropas Voluntarias italianas — hacía posible hacerlo sin tropezar con grandes dificultades políticas internas. Sin embargo, la frontera hubo de cerrarse a los pocos días.

—Incluso el mariscal Gamelin estaba ahora de acuerdo —me dijo amargado el líder socialista francés—. Pero los conservadores continúan en el poder en Inglaterra Y Chamberlain es más reaccionario que Baldwin.

Cree que la ayuda a la República española es la revolución a corto plazo y antes preferiría que triunfase el fascismo en toda Europa. Nos presentaron un auténtico ultimátum —muy diplomáticamente, eso sí, pero ultimátum— y no tuvimos más remedio que dar marcha atrás.

Todos hemos escuchado con atención, aunque para algunos no es la primera vez que escuchan el relato. Tras una breve pausa, Aldabe pregunta:

—¿Crees que Blum era sincero?

—Sin la menor duda —replica Antona—. Sabía perfectamente lo que para los trabajadores españoles representaba su decisión. No ignoraba tampoco las consecuencias que podría traer para su propio país. Poco después le sustituiría Daladier, quien, obligado por Inglaterra, hubo de pasar por la claudicación y la vergüenza de Munich. Blum debía haberlo previsto. Por eso, quizá, le temblaba un poco la voz por la emoción y hasta creí ver un brillo de lágrimas en sus pupilas al despedirme de él para volver a España.

* * *

—He conseguido llenar la cantimplora —anuncia satisfecho Esplandiú, al que llevamos un rato sin ver—. Por lo menos ya que no el hambre, podéis saciar la sed.

Conseguimos algo más. No sólo beber un trago cada uno, sino con el líquido sobrante lavarnos a estilo gato las caras. Todavía hay grandes colas en torno a los diversos pozos y habrá que esperar como mínimo a mediodía para lavarse con algo más de agua.

—Ahora sólo nos falta encontrar algo de comer.

Pero la comida resulta mucho más problemática que el agua. Aunque la víspera no nos hicieron mucha gracia los almendrucos, ahora los echamos de menos. Por desgracia, no ha quedado ninguno en los árboles cercanos y cabe suponer que lo mismo sucederá en todos los del campo. A falta de algo mejor —hay quien lleva tres días ya sin probar bocado— algunos mordisquean las hojas y los tallos tiernos.

—No matan el hambre, pero mientras los masticas consuelan un poco el estómago —afirman.

Son las once de la mañana, apenas queda una sola nube a la vista y uno se esponja bajo la caricia de un sol tibio. Podemos tender la manta para que acabe de secarse; lo mismo hacemos con las ropas que tuvimos puestas durante los chaparrones de la noche.

—¿Qué fueron los tiroteos de anoche? ¿Escaparon algunos, fusilaron a unos grupos de prisioneros o los centinelas se divertían apretando el gatillo?

No lo sabemos a ciencia cierta, porque constantemente circulan de boca en oído las noticias más contradictorias y fantásticas. Aunque es probable que no logremos averiguar nada, nada perderemos con intentarlo. Los disparos más frecuentes sonaron en la parte norte del campo, en las mismas estribaciones de Serragrosa, acaso porque allí abundan más las rocas y los matorrales por entre los que cualquier fugitivo puede tener mayores posibilidades de éxito.

Vamos hacia allá, caminando paralelos a la carretera y a corta distancia de ésta. Aunque continúan las entradas de presos y somos ya muchos más de los que llegamos a apiñarnos en los muelles, como el espacio es diez veces mayor se puede andar de un lado para otro con mayor facilidad. Encontramos a centenares de amigos o conocidos, a muchos de los cuales no llegamos a ver en el puerto, pese a que pasaran allí el mismo tiempo que nosotros.

La gente aprovecha la amplitud del terreno y la posibilidad de moverse con relativo desembarazo para irse agrupando por tendencias o afinidades regionales, políticas, profesionales o amistosas. En una parte determinada abundan los militares profesionales, entre los que alcanzo a distinguir, entre otros muchos, a los coroneles Fernández Navarro, Ortega, Burillo e Ibarrola. Cerca de ellos nutridos grupos de jefes procedentes de las milicias populares como Mayordomo, Marcelo, Nilamón Toral, Etelvino Vega, Antonio Molina y Guerrero, todos los cuales llegaron a mandar divisiones e incluso cuerpos de Ejército.

Cerca del extremo del campo a que nos dirigimos hay unos centenares de hombres de las divisiones 25 y 28. Una mayoría de ellos lucharon en las calles de Barcelona y en los pueblos de Aragón; no pocos hubieron de atravesar las líneas enemigas, escapados del propio Zaragoza, para pelear junto a sus compañeros catalanes. Posteriormente la 25 contribuyó a la

conquista de Teruel y siguió combatiendo en los frentes de Levante hasta la noche del 28 de marzo o la mañana del 29. Los de la otra división, a la que pertenecían Viñuales y Máximo Franco, pelearon en media España —Cataluña, Aragón, Centro, Andalucía y Extremadura— a lo largo de los treinta y dos meses de guerra.

Un poco más arriba, pegados casi a la roca viva de Serragrosa, hay grupos nutridos de campesinos; jefes, comisarios y soldados de diferentes unidades y un par de centenares de antiguos agentes del SIM, con su jefe, Ángel Pedrero, al frente. ¿Cómo no lograron tomar un barco habiendo salido de Madrid entre el 26 y el 27 de marzo?

—Mala suerte, auténtica mala suerte —replica Pedrero, moviendo la cabeza cuando se lo digo—. Hubiéramos embarcado sin ninguna dificultad de venir directamente a Alicante o ir al mismo Valencia. No lo hicimos porque teníamos la seguridad de tener en otro sitio barco en que pudiéramos marchar todos. Pero…

La completa desorganización de los últimos días, el pánico repentino que acometió a no pocos haciéndoles perder la cabeza, había resultado tan desastroso para ellos como para los demás.

—Había un buque esperándonos en un puerto de Murcia, pero cuando llegamos se había largado media hora antes. De Cartagena nos dijeron que en Alicante estaba el *Marítima* totalmente vacío. Vinimos a todo correr, pero también llegamos tarde. Ahora…

Se da perfecta cuenta de su situación y no se hace engañosas ilusiones. En su opinión cabe la posibilidad de que se salven muchos de los que están en el campo, pero no él. Es una de las personas que más odia la quinta columna madrileña. No niega a estas alturas que hizo grandes favores a no pocos de sus integrantes.

—Pero esos precisamente serán quienes tengan más prisa en matarme para que no pueda decir lo que sé de ellos.

Es probable que tenga razón, porque si hay favores tan grandes que sólo pueden pagarse con una ingratitud de parecido volumen, nadie con un mínimo de sentido común puede confiar en chivatos y confidentes. Entre otras razones porque quienes son capaces de traicionar a los suyos para salvar la piel, no encontrarán mejor medio de ocultar su cobardía pasada

que eliminar de cualquier manera a la persona que la presenció. En ninguna guerra los servicios de inteligencia están en manos de ángeles y la nuestra no fue una excepción, sino todo lo contrario.

—Tú sabes de esto más que cualquiera de nosotros.

—Indudablemente. Si yo te contara lo que he visto y sabido en estos años…

Pero ni lo cuenta él ni yo le pido que lo haga. ¿De qué me serviría enterarme ahora de cosas que no me atañen directamente y que por pretéritas no podremos modificar en absoluto? Quizá en su relato, de ser hecho con cruda sinceridad, habría datos interesantes para quien quisiera aclarar algunos puntos turbios y oscuros de nuestra más reciente historia; pero ni soy historiador ni aunque lo fuese tendría probablemente tiempo, ocasión ni posibilidad de escribir nada. Prefiero dejar a un lado el pasado para concentrarme en el presente, aunque tenga tan poco de agradable para todos nosotros.

Estamos muy próximos a un extremo del campo, cerca del lugar donde durante la madrugada última sonaron con más frecuencia e intensidad los disparos. Una simple mirada hacia las alturas donde los centinelas vigilan entre las rocas, a la frondosa vegetación de cañas y matorrales que llena una vaguada contigua por donde probablemente discurre un hilillo de agua resulta una tentación de huida difícil de resistir para quienes se hallan en situación parecida a la nuestra. Indudablemente, deslizarse por entre la línea de centinelas sin ser visto, al amparo de la oscuridad de la noche, no resulta empresa sobrehumana.

—Lo malo es no saber dónde ir ni dónde meterse, sin documentación de ninguna clase, expuesto a que le sorprendan en cualquier monte o camino y le fusilen sin molestarse en averiguar cómo se llama.

La noche anterior, como la precedente, fueron muchos los que intentaron la difícil aventura por aquella parte. Cayeron quince o dieciséis alcanzados por los disparos de los vigilantes; pero debieron escapar el doble como mínimo.

—Al amanecer fusilaron allí, contra aquella roca y a la vista de todos para que nos sirviera de escarmiento, a siete muchachos. A tres les mataron

tumbados en el suelo porque, heridos de gravedad durante el intento de fuga, no podían tenerse en pie.

Dos horas después obligaron a un grupo de prisioneros a enterrar los cadáveres en la vaguada. Pero aun a cuarenta metros de distancia se distinguen ahora grandes manchas de sangre en la roca y los desconchones del plomo.

—¿Tendría más suerte Mancebo o le matarían así también?

No he vuelto a verle ni saber una palabra de él desde que en la noche del 31 salió del puerto dispuesto a escapar fuera como fuese. Benigno Mancebo, antiguo y valioso militante confederal, tuvo que desempeñar forzado por las circunstancias y en contra de su voluntad, funciones de vigilancia en defensa de la revolución. Todavía parecen resonar en mis oídos las palabras que hube de escuchar de sus labios hace dos días en los muelles:

—La revolución no se hace con agua de rosas. Para defenderla de sus enemigos es preciso mancharse las manos y yo he tenido que manchármelas. Mi papel era menos heroico que el que luchaba en las trincheras y menos brillante del que hablaba en las tribunas; pero tan necesario como el primero y más eficaz que el segundo.

Quería marcharse, más aún que para salvar su vida, para perderla luchando y caer con dignidad frente a sus enemigos de siempre. Aunque en las últimas cuarenta y ocho horas me he preguntado por su suerte, acaso ahora me lo pregunté al encontrarme de frente con un hombre que le acompañó mucho en los meses precedentes. Fidel Losa, antiguo policía, ha sido una especie de secretario para él.

—Sé lo mismo que tú —responde cuando le pregunto—. Se despidió de mí en el muelle y no he vuelto a saber una sola palabra de su paradero. Es posible que lo cazasen al intentar huir, pero tengo la esperanza de que continúe vivo.

Es posible que sepa algo más y no quiera decirlo; hace bien. En cualquier caso resulta alentador que nadie haya visto su cadáver. Claro que pudieron matarle en un sitio por donde no pasara ninguno de los millares de hombres que estamos en el campo. Por lo menos, cabe la posibilidad de que no le hayan cogido.

Por la carretera desfila ahora una caravana de camiones. Van en dirección a Alicante, proceden de los pueblos cercanos y en ellos se arraciman gentes bulliciosas y alegres. Son en su mayoría hombres con camisas azules, correaje y pistola, aunque no faltan mujeres. Casi todos los vehículos llevan banderas monárquicas o con los colores rojo y negro. Cantan a voz en grito el himno de la Falange y saludan constantemente con el brazo extendido.

—Debe haber una concentración en Alicante para festejar la victoria.

Parece lo más probable. En general, los camiones disminuyen la marcha al pasar ante el campo de concentración y las voces suenan con mayor fuerza. Interrumpiendo los himnos los ocupantes de algunos de los vehículos gritan a los presos con ritmo monótono:

—¡Rojos, al paredón…! ¡Rojos, al paredón…!

En un principio los ocupantes del campo les ven pasar con aire indiferente. Luego la repetición de los gritos empieza a excitar los ánimos. Ahora ya los que marchan en el centro de la caravana han olvidado los himnos que entonaban antes para vociferar amenazantes:

—¡Asesinos…! ¡Criminales…! ¡No quedaréis uno vivo…!

—¿Y tu padre qué, cabrón? —contesta rabioso uno de los presos.

Uno de los camiones se detiene y varios individuos se apean de un salto. Pistola en mano quieren penetrar en el campo, preguntando a voz en grito:

—¿Quién ha sido el hijo de puta que nos llamó cabrones?

Los soldados intervienen inmediatamente, metiéndose entre los límites del campo y el punto en que se ha parado el camión. Un teniente impone silencio a todos con gesto decidido.

—¡Callad todos…! El primero que alborote, sea quien sea, lo va a sentir…

Varios de los individuos que se apearon del camión se le acercan para decir que los prisioneros les han insultado. El teniente no les deja seguir:

—¡Antes les insultasteis vosotros!

Lo decidido de su actitud y la presencia de los soldados que, fusil en mano, están dispuestos a secundarle sin la menor vacilación, hace que el teniente se imponga.

—¡Al camión y largo de aquí! Si volvéis a provocar a los presos, os meto entre ellos. ¡Sin pistolas, naturalmente…!

Los paisanos suben al camión con las orejas gachas y la caravana reanuda su marcha. El teniente se encara entonces con las primeras filas de prisioneros, vigilados desde la cuneta por una serie de centinelas:

—No consiento alborotos ni gritos. Es la primera y la última advertencia. ¿Entendido?

Termina sin la menor consecuencia un incidente que pudo tener graves derivaciones. Ha sido tan rápido y es tan grande el campo, que apenas si una décima parte de los presos han llegado a enterarse. La caravana de camiones se pierde al doblar la carretera hacia la izquierda para desembocar en Alicante.

Poco después desfila otra caravana con la misma dirección. La integran siete u ocho autocares y quince o veinte automóviles. En todos ellos predominan las mujeres sobre los hombres. Aunque algunos van uniformados y llevan pistola al cinto, la mayoría exhiben grandes escapularios en el pecho. Cantan también, pero himnos religiosos.

—¿Dónde irá esta procesión de beatos?

Cada uno insinúa una explicación distinta. Una mayoría piensa que, a más de una concentración falangista, puede celebrarse en Alicante esta mañana o esta tarde alguna solemne ceremonia religiosa. Otros creen que son fieles que han ido en peregrinación al santuario de la Santa Faz, que está en el cercano pueblecito de Busot. De repente alguien se fija que varios de los autocares llevan grandes palmas como adornos y aventura una hipótesis que hasta entonces no se nos ha pasado por la imaginación.

—¿No será hoy Domingo de Ramos?

Algunos lo ponen en duda. Por lo que recuerdan, Semana Santa suele caer a mediados de abril y ahora estamos en sus comienzos. Otros arguyen que como se trata de unas festividades movibles lo mismo pueden anticiparse o demorarse diez o doce días un año con relación al anterior. Al final, Antón Mendiluce, un vasco, antiguo seminarista que combatió en los frentes del Norte y ha seguido luchando en el Centro hasta alcanzar la graduación de comandante de batallón, disipa todas las vacilaciones.

—No lo dudéis, camaradas —afirma seguro—. Hoy, Domingo de Ramos, comienza la Semana Santa.

Pienso para mí que la semana que comienza no será santa, pero sí de pasión para todos nosotros; una pasión que, como la que celebra la Iglesia, puede terminar en forma trágica para cuantos me rodean y para mí mismo; que en realidad acaba en esa forma cada día, cada hora, incluso cada minuto con unos cuantos de los nuestros.

—Y eso que únicamente estamos al comienzo del calvario que nos obligarán a recorrer, quizá esta misma semana.

* * *

—Parece que hoy tampoco nos tocará comer.

A las doce ha circulado el rumor —lanzado nadie sabe por quién— de que iban a distribuir comida entre los prisioneros. Media hora más tarde hemos visto de lejos cómo comían los soldados. Los responsables de las diferentes centurias se acercaron a la una a la entrada del campo. Eran más de quinientos.

—Si cada uno representa efectivamente a una centuria, debemos estar aquí cerca de cincuenta mil personas.

Discutimos un rato el número real de los recluidos en el Campo de los Almendros. No es tema apasionante, desde luego; que seamos ocho o diez mil más o menos no varía en absoluto nuestra situación. Pero mientras hablamos de esto nos olvidamos de otras cosas más molestas y desagradables. Al final coincidimos todos en que probablemente el número oscila entre cuarenta y cuarenta y cinco mil.

—Pero más que el número —agrega Aselo— importa la calidad. Porque aquí, alrededor nuestro, están los hombres que hicieron posible la resistencia en la guerra y sostuvieron la moral de todos hasta el último día.

Es cierto que durante los años de lucha no pocas figuras sobresalientes —científicos, intelectuales, artistas, investigadores, médicos, ingenieros, políticos y militares— abandonaron la zona centro-sur para marchar a Cataluña y, antes o después, al exilio. Coincidiendo con Aselo, preciso:

—Sin embargo, en estas diez provincias quedaron suficientes valores para que, pese a la extrema gravedad de las circunstancias, no se paralizase

la vida. Si los frentes se mantuvieron firmes hasta finales de marzo fue porque en ellos y tras ellos continuó funcionando una organización. Improvisada en muchos aspectos, con graves defectos en otros, con todos los fallos que se quiera, pero eficaz.

—¿Qué entiendes por organización? ¿Te refieres únicamente a un aparato estatal? —inquiere Esplandiú.

—Sí y no. Estaba en pie, desde luego, el esqueleto de un Estado, aunque el término repugne a muchos que, pese a sus concepciones ideológicas, lo sostuvieron sacrificando los postulados defendidos durante toda la vida al objetivo fundamental de ganar la guerra. Pero había algo más.

Aquel algo más eran las organizaciones sindicales, la autogestión en fábricas y talleres, las colectividades agrícolas y, sobre todo, el espíritu de millares y millares de hombres para quienes no existía la palabra imposible y superaban todos los obstáculos a fuerza de decisión y entusiasmo. Merced a ellos funcionaban las comunicaciones y los transportes, se aguantaba en las trincheras, se distribuía con cierta equidad lo poco que había, se mantenía la paz en la retaguardia y aún se confiaba en la victoria cuando todo parecía negarla.

—Con todas las terribles penurias de medicamentos e instrumental no interrumpieron su labor hospitales, clínicas y sanatorios; tuvieron escuelas los chicos y ni siquiera cerraron por completo las universidades. De sobra sé que nadie lo reconocerá así, ni será capaz de tenérnoslo en cuenta; también que ni uno solo de nosotros lo alegará como mérito en ninguna circunstancia, pero así fue.

Quienes habían hecho aquel esfuerzo titánico logrando algo que por sobrehumano lindaba con el prodigio estaban allí en buena parte. En un radio de mil metros en torno nuestro se hallaban —sucios, hambrientos, desesperanzados— millares de hombres de auténtica y extraordinaria valía. Luchadores que habían arriesgado con absoluto desinterés su vida en millares de ocasiones; militares profesionales o simples trabajadores agrícolas e industriales que habían mandado a la perfección batallones, brigadas, divisiones y hasta cuerpos de ejército; diputados, gobernadores civiles, alcaldes, presidentes de las diputaciones, dirigentes de sindicatos, líderes políticos y simples periodistas que pudieron salvarse imitando a

muchos cobardes que abandonaron sus puestos años, meses, incluso días antes tan sólo y optaron por seguir hasta el último segundo en los cargos que desempeñaban; médicos y cirujanos que continuaron curando y operando bajo los bombardeos enemigos; ingenieros y arquitectos, abogados y catedráticos que cumplieron animosamente con su deber profesional y, sobre todo, más numerosos y admirables que nadie, campesinos y obreros, ejemplo y lección para el proletariado del mundo, que habían escrito anónimamente, sin esperanzas de recompensa, a sabiendas que sus nombres no aparecerán en ninguna historia ni serán recordados por futuras generaciones —olvidados o desconocidos, incluso por sus propios hijos— páginas incomparables de abnegación y sacrificio.

—Una mayoría será fusilada en los días o los meses próximos y acaso sean los más afortunados. Los que no, padecerán interminables encierros, sufrirán todas las humillaciones y carencias imaginables, y si no mueren por agotamiento en cualquier celda carcelaria, estarán tan viejos cuando recobren la libertad, que prácticamente no les servirá ya de nada.

—¿No eres demasiado pesimista? —pregunta Aselo Plaza, visiblemente impresionado por mis palabras.

Voy a contestarle cuando allá lejos, a la entrada del campo, distante unos trescientos metros del punto en que nos hallamos, se arma un alboroto de gritos, silbidos, palos y carreras. En un primer momento no sabemos a qué se debe. Tan sólo que unos grupos de soldados armados con palos y vergajos o utilizando las culatas de sus fusiles, arremeten violentos contra el medio millar de delegados de las distintas centurias que llevan dos horas esperando al rancho anunciado. Si un instante algunos optimistas lo interpretan como consecuencia explicable de la prisa en recoger la comida por parte de quienes llevan días enteros sin comer, la ilusión se desvanece apenas nacida.

A fuerza de palos se despejan los alrededores de la entrada del campo. Los que aguardaban pacientemente tienen que volver a sus respectivas centurias con las manos vacías. El de la nuestra torna descalabrado, con un hilillo de sangre corriéndole por la frente. Va a sentarse en el suelo a veinte pasos de donde nos encontramos. Mientras con un pañuelo se limpia la sangre de la cara, explica:

—Tampoco comeremos hoy. Cuando tras mucho esperar nos dijeron que podíamos volver a nuestros puestos sin nada, empezamos a protestar. Para calmarnos la emprendieron a palos con todos. A mí me dieron un vergajazo en la cabeza.

—Nos matarán a todos de mala manera —comenta uno de los que le rodean.

Me vuelvo a Aselo, que está a mi espalda, y le digo:

—Ahí tienes la respuesta a lo que preguntabas antes.

* * *

Grupos de oficiales y soldados italianos, mucho más numerosos que la víspera, continúan realizando su especial y sorprendente propaganda entre los prisioneros. Aquí y allá, en cualquier parte del campo se les puede ver hablando en tono persuasivo con cuantos detenidos quieren escucharles y que con frecuencia forman nutridos corros a su alrededor.

Pese a la sonrisa burlona con que algunos reciben sus palabras, contrasta la grave seriedad de los españoles, su parquedad de ademanes y gestos, con la teatral exuberancia itálica. Más que por la boca parecen hablar con toda la cara; mejor aún, con todo el cuerpo, dado el incesante movimiento de brazos y manos con que acompañan a los visajes más expresivos. Tanto, que, en ocasiones, tienen mucho de cómicos.

Pero si hace veinticuatro horas produjeron sus palabras desconcierto y estupefacción por partes iguales, hoy han perdido mucho de su interés. Siguen diciendo lo mismo; sin embargo, y contra lo que ayer pudimos sospechar, la mayoría parece que hablan en serio, creyéndose incluso lo que dicen. Claro está que media un abismo entre lo que ellos crean y lo que en definitiva suceda.

—Una vez terminada la guerra —repiten en todos los tonos— ¿qué interés pueden tener en que continuéis presos? Para la reconstrucción del país se necesita el concurso de todos y vosotros sois millares y millares de profesionales, de técnicos, de obreros cualificados.

—¡Hum…! —replica dudoso uno de sus oyentes—. En la zona nacional habían formado batallones de trabajo con los presos. Les obligaban a trabajar catorce o quince horas diarias y se ahorraban los jornales.

El capitán italiano que lleva la voz cantante en aquel corro lo sabe perfectamente. También que es un procedimiento que se ha empleado antes en muchas guerras con los prisioneros. Admitía incluso que ellos lo habían hecho en Abisinia.

—Pero los abisinios pertenecen a una raza distinta y aquí sois todos españoles. Además…

Entendía que lo que era admisible en circunstancias excepcionales, mientras duraba la lucha y en la totalidad del país imperaba la ley marcial, no lo era una vez concluidas las hostilidades y la nación volvía a la normalidad. Y todavía cabría tener en cuenta una razón de eficacia.

—Desde la antigüedad más remota se sabe que un esclavo trabaja siempre, por muy vigilado que esté y crueles que sean los castigos para su desobediencia, mucho menos que un hombre libre. La economía de Roma, por ejemplo, podía basarse en la explotación de los esclavos, porque las continuas guerras hacían aumentar incesantemente su número y poco importaba que muriesen pronto porque eran extranjeros y había de sobra para sustituirlos. Pero aquí no se trata de extraños, sino de compatriotas y su número, aunque grande, resulta forzosamente limitado.

Mucho más limitado que nunca en las actuales circunstancias. De un lado, porque en los frentes de combate, y aun en la retaguardia, habían perecido muchos, en su mayoría hombres jóvenes. De otro lado, porque, como consecuencia de la derrota de Cataluña, habían cruzado la frontera francesa trescientas o cuatrocientas mil personas más sin contar con los muchos millares de niños evacuados en plena lucha y que no se sabía cuándo volverían y si volverían.

—En total, y con un cálculo muy moderado, puede suponerse que faltan seiscientas o setecientas mil personas, pérdida muy sensible en una población total de veintidós o veintitrés millones de habitantes. ¿Creéis que cualquier país puede permitirse el lujo de prescindir además durante años de otro medio millón de los hombres que formaron en el Ejército Rojo, pertenecieron a los partidos políticos y las organizaciones sindicales y participaron de una u otra forma en el esfuerzo de guerra de la zona geográfica en que se encontraron al comenzar las hostilidades?

Forzoso era reconocer que los razonamientos del capitán italiano tenían fuerza y lógica. No era sólo que una mayoría de sus oyentes estuvieran deseando creerle, ansiosos por recuperar la libertad y volver junto a sus familiares para emprender una nueva vida, sino que la orientación que marcaba resultaba natural y casi obligada. Consciente del efecto que producían sus palabras y machacando el hierro mientras estaba caliente, añadió un argumento para él decisivo.

—No abriguéis la más remota duda, camaradas. ¿No ha dicho el generalísimo Franco que no tienen nada que temer quienes no tengan las manos manchadas de sangre? Pues quienes no sean asesinos saben que en cuanto se aclaren un poco las cosas —cuestión de días, de semanas como máximo— volverán con toda libertad al lado de los suyos.

Despejados los temores y recelos de los presos sobre este punto —fundamental para sus oyentes—, el capitán, como los numerosos propagandistas italianos que pululaban por el campo, pasaba a lo que a ellos les importaba por encima de todo: la lucha final contra las democracias capitalistas y la posible ayuda de los españoles. El CTV —integrado como su denominación indicaba por una mayoría de voluntarios— no había venido a España para luchar contra el pueblo ni para aplastar a los trabajadores.

—Vinimos a combatir contra el imperialismo anglo-francés que explota a medio mundo. De sobra sabéis que son empresas capitalistas con sede en Londres y París quienes explotan el cobre de Ríotinto, el hierro del Norte, el plomo de Sierra Morena, las potasas catalanas e incluso se llevan las naranjas valencianas, los vinos de Jerez, el aceite de Andalucía y el trigo de Castilla. Vosotros os matáis trabajando en las minas, las fábricas y los campos, pero el beneficio no es para otros españoles, sino para los vampiros de Inglaterra y Francia.

Igual habían hecho con Italia y Alemania hasta que Mussolini marcó el camino de la libertad económica, de la verdadera independencia de su pueblo, e igual hizo años más tarde Hitler con Alemania. Ambas naciones habían roto el yugo que las oprimía, y una vez liberada España, había llegado el momento decisivo de ajustar todas las cuentas pendientes a los grandes explotadores del mundo durante los últimos cien años.

—Hemos demostrado ya que somos más fuertes que ellos. Sabemos que tenemos la razón y que el porvenir es nuestro. Inglaterra y Francia, en cambio, están en plena decadencia, podridas por el dinero y degeneradas por la malicia y los placeres.

Tras de una brillante fachada, las democracias padecían una debilidad y una cobardía imposibles de superar. Italia les desafió audazmente en Abisinia y no se atrevieron a reaccionar virilmente. Alemania lo hizo después ocupando el Rhur y rearmándose, y París y Londres no hicieron otra cosa que lanzar gritos histéricos. En Munich, Chamberlain y Daladier tuvieron que vérselas con Hitler y Mussolini y todos sabían lo que allí había ocurrido.

—En 1939 empezará el último acto del drama en que unas naciones sin ideales ni virilidad tendrán que dejar que Alemania e Italia, con sus aliados cada vez más numerosos, se pongan a la cabeza de la humanidad inaugurando una nueva etapa histórica.

Aunque tenían seguridad plena en que la victoria final no podía escapárseles de las manos y que vencerían con relativa facilidad y rapidez, contaban con el apoyo de otras naciones, España en primer término. Igual que la habían ayudado ellos en el momento más crítico de su historia de una manera totalmente desinteresada, tenían el convencimiento de que les ayudaríamos todos nosotros.

—Sin excluiros a vosotros, naturalmente. Precisamente por haber combatido en contra sabemos el valor con que os batís, aun haciéndolo por una mala causa, engañados por las democracias y utilizando un material de desecho. En los campos de Francia tendréis muy pronto ocasión de demostrar vuestra valentía de españoles.

—¿Por qué vamos a combatir en una guerra en la que nada nuestro se ventila? —objetaban algunos.

Los italianos tenían perfectamente pensadas las respuestas a unas objeciones que seguramente daban de antemano por descontadas. Un poco de pasada aludían a la pasión española por la lucha y la aventura, a la gloria que aquella guerra futura reportaría a todos los participantes que se alinearan en el bando vencedor y a la tajada que pudiera corresponder a nuestro país en el reparto de los inmensos dominios coloniales de Inglaterra

y Francia. Hacían hincapié, sin embargo, en otras razones de muy diversa índole.

—Británicos y franceses os han estado utilizando como carne de cañón, lanzándoos contra nosotros para que les sacaseis las castañas del fuego. Por si fuera poco, en lugar de daros los pertrechos bélicos precisos para combatir con éxito, os vendieron a precio de oro armas de saldo.

Habían hecho un magnífico negocio llevándose, en unión de Rusia, todo el oro depositado en el Banco de España y la mayoría de las materias primas exportadas durante los dos últimos años. Encima de todo esto, los periódicos de París y Londres se burlaban de nosotros, hablaban de la ineficacia y desbarajuste de las fuerzas republicanas, de las constantes retiradas y de los fracasos ininterrumpidos. Por último, cuando los refugiados de Cataluña creyeron encontrarse en un país amigo, mandaron contra ellos a los senegaleses y les metieron en campos de concentración, donde se morían de hambre centenares de personas.

—Más moriremos aquí —saltaba más de uno—, porque tampoco comemos.

Apresuradamente, los italianos procuraban tranquilizar a los escépticos haciendo resaltar la diferencia de lo que ocurría en uno y otro sitio. En los campos franceses de refugiados, los internados llevaban dos meses sin comer mientras nosotros no llevábamos en los Almendros ni siquiera dos días. Aun siendo lamentables nuestras privaciones, debíamos reconocer que no obedecían a un propósito deliberado de debilitarnos, sino a una consecuencia inevitable de la desorganización producida por el rápido avance de las fuerzas nacionales y la dificultad de abastecer desde el primer momento a los siete u ocho millones de habitantes de nuestra zona.

—En cualquier instante, dentro de una hora o antes quizá, llegarán los camiones con víveres y podréis comer hasta hartaros, porque en el campo nacional, gracias a las ayudas de Alemania, Portugal e Italia sobra comida y nadie pasa necesidades de ninguna clase.

Estos propagandistas, especie de comisarios políticos italianos, argumentaban con habilidad, hablando en general un español muy aceptable. Pero como un hecho vale más que cien palabras, que transcurriese la tarde sin que se modificase la situación alimenticia, bastaba

para hacer vacilar las esperanzas que hubiesen podido sembrar en unos pocos de sus oyentes.

—La verdad, la única verdad, es que esta Semana Santa va a ser de completo ayuno para todos nosotros. Con la desventaja, si nos morimos de hambre, que no habrá resurrección para nadie el domingo próximo.

* * *

Al atardecer, mientras las primeras sombras de la noche van extendiéndose sobre el inmenso campo y en tanto que algunos, clavadas sus miradas en la carretera, todavía no han dicho un adiós definitivo a la ilusión de ingerir algún alimento antes de tumbarse, hablamos en un grupo numeroso en el que hay hombres de las más diversas profesiones y tendencias, acerca del crédito que puedan merecernos los vaticinios y promesas italianas. Todos coincidimos en que, incluso admitiendo que hablen de buena fe, están tan lejos de la realidad como podemos estar de cualquiera de las estrellas que empiezan a encenderse en el firmamento.

—Sin embargo —insisten dos o tres, aferrándose con el ansia de un náufrago a una remota esperanza— tenían razón en algo de lo que decían. Concretamente, en que sería desastroso para la economía y la reconstrucción nacionales mantener en prisión a medio millón de personas.

—A corto plazo, indudablemente —replica Ricardo Zabalza, hasta hace cuatro días diputado socialista y secretario de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra—; a la larga, no; y es a largo plazo lo que fundamentalmente interesa a financieros y capitalistas.

Explica con brevedad sus puntos de vista, coincidentes en líneas generales con los de todos los presentes. Es cierto que con el concurso y la colaboración obligada y sumisa de cuantos ahora llenamos los campos de concentración, los presidios, las cárceles y las comisarías de toda España, resultaría menos azaroso y más rápido reparar los estragos de la guerra y volver en dos o tres años de esfuerzos y sacrificios comunes a alcanzar o superar el nivel productivo de 1936. También que esta labor comunitaria, en la que estaríamos implicados la totalidad de los españoles, disiparía rencores y odios estableciendo de manera gradual una convivencia pacífica cordial entre los que lucharon en ambos bandos.

—¿No sería eso beneficioso para todos?

—Lo parece para nosotros, que inevitablemente enfocamos el problema con la óptica de los vencidos; pero puede no parecérselo a quienes lo contemplan desde perspectivas radicalmente opuestas.

En efecto, ¿tendrían la impresión de haber ganado la guerra los terratenientes andaluces que no pudieran tratar a los labriegos como en tiempos de sus abuelos? ¿O los capitanes de industria catalanes o vascos que vieran aumentar los salarios obreros en la misma proporción que sus beneficios? ¿Estarían satisfechos con lo conseguido los grandes financieros, los aristócratas y todos los que niegan la lucha de clases, aunque sean los primeros en dividir la nación en castas y clases?

—Naturalmente que no —se impacienta uno—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso para que medio millón de españoles hayamos de continuar encerrados?

Anticipándose a Zabalza, contestan varios de los presentes. Aristócratas de la sangre y el dinero, financieros, capitanes de industria y terratenientes necesitan —más que para la supervivencia, para aumentar sus caudales y preponderancia en el seno de una sociedad determinada— terminar con las inquietudes y rebeldías del proletariado. Cuantos más rebeldes mueran, cuantos más años purguen sus inquietudes en prisión los demás trabajadores, más sumisos tendrán que mostrarse los que se encuentran en libertad. Incluso las nuevas generaciones, escarmentadas por lo sucedido a sus padres, serán incapaces de reclamar sus derechos con la necesaria energía.

—Ahí tienes por qué, a la larga, será un buen negocio para ciertas gentes lo que en principio puede parecer desastroso para la totalidad del país —resume Zabalza.

—Quien lo dude —añade Manuel Villar, director hasta el 29 de marzo de *Fragua social*, de Valencia— no tiene que recordar más que lo sucedido en la represión que siguió a la Comunne parisina.

—O lo que ahora mismo está ocurriendo en Alemania —agrega José Rodríguez Vega, secretario de la Unión General de Trabajadores—. Seis años hace ya que Hitler subió al poder y seis años llevan en presidio millares y millares de obreros alemanes.

—Que pueden considerarse muy afortunados si continúan vivos —le secunda Henche, alcalde de Madrid hasta el 28 de marzo.

—Y no son únicamente los trabajadores socialistas o comunistas —continúa Rodríguez Vega—, sino infinidad de intelectuales, médicos, abogados, ingenieros, investigadores, periodistas y catedráticos —algunos de ellos famosos en el mundo entero y galardonados con el premio Nobel— viven encerrados en las condiciones más inhumanas. Y en cuanto a los judíos…

Pasaban del millón los perseguidos, humillados, escarnecidos y torturados en Alemania, Austria y la Checoslovaquia recién conquistada por el nazismo. Si muchos habían conseguido huir, eran más numerosos aún los que llenaban los campos de concentración. Aunque el prescindir de tantos cerebros esclarecidos y de una parte del proletariado debía causar enormes perjuicios a la industria y a la producción alemana, Hitler seguía en pie, más amenazador y agresivo que nunca, a punto de hundir a Europa en el baño sangriento de una nueva conflagración.

—¿Serán capaces los que aquí tanto le admiran de resistir la tentación de proceder con nosotros en la misma forma que el nazismo trata a los judíos?

—Pero los que no tengan las manos manchadas de sangre —tercia un viejo campesino manchego— no tienen nada que temer.

—¿Crees que las tenía García Lorca, Leopoldo Alas, Rufilanchas o todos los diputados del Frente Popular que se encontraban en la otra zona al comenzar la guerra? ¿Podría tildar nadie de criminales a generales como Molero, Batet, Núñez del Prado, Salcedo, Caridad Pita, Romerales o Gómez Morato? Piénsalo despacio y contéstate a ti mismo.

* * *

Nos tumbamos de nuevo sin haber probado bocado. Como hoy no quedaban almendrucos, los cuarenta o cuarenta y cinco mil hombres recluidos en el campo, hemos tenido que contentarnos con masticar o comer algunos tallos tiernos y un puñado de hojas de almendro. Muchos se han comido hojas y tallos buscando un consuelo para sus cosquilleantes

estómagos, pero la mayoría nos hemos limitado a masticarlas. En cambio, nuestro grupito ha tenido la suerte de beberse media cantimplora de agua.

—Afortunadamente sólo con agua se puede vivir mucho tiempo.

Inclino la cabeza en gesto de asentimiento. Recuerdo el caso, famoso en su tiempo, del alcalde de Cork, que murió en la cárcel, donde había declarado la huelga de hambre luchando por la independencia de Irlanda, que aguantó sin comer cerca de dos meses antes de morirse. Precisamente, esta misma tarde, uno de los muchos médicos presos en el campo, me ha dicho respondiendo a mis preguntas:

—Sin dormir no hay quien pueda resistir vivo arriba de quince días; sin agua no pasará de los veinte; pero sin alimentos sólidos, siempre que sea un hombre joven, fuerte y sin ninguna enfermedad, puede vivir un mes y acaso más.

—Es un consuelo —replico—, porque aun no habiendo comido mucho los días anteriores, sólo llevamos cuarenta y ocho horas sin probar bocado.

Tengo treinta años y no he padecido ninguna grave dolencia. Puedo, por tanto, esperar vivir mes y medio aunque sigan sin darnos de comer. ¿Es una ventaja? Creo que, dadas las circunstancias, todo lo contrario. Pero no está en mis manos modificar la situación.

—Procurad dormir bien, compañeros. Por lo menos durmiendo no consumiremos muchas energías.

Duermo siete horas seguidas. Aunque antes de dormirme suenan muchos disparos, que continúan casi ininterrumpidamente durante toda la noche, estamos acostumbrados a oírlos y no nos producen el menor efecto. Acaso por el vacío que siento en el estómago, cerca del amanecer empiezo a soñar con un apetitoso banquete. El toque de diana llega cuando estoy en la parte más suculenta de la comida.

—Lástima —digo al sentarme—. Si tarda diez minutos más la corneta me hubiese alimentado para quince días.

Me sorprende oír entonces que mis compañeros han tenido sueños similares al mío. Parece que todos hemos compensado nuestros ayunos despiertos con la suculencia de las comilonas dormidos. Por desgracia, los banquetes imaginarios no calman nuestro apetito real. Al ponernos en pie sentimos un molesto cosquilleo interior y un agudo pesimismo.

—Temo que sea nuestro tercer día consecutivo de ayuno completo.

Lo es. Como en las jornadas precedentes, incluso con mayor intensidad, cada par de horas corre el rumor de que vienen los camiones con el rancho. Una y otra vez, los rumores se quedan en serlo. Vemos comer a los soldados que nos guardan y vigilan; nosotros no recibimos nada.

—Y en los árboles no queda ya ni una sola hoja.

Aunque esta noche no ha llovido, los pozos parecen tener más agua. Quizá haya sido que llegamos antes al más próximo, pero o hay menos gente esperando o las colas corren mucho más. En cualquier caso a la hora conseguimos un cubo de agua para los cuatro. Bebemos una poca, llenamos la cantimplora y con el resto nos lavamos manos y caras.

—Casi podíamos afeitarnos.

Desistimos tras una pequeña discusión. Aunque acaso pudiéramos hacerlo con el agua de la cantimplora, gastaríamos casi todo el líquido con la desagradable perspectiva de no conseguir más en el resto del día. En todas las colas hay más gente que antes y avanzan mucho más lentas porque el pozo casi se ha vaciado.

—Perderíamos dos o tres horas y en definitiva estamos bien así. Yo por lo menos no espero ninguna visita.

—Tampoco nosotros.

Parece, sin embargo, que esta mañana no faltan visitantes en el campo. Aparte de los italianos —menos numerosos que en anteriores jornadas—, que prosiguen con sus intentos de captación y a los que ya hacen poco caso los prisioneros, existen otras visitas de dos clases harto diferentes. Unas —las menos— son de mujeres, casi siempre acompañadas por algún militar de uniforme que buscan a un familiar determinado que saben o sospechan que se encuentra allí. Acompañados por uno o dos soldados, preguntan en los grupos de presos por los pertenecientes a tal o cual unidad del ejército republicano o por los procedentes de un frente, de una región o de un pueblo determinado. De vez en cuando vocean a través de los megáfonos:

—¡Benito Lesmes González, de Crevillente! Preséntese en la entrada del campo. Le busca su mujer.

Unas veces aparece el llamado y otras no. En el primer caso, es corriente ver al interesado marchar a la carrera hacia el punto indicado,

fundirse en un abrazo con su mujer, su hermana, su hijo o su madre, y conversar animadamente con ella unos minutos bajo la mirada vigilante del militar o falangista que la acompaña y del centinela más próximo. Al despedirse el interesado vuelve junto a sus camaradas, generalmente con un trozo de pan o unos pocos víveres que se apresura a repartir con quienes duermen a su alrededor.

En ocasiones nadie responde a las llamadas. Generalmente el individuo cuyo nombre vocean no está en el campo, porque no llegó a entrar, porque se ha fugado o porque le han matado al intentar escapar. También se dan casos de que el individuo llamado no quiere que le encuentren.

—¿No eres tú el Andrés Palenzuela Ramírez que andan llamando?

—Sí, pero prefiero que no me encuentren.

Nadie le pregunta los motivos. Pueden ser de cualquier índole y todos los presos los respetan. Cabe que el familiar no lo sea o que aun siéndolo sea un enemigo implacable. También que el vocear su nombre sea una trampa para saber si todavía está vivo y, de descubrirlo, procurar que no lo siga estando mucho tiempo. De cualquier forma nadie le traicionará diciendo dónde se encuentra; en caso de ser preguntados, afirmarán no haber escuchado aquel nombre en todos los días de su vida, e incluso cambiarán ropas o uniformes con él para dificultar su identificación.

Pero esto último es lo excepcional en esta clase de visitas, que por regla general tienen un desenlace relativamente feliz. El prisionero puede abrazar a alguno de sus familiares —a los que generalmente lleva semanas o meses sin ver—, escuchar de sus labios palabras de consuelo y aliento e incluso recibir algo, por poco que sea, que mitigue momentáneamente sus hambres. Aun así una mayoría no desean que sus familias sepan dónde se encuentran y vengan a verlos.

—A mí me serviría de muy poco —dicen— y para ellos sería una tortura. Prefiero que piensen que logré embarcar en el último instante.

La segunda clase de visitas, más abundantes que las primeras ya en estos primeros días, resultan desagradables, dramáticas siempre y muchas veces de inmediatas consecuencias trágicas. En estos casos los visitantes no suelen ser mujeres, venir a pie ni haber hecho el camino solos. Llegan en coches e incluso en camionetas y autocares de los que se apean grupos

nutridos de individuos, generalmente uniformados con camisa azul y boina roja, correajes nuevecitos y pistolones al cinto. En ocasiones les acompaña algún cura y les escolta una pareja de la Guardia Civil. Los tricornios producen impresión entre los recluidos, porque hay muchos que no ven ninguno desde hace más de dos años.

Tras preguntar a los soldados que nos vigilan, estos grupos suelen entrar en la casa del otro lado de la carretera, donde están los oficiales que mandan en el campo y las improvisadas oficinas del mismo. Exponen sus pretensiones, nos figurábamos que deben exhibir sus correspondientes documentaciones y suelen salir con un papel en las manos que muestran satisfechos a los compañeros que les esperan en la puerta. A los pocos segundos empiezan las llamadas por los megáfonos:

—Los dirigentes del Frente Popular de Alicante, así como los miembros del Ayuntamiento y la Diputación que se presenten inmediatamente en la entrada del campo.

—¡Échales un galgo…! —comenta burlón Serrano tras advertir que se repite tres o cuatro veces la llamada, sin que se presente nadie.

—Pero que sepa nadar, porque lo necesita —añade un teniente de la 28 División, alicantino de nacimiento, que lo ha oído—. ¡Todos se fueron en el *Stanbroock* y el *Marítima*!

Cabe la posibilidad de que alguno de los llamados no llegase a embarcar en los dos últimos buques salidos del puerto de Alicante e incluso que se halle entre nosotros. Pero tendría que ser demasiado optimista para suponer que le llaman para darle algún premio y hacerse lo menos visible. Tras repetir varias veces sin resultado alguno la llamada, los individuos que han venido a buscarles se deciden a entrar en el campo para hallar personalmente a los reclamados.

Mientras quince o veinte sujetos, con la protección de algunos soldados, husmean por todos los rincones del campo, los megáfonos transmiten otras órdenes parecidas:

—¡Que se acerquen inmediatamente quienes hayan estado en Denia durante la guerra…!

—¡Que salgan los policías que prestaron servicio en Orihuela…!

—¡Los vecinos de Elda que se encuentran en el campo…!

Si por la mañana son pocos los que acuden contestando a estas llamadas, por la tarde no lo hace absolutamente nadie. Sobran las razones para que así sea. De pie, tomando el agradable sol abrileño, junto a los dos árboles entre los cuales nos hemos instalado, dominamos un trozo de carretera, que discurre veinte metros más baja y a otros sesenta de distancia. Podemos presenciar hacia la una de la tarde una escena que quedará grabada a fuego en la mente de cuantos la contemplamos, y somos varios millares.

Uno de los grupos de búsqueda ha encontrado en algún lugar del campo a cuatro personas de las que buscan. Las vemos ya en la entrada del campo, rodeados por quienes han venido por ellos, vigilándolos pistola en mano. Mientras, con unas cuerdas, les atan los brazos a la espalda, dos de los individuos que han dado con ellos en el campo penetran en la casa donde se han instalado las oficinas, probablemente para firmar los correspondientes partes de entrega de los prisioneros que se llevan.

Uno de los presos viste ropas civiles; los otros tres, prendas militares. Dos de éstos no han debido pasar de soldados, mientras el otro lleva uniforme del Comisariado. De los cuatro, hay un chico que no debe tener arriba de catorce o quince años, y un viejo —el paisano—, que probablemente frisará en los sesenta. Algo más joven es el otro soldado, aunque posiblemente pertenezca por los años a lo que burlonamente llamaron los madrileños cuando fuera movilizada «la quinta del saco». El comisario, por su parte, seguramente no ha superado la treintena y se mantiene erguido, mirando con gesto retador a sus adversarios y encogiéndose de hombros, despectivo ante lo que suponemos —las palabras no nos llegan por la distancia—, preguntas o insultos.

Cuando terminan de atarles llevan a los presos a empujones y patadas hasta una camioneta aparcada a corta distancia. Les obligan a subir de mala manera y suben también otros cinco individuos, tres de los cuales no sueltan un segundo sus pistolas. Salen los dos individuos que han entrado en las oficinas del campo y se meten en un automóvil con el motor en marcha que les aguarda cerca de la camioneta y hacen gesto al conductor de ésta para que emprenda la marcha.

Al ponerse en movimiento la camioneta, a la que sigue a quince o veinte metros de distancia el automóvil, los que custodian a los prisioneros quieren obligarles a sentarse o a tumbarse en el suelo de la plataforma. Se produce entonces una riña, cuyo origen no acertamos a descubrir. Puede ser que el viejo se resista a obedecer la orden que le dan o que conteste con algún exabrupto a cualquier insulto. En cualquier caso, cuando la camioneta ha recorrido ya un centenar de metros, alejándose de la entrada del campo, vemos perfectamente cómo uno de los que van con los detenidos levanta la pistola cogiéndola por el cañón y descarga un tremendo culatazo sobre la cabeza del preso, cuyo pelo canoso se tiñe de rojo.

Se produce entonces una barahúnda espantosa. El otro prisionero de mediana edad, vestido de soldado, asesta una patada al individuo que ha golpeado a su compañero, tirándole contra la barandilla de la camioneta. Al mismo tiempo, el muchacho y el comisario se defienden a cabezazos y patadas contra los guardianes. Suenan entonces varios disparos, y uno de los presos se derrumba con un grito de agonía en los labios. Herido, también, en un hombro, el muchacho se tira de un salto de la camioneta y el comisario le imita. Caen rodando por la carretera, en tanto que la camioneta, que no ha parado, se aleja unos cuantos metros.

El muchacho se incorpora rápido y mira asustado en torno suyo. Desde la camioneta tiran contra él y trata de librarse de los disparos retrocediendo a saltos. Pero los individuos que van en el automóvil disparan también. Un momento el chico vacila en el centro de la carretera; al siguiente, el automóvil le derriba primero y le pasa por encima después.

Sólo queda el comisario, contra quien disparan desde la camioneta y el automóvil. Herido en el pecho, el instinto de conservación le obliga a salir corriendo. Salta una cerca del otro lado de la carretera y emprende la huida a través del campo. No va muy lejos, sin embargo. De la camioneta se tiran dos individuos que van tras él; anticipándoles unas décimas de segundo, también se ha apeado del coche el que parece comandar el grupo.

Los tres trasponen la cerca y corren tras el comisario sin cesar de disparar. Alcanzado por algún proyectil, el fugitivo cae. Se levanta con un esfuerzo desesperado y pretende seguir. Resuenan nuevos balazos y tras dar,

vacilante, unos traspiés, el comisario cae de bruces. El jefe del grupo de sus perseguidores llega a su lado y le dispara el tiro de gracia.

—¡Asesinos…! ¡Cabrones…! ¡Canallas…!

Impresionados, centenares de prisioneros hemos presenciado de lejos la trágica escena. Inermes, sin poder intervenir, contenidos por los fusiles y las ametralladoras que cercan y vigilan el campo contemplamos la muerte de unos compañeros de reclusión inmolados ante nuestros propios ojos, de una manera tan injustificable como absurda. Muchos ponen en los gritos que lanzan toda su rabia e impotencia. Por segundos, los gritos crecen en intensidad.

—¡Bestias…! ¡Cobardes…! ¡Criminales…!

Los soldados que vigilan el campo toman rápidas posiciones para aplastar cualquier posible intentona desesperada de los presos. Acuden a la carrera los que descansan al otro lado de la carretera. De la casa donde se encuentran las oficinas y el mando, salen precipitadamente varios oficiales y unos pelotones de soldados. Suenan unos toques de aviso y los altavoces ordenan:

—¡Quietos todos…! ¡Basta de gritos y alborotos…! Los que no callen en el acto…

Un teniente se enfrenta con los que acaban de matar al comisario y unos soldados se apresuran a desarmarlos. Varias voces claman:

—¡Fusiladles por asesinos…!

El teniente obliga a subir a la camioneta al grupo de paisanos. Hace que suban también un par de soldados y se sienta junto al conductor. Medio minuto después, la camioneta emprende la marcha hacia Alicante, y dos más tarde, desaparece de nuestra vista. Poco a poco, va disminuyendo la tensión.

—¿Crees que les juzgarán por lo que han hecho? —oigo preguntar a mi lado a Esplandiú, dolido e impresionado por lo que acabamos de ver.

—Debían hacerlo, pero a lo mejor les dan un premio —responde Aselo, amargado, encogiéndose de hombros—. En definitiva se trataba de unos rojos. ¿Y a quién puede importarle la vida de unos rojos como nosotros?

III

CON EL ESTÓMAGO VACÍO

Vuelve a llover de madrugada en la noche del lunes al martes. No cae mucha agua, desde luego. Es posible que de dormir a cubierto no hubiésemos llegado a enterarnos siquiera. Pero en el campo bastan las primeras gotas para despertarnos. El chaparrón apenas dura un cuarto de hora. Resulta suficiente, sin embargo, para fastidiarnos. Se moja la manta que difícilmente alcanza a tapar a los cuatro que nos cobijamos bajo ella; se moja también la ropa que llevamos puesta y el suelo en que nos tumbamos. Aunque pasado el remojón volvemos a dormir, perdemos hora y media o dos horas de sueño, se acatarran algunos, nos enfriamos la mayoría y por la mañana se ha intensificado en varios grados el malhumor general.

—¿Cuarto día consecutivo de completo ayuno?

—Desgraciadamente, es lo más probable.

No reina precisamente el optimismo al respecto. Si en días anteriores cualquier rumor acerca de un próximo rancho era creído con cierta facilidad por las gentes, ahora todo el mundo rechaza los rumores con gesto desdeñoso. Como suele ocurrir aquí, como en todas partes, las multitudes saltan con extrema rapidez de un extremo al otro.

—Antes del mediodía nos darán de comer —afirma uno—. Vengo de cerca de la entrada y he oído…

Un chaparrón de burlas y risas no le permite seguir. Veinte voces distintas le gritan despectivas:

—¡Despierta ya, *chalao*, que tocaron diana hace tres días…!

—¡Vete con el cuento a otra parte, so *lipendi*…!

—¡Nos ha *amolao* el *manús*…! Venirme con fantasías a mis años… Ni que fuese un mamón como él…

En las colas formadas ante uno de los pozos en espera de conseguir algo de agua para beber y lavarnos, coincidimos esta mañana unos cuantos periodistas madrileños. Nos encontramos primero con Nobruzán y Aldabe; más tarde, con Manuel Gómez Fernández, redactor de *La Libertad*, que acabó la guerra de capitán; luego con Casasús, antiguo redactor de *CNT* y más tarde comisario en la 25 división y, por último, con Navarro Ballesteros. Con ellos hablamos más que de la comida en sí, del pesimismo general en el campo y de las reacciones burlonas o irritadas de una mayoría cuando alguien les anuncia que comerán pronto.

—La gente está muy escarmentada luego de varios días sin que se cumpla ninguna de las promesas.

—Pero alguna vez tendrán que darnos de comer, ¿no?

—Según. Si han decidido matarnos de hambre…

No se por qué la situación y las palabras me recuerdan unas frases de Lerroux en los pasillos del Congreso unos años atrás. Fue en el otoño de 1933, cuando el primer bienio republicano llegaba a su final y se esperaba de un día para otro la crisis del gobierno Azaña, que no acababa de producirse. Una tarde, al llegar a las Cortes el jefe del partido radical, un periodista le dijo:

—Seguimos sin crisis, don Alejandro. Y hay quien dice que no la habrá en lo que resta de año. ¿Qué opina usted?

Lerroux sonrió y evocó los años de la guerra europea, en uno de los cuales llegó a decirse que en vista de las circunstancias dolorosas porque atravesaba el mundo no se celebraría la Navidad.

—Se lo dijeron a un amigo mío, que respondió muy tranquilo: «No hagan ustedes caso. Esos son rumores que hacen correr los pavos».

—Lo malo del caso —replica, pensativo, Aldabe cuando acabo de contar la anécdota— es que si aquí hay algunos pavos, seremos nosotros los

sacrificados.

* * *

Un individuo alto, delgado, de nariz afilada y pelo revuelto, perora seriamente ante un grupo de soldados de la 25 División, que escuchaban con aire más burlón que sorprendido. Debió haber sido oficial, tal vez jefe en alguna unidad del Ejército Popular, juzgando por los restos del uniforme que todavía viste. Con la mano izquierda a la espalda y la derecha al pecho, con la gorra militar atravesada en la cabeza, arenga a quienes le escuchan en tono campanudo y grandilocuente:

—¡Soldados: Desde lo alto de esas pirámides…!

—¡Lo que nos faltaba para el duro! ¡Ahora Napoleón…!

Sin desconcertarse por las risas, los gritos y las burlas, el individuo prosigue su perorata. Cuando concluye se marcha andando despacio. Se aleja cincuenta o sesenta metros, y tras unos minutos de silencio, comienza a repetir la misma arenga:

—… cuarenta siglos nos contemplan…

No es el único loco del campo. Se repite el doloroso espectáculo, acentuado a medida que pasan las horas y los días. Ahora debe haber ya doscientos o trescientos orates sueltos entre nosotros. Son, en general, pacíficos y no se meten con nadie. Aparte de unos cuantos napoleones abundan los oráculos que profetizan los más trágicos acontecimientos; los pacifistas que proclaman su amor a todos los seres humanos y los que creen haberse convertido en animales de las más variadas especies, y cantan, aúllan e incluso muerden.

—Desde el punto de vista médico son perfectamente comprensibles y explicables todos estos casos. Dada la trágica situación en que todos nos encontramos, hay cerebros que para seguir viviendo, necesitan negar la espantable realidad que tienen ante los ojos y escapar de ella por la puerta de la locura, siempre abierta de par en par a quienes caen en una absoluta desesperanza.

El doctor Bajo Mateos ha cambiado y envejecido mucho desde los días pasados en el puerto. Tiene ya sesenta años y las jornadas sin comer ni lavarse, durmiendo en el suelo, soportando soles y lluvias, le han causado

mayor efecto que a nosotros, que no pasamos de la mitad de su edad. Le encuentro en un grupo formado principalmente por elementos del sindicato madrileño de Sanidad. Con él están Manuel Royano, secretario del Sindicato, tres o cuatro médicos más y Fernando Trigo, antiguo militante libertario, practicante de profesión, que estuvo toda la guerra al frente de una unidad de la Cruz Roja.

—¿No puede hacerse nada por curarles?

—¿Cómo, cuándo, dónde y con qué? —responde Bajo con gesto de impotencia—. En el campo no hay nada parecido a una enfermería; no disponemos de medicinas de ninguna clase e incluso aunque dispusiéramos de los medicamentos necesarios y de un lugar en que tratar a los dementes, dudo mucho que nos dejasen cuidarles. Aparte, claro está, que de realizar el verdadero milagro de curarles, acaso les hiciéramos el peor de los favores.

Descarta por completo esta última posibilidad. Los enfermos mentales requieren tratamientos prolongados y difíciles que allí son totalmente imposibles. Cabe temer que los locos, carentes de todo cuidado médico, empeoren rápidamente y que se mueran o se tornen furiosos y se hagan matar en el transcurso de muy pocas semanas.

—Ya creo —interviene Trigo— que han matado a algunos.

Sabe concretamente de uno que al anochecer de ayer cruzó tranquilamente los límites del campo, no hizo el menor caso de los gritos de un centinela y fue abatido por una ráfaga de metralleta.

—A varios más han tenido que sujetarles, incluso atándoles, sus compañeros para impedir que se lancen contra los vigilantes.

Parece que otros, en cambio, han logrado escapar. ¿Estaban realmente locos o se lo fingían? No es fácil decirlo, porque para saber a qué atenerse habría que someterlos a una serie de pruebas. Incluso cabe la posibilidad de que algunos, que creen fingir la perturbación mental, la padezcan realmente.

—Por ahí anda un compañero de Cuatro Caminos —indica Royano— que lleva tres días haciendo las cosas más raras. Incluso sus compañeros de barriada, que le conocen bien, creen que Mariano García está loco. Sin embargo, anoche habló conmigo, y bajando mucho la voz, temeroso que alguien pudiera oírle, me aseguró que está perfectamente cuerdo.

—¿Y lo está?

—Yo creo que no. Parecía razonar cuando habló conmigo, pero con sólo mirarle a los ojos se convencía uno de que está majareta perdido.

Cambiando de tema, pregunto al doctor por Encarna, su mujer. Llegó hasta el puerto con su marido y su hijo, decidida a compartir su suerte en tan azarosas circunstancias. Hablé con ella en los muelles cuando quedaban escasas esperanzas de que nadie pudiera embarcar, y la encontré tan animosa y resuelta como siempre.

—La separaron de nosotros apenas salimos del puerto como hacían con todas las mujeres. Creo que las tienen encerradas en el teatro y los cines de Alicante.

Bajo Mateos siente su detención mil veces más que la propia. No se explica ni comprende por qué pueden tenerla presa. Aun compartiendo las ideas y sentimientos de sus familiares, Encarna no ha hecho nada ni ha chocado con nadie en los años de guerra.

—Mi única esperanza es que la suelten hoy mismo. Creo que han soltado a otras esta mañana y confío en que también la pongan en libertad.

Aún está hablando el doctor cuando se acercan al grupo su hijo Paco, Leiva y Guillén. Los tres pertenecen a las Juventudes Libertarias. Francisco Bajo, el más alto, es también el de menor edad, porque apenas ha cumplido los dieciséis años. Encarándose con Royano, le pregunta sonriente:

—¿No decías que Mariano, el de Cuatro Caminos, estaba para ponerle una camisa de fuerza?

—¿Te ha dicho a ti también que no está loco?

—Ha hecho algo mucho mejor: largarse. Haciéndose el loco, desde luego, y diciendo cosas raras, pero fugándose en las mismas narices de los centinelas.

Según cuentan cuantos presenciaron la escena, García, que llevaba un rato cerca de la entrada del campo dando saltos y diciendo cosas incoherentes, se acercó a dos soldados de vigilancia, sosteniendo con ellos una breve charla. Luego, mientras los soldados se reían a carcajadas, ganó la carretera y empezó a pasear por ella. Se alejaba diez o doce metros para volver seguidamente sobre sus pasos y retornar al punto de partida. Sus gestos y palabras provocaban la hilaridad de sus oyentes, convencidos, al parecer, de que se trataba de un perturbado. Incluso en una ocasión, en que

uno de los centinelas al verle alejarse, le ordenó que se parase, echándose al mismo tiempo el fusil a la cara, los soldados con quienes primero había hablado le gritaron:

—¡Déjale…! ¿No ves que está más loco que un rebaño de cabras?

Durante media hora larga, el supuesto demente estuvo yendo de un lado para otro, haciendo gestos raros en medio de la algazara de las gentes. Sin embargo, habilidosamente fue prolongando un poco más cada vez los pasos. Por último, aprovechando la llegada de unos coches cargados de italianos, que deseaban ver el aspecto del campo, Mariano García desapareció.

—Hay quien dice que saltó una cerca del otro lado de la carretera y se alejó agachado, tapado por los matorrales y las piedras. Hace ya tres horas de esto y nadie le ha vuelto a ver.

La noticia se difunde por el campo y cuando un rato más tarde hablo con David Antona lo sabe ya. Conoce al fugado bastante mejor que yo, porque durante algún tiempo ha estado destacado como policía en Ciudad Real e incluso unas semanas formando parte de su escolta.

—No me sorprende que se haya marchado. Es un hombre decidido, sereno, frío, con la inteligencia necesaria para planear una fuga, y la audacia precisa para ejecutarla en la forma pensada.

Espera que la fortuna continúe sonriéndole, y no sólo consiga huir de los Almendros, sino cruzar la frontera francesa o encontrar cobijo en un lugar en que no vayan a buscarle.

—Lo necesita, desde luego. Porque si la suerte de todos tiene poco de envidiable, la suya si vuelven a cogerle tendrá todavía menos. Ha sido policía y los policías figuran entre aquellos a los que difícilmente perdonan los nacionales. Para ellos el simple hecho de haber pertenecido a la policía republicana —y mucho más a los servicios de espionaje y contraespionaje — es delito merecedor de la pena de muerte.

—Aunque sus integrantes —salta intencionado y socarrón Mariano Aldabe— puedan demostrar que no tienen las manos manchadas de sangre.

La pregunta provoca gestos de claro escepticismo y abundancia de comentarios irónicos y burlones. Sin embargo, no faltan en el grupo ni en los que se agregan al mismo una vez entablada la discusión, quienes entienden que la cuestión debe ser analizada a fondo y contestada

perfectamente en serio. Para justificar esta actitud, basta y sobra con pensar que de su contestación —o mejor dicho, de la forma de aplicarse— depende no sólo la vida de una mayoría de los que estamos en este momento en el Campo de los Almendros, sino de otros muchos millares —cientos de millares tal vez— que residieron hasta el último segundo en la zona republicana.

—Para centrar el problema forzoso será reconocer que la frase en cuestión —«nada tienen que temer los que no tengan las manos manchadas»— constituye un acierto propagandístico tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. En apariencia, constituye una garantía de justicia imparcial y estricta; en la realidad, puede significar algo totalmente opuesto.

José Gómez Osorio es un hombre alto, delgado, ascético de figura y rostro alargado, con el pelo como la nieve, que se mantiene firme y erguido pese a sus muchos años, que habla con inteligencia y sensatez, sin levantar la voz, pero haciéndose oír de todos. Figura destacada de la vieja guardia socialista, ha sido hasta el 28 de marzo, en que salió difícilmente de la ciudad, gobernador civil de Madrid. En este mismo campo, prisioneros con él, se encuentran dos de sus hijos; es posible, probable mejor, que también los restantes miembros de la familia se encuentren en otros lugares en la misma e incómoda posición.

—Todo depende, en definitiva —prosigue—, de quiénes la apliquen y cómo la interpreten. Sabemos que serán nuestros adversarios en consejos de guerra sumarísimos, pero ignoramos si lo harán en un sentido restringido y estricto o le darán una desmesurada amplitud, incluyendo en ella a la inmensa mayoría de los prisioneros. Veamos un caso concreto: la ejecución de un militar o civil nacionalista, previo juicio y sentencia de un tribunal legalmente constituido y en cumplimiento de leyes aprobadas con anterioridad a la comisión del hecho penado.

Con arreglo a las normas de Derecho más elementales, ninguna de las personas que intervienen en la instrucción del proceso, en la elaboración de la sentencia y en su cumplimiento incurren en falta o delito alguno, siempre que se hayan limitado a cumplir con un deber que les fijan leyes y códigos legales. En la República se dio un caso elocuente y demostrativo referente a

los fusilamientos de los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, el 14 de diciembre de 1930, ejecución que produjo en todo el país una profunda conmoción.

—Fueron procesados por los fusilamientos el jefe de Gobierno y ministro de la Guerra entonces, general Berenguer, el capitán general de Aragón, general Fernández Heredia y los componentes del tribunal que dictó la sentencia. Pero todos ellos, tras ser juzgados por una sala del Tribunal Supremo el 16 de mayo de 1935, fueron absueltos con todos los pronunciamientos favorables.

La interpretación dada por los jueces republicanos a las leyes podía ser muy distinta a la que otros la dieran cuatro años más tarde. Cabía en lo posible, que toda ejecución —por muy escrupulosamente que se hubiesen interpretado los preceptos legales en la materia— fuese considerada un asesinato con todas las agravantes. En tal hipótesis preciso sería tener en Cuenta que todos cuantos de cerca o de lejos intervinieron en la detención, proceso, juicio, guardia, vigilancia o ejecución de los condenados podían ser considerados como manchados con la sangre de las víctimas.

—Es decir, que a ninguno alcance la generosidad prometida y todos sean —seamos— tratados como criminales y ejecutados como tales.

Porque si en caso de un condenado por rebelión o sedición, las responsabilidades alcanzarían a policías, jueces, magistrados, carceleros y ejecutores, lo mismo sucedería con los mandos militares de una unidad en que hubiera resultado muerto cualquier soldado al desertar, fuese por abandonar el frente huyendo en un momento difícil o al intentar pasarse al enemigo. E igual sucedería con las autoridades de cualquier pueblo o provincia en que hubiera muerto o desaparecido alguna persona durante el período de su mandato.

—Dada la vaguedad extrema de la frase en cuestión, de su absoluta falta de concreción, a mí, como gobernador civil de Madrid, podrían culparme de todas las muertes producidas en los frentes y retaguardia de la provincia durante los treinta y dos meses de guerra. Y vosotros estáis en el mismo caso.

Al pronunciar las últimas palabras, Gómez Osorio señala con un expresivo ademán a varias personas que le rodean. Entre ellas están los que

fueran gobernadores de Ciudad Real y Guadalajara —Antona y González Molina— y Trigo Mairal, que en un tiempo lo fue de Madrid.

—Creo que tienes razón en eso —asiente Ejarque—. Pero creo que antes que a las autoridades civiles, el adversario tratará de aplastar a los militares. Y de manera especial a los comisarios.

Antonio Ejarque, metalúrgico, aragonés y militante revolucionario, luchó en las calles zaragozanas en los comienzos de la contienda, incorporándose luego a las columnas confederales procedentes de Cataluña. Durante casi toda la guerra ha sido comisario de la 25 División, distinguiéndose en los frentes de Madrid, Belchite, Teruel y Levante. Hombre realista y claro, ni le gusta soñar despierto ni engañar a nadie, empezando por sí mismo.

—Aunque lógicamente el enemigo debería tratarnos a todos por igual —prosigue— es evidente que siente mayor hostilidad por unos cuerpos que por otros. Los comisarios, concretamente, no gozamos de sus simpatías ni muchísimo menos. Por eso, si yo no me fío en general de sus promesas, rechazo de plano que pueda mostrarse generoso con nosotros.

—¿Acaso supones que lo será con la policía o el SIM?

—Sólo un deficiente mental podría pensarlo y yo no lo soy. Sé que el enemigo odia a los comisarios por suponer —erróneamente, a mi juicio, pero lo supone— que somos nosotros los que durante más de dos años y pese a todos los pesares hemos mantenido alta y firme la moral del Ejército Popular. A la policía y al SIM no pueden perdonarle que no hayan dejado moverse prácticamente en toda la guerra a los elementos de la quinta columna, que únicamente han dado señales de vida cuando ya se había consumado nuestra derrota.

—Te sobra razón en eso —asiente complacido Pedrero, silencioso hasta este momento—. Para justificar su inacción o su fracaso muchos hablarán ahora de los terribles martirios a que fueron sometidos, aunque esos tormentos no existan fuera de su imaginación. Nuestra rápida muerte puede ser el mejor tranquilizante para no pocas conciencias conturbadas, no por lo que hicieron, sino por lo que no tuvieron valor para hacer.

—¡Ahora va completamente en serio! Mirad ahí y os convenceréis. Esos son los camiones que traen el rancho.

Tiene que repetirlo varias veces para que empecemos a creerlo. Son las dos de la tarde del martes 4 de abril y llevamos sin comer nada desde que entramos en éste que todos denominamos ya Campo de los Almendros. Tres días y medio nosotros; casi cuatro los primeros en salir del puerto. Demasiadas horas para que los estómagos no reclamen con urgencia algún alimento y todos empecemos a sentir una creciente debilidad.

—Afortunadamente, eso pasó a la historia. En adelante comeremos lo suficiente. Si nos fusilan, podremos al menos mantenernos de pie hasta sonar la descarga.

Ignoro, naturalmente, cómo sabré o podré comportarme en un trance tan desagradable como definitivo en el que nos sobran motivos para pensar dadas las circunstancias que nos rodean. No pierdo el tiempo en imaginármelo, convencido del viejo aforismo de que es inútil pensar en la muerte porque mientras piensas en ella no es y cuando es ya no puedes pensar nada. Sin embargo…

—Sigo dudando que comamos lo suficiente.

Son dos camiones los que se han detenido a la entrada del campo y en los que al parecer traen la comida para todos nosotros. Como el número de prisioneros no disminuye, sino que aumenta a medida que pasan las horas y los días, no creo que los dos vehículos —pequeños, de los llamados rusos aunque sean de fabricación checa— puedan traer los víveres suficientes para saciar el apetito de más de cuarenta mil personas.

—Por muy cargados que vengan, no creo que nos traigan más que un aperitivo. ¡Y palabra que no necesito que nada me abra el apetito!

En todo el campo se hace un profundo silencio cuando anuncian que van a dar una noticia por los altavoces. Tras una pausa se limitan a decir que va a repartirse comida para todos y que los jefes de centuria deben concentrarse a la entrada del campo.

—Deberán venir con un ayudante como mínimo y traer una o dos mantas para recoger los avituallamientos para sus respectivas centurias.

La llamada de los delegados de las diferentes centurias en que han dividido a los internados produce el correspondiente revuelo. Son múltiples los que quieren llegar al punto señalado como auxiliares de los encargados de recoger la comida, con la esperanza de conseguir una ración algo más

abundante. Al final, de la nuestra marchan dos acompañantes del delegado. Por los megáfonos vuelven a advertir.

—El reparto se hará en los lugares ocupados por cada centuria. Los soldados vigilarán para que nadie reciba ni más ni menos de lo que le corresponde. Los que pretendan aprovecharse de las circunstancias para sustraer alguna ración serán castigados con toda dureza.

En las instrucciones no se dice en qué consistirá el rancho. Desde luego, la exigencia de llevar mantas y no hablar nada de platos, latas o envases de cualquier tipo indica que no se trata de nada cocinado ni caldoso. La comprensible curiosidad de todos, tarda poco en satisfacerse; por lo menos en parte.

—Se trata de latas de sardinas y pan.

—Bueno. Lo interesante es que las latas sean grandes y el pan abundante.

Las ilusiones que algunos se hacen al respecto no duran mucho. De los que movidos por el afán de enterarse han acudido en montón a las proximidades del lugar del reparto y que son mantenidos a distancia por los centinelas, vuelven algunos anunciando cariacontecidos:

—Una lata de sardinas para cada dos y un chusco para cada cinco.

Los optimistas se ilusionan aún pensando que las latas serán grandes —«Las hay de medio kilo, e incluso de un kilo», murmuran algunos— y los chuscos dobles como mínimo que el de la ración dada a los soldados.

Rosendo, el delegado de nuestra centuria, y sus dos auxiliares son de los primeros en recibir sus raciones y volver con ellas al lugar en que todos aguardamos impacientes. Con ellos vienen un cabo y dos soldados para controlar el reparto y comprobar que se realiza de una manera equitativa. Pero la desilusión de todos es general y nadie hace nada por disimularla.

—Creo que nos quedaremos tan hambrientos como antes.

La conjetura, que tiene poco de dudosa al formularse, recibe su plena confirmación en los minutos siguientes. Rosendo dice lo que ya sabemos respecto a la distribución de las latas de sardinas y los chuscos. Trae cincuenta de las primeras y veinte de los segundos.

—¿Poco? ¡Naturalmente! Pero peor sería nada.

—¡Ojo! —advierte el cabo—. Los chuscos y las latas están contadas y si desaparece alguno… ¡Bueno, es mejor que no ocurra!

Los cuatro integrantes de nuestro grupo recibimos dos latas y las cuatro quintas partes de un chusco. La división del contenido de las latas no ofrece ninguna dificultad. En el interior de cada una hay cuatro sardinas pequeñas en aceite de oliva. Como todas son muy semejantes de tamaño no hay posibilidad de discusiones. En cambio, el pan provoca algunas trifulcas. No es fácil dividir el chusco en cinco partes iguales. Al final el propio Rosendo apunta una posible solución de tipo salomónico.

—Partirlo en partes lo más aproximadas posibles y que quien las corte sea el último en elegir y se quede con la ración que no hayan querido los otros cuatro.

Es la fórmula más razonable, aunque ofrece las mayores desventajas para quien parte el chusco y son muchos los que se niegan a hacerlo, siendo preciso echarlo a suertes en algunos casos. En todo esto se emplea mucho más tiempo que en ingerir las respectivas raciones.

Aunque no falte quien pretende alargar lo más posible el «banquete», la comida termina apenas iniciada. Casi todos llevamos tres días sin ingerir nada y una semana entera de no hacer ninguna comida en serio. Tenemos hambre y ni las dos sardinas —que deben pesar alrededor de 62,5 gramos, ya que las latas anuncian en distintos idiomas que su contenido neto es de 125 gramos— ni la ración de pan, que pesará poco más o menos lo mismo, la alivian mucho. Masticamos despacio las sardinas sin desdeñar la espina, hacemos lo mismo con el pan sobre el que hemos vertido el aceite de la lata. Aun así, terminamos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Satisfecho? —pregunta Esplandiú cuando terminamos.

—Todo lo contrario —respondo sincero—. Aunque parezca imposible, tengo más hambre que antes.

Es cierto. No me ocurre sólo a mí, sino a todos. Cabe una explicación que Aselo se apresura a dar, aunque tanto él como nosotros ignoramos si tiene algún fundamento.

—Debíamos tener adormilados los jugos gástricos. Se han despertado al entrar en el estómago una pizca de alimento y como necesitan más, lo piden a gritos. En este caso concreto, el remedio resulta peor que la enfermedad.

Nadie se muestra muy contento después de ingerida la primera comida que recibimos durante nuestro cautiverio. Los sesenta y dos gramos y medio de sardinas en aceite y el poco pan que a cada uno nos llega no sería suficiente, no ya para un almuerzo normal, sino para una simple merienda o desayuno. Menos aún cuando ayunamos desde hace ochenta horas como mínimo.

—¡Y cualquiera sabe cuándo volverán a darnos nada! Ni que fuésemos Papus en persona…

Pero si nosotros que hemos comido —«*passez la mot*»— estamos disgustados, el humor de quienes ni siquiera han alcanzado sus parcas raciones es cien veces peor. Ocurre que, sea porque han calculado por lo bajo el número de los que estamos recluidos en el campo, porque un millar de latas y unos centenares de chuscos se hayan perdido en el camino o por lo que fuere, hay veinte centurias enteras a los que no llega nada.

—¿Qué pasa con nosotros…?

Los delegados de las centurias elevan sus voces de protesta; las dos mil personas que habrán de continuar en ayunas les secundan estentóreamente. A unos y otros se les hace callar a fuerza de palos y con la amenaza de barrer con ráfagas de ametralladora el espacio que ocupan.

—Trajimos comida para todos. Si algunos no la recibieron, sería porque se la comieran otros, rojos como vosotros. ¡Pedidles cuentas a ellos!

* * *

Aún dura el escándalo provocado por la airada protesta de los que habrán de continuar sin comer cuando empieza a circular por el campo un rumor alarmante.

—Han venido a buscar a los componentes de la comisión del puerto.

—¿Para qué?

—Puedes figurártelo.

Uno se figura muchas cosas y ninguna buena. Cabe suponer que los nacionales se figuren que quienes nos representaban en la Comisión improvisada en el puerto sean figuras destacadas en los diferentes partidos y organizaciones y que quieran empezar por ellos.

—Se los llevaron bien custodiados a Alicante. No creo que volvamos a verlos.

Ha sido durante la conmoción producida en el campo al empezar a repartirse las sardinas y el pan y merced a ello pasó poco menos que inadvertida su marcha.

—Eran italianos quienes vinieron por ellos.

—Ni pensarlo. Yo les vi perfectamente y eran moros.

No hay acuerdo entre los que opinan. Aunque todos afirman haber presenciado su salida del campo, unos sostienen que sus guardianes eran italianos, otros moros y no faltan quienes hablan de legionarios o de guardias civiles. En cualquier caso el hecho indudable parece ser que se han llevado a cuantos nos representaron en las conversaciones con los de la Junta de Evacuación y los cónsules, primero, y, más tarde, con el general Gambara.

Para salir de dudas encaminamos nuestros pasos hacia la parte del campo en que se hallaba Antonio Moreno. Le hemos visto esta mañana en compañía de varios conocidos militantes del Centro —Gallego Crespo, Cecilio Rodríguez, Germán Puerta, Julián Fernández, etcétera— y queremos saber por éstos quién ha ido a buscar y para qué a los miembros de la Comisión, entre los que figuraba Moreno.

El 18 de julio de 1936, Antonio desempeñaba accidentalmente la secretaría del Comité Nacional de la CNT, ya que Antona se hallaba preso en la Modelo madrileña como consecuencia de la huelga de la construcción. En nombre de la Confederación, Moreno lee por los micrófonos de Unión Radio un manifiesto ordenando a todos los sindicatos la inmediata declaración de la huelga general revolucionaria para hacer frente a la sublevación militar.

Al llegar recibo una gran sorpresa al verle sentado sobre una maleta y hablando animadamente con quienes le rodean. Un poco confuso le pregunto:

—¿Cómo has vuelto tan pronto?

—No he tenido que volver, porque ni siquiera me he ido.

—Pero ¿no vinieron a buscarte?

—Sí, pero los mandé a hacer puñetas.

Al advertir mi desconcierto sonríe y explica sus palabras. Contra lo que se ha propalado por el campo y lo que muchos compañeros se han creído, los que fueron a buscar a los integrantes de la Comisión del Puerto no eran guardias civiles, legionarios ni moros, sino italianos.

—No querían fusilarnos como algunos han inventado. Al contrario, lo primero que afirmaron fue que no pretendían causarnos daño ni molestia alguna.

—¿Y les creísteis?

—¿Por qué no, cuando lo que querían era que les hiciésemos un favor?

Al parecer, en los periódicos extranjeros se han publicado algunas referencias de lo sucedido en el puerto de Alicante durante los últimos días de marzo de las que no salen muy bien parados los italianos. Concretamente insinúan que el general Gambara, repitiendo lo hecho por sus compatriotas en Santoña en 1937, nos ha engañado y vendido.

—¿Acaso no es una verdad más grande que El Escorial? —le interrumpo.

—Los oficiales que vinieron a buscarnos dicen que no. Que Gambara estaba firmemente decidido a cumplir la palabra empeñada con nosotros, pero que hubo quien se lo impidió.

Antonio Moreno abriga sobre este punto concreto las mismas dudas que todos nosotros. Por eso se negó en redondo a ir a Alicante.

—Si Gambara quiere justificarse ante la opinión mundial o ante la historia —añade— no seré yo quien le ayude con mi firma.

No ha sido el único en negarse a responder a la invitación del general Gambara. Otros de los integrantes de la comisión han hecho lo mismo. En realidad, sólo dos, con visible contrariedad y con el único propósito de evitar posibles represalias colectivas, han accedido a hablar nuevamente con él. Han sido el coronel Burillo y el diputado socialista Carlos Rubiera.

Charlamos un rato sobre el papel desempeñado por los italianos en la odisea del puerto alicantino y su actuación en la guerra de España. La mayoría ríen burlones al hablar de sus virtudes guerreras con los nombres de Brihuega y Guadalajara en los labios. Hay quien discrepa, sin embargo, afirmando que el llamado Cuerpo de Tropas Voluntarias hizo algo más que correr en la Alcarria con el rabo entre las piernas.

—No es mala su artillería, siempre muy superior numéricamente a la nuestra en los frentes donde operaron, y sus aviones, sin igualar a los alemanes, nos hicieron mucho daño, sobre todo en los primeros días, con el transporte de tropas marroquíes a la península y el bombardeo de barcos, de columnas y hasta de ciudades.

—Y no sólo en los primeros días —salta un hombre, silencioso hasta este momento—, porque los grandes bombardeos de Alicante fueron ya en el 1938 y casi siempre ejecutados por aviones italianos.

—¿Grandes bombardeos en el Levante feliz? Pero si aquí no sabíais lo que era la guerra, cuando en Madrid…

—Déjate de ironías, de frases de propaganda y de tópicos —le interrumpe irritado quien habló antes—. Yo estuve en Madrid en noviembre, luché luego en el Jarama y fui herido en Teruel. Pero os aseguro que en ninguna de esas batallas presencié escenas parecidas a las que hube de contemplar en Alicante a trescientos kilómetros del frente más próximo.

Alfredo Navés Martínez es un campesino murciano de treinta años, alto, fornido, con una pelambrera hirsuta que apenas puede dominar, que arrastra una pierna al andar como recuerdo de Teruel y tiene en el cuerpo cinco o seis cicatrices de plomo y metralla. Ascendido a teniente por méritos de guerra, en inferioridad de condiciones físicas para seguir en primera línea fue destinado a un batallón de retaguardia ya en la primavera de 1938.

—Hube de venir porque no me dieron a elegir —afirma—, pero lo consideraba un enchufe vergonzoso. Creía que los antifascistas debíamos estar en los frentes y que en la retaguardia sólo permanecían los emboscados. Pero pronto pude comprobar que, contra lo que tantas veces decíamos con ironía, el Levante español no tenía nada de feliz. Por lo menos cuando la guerra llevaba ya dos años.

Si Alicante no sufre mucho durante los primeros meses de guerra —unos dicen que por estar preso allí José Antonio y otros porque es el puerto por el que se evacúan millares de refugiados en todas las embajadas y legaciones madrileñas— en 1937 ya padece ataques y bombardeos que ocasionan numerosas víctimas. Alternan entonces los cañoneos de barcos que, generalmente de noche, penetran en la bahía para acercarse a la costa, con los «raids» de los bombarderos que tienen su base en Mallorca.

—Pero durante ese tiempo los ataques tenían como principal objetivo el puerto. Se trataba de impedir la descarga de los buques que traían armas o alimentos y que se llevaban naranjas, aceites o minerales. Aunque no eran demasiado certeros los bombarderos —acaso por las ametralladoras antiaéreas emplazadas en el castillo de Santa Bárbara— la mayor parte de los edificios dañados estaban en el Paseo de los Mártires y las calles colindantes. En la parte alta de la ciudad, en los barrios alejados del puerto, la gente se consideraba segura y no se asustaba ni por el toque de las sirenas ni por las explosiones.

Sin embargo, a medida que fue avanzando la guerra, la situación varió por completo. Ya no podía dividirse la ciudad en dos partes totalmente opuestas: una en que la residencia resultaba azarosa y uno corría peligros y otra, respetada por el enemigo, en que la vida no ofrecía graves riesgos.

—Con marcharse más arriba de los bulevares uno podía considerarse seguro.

En mayo de 1938 hay un cambio radical en la situación. Los bombarderos «Savoia», todos ellos con base en las Baleares, no se limitan a arrojar su carga sobre los barcos o los muelles ni ampliar sus puntos de ataque a las tres estaciones —aun a sabiendas de que ni en ellas ni en sus proximidades hay fábricas, depósitos ni almacenes de interés militar—, sino que la tiraban sobre toda la ciudad y aun en los barrios cercanos. Alicante sufre en el curso del mes diversos ataques que ocasionan cierto número de muertos y heridos. Pero todo palidece junto a lo ocurrido el día 25.

—A las once y media de la mañana aparecieron de pronto sobre la ciudad varias escuadrillas «Savoia». Con unos minutos de intervalo entre una y otra dieron tres pasadas sobre la población. Si en la primera, volando alto, debieron seleccionar con cuidado sus objetivos, en las dos siguientes los alcanzaron de lleno. Noventa bombas grandes, de las denominadas «revientamanzanas» destrozaron buena parte de Alicante, ensangrentaron sus calles y sembraron el pánico en sus habitantes.

El mayor número de víctimas se produce en el Mercado de Abastos. Está a más de un kilómetro del puerto, en la avenida de Alfonso el Sabio, respetado hasta ahora por los bombardeos. Es la hora habitual de compra de las amas de casa y se encuentra abarrotado de mujeres, muchas

acompañadas por sus hijos pequeños y alguna llevándolos en brazos. El edificio del Mercado queda destruido y entre sus escombros perecen más de un centenar de mujeres.

—Fue algo espantoso. Aparte del Mercado resultaron alcanzados medio centenar de edificios más del centro de la ciudad, la mayoría de los cuales se derrumbaron con estrépito sobre sus moradores y las gentes que, sorprendidas en la calle por la alarma, habían buscado refugio en ellos. Me tocó soportar los bombardeos de Madrid en noviembre de 1936. Con todo su dramatismo, no tienen comparación posible con éste de Alicante.

—¿No exageras un poco?

—Di más bien que me quedo corto. Basta señalar que a las dos horas de terminado el bombardeo habíamos recogido ya 290 cadáveres y otros tantos heridos, muchos de los cuales fallecieron en días sucesivos. Además, y como comprobaríamos más tarde, quedaban no pocos muertos entre los escombros de las casas derrumbadas o en llamas.

Alfredo Navés habla con la seguridad y el aplomo de quien sabe perfectamente lo que dice. En realidad, no es la primera vez que sostiene con compañeros llegados de Madrid, Valencia o los frentes una discusión parecida. Son muchos los que siguen creyendo que la costa mediterránea continúa siendo hasta el final de la guerra el Levante Feliz de que hablaban airadamente los periódicos y comentaristas madrileños en el otoño de 1936. Incluso para demostrar la equivocación de sus interlocutores se ha preocupado de reunir datos y cifras.

—Sólo en el mes de junio —prosigue— Alicante fue bombardeado dieciséis días distintos, en algunos de los cuales los aviones nos visitaron por la mañana, por la tarde y por la noche. Llegó a crearse una situación de pánico muy superior a la registrada en Madrid cuando ardió todo el barrio de Argüelles. La ciudad quedó prácticamente abandonada. Millares y millares de personas se fueron a los pueblos del interior o se instalaron en pleno campo. Muchas familias hacían su vida en los refugios antiaéreos.

Recuerdo la extraña sensación que Alicante nos produjo cuando llegamos a ella en la mañana del 29 de marzo. Las calles céntricas, las cercanas al puerto y al Paseo de los Mártires, estaban desiertas; en ellas no encontrábamos más que a los que acabábamos de llegar. Fuera de nosotros,

daba la impresión de una ciudad fantasmal, de una de las famosas «ghost town», de Arizona o Nevada, conocidas internacionalmente por los relatos del oeste americano y las películas del «Far West». Al oír a Navés comprendo que la impresión era exacta y que tenía un motivo lógico y explicable.

—Claro que el centro de la población quedó muerto. No podía ser de otra manera. Pensad que Alicante es una ciudad pequeña, mucho más chica que Madrid o Barcelona y que en ella fueron destruidos, parcial o totalmente, más de 500 edificios y que el número de víctimas sobrepasó ampliamente el millar y lo comprenderéis fácilmente.

—¿No vino una comisión internacional a comprobar los estragos? —afirma, más que pregunta, Antonio Moreno.

Navés asiente con una leve inclinación de cabeza. Pero a renglón seguido precisa que la comisión no tuvo verdadero carácter internacional ni fue enviada por la Sociedad de Naciones, el Comité de No Intervención o la Cruz Roja. Era exclusivamente inglesa, mandada por el gobierno conservador de la Gran Bretaña que en Londres presidía Mr. Neville Chamberlain, el hombre que hizo famoso su paraguas. Los alicantinos pusieron muchas esperanzas en su labor, pero se vieron totalmente defraudados. Los comisionados examinaron datos y pruebas referentes a más de cuarenta bombardeos aéreos y marítimos. Posteriormente publicaron un informe diciendo que, aparte de los ataques al puerto, al castillo de Santa Bárbara, a las estaciones y a otros objetivos de posible valor militar, existían casos concretos de «ataques deliberados contra la población civil».

—Pero la comisión vino en agosto y los bombardeos siguieron con parecida intensidad en septiembre, octubre, noviembre y diciembre. Vosotros podéis opinar como os parezca —termina—, pero yo aseguraría que Alicante no era tan feliz como en los frentes o en Madrid pensaban las gentes.

* * *

—Hace un rato que volvieron al campo Rubiera y Burillo.

Aunque ya conocemos el motivo de su nueva entrevista con el general Gambara nos interesa la impresión que hayan podido sacar luego de hablar

con el comandante del Corpo di Truppe Volontario. Moreno, Aselo Plaza y yo vamos en busca de Carlos Rubiera. Le encontramos ya al anochecer conversando con un nutrido grupo de socialistas entre los que se encuentran Amos Acero, diputado y alcalde de Vallecas, Antonio Pérez, miembro del Consejo Nacional de Defensa en representación de la UGT, Rafael Henche de la Plata, concejal elegido el 12 de abril de 1931 y alcalde de Madrid en los últimos meses de la guerra y José Rodríguez Vega.

—Hiciste mal en no venir con nosotros —dice a Moreno—. Conforme te dije antes, nada perdíamos con hablar con los italianos y nada hemos perdido.

—Lo que importa es saber si habéis ganado algo —responde Antonio, con marcado escepticismo.

Carlos Rubiera cree sinceramente que sí. Desde luego no es lo que hubiese deseado —la libertad de los prisioneros— ni muchísimo menos, pero sí lo suficiente para considerar que al acceder a la invitación italiana no había perdido por entero el tiempo y el viaje. Entre otras cosas, estaba ahora mejor informado que unas horas antes de la situación nacional e internacional, cosa que juzgaba de interés para todos nosotros.

—Gambara insistió en todos los tonos en su anhelo de cumplir la palabra empeñada, dejándonos en el puerto el tiempo preciso para que llegasen los barcos que procedieran a nuestra evacuación, sin molestarnos para nada.

—¿Por qué no lo hizo entonces?

—Eso mismo le preguntamos nosotros, no una vez, sino varias. Pero en todas nos contestó, y creo con sinceridad, que hubo una voluntad y una autoridad superiores a la suya que se lo impidieron.

¿Quién concretamente? El general italiano se mostró reservado y evasivo en este punto. Tras afirmar que su situación delicada le impedía dar ningún nombre, señaló que tanto él como los jerarcas fascistas de Roma seguían pensando que lo más conveniente hubiera sido darnos tiempo a embarcar. ¿Pruebas?

—Como habrán visto —replicó— ni yo ni ningún oficial italiano les conminamos a la rendición ni participamos en su conducción a un campo de prisioneros.

En cierto modo y manera se había repetido lo ocurrido en agosto de 1937 con las seguridades dadas por los italianos a los vascos en Santoña. El incumplimiento de la palabra del general Bastide había sido utilizado en muchos países como propaganda contra el fascismo italiano. Lo mismo podía ocurrir, estaba ocurriendo ya en realidad, con lo acaecido en Alicante. Gambara quería salvar su responsabilidad, demostrando que la culpa no había sido suya.

—Nos pidió que firmásemos un documento, que anteriormente habían firmado los miembros del Comité Internacional de Evacuación y algunos de los cónsules, reconociendo que no había sido él, sino fuerzas españolas, quienes nos obligaron a salir del puerto antes de que llegasen los barcos.

El documento estaba redactado con exquisito cuidado y no había en él una sola palabra molesta u ofensiva para quienes nos encontrábamos prisioneros. Por lo que sabíamos, respondía a la verdad de los hechos y si algo probaba eran las tensiones existentes entre las fuerzas nacionales y sus auxiliares italianos. Tras una larga serie de explicaciones, Rubiera y Burillo acabaron accediendo a firmar también.

—En definitiva era una confesión de impotencia por parte de Gambara.

—De la que nosotros fuimos las principales víctimas —replicó.

La discusión se generaliza. Unos creen que debieron negarse a firmar fuera lo que fuese y otros que con la firma al pie de una declaración de esta índole en nada nos perjudican ni se perjudican. En definitiva, la suerte está echada desde la tarde del día 31 de marzo y no vale continuar dándole vueltas.

—Todo esto, y lo que vendrá, nos pasa por una razón decisiva: haber perdido la guerra.

Es una perogrullada en la que todos coincidimos. Rubiera habla de la impresión sacada no sólo de su entrevista con Gambara, sino de la charla con los oficiales italianos que les acompañaron a su ida y regreso de Alicante. Todos parecen convencidos por igual de que una guerra general no tardará en comenzar en Europa. También de que la victoria de Hitler y Mussolini sobre Francia e Inglaterra será rápida y total. ¿Podrá beneficiarnos en algo?

—Temo que para nosotros llegue demasiado tarde. Incluso que sea contraproducente porque en plena conflagración internacional no habrá nadie que se preocupe de nosotros.

Cuando Aselo y yo volvemos a nuestro sitio, Moreno se viene con nosotros hasta más de la mitad del camino. Al despedirnos, sostiene:

—Sigo creyendo que hice bien en no ir. Después de la faena que nos han hecho, lo mejor que podemos decir a los *macarronis* es que nos dejen en paz y se vayan a hacer puñetas.

Podríamos decírselo si los tuviéramos delante, pero no los tenemos. Ahora quienes se hacen la puñeta somos nosotros. Las dos sardinas y el poco pan ingerido hace horas no han calmado el hambre de nadie. Pronto comprobamos que, según tememos desde el principio, hayamos de contentarnos durante algunos días más con lo poco que hemos comido. Se toca retreta primero y silencio después sin que, contra las ilusiones de los más optimistas, veamos la cena por ninguna parte. Una vez más nos acostamos con el estómago vacío.

Para colmo de males a las tres de la mañana nos despierta un chaparrón que nos dejó calados y tiritando. Cuando vuelvo a tumbarme, expreso con claridad lo sombrío de mis pensamientos.

—Si Alicante nada tiene de feliz, el Año de la Victoria no va a serlo precisamente para nosotros.

IV

INCERTIDUMBRES, ALARMAS Y TEMORES

El Campo de los Almendros va quedándose chico. Aunque es tan grande que el 1 de abril, cuando nos metieron en él, sobraba sitio, el día 5 empieza a faltarnos y estamos todos amontonados. En las cien horas que llevamos aquí han salido varios centenares de los que fuimos apresados en el puerto aunque ninguno lo hiciera en libertad; pero suman varios millares los que en este tiempo han venido a sumársenos. Las bajas han sido por traslado, defunción o fuga; las altas por los motivos más diversos, que generalmente ignoran los propios interesados.

—Venía a recoger a mi familia, evacuada en Benalúa; pero me detuvieron al llegar a Alicante y me trajeron aquí sin preguntarme nada.

Como este hombre de mediana edad y estatura, de aire burgués y pacífico que no se ha metido en nada, hay muchos. Éste concretamente tenía un pequeño comercio en San Javier, cerca de la base aeronáutica y mandó a su mujer y a sus hijos a un barrio alicantino creyendo que allí estarían más seguros. Ni a él ni a los suyos les ha ocurrido nada durante la guerra. Pero cuando va a recoger a la familia, considerando pasado todo peligro, le meten en un campo de concentración.

—Y eso que traía un salvoconducto en regla y toda clase de avales —se duele.

—¿Por qué no los presentaste?

—Quise hacerlo y me pegaron dos bofetadas. Me dijeron que aquí podría justificar mi personalidad. ¿Pero cuándo, cómo y ante quién?

No podemos sacarle de dudas. Es sobremanera difícil conseguir que nadie le escuchase a uno. A los oficiales superiores no hay manera de llegar y los inferiores no quieren oír una sola palabra, recelosos de que tratemos de engañarles.

—Tendrás que resignarte a pasar una temporadita entre nosotros.

—¡Pero si yo no he hecho nada durante la guerra…!

—¿No te parece razón suficiente para pasarte una temporada encerrado?

Es distinto el caso de la casi totalidad de los que ingresan. Generalmente son soldados que combatían en alguno de los frentes y tratan de refugiarse en algún pueblo alicantino, tienen su familia por aquí o cruzan la provincia deseosos de llegar a Murcia o Valencia. También de personas desplazadas por la guerra o evacuadas de sus lugares de residencia detenidos en las estaciones, las carreteras o las entradas de las poblaciones. Llegan en grupos nutridos, con los equipajes, las maletas y los macutos a cuesta o con las manos vacías. A algunos los traen en camiones; la mayoría vienen a pie, custodiados por guardias o falangistas. A todos los meten en el campo sin molestarse siquiera en preguntarles el nombre.

—¿Cuántos calculas que habrán traído?

Me encojo de hombros. No creo que lo sepa nadie. Si ayer a la hora de repartir las menguadas raciones de comida faltaban por lo menos dos mil, hoy serían siete u ocho mil los que hubieran de quedarse en ayunas. En el caso hipotético —¡y tan hipotético!— que hoy se molestasen en proporcionarnos alguna clase de alimento.

—Si continuamos aquí sólo tres días estaremos más apretujados que en los muelles.

Es cierto. Ya para que podamos movernos con menores dificultades y especialmente para que las numerosas comisiones que a diario recorren el campo en busca de individuos conocidos suyos para llevárselos a sus pueblos respectivos —si bien muchos de ellos se perderán en el camino, muy en contra de su voluntad— han ampliado bastante el espacio acotado. La operación no ha podido resultar más rápida y fácil. Estriba simplemente en retirar un centenar de metros las líneas de centinelas que vigilan en los

extremos el trecho comprendido entre la carretera y las alturas rocosas que nos separan del mar. Luego de efectuada la modificación, si los Almendros llega por un lado hasta muy cerca de la curva que la carretera forma a la izquierda, frente al monte de Santa Bárbara, por el otro ocupa ya casi toda la falda de Serragrosa.

* * *

—Un nuevo ensanchamiento y volveremos a estar dentro de Alicante.

—Lo dudo porque en Alicante no queda sitio para nadie.

La afirmación última procede de un grupo de detenidos que han traído esta misma mañana y que anoche anduvieron dando vueltas por la ciudad —bien vigilados por los guardias, naturalmente— sin que los admitiesen en ningún lado. El teatro, los cines, las salas de baile o recreo están abarrotadas con las mujeres y niños pequeños aprehendidos en el puerto y posteriormente en las calles de la población. Más atestados aún están el Reformatorio y la cárcel.

—Quedan los castillos, pero esos los reservan para los militares.

Aunque todavía no se haya dicho una palabra a través de los altavoces, hace dos días que circula con creciente insistencia por el campo el rumor de que van a separar a los militares del resto de los prisioneros. Esta mañana el rumor parece adquirir mayor consistencia que nunca. Está claro que al hablar de militares todo el mundo se refiere a jefes y oficiales, y no a los simples soldados. Pero hay varios puntos oscuros y que nadie acaba de aclarar. El primero de todos si entre los militares se incluirá a todos los que tuvieron mando en alguna unidad del Ejército Popular o únicamente a los que eran profesionales de las armas con anterioridad al 18 de julio de 1936. El segundo si los comisarios —que indudablemente habían desempeñado funciones de mando— estarían comprendidos entre los militares o no.

—Y, sobre todas las cosas, cómo van a conocer quienes de entre nosotros lo fueron.

Si hay muchos que conservan puesto el uniforme completo, incluso con los grados en las bocamangas y en las gorras, son más numerosos los que antes o después de llegar a los Almendros han perdido o se han arrancado las barras indicativas de su graduación. No pocos visten de paisano y a los

uniformes de la mayoría les falta alguna de las prendas reglamentarias. En cuanto a la documentación será difícil que en estos momentos la conserven ni siquiera la mitad. Especialmente entre los comisarios.

—La solución es muy sencilla: pedir por los altavoces que se presenten todos los militares.

Pero esto que, según parece, es lo que piensan hacer quienes gobiernan el campo, plantea una cuestión de muy superior importancia para todos los interesados. ¿Deben presentarse o no? ¿Mejorará en algo la situación de quienes se presenten, o la empeorará de una manera definitiva? Las opiniones se dividen con abrumadora preponderancia de las adversas.

—Yo no me presento —afirma rotundo Antonio Molina—. En el caso más favorable para nosotros será hacer un favor al enemigo facilitándole nuestra clasificación, y yo no quiero ayudarle, directa o indirectamente, de ninguna manera.

—¿Crees que no acabarán por averiguar quién eres, lo que hiciste y que llegaste a mandar una división en el Jarama?

—Probablemente, sí. Pero tendrán que investigarlo ellos y acaso tarden semanas o meses en conseguirlo, mientras si se lo digo yo les ahorro tiempo y trabajo.

Son mayoría los que piensan en igual forma entre los procedentes de milicias. Contra lo que algunos profesionales sostienen, abrigan el firme convencimiento de que reconocer y proclamar espontáneamente la graduación que llegaron a ostentar en las filas republicanas no les beneficiará en forma alguna.

—Si acaso contribuirá a que nos fusilen más rápido.

—Pero la famosa Convención de Ginebra…

—Para lo que nos va a servir, podemos limpiarnos el culo con ella.

Salvo contadas excepciones, los comisarios se muestran más refractarios aún. Saben de sobra la hostilidad con que les distingue el enemigo y conocen la suerte corrida por algunos que cayeron prisioneros en Teruel y Levante para soñar despiertos.

—Si te presentas diciendo que has sido comisario lo mejor que puedes esperar es pasarte treinta años a la sombra.

—¿Y lo peor?

—Que no te den tiempo a repetirlo.

Saturnino Carod fue algún tiempo comisario de brigada y más tarde de división. Es un hombre de cerca de cuarenta años, bajo, fornido, con un inconfundible acento aragonés y una inveterada costumbre de decir las verdades al lucero del alba. Tiene un largo historial de luchas proletarias y no es la primera vez que se ve preso, sin que en ninguna le flaquease el ánimo.

—Nuestro deber esencial consiste en seguir luchando —afirma—. Para ello hay que aprovechar la menor oportunidad para escapar. Y siempre será más fácil hacerlo en un campo que en un castillo; sin que sepan exactamente quién eres, que sabiéndolo.

Antonio Ejarque coincide plenamente con él. Si de proclamar su identidad a voz en grito y hacerse matar dependiere la suerte de los demás presos, lo haría sin vacilar. Pero descubrirse sin necesidad para que lo encierren inmediatamente en alguna mazmorra y le fusilen después, le parece del género tonto.

—Admiro el heroísmo de Viñuales y Franco al levantarse la tapa de los sesos como última protesta contra el fascismo. Fue un magnífico gesto revolucionario y romántico por partes iguales. Pero ya que no hicimos lo mismo en el puerto, debemos procurar conservar la vida el tiempo preciso para arriesgarla —perderla si es preciso, que probablemente lo será— reanudando la pelea momentáneamente interrumpida.

Aunque la derrota sufrida ha sido grande, no la considera total y definitiva. Es probable que, como ocurrió otras veces, nuestros adversarios crean muerto al movimiento libertario. Pero las ideas no mueren con la misma facilidad que los hombres y está seguro de que volverán a florecer en un mañana más o menos lejano con igual o mayor lozanía.

—¿Que ninguno de nosotros viviremos para verlo? Probablemente. Pero aún en nuestra situación podemos ser más útiles a las ideas vivos que muertos.

Añade rápidamente que la indignidad es para un revolucionario cien veces peor que la muerte y que antes de pasar por ella debe hacerse matar sin vacilaciones. Pero burlar al adversario, no facilitar sus planes con una

autoidentificación, no constituye actitud indigna o vituperable, sino todo lo contrario.

—Es un arma limpia y lícita a la que no tenemos que renunciar por satisfacer un prurito estúpido de vanidad pequeñoburguesa.

No sólo no piensa presentarse cuando inviten a hacerlo a los comisarios, sino que piensa aconsejar a todos los compañeros que no lo hagan, aunque considera que cada uno de por sí llegará a una decisión semejante a la suya.

Algunos militares, profesionales e incluso procedentes de milicias, piensan de distinta manera. Aunque no compartamos su opinión y discutamos con ellos, las razones que alegan tienen lógica y peso. En primer lugar entienden que, dada su graduación en el Ejército de la República y la notoriedad que envuelve sus nombres, el enemigo sabe perfectamente que están entre los prisioneros y acabaría dando con ellos sin excesiva dificultad o demora.

—Preferimos que vean que no rehuimos nuestra responsabilidad ni pretendemos escondernos. Si el coronel Prada cumplió el 28 de marzo la dolorosa y desagradable misión de rendir el Ejército del Centro y entregarse prisionero, nosotros haremos honor a los uniformes que todavía vestimos.

Habían ido hasta Alicante pretendiendo salir de España porque no recibieron ninguna orden en contrario. De recibirla, la hubiesen cumplido al pie de la letra. Pero una vez prisioneros no ocultarían sus nombres ni lo que habían hecho, defendiendo un gobierno legítimo, durante los treinta y dos meses de guerra.

—Y conste que si alguno de nosotros confió en un momento dado en las estipulaciones de la Convención de Ginebra, ahora, pensándolo con serenidad y teniendo en cuenta los antecedentes, desconfiamos mucho que llegue a sernos aplicada a ninguno.

Habían pasado los tiempos en que las guerras se libraban como otras tantas partidas de ajedrez entre jugadores caballerosos. Contra lo que ocurría a mediados del XVIII británicos y franceses no se invitaban ya cortésmente a ser los primeros en disparar ni a los vencidos se les dispensaba ninguna clase de consideraciones.

—En la Comuna parisina las tropas de Versalles fusilaron a los federales sin molestarse en juzgarlos y algo parecido sucede ahora en todas partes

pese a los acuerdos de Ginebra y al pregonado humanitarismo de la Sociedad de Naciones.

Los totalitarismos del siglo XX habían convertido en mortales todas las contiendas. Arrumbados los convencionalismos, cualquier procedimiento era bueno para terminar con el adversario. El *vae victis* alcanzaba de lleno a los militares que eran los primeros en morir, aunque su ejecución fuera contraria a todas las leyes.

—La muerte de von Schleicher en la Alemania de Hitler y las purgas de Stalin sacrificando a la oficialidad soviética con el mariscal Tukachevski a la cabeza, no permiten el menor optimismo a quienes se encuentran en nuestra posición.

¿Que alguno de los militares profesionales recluidos en este mismo campo se muestra delirantemente optimista a veces? No debe extrañarnos en lo más mínimo ni inducirnos a creer que están ciegos y sordos a la realidad que nos rodea. Pero sus fingidas esperanzas mantienen vivas las de otros que se derrumbarían de verles hundidos.

—Es, en definitiva, continuar la pequeña farsa que hubimos de mantener desde que tuvimos la plena seguridad de que la guerra estaba perdida. Que no fue sólo en los tres últimos meses, sino desde un año atrás como mínimo.

Era difícil creer en la victoria luego de las derrotas del Norte, de la pérdida de Teruel, de la llegada al Mediterráneo del enemigo y del progresivo aislamiento de la España republicana. Sin embargo, aun sabiendo que la derrota era inevitable habían estado en sus puestos hasta el último segundo con la misma cara sonriente como si creyesen inminente la victoria.

—La mayoría de los que estamos aquí —Fernández Navarro, Ibarrola, Burillo, Ortega, yo mismo— seremos fusilados. Pero ten la seguridad de que sabremos morir con tanta dignidad que nuestras muertes bastarían para honrar nuestras vidas si éstas necesitaran para ensalzarse de un gesto postrero y heroico.

* * *

Tampoco este mediodía hay comida para nadie. Una vez más, los soldados comen su rancho, mientras volvemos a ayunar los prisioneros. El hambre comienza a dejarse sentir, no ya con un molesto cosquilleo estomacal, sino con una progresiva debilidad.

—Bueno, tú podrás decir que el alcalde Cork aguantó dos meses, pero yo no resistiré más de dos semanas.

Los médicos, que abundan en el campo —no sólo están los sanitarios de varias divisiones, sino numerosos galenos civiles— aseguran unánimes que procurando ahorrar energías al máximo, un hombre joven y sano que ingiera una razonable cantidad de agua y duerma ocho o diez horas diarias, puede sobrepasar el mes sin morirse. Pero no todos los prisioneros son jóvenes —aunque estén en abrumadora mayoría— ni están completamente sanos. Son muchos por otra parte los que duermen poco y mal precisamente por la escasez de su alimentación.

—Estábamos acostumbrados durante la guerra a comer poco; pero no hay quien pueda acostumbrarse a no comer nada.

A todos acabará por ocurrimos lo mismo que al burro del gitano del cuento: que se murió cuando su amo creía haberlo acostumbrado ya a no comer. No se trata, claro está, de aspirar a platos especiales ni refinados. Sin excepción, estamos dispuestos a ingerir cuanto caiga en nuestras manos. Lo malo es que no cae nada comestible. Si hace tres días desaparecieron los almendrucos y hace dos los tallos tiernos, ahora no quedan ni hojas en los árboles.

—Y todo porque no tenemos dinero ni cosa que lo valga.

Con dinero es posible comer en el campo. No a la carta ni exquisitos manjares, pero sí lo preciso para resistir un poco más. La única pega es que hay que pagarlo a un precio elevadísimo y una mayoría no tenemos con qué.

—Tenía un «longines» de oro —indica un comisario—. Conseguí por él cuatro chuscos y dos latas de sardinas.

Pero esto fue hace tres días. Desde entonces los relojes —de oro, plata o chapados— han perdido buena parte de su valor o han elevado desmesuradamente el suyo el pan y las sardinas. Los cuatro chuscos bajaron

a tres primero, a dos y uno posteriormente, en tanto que las sardinas desaparecieron.

—¿Una lata? ¡Pues no andan escasas ni *ná*…! Por ese cacharro no habrá quien te ofrezca ni media.

Son muchos los vigilantes que participan en este mercado negro. Suelen pasear con aire displicente entre los prisioneros con los bolsillos repletos de trozos de pan que de vez en cuando exhiben ante los ojos hambrientos de los reclusos.

—Es mi ración de hoy —dicen algunos para justificar el precio de su mercancía—. Si te la doy me quedo sin comer. Ya comprenderás que tiene que ser por algo que de verdad merezca la pena.

Probablemente más de uno dice la verdad y prescinde de una de las comidas para conseguir un reloj, una sortija, una pluma o un mechero que dentro de media hora podrá vender a un precio cien o quinientas veces superior al de compra. Para la mayoría la presunta renuncia a su pitanza no pasa de argumento utilizado para valorar su mercancía. Hay individuo que cada día vende quince o veinte chuscos de pan y siete u ocho latas de sardinas. Cuando alguien le pregunta de dónde las saca se limita a encogerse de hombros.

—Vista que tiene uno.

—¿Sólo vista?

—¡Naturaca! ¿O me crees tan panoli como los rojos, luchando hasta el final por una causa perdida?

Tengo un modesto reloj de pulsera y una pluma estilográfica. Los tengo, en realidad, porque parecieron indignos de su atención a quien a la salida del puerto pudo quedarse con ambos. Ahora, en el campo, impulsado por la necesidad del grupo pretendo venderlos. Fracaso estrepitosamente.

—¿Un chusco por eso? —replica airado el individuo a quien se los ofrezco—. ¡Ni gratis me los llevaría! Puedes tirarlos tú mismo.

Algo semejante les sucede a Serrano y Esplandiú. No llevan encima ninguna alhaja de precio y, aunque lo intentan en repetidas ocasiones con empeño digno de mejor premio, no consiguen siquiera que nadie les ofrezca por lo que tienen un trozo de pan, no digamos una sardina.

Aselo tiene un reloj de bolsillo que hasta ahora ha conseguido salvar de cacheos e incautaciones. Tiene para él y por razones familiares un valor sentimental muy superior al material e intrínseco. No quiere deshacerse de él los primeros días, esperanzado en poderlo salvar. Al final decide sacrificarlo al apetito de los cuatro. Los tres beneficiarios nos oponemos, aunque quizá nuestra oposición sea más de boca que de corazón. En cualquier caso, el interesado desoye nuestros consejos.

—Anteayer vi dar dos chuscos por uno parecido. Creo que medio chusco por cabeza nos vendría de maravilla. Por desgracia, ha esperado demasiado tiempo. Entre el sábado y el miércoles la cotización de los relojes ha descendido muchos enteros en la almoneda del Campo de los Almendros. Nuestro compañero empieza por pedir dos y sólo le ofrecen uno. No se decide por la mañana y por tarde ya no consigue que le den más que medio.

—Acepté —explica— porque si espero a mañana no lograría que me diesen ni un cuarto.

—Cómetelo tú solo —le aconsejamos—. Para uno es algo; para los cuatro, nada.

No hablamos por hablar y Aselo lo sabe. Pero él se expresa con la misma sinceridad que nosotros al contestarnos. Le parecería una vergüenza, poco menos que una traición, comerse el medio chusco mientras los demás le miramos. Discutimos un rato y, al final, consigue imponer su voluntad.

—Nos has vencido en generosidad —le digo después—, pero no en lógica. Porque después de comer un octavo de chusco me encuentro igual que antes y a ti te pasa igual que a nosotros.

* * *

—Lo único que nos faltaba: ¡piojos…!

Llevamos nueve días sin desnudarnos, durmiendo vestidos en el suelo, apretujados unos contra otros para entrar en calor o protegernos de la lluvia, tapándonos con lo que encontramos y con tan poca agua, que apenas si podemos lavarnos la cara. Molesto por unos picores en el pecho y la espalda, Serrano se quita camisa y camiseta y las examina. El resultado salta pronto a la vista.

—¡Tengo más piojos que veinte gallineros juntos…!

La palabra piojos basta para que todos sintamos de repente intensos picores en distintas partes del cuerpo. Nos quitamos camisas y camisetas y comprobamos que, como cabía suponer, no es sólo Serrano el atacado por una intensa pediculosis. Los repugnantes animalitos se agazapan en las costuras de la ropa interior o nos corren por el vello del pecho, por las axilas, los brazos e incluso el cuello.

—Estamos listos si se nos corren a la cabeza.

Cuando advertimos la plaga, algunos de los parásitos invaden ya nuestras respectivas pelambreras. Con el peine logramos descubrir y matar a no pocos de ellos. Igual hacemos con los que invaden camisas, camisetas, calzoncillos e incluso pantalones. Durante más de una hora nos entregamos con verdadero ardor a la cacería.

—Los piojos se ven bien y es fácil cazarlos —dice sonriente un experto en la materia—. Lo malo son las liendres.

Si en un principio abrigamos la esperanza de terminar rápidamente con unos y otras, nos cansamos mucho antes de haberlo conseguido. Cuando creemos haber acabado con los que tenemos en la camiseta o el pantalón descubrimos verdaderas colonias en cualquier dobladillo o costura.

—Es inútil —digo asqueado tras de hora y media de trabajo intensivo —. Por cada uno que mato surgen no sé de dónde cuatro o cinco más.

La tarea resulta repulsiva y deprimente. Al principio uno cogía los piojos con todo cuidado y los ponía en el suelo para pisotearlos o aplastarlos con una piedra. Pero el procedimiento era demasiado lento, con la agravante de que algunos caían a tierra y parecían desaparecer en ella.

—Pero siguen vivos y en cuanto nos tumbemos…

—Es repugnante —dice Esplandiú—, por eso el mejor método son las manos.

No necesitamos lecciones de ninguna clase para sacar de su guarida a piojos o liendres con la uña del pulgar izquierdo y aplastarlos con la del derecho.

—¿Comprendéis ahora por qué se llama pulgar al dedo más grueso de la mano?

Todos conocemos las deprimentes tareas a las que debe su nombre uno de los dedos, aunque lo hayamos olvidado en los largos años que preceden a nuestra guerra y en que la inmensa mayoría de la población española se ve libre de pulgas, piojos y toda clase de parásitos. Pero todos sabemos que el pulgar, utilizado como exterminador de animalitos repelentes, puede ser un remedio de urgencia que palia momentáneamente el mal, pero que no lo elimina en absoluto.

—Si no disponemos de nada mejor, dentro de quince días los tendremos hasta en la palma de las manos.

—Descuida. En la palma de las manos tendrás sarna, que es todavía peor.

Para acabar con estos animalitos, que durante la guerra, y muy especialmente en las trincheras, se han convertido en plagas amenazadoras, no existe mejor procedimiento que una desinsectación a fondo de personas, ropas y enseres. A falta de la instalación correspondiente, también da magníficos resultados bañarse, cambiarse de ropas a menudo y sumerger en agua hirviendo la contaminada. Por desgracia, aquí nos falta de todo. Empezando, claro está, por lo que suele ser más abundante y barato: agua.

—Habrá que resignarse a luchar contra los bichitos con las manos que es lo único que tenemos.

—Pero con las manos sabemos antes de comenzar que tenemos perdida la partida.

—Pues no hagas nada y verás las consecuencias.

Las consecuencias, en cualquier caso, habrán de ser lamentables. Si ya hay pocas personas en los Almendros que estén libres de parásitos pronto no habrá absolutamente ninguna. En adelante tendremos que dedicar un par de horas cada día a matar los bichejos con nuestras propias uñas. A sabiendas, además, de que lejos de terminar con ellos, cada día aumentarán los que nos pican. Alguien habla con marcada ironía de un místico de la alta Edad Media que sostenía que como los piojos no tenían otra vida que la terrena ni más placeres que los de la carne, debíamos dejarlos que nos picasen libremente para no privarles de su única satisfacción.

—Es un sacrificio —sostenía— que abre, a quienes lo sufren, las puertas del cielo.

—Lo malo es que aquí y ahora tendremos que sufrirlos nosotros, que no abrigamos la más remota ilusión de entrar en ningún cielo habido o por haber.

Los piojos, inseparables compañeros de cientos de miles de prisioneros en campos, comisarías, cárceles, destacamentos y presidios, constituyen, aparte de una amenaza permanente de graves enfermedades —que causarán verdaderos estragos entre nosotros—, una molestia material constante y una profunda depresión moral.

—Cuando los sientes correr por tu cuerpo, acabas sintiendo vergüenza y asco de ti mismo.

* * *

Aunque dado lo crítico y angustioso de nuestra situación, con una incertidumbre dramática acerca del futuro inmediato y una carencia casi total de alimentación en el presente, muchos no tienen voluntad ni fuerzas para pensar en otra cosa, una mayoría sentimos una aguda inquietud por lo que está ocurriendo fuera de los límites del campo:

—¿Qué pasará en Madrid? ¿Qué habrá sucedido en Valencia? ¿Qué será de nuestras familias, amigos o simples conocidos?

Abundan las preguntas que asoman con facilidad a los labios tanto como escasean las respuestas. Circulan muchos rumores y cada uno tiene una opinión diferente, basada en el conocimiento que tiene o cree tener de lo ocurrido en otras partes. Pero todos por igual carecemos de noticias directas, exactas y precisas de lo que está sucediendo en lo que hasta finales de marzo fue zona republicana.

—La realidad pura y simple es que llevamos ocho días aislados del mundo sin saber una sola palabra de lo que sucede fuera de los Almendros.

Ni siquiera estamos siempre informados de lo que ocurre dentro. Del campo desaparecen no pocos prisioneros. ¿Qué es de ellos? Casi siempre circulan diferentes versiones acerca de su desaparición. Unos hablan de fuga, otros de muerte; aquéllos dicen que les han puesto en libertad y éstos que se los ha llevado la comisión de algún pueblo que vino en su busca. Puede ser verdad cualquiera de ellas porque a diario tenemos numerosos casos de fugas, de muertes al intentar escapar, de personas a quienes se deja

abandonar el recinto con la garantía o el aval de algún familiar cercano —militar, guardia, falangista o sacerdote en todos los casos— y de aquellos que tienen que abandonarlo muy en contra de su voluntad rodeados de gentes hostiles que le anuncian a voz en grito, entre insultos y golpes, el más severo de los castigos.

—Lo más curioso del caso es que no estamos incomunicados.

Aunque lo estemos en la práctica, oficialmente podemos comunicarnos con el exterior, recibir visitas y paquetes, cartas, libros y periódicos. Pero no existe servicio de correos de ninguna clase y cualquier carta que escribiéramos tendríamos que quedarnos con ella, mientras las que lleguen a los Almendros —y es de suponer que alguna llegará— debe ser sistemáticamente destruida. Las visitas son muy pocas en proporción al número de presos. Ningún día llegan al centenar cuando dentro nos hallamos cincuenta mil hombres. O lo que es lo mismo, que como máximo uno de cada quinientos podrá hablar con un familiar, amigo o conocido.

—Debiera bastar en cualquier caso para que supiéramos lo que ocurre fuera de aquí.

No lo sabemos, sin embargo, por una razón explicable y lógica. Las entrevistas suelen ser muy breves y en ellas apenas se habla de otra cosa que de la situación de los familiares del prisionero y de las posibilidades más o menos ilusorias de que éste pueda recobrar su libertad. Como máximo de que en tal pueblo —la casi totalidad de los visitantes proceden de lugares de la provincia— hay tantos o cuantos detenidos, que ha muerto éste o aquél y que se come mejor o peor. Los que llevan algo a los presos no les llevan más que alguna ropa y un poco de pan o tabaco. Libros no llega uno solo a los Almendros. En cuanto a periódicos tan sólo algunas hojas que van envolviendo los pequeños paquetes. Aun leyendo con lupa estas hojas son escasas y fragmentarias las noticias que se encuentran. Tan sólo indicaciones sobre el racionamiento de gran número de artículos de consumo y órdenes y citaciones para que se presenten éstos o aquéllos individuos.

—En Madrid —afirma uno que se dice bien enterado— han convertido en cárceles todos los conventos y en campos de concentración los grupos escolares y los campos de fútbol.

—Sólo en el de Vallecas —sostiene otro— tienen más de cuarenta mil personas durmiendo al sereno y sin comer.

—En Valencia —indica un valenciano que acaba de recibir la visita de unos familiares— está atestada la cárcel, así como las torres de Cuart y Serranos. Sin contar, naturalmente, los miles de hombres que han metido en el Puig y San Miguel de los Reyes.

—Los trenes salen y llegan cuando quieren. Se paran donde les parece y nadie sabe cuándo reanudarán la marcha. La gente los toma por asalto en las estaciones y todo Dios viaja sin billete.

—¿Conque con los nacionales volvería la abundancia, eh? Pues en Murcia están pasando ya más hambre que en toda la guerra.

—Lo mismo sucede en Valencia y Albacete. Incluso creo que pasa lo mismo en Cuenca y Ciudad Real.

—En muchos pueblos a las mujeres las cortan el pelo al cero y las hacen desfilar por las calles. También las obligan a tomar vasos enteros de ricino.

Es posible que todo esto sea cierto; también que los rumores sean un tanto exagerados. Aunque no sabemos muchas cosas concretas y ciertas la impresión general es pesimista. Pero a decir verdad, ese pesimismo nos domina a todos desde que tuviéramos que salir, ya como prisioneros, de los muelles de Alicante.

—La mujer del doctor Bajo está hablando con su marido —dice Esplandiú—. Es posible que traiga algunas noticias.

Puedo verla un momento, cuando ya se dirige a la salida del campo, acompañada de sus familiares, y cambiar con ella breves palabras. Parece que quiere ir a Madrid, pasando por Valencia, aunque no sabe cómo hará el viaje porque no tiene dinero ni salvoconducto. ¿Quiero que telefoneé a mi madre? Me encojo de hombros dubitativo. ¿Qué podrá hacer mi madre, aparte de aumentar su disgusto y preocupación al saber dónde estoy?

—Quizá sea mejor que continúe con la esperanza de que he podido salir.

Mi madre tiene ya muchos años, y aunque es de carácter firme y entero, temo el efecto que puede producirle conocer lo apurado de mi situación. Durante toda la guerra hemos procurado convencerla de que mi hermano Ángel, desaparecido en el frente el 15 de octubre de 1936, no está muerto, sino prisionero. Incluso cuando se ha hablado de un posible canje de

periodistas madrileños —todos tan muertos como él— por otros nacionales capturados en la Casa de Campo, le insinuamos la posibilidad de que fuera incluido en el canje. No estoy nada seguro que nos haya creído, aunque a veces lo ha simulado. Ahora, terminada la lucha, tiene que saber la verdad si alguna vez llegó en serio a dudarlo. En cualquier caso será muy duro saber, en el transcurso de dos semanas, no sólo que un hijo ha muerto, sino que otro —yo— tiene su existencia en grave peligro, pudiendo hacer muy poco por ayudarle.

—Que tengas suerte en el viaje —digo al despedirme de Encarnación—. La necesitas.

Hablo poco después con su hijo, Paco. Su madre ha permanecido varios días encerrada en el cine Monumental. Con ella, en idéntica situación, varios centenares de mujeres de las que estuvieron con nosotros en el puerto. Han estado custodiadas por soldados italianos, que, generalmente, se han portado bien.

—Pero han pasado casi tanto hambre como nosotros.

Al parecer esta mañana los hombres de la Littorio han sido sustituidos por otros marroquíes. Aprovechando un descuido de uno de los centinelas italianos, tres o cuatro mujeres lograron escapar.

—Creen que el italiano llegó a verlas, aunque no dijo una sola palabra.

Respecto a la situación en Alicante, donde había pasado unas horas antes de saber que los prisioneros del puerto seguían en el Campo de los Almendros, creía haber advertido un ambiente de general tristeza. Pese a la presencia de numerosos soldados —italianos, moros y legionarios en su mayor parte— y no pocos falangistas, había pocas gentes en las calles. Unas mujeres que debieron imaginar que acababa de salir de uno de los cines, la dieron de comer y aun le entregaron medio pan para que comiera algo durante el viaje.

—Le dijeron que con un poco de paciencia lograría llegar a Valencia como se proponía, pero que no desesperase si tardaba dos o tres días en el camino.

* * *

Nuevamente ayunamos en la noche del miércoles y en la mañana del jueves. Circulan insistentes rumores de que van a repartir algunas raciones, pero los rumores se quedan en serlo. Para colmo de males vuelve a llover después del toque de diana, lo que no mejora precisamente el humor de todos, que, apenas cesada la lluvia, hemos de emprender una descubierta en nuestras ropas para procurar que no aumenten demasiado los parásitos que nos invaden.

—Esta misma tarde empezarán a desalojar el Campo de los Almendros. Lo oí cuando un capitán se lo decía a uno de los sargentos.

Son muchos los que tras hablar con cualquiera de los centinelas confirman la noticia. Según parece ya están tomando las medidas necesarias para dejar vacío el lugar en que nos encontramos. Sólo algunos ilusos —muy pocos— creen que la evacuación del campo signifique la libertad para nadie.

—Pero si no tienen dónde meternos a tantos —arguyen los optimistas, queriendo encontrar razones para su ilógica esperanza.

—Lo encontrarán, no te preocupes. En caso preciso, en el cementerio habrá sitio para todos.

—¿Crees que vayan a fusilarnos en masa?

—En masa y ahora, no; pero aun haciéndolo despacio, no creo que a fin de año lleguemos vivos ni la mitad.

No son muy abundantes las noticias que nos llegan, pero ninguna de ellas justifica el más liviano optimismo. Aun siendo posiblemente exagerados los rumores que circulan sobre lo que está sucediendo en Madrid, Valencia, Cartagena, Albacete, Jaén y otras ciudades de lo que fue la zona Centro-Sur republicana, y probablemente desmesurado el número de ejecuciones, todos hemos leído o sabido algo de lo ocurrido anteriormente en Badajoz, Burgos, Valladolid, Sevilla, Granada o el Norte para soñar despiertos. Incluso en Barcelona, de donde pudo salir todo el que se consideraba en peligro, parece que la represión no ha sido precisamente blanda.

—Dicen que han dado garrote a muchos. Entre otros, al abogado federal Eduardo Barriobero.

De esto, y fundamentalmente de cómo hemos de enfocarlo, hablamos ampliamente en la mañana del 6 de abril, día de Jueves Santo, un grupo numeroso de hombres de las más diversas tendencias ideológicas, procurando ponernos de acuerdo antes de que el traslado, que se iniciará dentro de unas horas, nos separe, probablemente para no volvernos a ver.

—Partiendo de la base cierta de que serán pocos los que, habiendo desempeñado cargos de mediana importancia, consigan librar la piel; admitiendo que carece de base cualquier vaticinio agradable respecto a nosotros, e incluso a buena parte de los detenidos, ¿cuál debe ser nuestra actitud? ¿Proclamar en todo momento y de manera abierta la verdad de lo desesperado de la situación o simular un optimismo que no podemos sentir para no quebrantar la moral de quienes nos rodean y que probablemente buscarán en nuestras palabras un asidero, por pequeño que sea, a sus esperanzas?

Es Carlos Rubiera quien plantea de lleno una cuestión que a todos interesa y preocupa. Durante toda la guerra, especialmente en los últimos días, y, sobre todas las cosas, en los seis días que llevamos prisioneros hemos tenido mil ocasiones distintas de comprobar lo que influye la moral en el comportamiento de los individuos. De tenerla o no tenerla depende que muchos se porten como héroes o como cobardes; que incluso vencidos puedan dar lecciones de hombría y dignidad a amigos y enemigos o que caigan en lo más abyecto, transformándose incluso en confidentes y delatores de sus propios camaradas.

—Opino que todos los compañeros son mayores de edad —sostiene Manuel Amil— y no necesitan que nadie les engañe con mentiras piadosas para mantenerse firmes.

—No se trata de engañarles —puntualiza Navarro Ballesteros, director que fue de *Mundo Obrero*—, sino de distinguir entre verdades útiles y verdades perjudiciales. Aun siéndolo todas, lo inteligente es acentuar e insistir en las que benefician nuestra causa, silenciando —no subrayando cuando menos— las que puedan dañarla. Sin necesidad de mentir, cabe buscar siempre la interpretación objetiva de los hechos que más nos convenga.

—Yo entiendo que debemos ir siempre con la verdad por delante —interviene Villar, director hasta el 29 de marzo de *Fragua Social*—, sin habilidades ni tergiversaciones. Optimistas o pesimistas tenemos que exponer sin rodeos nuestra manera de pensar. Si mentimos una vez, caeremos fácilmente en la tentación de hacerlo otras. Los compañeros, que no tardarían en descubrirlo, nos negarían su confianza, y harían bien.

—Pregonar a todas horas la verdad cruda y desnuda puede resultar, no sólo peligroso, sino contraproducente —indica el coronel Navarro, silencioso hasta este momento—. Muchas batallas, totalmente perdidas un día, se han ganado al siguiente porque la moral combativa de los soldados se mantuvo intacta, gracias a que sus jefes no dejaron traslucir en ningún instante todo lo grave de la situación, ocultando la víspera que el enemigo estaba a punto de triunfar.

—¿Cree usted, coronel, que nos serviría de algo ocultar a cuantos hay en el campo que el enemigo ha triunfado? —pregunta con ironía galaica Amil—. ¿Considera posible convencer a uno solo de que hemos ganado la guerra?

Un poco acalorado, Navarro precisa el alcance de sus palabras, a las que en modo alguno cabe darlas interpretación tan errónea. Lo que de verdad ha querido decir y ha dicho es que en todos los trances y circunstancias es preciso mantener alto el espíritu de la gente, aunque para ello convenga en ocasiones no ya mentir, sino no precipitarse en proclamar a voz en grito un hecho o una opinión contraria.

—Creo que el coronel tiene razón y sobran las discusiones en este punto concreto —vuelve a hablar Rubiera—. En realidad, lo que yo proponía era algo muy diferente: si habíamos de mostrarnos a todas horas con el pesimismo que lógicamente se deriva de nuestra situación o hemos de paliarlo considerablemente para ahorrar dolores e inquietudes a los demás, permitiéndoles mantener vivas sus esperanzas.

—¿Crees en serio que nos queda alguna? —pregunta suavemente Antona.

—A ti y a mí, incluso a todo este grupo, creo que no. Sería un milagro que nos salvásemos, y no creo en milagros. Más aún, considero que hacernos ilusiones engañosas no serviría más que para aumentar nuestros

sufrimientos, privarnos de este mínimo de tranquilidad que recuperamos la última noche en el puerto al darlo todo por definitivamente perdido.

—¿Entonces…?

—No hablo de mi caso ni del tuyo. Tampoco de quienes tienen una sólida formación política e ideológica capaz por sí sola de mantenerles firmes en todos los trances. Pero…

No es este el caso de los cuarenta o cincuenta mil hombres que estamos en los Almendros, aunque en buena parte constituyen una selección de las fuerzas antifascistas, demostrada por el solo hecho de haber aguantado en sus puestos hasta el último minuto. Menos aún el de los cientos de miles de personas que habrán sido detenidas o lo serán en los meses próximos en todo lo que fue zona republicana.

—Entre ellos habrá muchos cuyo antifascismo fue simplemente geográfico y otros que, incluso perteneciendo toda su vida a un sindicato obrero, lo hicieron de una manera rutinaria en defensa de sus intereses económicos como trabajadores.

En el ánimo de todos ellos tendrá cien veces mayor eficacia que sobre nosotros no sólo la realidad de haber perdido la guerra, sino la propaganda de los vencedores, que tratarán de eternizar los frutos de su victoria, demostrando que en España no es posible ningún régimen liberal, y mucho menos socialista o revolucionario.

—No cabe desdeñar la posibilidad de que convenzan incluso a los que lucharon a nuestro lado y sufren prisión con nosotros. Hasta que, muertos ellos, consigan captar a sus hijos. Lo harán con tanta mayor facilidad cuanto más desmoralizados y pesimistas nos mostremos nosotros acerca del futuro de nuestro país.

Ninguno de los presentes niega que la propaganda de nuestros adversarios ideológicos puede convencer, ayudada por el hecho positivo de su victoria en la guerra, a muchos que combatieron a nuestro lado.

—En todas partes abundan los aprovechados que corren en ayuda del vencedor, aunque la víspera militasen en el bando contrario.

Tampoco duda nadie que la captación de elementos indiferentes, e incluso de no pocos antifascistas, se vería facilitada por un excesivo

pesimismo nuestro y una desesperanza total acerca del presente y del porvenir. Muchos estiman, sin embargo, que Rubiera ha exagerado la nota.

—Has hablado de nuestros hijos, dando por sentado que este régimen puede durar una generación como mínimo.

—¿Olvidas que, dada la situación europea, es inevitable un enfrentamiento armado entre las democracias y los países fascistas? —pregunta Navarro Ballesteros—. ¿Dudas acaso de que Hitler y Mussolini serán aplastados por Francia e Inglaterra, merced a la ayuda decisiva de la Unión Soviética?

Las palabras de Navarro plantean un tema vidrioso y polémico durante los últimos meses de nuestra contienda —si la prolongación de ésta nos permitiría resistir hasta el comienzo de una nueva conflagración general en Europa—, pero un poco tangencial a lo que ahora discutimos. Varios lo hacen notar, así como el peligro de perder el tiempo en discusiones bizantinas acerca de lo que pudo ser, pero que ya sabemos que no ha sido.

—Lo que he planteado —precisa Rubiera— es si, aun teniendo que ser pesimistas respecto a la suerte personal de cada uno de nosotros, e incluso a la situación general del país, conviene que nos mostremos esperanzados y optimistas a los ojos de los demás para mantener o robustecer la fe de todos en el triunfo final.

—¿Pese a que ese triunfo haya de tardar muchos años?

—Precisamente porque puede tardar muchos años —responde Antona, anticipándose a Rubiera—, resulta más necesario conservar viva la esperanza en un mañana mejor por remoto que sea. Ninguno de los pensadores anarquistas y menos aún los que sacrificaron su vida en la defensa y propaganda de un ideal emancipador esperaban vivir lo suficiente para verlo triunfar. No por ello perdieron un solo momento su optimismo respecto al futuro de la humanidad. Tampoco nosotros debemos perderlo, aunque personalmente, y conforme la letra de uno de nuestros himnos, sólo «nos espere el dolor y la muerte» al cumplir nuestros más elementales deberes.

—¿Crees que hay algún deber que cumplir en el paredón? —inquiere sarcástico uno de los oyentes.

—Desde luego. Morir con la dignidad suficiente para que no mueran más que los cuerpos, convertidos así en abono de las ideas que habrán de sobrevivimos.

* * *

La inesperada noticia nos coge a todos por sorpresa. Tanto, que muchos la consideran en principio un bulo más y tienen que repetirla los altavoces para convencerse. Aunque hace cuarenta y ocho horas que ingerimos los 62,5 gramos de sardinas en aceite y una cantidad de pan de un peso similar —único alimento recibido en los cinco días y medio que llevamos en los Almendros—, casi nadie espera comer algo más en lo poco que falta, según todos los síntomas, para ser trasladados a otra parte, ignoramos si mejor o peor. Acaso por no esperarlo se recibe la nueva con mayor satisfacción.

—Los delegados de centurias recibirán un chusco para cada cinco individuos y un bote de lentejas para cuatro.

Como ocurrió dos días antes, algunos ilusos se imaginan que el bote de lentejas ha de ser tan grande que resulte sobrado para acabar con las hambres atrasadas de todos. Tuercen el gesto cuando ven su tamaño. No debe pesar arriba de doscientos o doscientos cincuenta gramos, de los que una parte será agua.

—Nos sucederá lo mismo que el martes.

—Seguro que al terminar de comer tenemos más apetito que antes.

Cincuenta gramos de pan y otros tantos gramos de lentejas cocidas no sacian a ninguno como cabe prever por anticipado. Nuestro grupo abre el bote que le corresponde, y manejando la única cuchara de que disponemos, reparte con equidad su contenido. Exactamente tocamos a tres cucharadas por barba. Aun procurando alargar lo más posible el «banquete», tardamos mucho más en abrir el recipiente que en terminar con las escasas lentejas.

—No tiréis el bote. Podemos utilizarlo como vaso.

Apenas concluido el parco yantar empiezan a circular las órdenes para emprender la marcha. Cada uno debe recoger todo lo que tenga en el campo, concentrarse en el lugar que ocupe su centuria y formar para salir en cuanto se le ordene. No se nos dice, naturalmente, dónde vamos ni cómo habremos de llegar a nuestro punto de destino.

—No veo que hayan traído camiones para llevarnos.

—No los necesitan porque iremos a pie.

Poco después llegan algunos camiones y autocares. Traen compañías de soldados que cubren el camino que hemos de recorrer o que incrementan los elementos que guardan el campo.

—Probablemente nos llevarán muy cerca, quizá al mismo Alicante.

Lo cree la mayoría, observando que los soldados recién llegados —legionarios, moros y peninsulares, pero no italianos— forman en dos filas a lo largo de la carretera que se dirige al puerto tras bordear el cerro de Santa Bárbara. Algunos discrepan, señalando que en Alicante están totalmente llenos ya el Reformatorio, la cárcel, el teatro y los cines.

—Bah, todavía deben estar medio vacíos los castillos.

Es probable que no haya presos aún en San Fernando y Santa Bárbara. Quienes los conocen indican que muy bien pueden meter en ellos dos o tres mil personas. Pero aquí somos como mínimo cuarenta y cinco mil. ¿Dónde llevarán a los restantes?

—Que yo sepa, sólo hay dos sitios. El campo de fútbol y la plaza de toros.

La simple mención de la plaza de toros suscita en todos pensamientos que nada tienen de placenteros. Quien más, quien menos, todos recordamos lo que tantas veces se ha dicho de lo sucedido en la plaza de toros de Badajoz y de la muerte del diputado socialista Andrés y Manso en la plaza de Salamanca. ¿No correrán suerte parecida quienes ahora sean conducidos al coso alicantino?

—Es preferible pensar que no. En cualquier caso, no está en nuestras manos el no ir a la plaza ni lo que será de nosotros de ser metidos en ella.

No conozco el campo de fútbol, aunque dicen que es pequeño y su capacidad no superará las ocho o diez mil personas. En la plaza de toros difícilmente cabrán otros quince mil, caso de que esté totalmente vacía y puedan utilizarse corrales, ruedo, pasillos y escaleras. Calculando por alto, y pese a llenar ambos a más de los castillos, aún quedarían cerca de veinte mil prisioneros.

—No tendrán más solución que dejarlos aquí.

Lo dudo. Los Almendros no reúne las condiciones mínimas precisas para un campo de concentración. Bordea durante dos kilómetros largos una de las carreteras más importantes, cuya circulación no puede cortarse por completo de día ni de noche. Cuantos viajan de Valencia a Alicante y viceversa tendrán que contemplar el doloroso espectáculo de miles y miles de prisioneros guardados por ametralladoras y filas de soldados con el fusil o la metralleta en la mano, cosa que en modo alguno puede convenir a la imagen que el nuevo régimen quiere presentar al mundo. Por otro lado, la vigilancia exige, dadas las condiciones del terreno, un número considerable de hombres, sin que ello garantice en modo alguno, conforme demuestran los hechos, que cada noche no escaparán unos cuantos detenidos, aunque otros tantos pierdan la vida en el intento.

—Y sobre todas las cosas, han dicho que nos preparemos para desalojar totalmente el campo porque aquí no quedaremos ninguno de nosotros.

En todos los grupos se hacen cébalas y conjeturas respecto al lugar a que seremos llevados. La creencia general, a la vista de los preparativos de nuestros guardianes, es que muchos serán llevados al mismo Alicante. Al cabo de un rato empiezan también a circular los nombres de Totana, Orihuela y Albatera. La mayoría sabemos dónde están las dos primeras poblaciones, pero ignoramos el emplazamiento exacto de la tercera.

—Albatera es un pueblo pequeño —explican algunos—, a unos cuarenta kilómetros al sur de Alicante y otros veinte antes de llegar a Orihuela.

¿Por qué pueden llevarnos a cualquiera de estos tres lugares? La explicación es fácil y lógica. En Totana y Albatera existen dos campos de trabajo creados en virtud de la Ley de Vagos y Maleantes para que se regenerasen, merced a un honrado laborar, quienes fueran condenados por no haber realizado ninguna tarea útil en toda su existencia. En Orihuela, aparte de una cárcel, existían grandes conventos que podían utilizarse como prisión.

—En uno de ellos precisamente estuvieron unos centenares de maleantes mientras terminaban las obras de Albatera.

Nadie parece tener una idea exacta de la instalación de tales campos ni menos todavía de su capacidad. Se dice, aunque es imposible averiguar la

fuente de la información, que en Albatera hubo en el último año de la guerra trescientos o cuatrocientos reclusos.

—No sería extraño que ahora quisieran meter diez o doce veces más.

En cuanto a la distancia de estos campos de trabajo sabemos que Albatera se halla a más de cuarenta kilómetros y Totana a cerca de cien. ¿Es posible que nos lleven andando? La mayoría lo niega en redondo. Una columna de treinta o cuarenta mil hombres, debilitados por la falta de alimentación y cargados con sus ropas y pertrechos, tardaría varios días en recorrer la distancia.

—De obligarnos a ir más de prisa, la mitad se quedaría en el camino.

—Mejor para los fascistas —replican los pesimistas—, que no sólo se ahorrarían su alimentación, sino el papeleo preciso antes de llevarles al paredón.

* * *

A las cuatro de la tarde empieza la evacuación del Campo de los Almendros. De los dos extremos del campo van bajando quienes los ocupan a la carretera, formando dos largas columnas con un kilómetro de separación entre ambas. Los que estamos en la parte central del extenso recinto, constituyendo una mayoría abrumadora de los recluidos, recibimos órdenes de continuar formados y preparados, pero sin movernos de momento. De lejos hemos de asistir a los confusos y alborotados preparativos para la marcha.

La primera impresión que recibimos es que deben ser muchos a mandar y no haberse tomado la molestia de ponerse de acuerdo antes de hacer ni disponer nada. Al mismo tiempo se dan órdenes contradictorias por distintos megáfonos y se producen alternativas de avance y retroceso de los que deben integrar las columnas. Tampoco parece que existe unidad de criterio acerca de si los soldados han de limitarse a cubrir uno y otro lado de la carretera para evitar intentos de evasión o deben vigilar a los presos, avanzando al mismo tiempo que ellos. Por otro lado, aunque se dispone la presentación de cuantos militares haya en el campo, sin establecer ninguna distinción entre los profesionales y los procedentes de milicias, casi ninguno cumple la orden, no sólo por resistencia instintiva y desconfianza

de lo que pueda suceder a los que se presenten, sino sencillamente por no haber llegado a enterarse. En cuanto a que en las diferentes expediciones vayan íntegras las centurias, cada uno hace lo que mejor le parece o se agrega a cualquiera de las que emprenden la marcha o se traslada a otro lugar del campo para reunirse con amigos, paisanos o conocidos.

Se pierde mucho tiempo antes de que la primera columna de prisioneros emprenda la marcha. Cuando lo hace son ya más de las cinco y media y la tarde declina rápidamente. Deben ser siete u ocho mil hombres en total. Van de seis en fondo* y cuando la cabeza desaparece en la revuelta de la carretera, al pie del cerro de Santa Bárbara, la cola todavía se encuentra dentro de los Almendros. Los presos caminan despacio, con frecuentes paradas, aunque los soldados que les conducen les meten prisa a voces y en más de una ocasión a palos.

—Por cerca que vayan, cuando lleguen será noche cerrada ya.

Está anocheciendo cuando la segunda expedición, integrada por los ocupantes del extremo opuesto del campo, tiene que iniciar su caminar, casi pisando los talones a quienes salieron delante. Tienen que desfilar por la carretera delante de los que aún no hemos recibido orden de movernos. La segunda columna, por lo que calculamos, no debe ser inferior en número a la primera. En ella marchan con toda probabilidad cuatro o cinco mil personas que estuvieron con nosotros en el puerto y dos o tres mil más que no llegaron a estar. Incluso a la luz incierta del crepúsculo quienes se encuentran cerca de la carretera pueden reconocer a muchos.

Su caminar es todavía más lento que el de la primera expedición, con detenciones más frecuentes y prolongadas. La noche cae por completo antes de que acaben de pasar ante nosotros. Contra lo que parece natural y lógico, los que guardan y vigilan esta segunda columna son menos numerosos que en la anterior. La explicación está en que fueron muchos los soldados que se marcharon rodeando y vigilando a los que iniciaron la evacuación del campo, y no quedan —aparte de los que han de continuar vigilándonos a nosotros— tantos para acompañar a los siguientes.

—Buena oportunidad para largarse.

Lo mismo deben pensar no pocos de los prisioneros integrantes de la segunda expedición y sus guardianes. Es posible que algunos de los

primeros consigan escapar, saltando las cercas que dividen los huertos y huyendo a través del campo. También que hombres que ni siquiera han pensado en fugarse se ganen un balazo por acercarse demasiado a la cuneta o retrasarse. No llegamos a saber a ciencia cierta lo que ocurre en cada caso. De cualquier manera oímos con frecuencia tiros aislados o incluso descargas cerradas, no sólo a lo largo de la carretera, sino en los campos y montes próximos. Pero la lejanía y la oscuridad nos impiden ver lo que ocurre. Como la imaginación de cuantos seguimos en el campo galopa sin frenos ni cortapisas, no resulta cuerdo conceder demasiado crédito a los muchos rumores que circulan en las primeras horas de la noche de este primer Jueves Santo de la España oficialmente en paz.

—¡Suspendido el traslado hasta la mañana! Por hoy no saldrá nadie más del campo.

No nos sorprende el aplazamiento que dábamos por descontado desde una hora antes. Se repite en cierto modo lo ocurrido en el puerto en la noche del 31 de marzo. Con varias y sensibles diferencias. Entre otras que entonces, y pese a estar cercados sin posible escapatoria, todavía nos considerábamos hombres libres y ahora llevamos seis días presos. Nuestro número es muy superior a los que entonces hubimos de quedarnos en los muelles. Por desgracia, nuestro estado de ánimo difiere muy poco, y no sólo por la debilidad derivada de la escasa alimentación.

Aunque han debido llevarse entre doce y catorce mil hombres, todavía quedamos en los Almendros el doble como mínimo. No estamos más anchos que la víspera, sin embargo, porque las líneas de centinelas de uno y otro lado del campo se han aproximado unos centenares de metros. Sabemos donde están por la hilera de fogatas encendidas para iluminar unos trozos de terreno y dificultar las fugas. ¿A dónde irán los millares de prisioneros que han separado de nosotros?

—Con toda probabilidad al mismo Alicante; seguramente a los castillos, el campo de fútbol y la plaza de toros.

No es de suponer que de llevarles más lejos hubiesen esperado al atardecer para emprender la marcha. Tanto si hacen el recorrido a pie como si pensaran utilizar el ferrocarril, pasarse toda la noche en el viaje resultaría peligroso para todos. Para los guardianes, por las posibles tentaciones de

fuga de los presos. Para los prisioneros, porque los vigilantes supusieran que intentaban huir.

—Además, han pedido que salieran los militares, y a los militares sabemos que pensaban encerrarlos en los castillos.

Parece que se han llevado a casi todos los militares profesionales que había en el campo. Al menos, lo han hecho con los más conocidos, como Ortega, Burillo, Fernández Navarro e Ibarrola. En cambio, la mayoría de los procedentes de milicias y de los comisarios continúan entre nosotros.

—También se han llevado a Pedrero y algunos agentes del SIM. No sé lo que harán con ellos, pero no resulta aventurado ponerse en lo peor.

Más tarde nos dicen que en la última de las expediciones han salido asimismo algunas figuras socialistas como Henche, Rubiera y Gómez Osorio. No obstante, en los Almendros quedan aún otros de parecida significación como Rodríguez Vega, Antonio Pérez, Zabalza y Amos Acero.

—Mañana nos tocará a todos nosotros. Conviene dormir lo más posible para estar descansados porque tendremos que dar un largo paseo.

—Tan largo —comenta, pesimista, Esplandiú—, que muchos no llegarán vivos a su final.

Nuestra última noche en el Campo de los Almendros resulta tan poco grata como las seis precedentes. Tenemos hambre, porque las tres cucharadas de lentejas ingeridas muchas horas antes la han aumentado, en lugar de disiparla. Sentimos mayores picores que nunca, probablemente porque los piojos aumentan de día en día. Suenan con frecuencia disparos con los que se trata de cortar alguna fuga o que sirven de entretenimiento a los guardianes en el aburrimiento de sus guardias. Además, patrullas armadas irrumpen en varias ocasiones en el campo, recorriéndole en todas las direcciones en funciones de prevención y vigilancia, despertando a muchos que han conseguido conciliar el sueño. Para colmo de males, tocan diana cuando aún falta bastante para amanecer y tenemos que levantarnos.

—Preparados todos porque hoy tiene que quedar totalmente desalojado el campo.

En la preparación no se incluye, naturalmente, proporcionarnos ningún alimento que aumente nuestras energías, harto mermadas por el prolongado

ayuno. Como de costumbre, los soldados que nos guardan desayunan a su hora; nosotros hemos de contentarnos con mirar de lejos cómo lo hacen.

—¿En qué piensas? —pregunta Aselo, viéndome ensimismado.

—En que hoy es Viernes Santo y que nuestro calvario particular puede terminar, ya que no comenzar, en este mismo día.

V

ALBATERA

Aunque estamos levantados desde las seis de la mañana y formados desde las ocho, son más de las diez cuando nos hacen bajar a la carretera para emprender la marcha y las once dadas cuando la iniciamos. La dilatada espera de pie, oyendo órdenes y contraórdenes disparatadas, transmitidas por gentes que van corriendo de un lado para otro gritando lo que no acaban de entender, produce el más completo desbarajuste que imaginarse pueda. Todo el mundo está de mal humor; nosotros, primeras y principales víctimas de la desorganización reinante, tampoco tenemos ganas de bromas.

—¡Parece mentira que estos tipos hayan podido derrotarnos!

—Acaso perdimos la guerra porque todavía era mayor nuestra falta de organización.

Formados en el campo primero y en la carretera después discutimos un rato. En realidad, no ofrece gran interés dilucidar quiénes estuvieron peor organizados durante la ya terminada contienda, porque nada de lo que podamos decir modificará lo más mínimo nuestra situación. No faltan, sin embargo, quienes hablan con apasionada vehemencia; es la mejor manera de matar un tiempo que nos sobra como venganza anticipada de que el tiempo acabará, al fin, por matarnos a todos.

Antes que nosotros han abandonado los Almendros varios millares de prisioneros. Formando una columna interminable que debe extenderse a lo

largo de varios kilómetros, han ido saliendo antes que nosotros cuantos se hallaban a nuestra izquierda. Aunque caminan muy despacio, con frecuentes altos y detenciones, los que empezaron a andar a las ocho y media de la mañana tienen que estar ya como mínimo en el centro de Alicante. No hablamos del centro de la cercana población porque sepamos a dónde nos conducen, sino sencillamente porque la carretera de Valencia desemboca, luego de rodear el monte de Santa Bárbara, en el mismo Paseo de los Mártires que corre a lo largo del puerto.

—¿Nos llevarán a la plaza de toros?

—No creo que quede sitio tras los que anoche metieron en ella.

Es lo poco que hemos logrado saber de los doce o catorce mil hombres que la tarde anterior sacaron de los Almendros. Algunos de los soldados que nos guardan y vigilan han hablado de los castillos de San Fernando y Santa Bárbara, pero esencialmente del coso taurino, en el que, al parecer, han encerrado a la mayoría. ¿Dónde iremos nosotros?

—Lo sabremos al llegar, si estamos en condiciones de enterarnos de nada.

Al bajar hasta la carretera cargado con todas mis pertenencias me parece que la maleta pesa el doble que una semana atrás. Como no he metido en ella nada que no estuviera allí desde la partida de Madrid, comprendo que el aparente aumento de su peso es en realidad reflejo de una disminución de fuerzas. En ello han debido influir por partes iguales la falta de alimentación y descanso y el exceso de inquietudes, zozobras y angustias en los últimos diez días. Mientras lo pienso, observo que Esplandiú, apenas llegado a la carretera, se apresura a abrir su maleta y revisar su contenido.

—¿Temías que te hubiéramos quitado algo? —le pregunta Serrano, ligeramente amoscado por algo que ha debido oírle decir.

—Temía lo contrario —responde el interpelado—: que por gastarme una bromita me hubieseis metido tres o cuatro pedruscos grandes.

Pronto, durante la hora larga que esperamos en la carretera antes de echar a andar comprobamos que lo mismo que a nosotros le sucede a la mayoría de los prisioneros. Durante su estancia en el Campo de los Almendros han decaído tanto nuestras fuerzas, que los equipajes de muchos se han convertido de repente en una carga demasiado pesada para quienes

tienen que soportarla. El fenómeno carece de importancia en el caso de nuestro grupo, ya que sus cuatro integrantes somos jóvenes aún y las maletas de tres y la mochila del cuarto no pasan en conjunto de los treinta y cinco kilos. Pero la tiene, y mucha, para hombres de cincuenta, sesenta y setenta años —que los hay entre nosotros—, que difícilmente pueden alzar del suelo sus equipajes. Por fortuna, no faltan compañeros que acuden en su ayuda.

—Abuelo, déjeme que le eche una manita.

Alineados en la carretera, con los equipajes colocados a nuestro lado en el suelo, aguardamos minutos y minutos. Fusil en mano, numerosos centinelas nos vigilan desde ambos lados de la ruta. Aquí y allá vemos estacionados camiones llenos de soldados por si cualquier incidente hiciera necesaria su intervención. En las alturas próximas, otros grupos otean hacia el valle para descubrir en el acto cualquier tentativa de fuga. Pero de mañana, a pleno sol, y sabiendo interceptadas todas las posibles salidas, no lo intenta nadie.

—Ahora no podría escapar nadie ni con alas.

Mientras continuamos parados, el Campo de los Almendros va quedándose vacío. Aparte de los miles de hombres que salieron anoche y a primera hora de la mañana, la columna que forma nuestra expedición alcanza ya a cuanto descubre la vista. Si las primeras filas están al pie de Santa Bárbara, las últimas se amontonan en la cuesta de Vistahermosa. Y todavía allá, en la falda de Serragrosa, continúan dentro del recinto varios millares de hombres más. La gente empieza a cansarse.

—¿Es que nos van a tener aquí, formados y de pie, sin poder siquiera coger un poco de agua durante todo el día?

Poco después de las once de la mañana, un automóvil procedente de Alicante, y ocupado por varios jefes y oficiales, avanza rápido por la carretera, obligando a cuantos estamos formados a echarnos a una cuneta para dejarle pasar. Sus ocupantes se apean ante la casa donde durante estos días han estado las oficinas y el puesto de mando, y entran. Tres minutos después, megáfonos y altavoces transmiten la orden de ponernos en marcha.

—¡Que nadie se aparte de la formación! —advierten—. ¡Los soldados tienen órdenes de disparar contra el que lo intente, cualquiera que sea el

pretexto que invoque…!

—Adelante, compañeros —dice Aselo, agachándose para recoger su maleta—. Ya veremos dónde vamos a parar.

* * *

Hace calor o lo tenemos nosotros. Es un día de sol claro, no sopla la más ligera brisa y todos llevamos puestos capotes, abrigos y chaquetones. Cuanta más ropa llevamos encima, menos tenemos que cargar en maletas, macutos o mochilas. Muchos incluso llevan en bandolera las mantas que tan útiles les han sido en las noches de frío y lluvia y que pueden seguir siéndolo en el lugar a donde nos conduzcan.

Pero no es sólo el calor lo que entorpece nuestra marcha. Al formar en la carretera hemos tenido que hacerlo unas filas encima de otras. Ahora, al empezar a caminar, cargados todos con los más variados equipajes, necesitamos mayor espacio entre nuestra fila y las que la preceden y siguen para no tropezar constantemente. Como igual sucede a las trescientas o cuatrocientas hileras que van delante y las más numerosas que vienen detrás, sólo cuando los que están en cabeza lleven recorridos un par de kilómetros pueden ponerse en movimiento los que forman la cola.

—¡Venga, moveros de una vez, cabrones! ¡Si tengo que repetirlo, algunos lo van a sentir…!

Es un sargento irritado el que protesta a voces; otras, cualquier oficial molesto porque la columna apenas se mueve; el resto, soldados que quieren cumplir las órdenes recibidas o tienen prisa por terminar con este largo y pesado traslado de prisioneros. Pero ni los gritos, ni las amenazas, ni los improperios producen el efecto deseado. No vamos más rápidos porque nos lo impiden los que van delante. Aunque la mayoría considera inútil y contraproducente contestar a los gritos y a las voces, algunos replican señalando a las filas que nos preceden.

—¡Dígales que corran más porque no vamos a saltar por encima de ellos…!

—¡A mí no me da lecciones ningún cochino rojo! ¡Di una palabra más y te quedas sin dientes…!

A veces la acción acompaña a las palabras; en otras, no existen palabras que sirvan de acompañamiento al puñetazo, la patada o el palo. Cuando esto ocurre —y ocurre con más frecuencia de la deseable— se produce un pequeño revuelo del que inevitablemente salen uno o varios prisioneros, desarmados e inermes, con alguna descalabradura.

—¡Y ya puedes decir que has nacido hoy cuando no te he metido un cargador en la barriga…!

En ningún caso, sin embargo, consiguen que la enorme columna avance con mayor rapidez. A nosotros nos lo impiden los que nos preceden; a éstos, los que les preceden a su vez, y así hasta la cabeza de la expedición. Que, a su vez, como sabremos más tarde, va frenada por los ocupantes de algunos coches de vigilancia que marchan por delante y que no quieren correr por temor que con las carreras se les pierdan en el camino algunos prisioneros.

Sea por lo que sea, lo efectivo es que a las doce de la mañana sólo nos hemos alejado dos kilómetros de nuestro punto de partida. Alrededor del mediodía llegamos al extremo del valle, a la curva de la carretera, cuando al llegar frente a Santa Bárbara, tuerce hacia la izquierda para salir a la playa de Postiguet, bordeando la montaña. En los altos de la cuesta nos vemos forzados a efectuar una breve parada. Dejando la maleta en el suelo, me vuelvo para contemplar el panorama que dejamos a nuestra espalda.

Aunque todavía quedan algunos millares de personas en el extremo norte de lo que hemos llamado Campo de los Almendros, la carretera aparece totalmente ocupada por nuestra larga columna. Paseo mi mirada por los huertos donde hemos pasado estos días dramáticos y advierto los destrozos causados en ellos: los árboles sin fruto, sin hojas y casi sin ramas; los puntos oscuros que marcan los lugares en que encendimos fogatas para calentarnos o secar la ropa en las noches de lluvia, también los sitios donde vimos algunos cadáveres de hombres que quisieron escapar o que hubo alguien que se imaginó que pretendían hacerlo. Experimento cierta emoción al contemplar, acaso por última vez, este panorama que tan grabado habrá de quedar en la imaginación de todos nosotros.

—¿Sientes abandonarlo —pregunta sorprendido Serrano—, luego de lo que hemos pasado aquí?

—Temo mucho —respondo sincero— que lo pasaremos cien veces peor en el sitio donde nos llevan.

* * *

Tras ganar altura, la carretera tuerce ahora hacia la derecha bordeando el cerro de Santa Bárbara para salir a la costa. Damos vista a las casas destrozadas por los bombardeos del barrio de la Marina; a nuestros pies, la estación de Denia, de los ferrocarriles secundarios, en que muchas veces han debido hacer blanco aviones y barcos enemigos. Empiezo a comprender que los ataques aeronavales sobre la ciudad fueron más intensos y certeros de lo que pensábamos en Madrid y que el teniente de un batallón de retaguardia tenía razón al afirmar que en 1938 el famoso y envidiado Levante feliz, nada tenía de envidiable ni de dichoso.

Como ahora caminamos despacio, deteniéndonos de vez en cuando mientras perdemos altura, podemos fijarnos en todos los detalles. Apenas quedan rastros de las viejas casetas de baño de la playa de Postiguet, donde millares de empleados y obreros madrileños acudían todos los veranos en los llamados «trenes botijo». Cuando nos acercamos al puerto, Aselo me indica:

—Fíjate, ¡los coches han desaparecido…!

Tiene razón, desde luego. Cuando hace seis días, en la mañana del 1 de abril, abandonamos los muelles, gran parte del paseo marítimo, de la playa o como se llame oficialmente, aparecía atestado con los vehículos —automóviles, camiones o autocares— en que habíamos llegado a Alicante y que abandonamos a la entrada del puerto. Cuando volvemos por allí, en la mañana del día 7, ya no queda ninguno. Buenos, regulares y malos se los han llevado todos.

—¡Y eso que eran los rojos los únicos que requisaban coches…!

Cuando nos aproximamos a la plaza de Joaquín Dicenta, miramos con redoblada atención al muelle norte, que es el más amplio y largo, en que hubimos de pasar unos días y unas noches de pesadilla, descubrimos otra desaparición. No queda ni rastro de los montones de sacos de lentejas con los que improvisamos una especie de barricadas a la entrada del puerto. Era la carga de algún buque que, debido a la precipitación de los

acontecimientos en los días finales de marzo, no pudo ser trasladada a los lugares de consumo. No tenemos idea exacta de lo que podía pesar, pero…

—Serían por lo menos dos o tres mil toneladas.

—Con las que había de sobra para mantenernos durante unos meses.

—¡A saber quién se las estará comiendo!

Desde luego no hemos sido nosotros. Las tres cucharadas de lentejas que ayer nos dieron por toda comida no procedían del cargamento del puerto; estaban enlatadas y provenían de Italia. Las que había en los muelles eran infinitamente más abundantes y habían sido compradas y pagadas en Francia.

—Desde luego no habían sido requisadas.

—Aunque ahora evidentemente lo han sido.

No concederíamos al hecho la menor importancia de no ser por el apetito que todos sentimos. Cuando el hambre hace cosquillas en el estómago de uno, pone de muy mal humor pensar en una cantidad de víveres que en estos momentos de aguda necesidad se nos antojan fabulosos. Más de uno comenta sarcástico:

—Va a resultar que, con todo lo que presumían, en su zona lo pasaban peor que en la nuestra.

Inevitablemente recordamos el famoso bombardeo con panecillos de Madrid por un grupo de aviones nacionales en los últimos meses de la guerra. Los panecillos apetitosos, crujientes, cayeron envueltos en papeles de seda en los que se afirmaba que las paneras de la España nacional estaban repletas de harina y que tan pronto como cesara nuestra resistencia podríamos comer sin la menor restricción el magnífico pan blanco de Castilla. En este momento, hace ya seis días que acabó nuestra resistencia y terminó la guerra. Sin embargo…

—¡Ya quisiéramos recibir la mitad de la ración de Madrid en los días de mayor escasez!

Mientras vamos avanzando por el Paseo de los Mártires comprobamos que el puerto está paralizado. Siguen sin reparar los estragos sufridos en los bombardeos, destrozadas la mayoría de las grúas e inmóviles las restantes. De las aguas de la dársena interior continúan emergiendo los palos de un buque hundido. En la exterior hay atracados dos barcos que nos parecen de

guerra. En el rompeolas, algunos pescadores de caña, en su totalidad viejos o niños.

También creemos que sean chicos otros individuos que, vestidos con camiseta y calzón, se tiran al agua desde las escaleras de los muelles o el borde de algunas barcas. No falta quien, con mejor vista que nosotros, nos saca pronto del error.

—No son críos, sino soldados.

Aunque nos sorprende en el primer momento, no tardamos en encontrar una explicación lógica. No se trata de hombres que, impulsados por el calor o por las aficiones natatorias, se lancen al agua para refrescarse o practicar su deporte favorito, sino de buceadores que intentan sacar lo que de valor puede haber en el fondo. Recuerdo que muchos de los que estuvimos en el puerto tiraron sus pistolas al agua, no sin desarmarlas previamente, arrojando cada una de sus partes lo más lejos posible de las restantes.

—¡Menudo trabajo para encontrar y unir las piezas de cada una de las armas!

Uno de los soldados nos ha oído y tercia en nuestra charla. Lo que tantos buceadores buscan en las aguas del puerto no son pistolas, fusiles o metralletas —poco precisas ahora que terminó la guerra—, sino algo más valioso para los que prueban su habilidad y resistencia registrando el fondo del puerto.

—¡Dicen que hay cientos de millones de pesetas en joyas!

Por Alicante ha circulado la noticia —de la que se ha hecho eco algún periódico o emisora local— de que cada uno de los que llegamos al puerto deseosos de embarcar para el extranjero llevábamos tesoros dignos de «Las mil y una noches». También que a última hora, temerosos que nos encontraran encima joyas cuya adquisición no podríamos justificar, las tiramos al mar. Sin embargo, aunque desde hacía una semana centenares de nadadores buceaban a todas horas en las aguas portuarias, no parecía que nadie hubiese hallado nada que justificase el chapuzón.

—Han sacado muchas maletas, mochilas y armas, pero no joyas. Bueno… ¡si alguno las encontró no se lo ha dicho ni a su padre!

* * *

Llevamos quince minutos parados al final del Paseo de los Mártires y el comienzo del parque de Canalejas. Es uno de los puntos más céntricos de la ciudad, pasado el Club de Regatas y ante el monumento erigido en memoria del político liberal. Todo parece indicar que la parada será larga. Los soldados que ahora nos guardan —vienen con nosotros a lo largo de todo el paseo— son menos bruscos que los anteriores y algo más comunicativos.

—Dejen los bultos en el suelo y descansen —indica un alférez que manda la sección—. No entraremos en la estación hasta que acaben de cargar un tren y tardarán un buen rato.

Todavía no sabemos dónde nos llevan. Al iniciar la marcha dimos por descontado que, en contra de lo que suponíamos la noche anterior, iríamos a dar con nuestros huesos en la plaza de toros. La culpa fue de un sargento que, en plan amistoso, hablando con un paisano suyo que se quejaba de lo mal que lo había pasado en el campo de los Almendros, replicó malintencionado:

—¡Pues lo vas a echar mucho de menos cuando mañana te veas en el ruedo de la plaza!

Únicamente cuando llegamos a la esquina de la Rambla y no subimos por ella —camino casi obligado para ir al coso— comprendimos que nuestro punto de destino era otro. Lo confirmó un soldado que, al preguntarle cómo estaba la plaza, replicó:

—Anoche no cabía allí ni un papel de fumar.

Ahora el alférez habla de la estación. ¿Pero de cuál? Aparte de la del ferrocarril de vía estrecha que conduce a Denia, y que dejamos a nuestra espalda, hay otras dos en Alicante: las de Madrid y Murcia.

—Desde luego la de Murcia. Creo que los llevan a Cartagena.

Es posible. El alférez se limita a repetir lo que ha oído o creído oír, pero nosotros lo ponemos en duda. Pensamos en los campos de trabajo de Totana y Albatera y en la cárcel de Orihuela. No entablamos, sin embargo, discusión de ningún género con el alférez. En fin de cuentas quiere hacernos un favor al decirnos lo que sabe, y le quedamos muy agradecidos.

En realidad, tanto este alférez como el que manda la otra sección que vigila esta parte de la columna de prisioneros, nos caen simpáticos. Ninguno de los dos ha debido cumplir aún los veinte años, tal vez ni los

dieciocho, y tienen que pertenecer a una de las últimas promociones. Ambos son andaluces y tratan a los presos con amabilidad y deferencia. Uno de ellos dice, hablando con un campesino de pelo blanco, que, según él, le recuerda a su padre:

—Si por mí fuera, les dejaría marchar a todos. ¿Por qué tiene que haber presos si la guerra terminó?

Alicante, que atravesamos en su parte céntrica de punta a punta, nos da una impresión penosa de abandono, tristeza y desolación. Es probable que esta impresión tenga mucho de subjetiva, influida por nuestro propio estado de ánimo. Pero indudablemente hay realidades objetivas que nos deprimirían en cualquier instante.

Compruebo *de visu* que los daños causados por los bombardeos aéreos y marítimos son mucho más extensos e intensos de lo que hasta ahora pude pensar. El Club de Regatas, por ejemplo, no pasa de ser un montón de escombros entre los que emergen algunos hierros retorcidos. En el espléndido palmeral del Paseo de los Mártires faltan una tercera parte como mínimo de los árboles, y el Parque de Canalejas no es ni una sombra de sí mismo. Abundan los edificios destruidos o quemados en las calles más importantes de la población; de muchas casas no queda en pie más que las fachadas y son contadísimas las cristaleras intactas. En su parte céntrica, Alicante ha sufrido más destrozos que la Puerta del Sol madrileña o la de Castelar valenciana.

No hay mucha gente por las calles, pese a que son las doce y media de la mañana de un día soleado de comienzos de abril. La máxima animación se las prestan los soldados —españoles, italianos y moros— que, aparte de los que nos vigilan y custodian, pasean en grupos por todas partes. Fuera de ellos y de algunos falangistas uniformados, apenas se ven hombres.

—Es lógico —comenta Aselo cuando se lo hago notar—. O se fueron en los últimos barcos o están presos como nosotros.

No tiene nada de sorprendente. Tradicionalmente la provincia de Alicante ha tenido una orientación izquierdista. En todas las elecciones celebradas durante la República triunfaron republicanos y socialistas, sin contar que existen poblaciones importantes —Elda y Alcoy, por ejemplo— donde los elementos libertarios constituyen la inmensa mayoría. En todas

las unidades del Ejército Popular había millares de voluntarios alicantinos. Es comprensible que la derrota haya producido un efecto desolador.

En las mujeres que desde la acera y las bocacalles nos ven pasar predominan los rostros serios y cariacontecidos. Algunas lloran sin el menor disimulo, posiblemente al pensar que algunos de sus familiares se encuentran en situación semejante a nosotros. Algunas nos ofrecen al pasar botijos con agua, naranjas y panecillos. En ocasiones nuestros guardianes las rechazan con modales que tienen poco de amables:

—¡Fuera, fuera…! No se puede hablar con los presos…

Los que ahora nos guardan son mucho más comprensivos y amables. No ven el menor inconveniente en que durante la prolongada parada cambiemos algunas palabras con las mujeres que se nos acercan, bebamos un poco de agua y hasta llenemos la cantimplora. Respondiendo a preguntas sobre nuestro punto de destino, vacilan:

—Seguramente a Albatera… Tal vez a Orihuela…

Ya sabemos que en Albatera existe un campo de trabajo creado para la aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes. También que algunos de los numerosos conventos de Orihuela están siendo utilizados como cárcel.

—Aquí están llenos la plaza de toros y los castillos. Incluso la fábrica de tabacos. A un sobrino mío lo tienen allí y…

Algunas de las mujeres aprovechan la prolongada detención para correr a sus domicilios cercanos y traernos lo que pueden. No es demasiado, desde luego, pero lo agradecemos posiblemente con mayor sinceridad que hemos agradecido nada en nuestra vida. Yo recibo una naranja que me como incluso con mondas. De unos trozos de pan, me corresponde un poco de miga.

—Llevamos veinticuatro horas sin probar bocado —explico a uno de los alféreces— y no sé cuánto tiempo se prolongará nuestro ayuno.

El alférez lo atribuye a defectos de organización y expresa su confianza en que nos darán de comer al llegar al punto de destino. Yo quisiera creerlo, pero dejo traslucir cierta incredulidad. Hablo de los seis días pasados en el Campo de los Almendros y las dos escasas comidas que hemos ingerido en este tiempo. Debe sorprenderle la forma en que me expreso; tal vez mi aspecto y mis gafas.

—Usted sería coronel por lo menos, ¿verdad? ¿O eran rusos todos los mandos?

Cuando le contesto que no he tenido mando alguno, pese a que el noventa y nueve por ciento de los mandos del Ejército Popular eran españoles, me escucha con marcado escepticismo y alude a las Brigadas Internacionales.

—¿Ha visto usted muchos rusos entre los prisioneros? —inquiero con cierta ironía—. Pues pregunte uno por uno a los que aquí vamos y vea si encuentra un solo extranjero. Yo, en cambio, he visto bastantes italianos. Fueron los primeros que entraron en Alicante.

* * *

Llegamos a la estación de Murcia a la una de la tarde. Apenas si queda en pie una parte mínima del armazón metálico. En los andenes hay agujeros producidos por las bombas de aviación. Acaba de partir un convoy, pero ya hay otro larguísimo cargando. Se compone de tres o cuatro coches de viajeros, algunas plataformas para mercancías y cincuenta o sesenta vagones de ganado.

—¡Subid rápidos…! Al que se duerma, espabilarle a palos…

Obligan a subir a una de las plataformas a los que van en cabeza. Los primeros quieren sentarse en el suelo o sobre sus equipajes, pero les fuerzan a ponerse de pie. Cuando la plataforma está llena todavía hacen subir a diez o doce más.

—¿Que no cabéis? Pues apretaros un poco porque de todas formas tenéis que caber. ¡Arriba con ellos…!

Van apelotonados de una manera inverosímil. Algunos tienen que subirse en sus propios equipajes o mantenerlos en vilo por encima de su cabeza. Aún así tienen que abrazarse.

—¡Mejor! Así no os caeréis ninguno. ¡U os caeréis todos a la vía y asunto resuelto!

En cada vagón de ganado meten doble número de hombres de los que normalmente caben. Tienen que empujarlos varios soldados para poder cerrar las puertas. De dentro salen voces de protesta:

—¡Que nos asfixiamos…!

—¡Mala suerte para el que se le olvide respirar! La culpa será suya —le contesta uno desde el andén entre carcajadas de sus compañeros.

Tenemos relativa suerte. Cuando nos llega el turno nos empujan hacia uno de los coches de viajeros. Es de tercera, de madera, con una venerable antigüedad y en el más deplorable de los estados. El suelo y los asientos están sucios y huelen a perros. Alguien se ha vomitado en los asientos de un lado y nadie se ha preocupado de limpiarlo. A empellones nos hacen subir al estribo y tenemos que entrar. Es un vagón que consta de diez o doce departamentos, cada uno de los cuales tiene salida independiente, aislado de los restantes por un tabique de madera. Oficialmente es para ocho pasajeros sentados, pero nos meten a veintiuno. Vamos como sardinas en lata, materialmente incrustados unos en otros. Aselo y yo sacamos medio cuerpo por la ventanilla del lado opuesto; afortunadamente la puerta de que forma parte la ventanilla va bien cerrada. De cualquier forma corremos peligro de ir a parar a la vía en cuanto el tren se ponga en movimiento.

—Cuando lleguemos estaremos para el arrastre.

Lo estamos ya antes de partir, porque la estancia en la estación se prolonga minutos y minutos que se nos antojan interminables dado lo incómodo de nuestra postura. No es mejor la situación de quienes ocupan los departamentos contiguos y de ellos nos llegan gritos de protesta, quejas, maldiciones y juramentos. Alguien que no vemos vocea en el andén:

—¡Hacedlos callar de una vez…! Aunque sea a tiros…

Como muy en contra de nuestra voluntad sacamos medio cuerpo por la ventanilla, comprobamos que tras la locomotora colocada en cabeza va un vagón abierto en que un grupo de soldados armados con metralletas vigilarán la marcha del convoy. A retaguardia han puesto también otra plataforma en que irán, ojo avizor, los integrantes de una sección. Aparte que en las garitas de los guardafrenos de los vagones de mercancías montan la guardia uno o dos hombres armados.

—¡Cuidadito, rojillos! El que se asome más de la cuenta puede encontrarse con un balazo.

Vamos asomados más de la cuenta, pero aunque lo intentamos no podemos meternos dentro. Para lograrlo tendrían que salir lanzados los que están en la parte opuesta del departamento, tan asomados como nosotros a

la otra ventanilla. Poco más o menos igual sucede en el resto del coche. Por todas las ventanillas aparecen tres o cuatro hombres que se agarran con ansias desesperadas a los montantes para no ser lanzados a la vía.

—Peor van en los vagones de ganado. Aquí por lo menos respiramos.

* * *

Tras media hora larga de espera y muchos gritos, protestas, amenazas, órdenes y contraórdenes el tren inicia su marcha. No va muy rápido, desde luego. Si por un lado es lamentable, porque todos tenemos prisa en llegar dondequiera que sea, por otro debemos celebrarlo. Las vías no deben estar muy bien; es posible que falten traviesas o que hayan sido afectadas por alguno de los bombardeos y reparadas de mala manera; tal vez todo obedezca al estado deplorable de los vagones que integran el convoy e incluso a la desmesurada longitud de éste. En cualquier caso el tren avanza pegando terribles bandazos, que nos lanzan violentamente hacia un lado y otro. Un momento, todos los que van en el departamento salen proyectados contra nosotros, aplastándonos; al siguiente somos nosotros quienes somos lanzados en dirección opuesta. Es un peligroso y constante oscilar en que muchas veces tememos salir disparados a la vía.

Al dejar atrás los barrios alicantinos ante nuestros ojos se abre un espléndido panorama. Es la bahía de Alicante en todo su esplendor, con un mar intensamente azul, ligeramente ondulado por olas diminutas empenachadas de blanco que van a romperse contra la línea de la costa. Atrás queda la ciudad y el puerto dominados por el castillo de Santa Bárbara. Más allá la ensenada de la Albufereta y el cabo Huertas, difuminado en la lejanía. Enfrente, el cabo de Santa Pola avanza resueltamente como si quisiera cerrar la bocana de la bahía. La visión en este día de cielo claro, sin nubes, tiene una luminosidad deslumbradora, pero no podemos parar en ella nuestra atención. Toda su belleza se esfuma ante lo incómodo de nuestras posturas, el incesante traqueteo del tren y los esfuerzos para no salir por la ventanilla.

Todo el trayecto está cuidadosamente vigilado. Grupos de soldados montan guardia en los altozanos y cada cien o doscientos metros cruzamos ante centinelas que vigilan la vía. No es posible intentar la fuga. Cualquiera

que saltase de un vagón, caso de que no cayese bajo los disparos de quienes marchan en el mismo convoy, sería descubierto, apresado o muerto sin tardanza por quienes vigilan en tierra con las armas en la mano.

El tren no debe marchar a más de veinticinco kilómetros por hora. Aun así, pronto perdemos de vista el mar para cruzar las pequeñas alturas que se prolongan hacia el Este en el cabo de Santa Pola. Superadas éstas, descendemos hacia la llanura, que se prolonga más allá de Elche. Atravesamos unos palmerales mientras perdemos velocidad. Al cabo el convoy se detiene en la estación de Elche, si bien más de la mitad de los vagones quedan fuera de sus andenes.

Hay numerosas viviendas cerca de la vía por uno y otro lado. Contra lo que podríamos esperar, en la puerta de todas están sus moradores, que incluso van acercándose para ver más de cerca los vagones, buscando quizá algún rostro conocido o familiar. Como ocurre en las calles de Alicante, son mujeres o chicos en su casi totalidad. Tan sólo aquí y allá descubrimos algunos viejos que son precisamente quienes se muestran más prudentes ante la presencia de los soldados.

La estación de Elche está guardada por moros de Regulares, que cuando el convoy se detiene, extienden su vigilancia a todo lo largo del convoy. En general, observan una conducta correcta e incluso deferente, sin gritos, insultos ni amenazas a los prisioneros. Se limitan a cumplir con su deber cuidando de que ninguno pueda escapar, pero lo hacen sin malos gestos. Ni siquiera se oponen a que muchos chicos y mujeres se acerquen al tren y puedan cambiar algunas palabras con los presos.

—¡Agua, un poco de agua…!

De todos los vagones salen voces pidiendo algo de beber. Tras una breve vacilación, y luego de consultar con la mirada a los moros que vigilan, algunas de las mujeres mandan a los chicos a las casas próximas y vuelven al poco rato con botijos y botellas. La gente tiene sed, porque muchos no han bebido nada desde la noche anterior. Son ya las dos y media de la tarde y en el interior de los coches, apretados unos con otros, hace un calor asfixiante.

—¡Abran, por favor! ¡Se está muriendo uno!

Las voces salen de uno de los vagones de ganado, cuyas puertas están cerradas y precintadas. Gritos procedentes de los vagones contiguos repiten la llamada. Los moros vacilan sin saber qué hacer. A los gritos acuden algunos de los que marchan en el coche enganchado a retaguardia del convoy en funciones de vigilancia. Oigo gritar en forma destemplada al que debe mandarles.

—¡Silencio…! ¡Silencio he dicho…! Al que no se calle le cerraremos la boca a tiros.

—¡Es que hay un hombre medio muerto! —se atreven a protestar los ocupantes de uno de los vagones.

—¡Trucos, no! El que no cierre el pico…

—No es un truco. Acaba de sufrir un ataque y si no se le atiende…

—¡Que se muera!

Abren, no obstante, la puerta del vagón un momento y tras lanzar una serie de amenazas contra los que van dentro, la vuelven a cerrar con estrépito. Desde la vía, unas mujeres me tienden un botijo, que meto hacia dentro y un puñado de naranjas que me quitan de las manos los que no pueden asomarse a la ventanilla. Una mujer, de unos cuarenta años, que acompaña a quien nos las ha dado, todavía se disculpa:

—Es lo único que tenemos…

Tiene lágrimas en los ojos y un ligero temblor en la voz. Me imagino que debe tener algún familiar cercano —hijos, marido o padre— en situación semejante a la nuestra. Lo mismo debe sucederle a no pocos de los chicos y a las mujeres que a lo largo del tren parado, y gracias a la tolerancia de los moros, nos proporcionan un poco de agua, naranjas y algunos trozos de pan que devoramos.

La parada ha durado quince o veinte minutos. De pronto suena una campanada, hay voces y carreras en los andenes de la estación, pita cuatro o cinco veces la locomotora y el tren reanuda su marcha. Con mucha lentitud, al principio, con mayor rapidez luego.

Agitamos las manos despidiéndonos de quienes nos han auxiliado. Casi todas las mujeres lloran al vernos alejar. De repente una de las mujeres —una chica joven— eleva la mano derecha y cierra decidida el puño. Tras una breve vacilación otras la imitan. Pronto, mujeres y chicos a ambos lados de

la vía, alzan sus puños cerrados por encima de la cabeza. Los moros las contemplan sorprendidos; no hacen nada, asombrados quizá por la resolución desesperada de las mujeres. Hace falta mucho valor para este saludo el día 7 de abril y en presencia de todo el mundo. Contestamos en la misma forma. En uno de los vagones de ganado empiezan a cantar «La Internacional». No cantan muy entonados, pero sí con todas sus fuerzas. Pronto les contestan desde el interior de otros coches. En nuestro departamento les secunda la mayoría. El aire va llenándose de las conocidas estrofas:

«Agrupémonos todos
en la lucha final
y el grito para unirnos sea
¡viva La Internacional…!».

Aún perdura la emoción en todos, cuando, tras cruzar el Vinalopó, dejamos atrás a Elche, con sus palmerales y el espectáculo impresionante de mujeres y niños con los puños en alto, saludando al tren en que marchamos con destino todavía ignorado por todos nosotros. El tren corre ahora por una extensa llanura, limitada por un lado por la costa y la laguna denominada Albufera de Elche, y por el otro, por las alturas de la sierra Madera. La llanura, de suelo salitroso, tiene mucho de esteparia. Su uniformidad se interrumpe aquí y allá por bosquecillos de palmeras.

Paramos un momento en la estación de Crevillente, sin que suba ni baje nadie del tren. La estación está vigilada como todo el recorrido, pero casi desierta; no sólo por la hora, sino porque el pueblo está en unas estribaciones de la sierra, a varios kilómetros de distancia. Vuelve a plantearse entre nosotros el problema de adonde nos llevan. Algunos temen que sea a Totana, lo que implica la inquietante perspectiva de que habremos de permanecer así, sin poder movernos apenas, hasta bien entrada la noche. Otros se inclinan por Orihuela, de la que aún distamos treinta y cinco o cuarenta kilómetros. La mayoría pensamos en Albatera. No sólo porque en Elche algunas de las mujeres hablaban de ella, sino fundamentalmente

porque está más cerca, aunque la mayoría no sepamos exactamente dónde se encuentra.

Reanudada la marcha, el tren se aleja un tanto de las colinas que limitan las llanuras, aproximándose a la costa, sin que en ningún momento lleguemos a divisar el mar. Al cabo de veinte minutos vuelve a detenerse. Al principio, creemos estar en pleno campo, porque no se divisa ningún pueblo en las inmediaciones. Al final, sacando un poco más el cuerpo por la ventanilla, alguien alcanza a distinguir la estación y hasta leer su nombre:

—Albatera-Catral. Creo que hemos llegado.

Lo dudamos. Pese a que la estación, apeadero o lo que sea sirve a dos pueblos distintos, no alcanzamos a distinguir ninguno por más que miramos en todas las direcciones. Vamos en la parte posterior del convoy y hemos quedado a un centenar de metros de la estación que debe consistir en unos cuantos edificios. El panorama tiene un claro aire desértico, con abundancia de matorrales y piteras y grupos de palmeras muy diseminadas en la llanura esteparia. Apenas parados, grupos de soldados corren a uno y otro lado a todo lo largo de los vagones. Gritan a todo pulmón mientras empiezan a abrir la puerta de los vagones:

—¡Abajo todo cristo…!

—¡Formad en doble fila a este lado de la vía…!

Soy de los primeros en bajar del coche, porque han abierto por el lado en que me encuentro. Hemos de dejar salir a la mitad de los ocupantes del departamento antes de conseguir sacar los equipajes. Cuando bajamos tenemos las piernas entumecidas y nos duele todo el cuerpo.

—¡De prisa, rojos…! No vamos a esperar aquí hasta mañana…

Apremiados por los gritos y las órdenes van vaciándose coches y vagones. En la estación y sus alrededores debe haber más de doscientos soldados. Incluso han emplazado algunas máquinas para cortar en el acto cualquier asomo de resistencia. Una de ellas, colocada sobre una cerca de piedra, a unos cincuenta metros, apunta directamente a nuestro grupo apenas nos apeamos.

—¿No se le ocurrirá dar gusto al dedo? —dice amoscado Esplandiú, fijándose en el soldado colocado tras la ametralladora.

Tuerzo el gesto, paseando la vista alrededor. La estación está muy cerca, pero en torno a ella sólo hay unos cuantos edificios en los que no acierto a descubrir un solo paisano. Pienso que aquel desierto pudiera resultar un sitio adecuado para terminar con todos nosotros sin testigos molestos. Pasaría tiempo antes de que nadie se enterase de nuestro final, caso de que alguien fuera de nuestras familias, se preocupase por la suerte que hubiésemos corrido.

—Espero que no —respondo—. Aunque en un sitio u otro, ¿qué más da?

—¡Alinearse sin hablar…! Si tengo que repetirlo, alguno se quedará sin dientes…

Cuantos hemos venido en el coche de tercera empezamos a alinearnos a cinco o seis pasos de la vía, mientras van saltando los ocupantes de los diferentes vagones. Algunos lo hacen con dificultad, debido al entumecimiento de los músculos por el apelotonamiento dentro de los vagones de mercancías o de ganado. Un hombre de unos cincuenta años, con gafas y aspecto de intelectual, hace esfuerzos por mantenerse en pie, pero a los dos minutos rueda por el suelo.

—¿Qué le pasa a ese cabrón? —se encrespa un cabo mirándolo.

—Se ha desmayado. Dentro del vagón han quedado otros dos sin sentido. Veníamos tan apretados que no podíamos ni respirar.

—¡Pues no sois *finoles* ni *naa*! ¿Y así esperabais ganar la guerra? ¡Puah!

Escupe al suelo con gesto de superioridad y desprecio. Tras ordenar que saquen del vagón a los desmayados y los lleven junto al que está sin sentido cabe una cerca próxima, llama a dos soldados.

—¡Traed un cubo de agua y echárselo por la cabeza!

—¿Y si no vuelven en sí?

—Con enterrarles, asunto concluido.

Los tres prisioneros que han perdido el conocimiento lo recuperan bajo los efectos de la improvisada ducha. Tienen muy mal aspecto, apenas se sostienen sobre sus pies y algunos compañeros tienen que ayudarles a integrarse en una de las filas formadas, sujetándoles por ambos brazos. Hay otros varios, sin embargo, con los que el agua no basta. Aunque algunos

recuperan el conocimiento, no tienen fuerzas ni ánimos para levantarse, pese a todos los gritos y amenazas.

—Están enfermos —explica Trigo, que es practicante—. Tienen una fiebre muy alta y yo creo…

—Que se queden ahí —le corta el sargento al que da sus explicaciones —. Ya veremos lo que hacemos con ellos.

Son veinte o veinticinco los que han venido en el tren y no se encuentran en condiciones de dar un solo paso. Son, en general, personas mayores, para quienes el material aplastamiento dentro de los vagones ha resultado superior a sus fuerzas, harto quebrantadas por el hambre y las privaciones. A todos ellos los llevan hacia la estación. Uno de los que intervienen en su traslado vuelve a los dos minutos a su puesto en la fila.

—Debe haber dos campos —dice a quienes están a su lado—. He oído decir a un capitán que a los graves los lleven a la enfermería del campo pequeño.

Pronto circula la voz a lo largo de las filas que a uno de ellos tendrán que llevarle directamente al cementerio porque está muerto. Incluso, nos dicen que era el maestro socialista de un pueblo de Albacete. Al parecer, ya en los Almendros se puso malo, y las apreturas del vagón de ganado en que le metieron acabaron con él.

—¡Atención, atención! Columna de marcha de cuatro en fondo. ¡Andando…!

* * *

Inician la marcha los que han formado en la misma estación. Los que van en cabeza caminan sin mucha rapidez porque no les sobran fuerzas y van cargados con sus equipajes respectivos. Nosotros tardamos un rato en empezar a andar y pasa media hora antes de que lleguemos a la estación propiamente dicha. Comprobamos entonces que la estación es un poco mayor de lo que nos habíamos imaginado. Son dos, prácticamente, porque de Albatera-Catral parte un ferrocarril de vía estrecha que lleva a Torre vieja. Además del edificio de la estación hay varias casas en los alrededores e incluso una taberna, en la que se refrescan algunos soldados que deben estar francos de servicio.

—No me disgustaría entrar a tomar algo, ya que pasamos por la puerta.

—Te vas a quedar con las ganas, porque para nosotros es como si estuviese en la luna.

De la estación parte un camino que conduce directamente al campo. No es mucha la distancia, desde luego. Son menos de quinientos metros en línea recta. Pese a que vamos cargados con nuestros bártulos, a que no hemos comido nada desde hace treinta horas y sólo los más afortunados —entre los que me encuentro— hemos ingerido un par de naranjas pequeñas y veinte o treinta gramos de miga de pan, al madrugón y a la paliza del viaje, no se nos hace largo el camino. Es posible que nos anime la curiosidad por conocer el lugar en que van a meternos y la posibilidad de que sea algo más confortable que el sitio en que pasamos la última semana.

En cualquier caso, cuando salimos de la estación, ya la cabeza de la columna ha entrado en el campo, del mismo modo que nosotros ya estaremos dentro cuando la cola de la expedición continúe todavía andando junto a las vías. Para entonces ya sabemos que no somos los primeros en llegar. Dos horas antes que nosotros llegó un tren tan largo y cargado como el que nos ha traído a nosotros.

—Y dentro de un par de horas llegará un tercero con el resto de los que estábamos en los Almendros.

—Cuando lleguemos nosotros —se queja Esplandiú— encontraremos ocupados ya los mejores sitios.

—Dudo mucho que haya ninguno mejor —responde, pesimista, Aselo.

—¿Por qué?

—Porque todos serán igual de malos. ¿O esperas que nos lleven a un hotel de lujo?

El panorama que se ofrece a nuestros ojos tiene poco de atractivo. Una dilatada llanura de suelo blancuzco, en el que sólo crecen matorrales y piteras y en el que destacan algunas palmeras muy espaciadas entre sí. Paralela al camino discurre una pequeña acequia. Está seca en toda su extensión. Al otro lado, distinguimos un pequeño charco. Como hemos de hacer una parada al llegar a su altura, uno pide permiso al cabo que manda a los soldados que nos custodian para llenar la cantimplora.

—Echarías a perder la cantimplora. Es agua salada que huele que apesta.

Es probable que sea cierto, lo que explicaría la escasa vegetación y la ausencia de huertas y cultivos. Uno de los soldados añade algo significativo:

—En el pueblo llaman a estos campos saladeros.

Recuerdo que por aquí no faltan las lagunas saladas que llaman igual que en Valencia albuferas. La de Elche debe estar muy cerca; un poco más lejos, está el Mar Menor, que, en definitiva, es algo por el estilo. Y bastante más cerca las salinas de Torrevieja. ¿No sacarán grandes cantidades de sal de estos «saladeros»?

—Esta tierra no produce nada de nada —afirma otro de los soldados—. Tanto hablar de las huertas de Valencia y Murcia y esto es peor que un desierto.

—¿Quieres decir que no hay agua?

—Poca y mala. Para poderla beber tienen que ir a Orihuela por ella.

La perspectiva no resulta muy halagüeña. Si en los Almendros, donde había varios pozos, hemos pasado sed, ¿qué no ocurrirá aquí si el agua tienen que traerla desde veinte o veinticinco kilómetros de distancia?

—Me parece que en Albatera tendremos que bebería salada y reventar —gruñe Aselo, malhumorado.

Pienso lo mismo, con algunas agravantes que me callo. Si en los Almendros, que prácticamente estábamos en el mismo Alicante, hubimos de padecer toda clase de privaciones, aquí, a medio centenar de kilómetros, todo irá peor. Y acaso la sed nos haga olvidar el hambre.

—Creo que ya llegamos.

Llegamos, en efecto, aunque el campo de concentración o trabajo propiamente dicho esté un poco más lejos. Creemos haber penetrado en él cuando cruzamos una primera línea de alambradas y nos encontramos en una explanada que tendrá cien metros de ancha por doscientos de larga, en cuyos linderos crecen algunos árboles, entre los cuales distinguimos pabellones de mampostería y en la puerta del mayor de ellos un grupo de oficiales nos ve desfilar. Pero, como no tardamos en comprobar, este recinto alambrado no es más que una especie de vestíbulo.

* * *

El Campo de Trabajo de Albatera, según su denominación oficial, está a la izquierda. Es bastante mayor, con alambradas más altas y tupidas, con puestos para los centinelas y emplazamientos para unas cuantas ametralladoras que pueden barrerle con sus fuegos en un abrir y cerrar de ojos.

Penetramos en él por la única abertura en la alambrada —una puerta de dos hojas de alambre espinoso, con una anchura total de siete u ocho metros— que da acceso a una amplia explanada que, a primera vista, calculo que tendrá unos doscientos cincuenta metros de ancha por trescientos o trescientos cincuenta de larga. A derecha e izquierda, varios grandes barracones de madera con cubiertas de uralita, alzados diez o doce centímetros sobre el suelo, y en su parte inferior, dos anchos escalones de madera conducen a la puerta de entrada. Cada uno debe medir entre treinta y cuarenta metros de largo, por ocho o diez de ancho y una altura que en ningún caso llegará a los cuatro.

Alineados a lo largo del campo, los barracones no llegan a ocupar ni la mitad de su extensión. Entre ellos y las alambradas queda un espacio vacío de tres o cuatro metros. Fuera de los barracones nada hay en el interior del recinto. Parece un terreno acotado para realizar maniobras o un inmenso estadio —mayor que el Metropolitano o el Chamartín madrileños— en que las gradas han sido sustituidas por alambres de púas y las porterías por fusiles y ametralladoras. Las alambradas, muy espesas y fuertes, medirán algo más de tres metros de altura y debe ser empresa ardua intentar traspasarlas sin que se enteren los vigilantes, por distraídos que estén. El suelo, mal alisado, horro de toda vegetación, tiene un color blanquecino y la dureza de la misma piedra.

—¿Qué te parece?

—Que sólo falta un gran cartel que diga: «¡Bienvenidos a Albatera!».

* * *

Pero sólo un perturbado mental interpretará como amables frases de bienvenida las primeras palabras que tenemos que oír al llegar a Albatera. Cuando entramos en el campo ya están formados en cinco largas filas, que van desde la puerta hasta el fondo, quienes, integrantes de nuestra misma expedición, nos han precedido. Están en la parte izquierda del recinto, hombro con hombro, cada fila separada de la otra tres pasos de distancia y en posición de descanso. Cada preso ha tenido que depositar ante él su equipaje, abiertas maletas, mochilas y bultos para que pueda ser examinado su contenido. Nosotros tenemos que situarnos delante de ellos, en una hilera que es la sexta y los que vienen detrás forman otras hasta completar once con el total de los que hemos venido en el segundo tren.

—¿Cuántos crees que somos?

—No lo sé con exactitud —respondo—, pero calculo que entre seis y siete mil. Sin contar, naturalmente, los que vinieron en el tren anterior.

A los que vinieron en el primer tren, cuyo número debe ser muy aproximado al nuestro, los mantienen totalmente apartados. Los han metido en los barracones, en los que no caben ni siquiera de pie —como podemos ver por puertas y ventanas— y en el espacio que queda entre dichas construcciones y las alambradas. Mientras aguardamos a que acaben de formar los componentes de nuestra expedición, advierto que hay postes con focos para iluminar durante la oscuridad las alambradas, que existen unas plataformas de vigilancia en los cuatro ángulos y que tanto los postes como las plataformas, los puestos de centinela y las máquinas están emplazadas al otro lado del valladar de alambre espinoso.

—¡Atención, atención! ¡Silencio todos!

Las palabras, amplificadas por una serie de altavoces, llegan a todos los extremos del campo. En la puerta del campo aparece un grupo de oficiales que van a situarse frente a nosotros a doce o catorce metros de la primera fila, mientras a través de los altavoces se ordena:

—¡Formen, mirando al frente! ¡Fir… mes! ¡Ar…!

Obedecemos. Los oficiales nos contemplan curiosos, en tanto que una serie de soldados pasan por el pasillo abierto entre las diferentes filas, vigilando gestos y actitudes. La misma voz de antes nos anuncia:

—¡Mucha atención y silencio! ¡Va a hablaros el comandante-jefe del campo!

Una voz dura, de acento metálico, llega entonces a nuestros oídos. Empieza por recordarnos —¡como si pudiéramos olvidarlo!— que somos prisioneros y nos hallamos en un campo de concentración donde habrá de regir la más severa y estricta disciplina.

—Los intentos de fuga serán castigados con el máximo rigor y el menor asomo de protesta será aplastada sin contemplaciones. Los centinelas tienen orden de disparar sin aviso previo sobre cualquier individuo que se encuentre a menos de dos metros de las alambradas.

Añade a continuación que habremos de formar siempre que se nos ordene y dos veces como mínimo, a la mañana y a la noche, para cantar los himnos nacionales, cuya letra y música será transmitida por los altavoces con cierta frecuencia para que dentro de una semana nadie pueda alegar ignorancia. Tanto las formaciones como los cánticos se consideran actos de servicio y quienes pretendan eludirlos sufrirán en el acto los correspondientes castigos.

Ningún prisionero podrá tener armas, siendo fusilado inmediatamente al que se le encuentre encima alguna pistola, revólver o granada de mano. También habrán de entregar en el acto todos los objetos inciso-punzantes como dagas, cuchillos, navajas de afeitar y cuanto los jefes, oficiales o soldados consideren peligroso.

Aun siendo duro, encontramos todo esto perfectamente lógico. Como lo es que autoricen a escribir una carta a la semana, «cuando esté organizado el servicio de correos»; que podamos recibir otra cada siete días que nos será entregada «previo examen por la censura del campo y únicamente cuando provenga de padres, mujer, hijos o hermanos»; que más adelante podremos recibir paquetes y comunicar —cada quince días— con la familia, siempre que ésta obtenga previamente el correspondiente permiso en el gobierno militar de Alicante. No nos los parece, en cambio, lo que a continuación se añade:

—Las joyas de cualquier clase, especialmente las de oro, serán entregadas por quienes las tengan a los soldados que harán las correspondientes requisas y registros. Quienes puedan mostrar las facturas

de su adquisición legal, siempre que la fecha de las mismas sea anterior al 18 de julio de 1936, podrán pedir los recibos correspondientes.

Las últimas palabras son acogidas con fuertes murmullos, entremezclados con risas sarcásticas y burlonas. Se arma un revuelo que impide oír lo que a continuación transmiten los altavoces. Numerosos soldados corren por entre las filas reclamando a voces silencio.

—¿Qué entenderán estos caballeros por joyas? —pregunta en voz baja Aselo Plaza.

—Todo lo que les guste, aunque no valga dos reales —responde Esplandiú.

Esperamos que empiece inmediatamente el registro de personas y equipajes, pero nos equivocamos. En realidad, les sobrará tiempo para hacerlo en los días próximos y ahora, cuando la tarde va llegando a su final, les falta prácticamente para recibir y acomodar a los que ya han llegado a la estación a bordo de un tercer tren.

—¡Rompan filas…!

Tratamos de desperdigarnos por el campo, buscando cada individuo o cada grupo el lugar que considera más conveniente para instalarse. Pero los soldados tienen órdenes terminantes de no dejarnos pisar siquiera la parte derecha del recinto.

—¡Atrás, atrás todo el mundo…! Que nadie pase de aquí. ¡Sacudid duro a los que intenten pasar…!

Tratamos de meternos en uno de los barracones de la parte izquierda. No conseguimos llegar ni siquiera a la puerta. Están abarrotados por los que vinieron en el primer tren que incluso se amontonan entre el límite de los mismos y el fondo del campo, así como a sus espaldas en los cuatro o cinco metros que los separan de la alambrada. Chocamos unos con otros y apenas podemos movernos.

* * *

No sin grandes esfuerzos conseguimos ocupar un espacio de poco más de un metro junto al segundo de los barracones. El sitio tiene ciertas ventajas —que estamos resguardados parcialmente del viento o de la lluvia y que debajo del barracón podemos meter las cosas que deseamos

resguardar del agua—, pero no somos los únicos en descubrirlo a la primera ojeada y tenemos que defenderlo con uñas y dientes —aunque más exacto sería decir que a empujones y peleas verbales— con quienes desean privarnos de este mínimo espacio vital. Sin embargo, y pese a nuestra energía, es tal la aglomeración que no conseguimos mantener más que un cuadrado de un metro de lado. Es decir, lo indispensable para dejar maletas y bultos en el suelo y permanecer de pie a su lado o sentados sobre ellos.

—A mal tiempo buena cara —intento animarme a mí mismo—; por lo menos podemos descansar y hasta estirar un poco las piernas.

Poco es, pero resulta más de lo que muchos han conseguido, que han de permanecer de pie o sentados materialmente unos encima de otros en el suelo. El único consuelo de todos y especialmente de los que se hallan próximos a la parte derecha del campo es que puedan instalarse con un poco más de amplitud cuando dejen ocupar todo el recinto.

Pero la esperanza se desvanece antes de terminar la tarde. Una hora después de haber entrado nosotros en Albatera, irrumpe la cabeza de la columna formada por quienes vinieron en el tercero —último por ahora— de los trenes. Un poco alegremente habíamos calculado que no serían arriba de tres o cuatro mil. Al final resulta que son más del doble. Tantos que forman doce largas filas desde la entrada hasta el final del campo. Aunque cada una de las filas está pegada a las otras, llenan por entero, aun estando de pie, el espacio reservado para ellos.

Los trámites de recepción se abrevian al máximo porque es ya noche cerrada cuando entran los últimos. Los altavoces transmiten unas breves instrucciones antes de dar la orden de romper filas. Entonces se organiza un barullo increíble. Muchos de los recién llegados quieren acotar para tumbarse o sentarse un espacio que no tienen. Invaden los lugares donde nos hemos instalado los que vinimos con anterioridad y se organizan multitud de discusiones y peleas. El escándalo sube de punto cuando por los altavoces se ordena que se despeje por completo un ancho pasillo oscilando entre dos y tres metros bordeando las alambradas.

Como no es fácil cumplir la orden cuando escasea de tal manera el sitio, grupos de soldados irrumpen en el campo y van echando violentamente a los que se encuentran en los lugares prohibidos. El despeje de este terreno

no puede hacerse en forma tranquila y pacífica. Los soldados vencen la resistencia pasiva de la gente a fuerza de empujones, de palos y hasta alguna descarga que otra —tirando por encima de las cabezas— para obligar a los presos. En la huida de éstos se producen verdaderas oleadas de gente en el campo y muchos que se han sentado, son arrollados y pisoteados.

Antes del último alboroto ya se han encendido las luces del campo. Salvo unas diminutas bombillas que alumbran débilmente el interior de los barracones, todas son exteriores al recinto. Aparecen perfectamente iluminadas las alambradas y un espacio de tres o cuatro metros antes de llegar a ellas. El resto permanece en una completa oscuridad, iluminado por la luna cuando no está oculta entre las nubes.

Ni nos han dado de comer en el camino ni nos dan de cenar en el campo. Algunos, que dicen haber oído el toque de fajina en medio de la barahúnda de gritos y ruidos que acompañó al desalojo de quienes estaban próximos a las alambradas, mantienen durante una hora la esperanza de unos cuantos hambrientos. Al final, suenan los toques de retreta primero y de silencio después sin que nadie se preocupe de nuestra alimentación. Nuestro grupo se consuela en parte bebiendo lo poco que nos queda en la cantimplora que nos llenaron en Alicante. Millares de prisioneros, menos afortunados o previsores, no llegan a probar el agua.

—Empiezo a vislumbrar la esperanza de que no nos maten de hambre.

—¿Por qué?

—Porque antes nos moriremos de sed.

VI

HAMBRE, SED, LLUVIA Y PIOJOS

Nuestra primera noche en Albatera constituye un pequeño anticipo de lo que a todos nos espera en el campo. Dormimos poco y mal. No puede ser de otra manera aunque nos sobre sueño y cansancio. Estamos en pie desde las seis de la mañana y a las nueve de la noche ardemos en deseos de tumbarnos a descansar. Si no lo hacemos, es bien en contra de nuestra voluntad. Pese a que ni siquiera cincuenta kilómetros nos separan de los Almendros, el traslado no ha podido ser más lento y pesado. Las dos horas y media pasadas en el tren, aplastados unos contra otros, sin espacio para movernos ni casi respirar significan una verdadera paliza para los jóvenes y algo peor para quienes no lo son como hemos tenido dolorosas ocasiones de comprobar.

El campo es grande, pero falta materialmente sitio para contener a las dieciocho o veinte mil personas —tal vez más— que estamos en él. Cabemos con cierta holgura puestos de pie. Pero no tumbados y menos si hay que dejar totalmente libres dos o tres metros a lo largo de las alambradas. Cuando el toque de silencio y las voces de los centinelas —que algunas veces hacen fuego para forzar a tenderse a los que continúan en pie — nos obligan a tumbarnos, las piernas de unos tropiezan con las cabezas y los cuerpos de otros.

Nosotros cuatro, que estuvimos juntos en el puerto primero y en los Almendros después, hemos procurado no separarnos al llegar a Albatera. Lo conseguimos, pero no así ocupar o conservar un sitio suficiente para movernos con algún desembarazo. Pese a todos los esfuerzos por ampliar nuestro espacio vital, hemos de conformarnos con un metro escaso en la parte externa de uno de los barracones por un metro y medio de largo. Al tendernos comprobamos que no cabemos cualquiera que sea la postura que adoptemos. Aunque no somos altos ni gordos, veinticinco centímetros de anchura nos obligan a pegarnos materialmente. Por otro lado, la escasa longitud nos fuerza a doblar con exceso las piernas.

Con las piernas dobladas cabe descansar tumbados de espaldas. Por desgracia, esta postura nos está vedada porque la anchura de hombro de los cuatro sobrepasa ampliamente el metro de que disponemos. Hay que dormir de lado, sin saber dónde diablos meter las piernas. Es inevitable que una vez dormido uno estire un poco las piernas sin darse cuenta, despertando a los que duermen en la fila inmediata que protestan y alborotan. Además, no es posible pasarse la noche entera tumbado de un mismo lado, sin colchón de ninguna clase sobre una tierra dura. Es preciso cambiar de posición unas cuantas veces y cada vez hay que despertar a los demás integrantes del grupo a fin de hacerlo todos a un mismo tiempo. En ocasiones tenemos que volvernos porque se vuelven algunos de los que duermen en la misma fila. Y por si esto fuera poco, tenemos el inconveniente de piojos y pulgas —producto obligado de la falta de agua e higiene—, que pican con furia endemoniada y el casi absoluto ayuno de la última semana que empieza a debilitarnos a todos.

Todos estos factores unidos hacen que, aun pesándome los párpados como losas de plomo, apenas consiga dormir tres horas en toda la noche. Igual le sucede a la mayoría. Cansado de dar y recibir patadas involuntarias, permanezco largo rato sentado sobre la maleta y recostado contra la pared del barracón. La situación sería más llevadera si pudiera fumar. Pero también fumar se ha convertido en un sueño de imposible realización. Aunque hemos procurado estirar hasta el límite máximo el tabaco de que disponíamos, hace cinco días que se agotó el que teníamos y llevamos

cuarenta y ocho horas sin fumar nosotros y sin que nadie a nuestro alrededor aspire una sola bocanada de humo.

—Ahora comprendo que sea tan difícil apartarse definitivamente del tabaco.

Personalmente hasta hace unos días estaba persuadido de que dejaría de fumar en cuanto me lo propusiera en serio; algo semejante pensaban mis compañeros. Pero en el momento en que las circunstancias nos obligan a prescindir del tabaco experimentamos tales deseos que nuestras convicciones se derrumban como un castillo de naipes.

—Sinceramente creo que volvería a fumar —reconozco sincero— si estuviese de nuevo en condiciones de poderlo hacer, por perjudicial que fuese para mi salud.

Por desgracia, las circunstancias no dependen de nuestra voluntad ni de nuestras apetencias. Quizá la falta de comida intensifica el ansia, pensando que el humo del tabaco podría enmascarar un poco el vacío del estómago. La realidad, no obstante, es que hay muchos en el campo que echan más en falta los cigarrillos que el pan.

* * *

—Acaso porque tienen todavía menos esperanzas de conseguir una cajetilla que un chusco.

El Sábado de Gloria no tiene nada de glorioso para los muchos miles de prisioneros que nos amontonamos en el campo de Albatera. El despertar tiene poco de agradable. Tras dormir poco y mal nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no sólo no tendremos desayuno —cosa que no constituye novedad alguna al cabo de ocho días de total supresión del mismo— sino que tampoco encontraremos agua para lavarnos las manos o para beber.

—Van a traerla de Orihuela en camiones cisternas, pero todavía no la han traído.

El rumor que apenas levantados empieza a circular por el campo es que antes de mediodía habrán llegado seis o siete grandes cisternas con agua sobrada para atender a nuestras necesidades y que ya no volverá a faltar el líquido elemento en ningún instante.

—Se lo ha dicho el comandante del campo a un médico prisionero, que creo que fue compañero suyo de estudios.

De creer los rumores circulantes, la conversación entre ambos debió ser oída por quinientas personas distintas. Sin embargo, existen ligeras discrepancias acerca del nombre del galeno. Unos dicen que se trata de González Recatero, jefe de sanidad en el Ejército de Levante; otros, de Adolfo Fernández Gómez, hermano de un redactor de *La Libertad*, compañero mío de redacción en los comienzos de la guerra; algunos citan a un médico valenciano apellidado Miquel, y aún se citan seis o siete nombres más, que entre los prisioneros abundan licenciados y doctores en Medicina.

Por fortuna todos coinciden en la promesa del comandante del campo, que es lo que más importa de momento. Lo confirma Francisco Trigo, antiguo practicante y viejo militante confederal, que ataviado con uniforme de la Cruz Roja —a la que lleva muchos años perteneciendo— brujulea cerca de la puerta de entrada desde el amanecer, hablando con unos y con otros.

—Es cierto lo del agua —dice—. También que es posible que encarguen a un médico socialista, apresado en el puerto como nosotros, de organizar la sanidad en el interior del campo.

En pocas horas —no son más que las once de la mañana— Trigo se ha enterado de muchas cosas porque el uniforme y las insignias de la cruz roja facilita su diálogo con sargentos y oficiales que nos guardan. Sabe por ejemplo, que además del campo en que nos encontramos, existe otro más pequeño a trescientos o cuatrocientos metros de distancia en el que, aparte de cuarteles para alojar al batallón que custodia Albatera, existe un barracón donde está instalada una enfermería con veinte camas.

—En esa enfermería se pasaron buena parte de la guerra algunos presos fascistas distinguidos.

Aunque creado para internamiento de los condenados por aplicación de la Ley de Vagos y Maleantes —que allí habían de regenerarse con un trabajo honrado— en Albatera fueron recluidos durante la guerra numerosos elementos políticos condenados por los tribunales de Madrid, Albacete y Alicante. Ninguno se quejaba, porque en el campo disfrutaban

de mayores libertades que en cualquier prisión. Comían relativamente bien —que su racionamiento era superior al de la población civil—, recibían abundantes paquetes y comunicaban sin vigilancia ni cortapisas con sus familiares, pudiendo incluso acompañarles a la estación o al pueblo.

—Con decirte que uno de los médicos presos visitaba a los enfermos de Albatera y entraba y salía, iba y volvía con casi absoluta libertad, está dicho todo.

Pese a su natural optimismo, Trigo no esperaba que a nosotros se nos concediera un régimen parecido. Pero sí que una vez superadas las dificultades iniciales del abastecimiento, se nos facilitaran los víveres precisos para no pasar hambre. También que a los numerosos profesionales de la Medicina recluidos en el campo se les facilitasen los medios necesarios para una rápida y total desinfección y desinsectación que cortase de raíz el peligro latente de una grave epidemia.

—Lo primero de todo es, naturalmente, contar con agua en abundancia y espero que la haya hoy mismo.

—Si en plena guerra los hombres que la República recluyó aquí tuvieron, aparte de un trato humano, cuanto necesitaban, ¿por qué no hemos de tenerlo nosotros una vez terminada la contienda?

—Por una razón definitiva —responde—. Según acabas de decir los fascistas presos en Albatera no fueron nunca más de quinientos. Hoy somos veinte mil. Ocupamos el mismo espacio que ellos, pero mucho más ahogados. Es malo desde luego, pero todavía puede haber algo peor.

—¿Qué?

—Que se figuren que tendremos suficiente con el mismo pan y la misma agua que recibían ellos. O menos todavía si tenemos en cuenta lo que hemos comido en las horas que llevamos en Albatera o lo que nos dieron en el campo de los Almendros.

Cuando a las doce de la mañana nos ordenan a través de los altavoces formar con toda urgencia, una mayoría da por descontado que va a ser para repartir la comida y el agua que estamos esperando. La esperanza parece confirmarse cuando los altavoces insisten en que cada uno forme en un punto determinado y no se mueva de él bajo ningún pretexto hasta nueva orden.

—Es para evitar que los tramposos vayan de un sitio para otro y cojan tres o cuatro veces el rancho.

Tiene cierta lógica la deducción, ya que no se han constituido centurias al estilo de las que funcionaron en los Almendros y no puede saberse de una manera exacta el número de prisioneros en el campo. Si nadie se mueve de su sitio una serie de gaveteros que vayan de un extremo a otro podrán servirnos a todos sin grave riesgo de que haya quienes reciban raciones dobles.

—Hay que formar de pie, en filas dobles o triples, pero dejando un pasillo en medio.

Cuarenta o cincuenta soldados distribuidos por el campo se preocupan de que una vez formadas las filas nadie cambie de posición. Todos miramos con atención hacia la puerta de entrada, donde pronto descubrimos algo que no acaba de gustarnos.

—Un poco raro el grupo para ser todos simples gaveteros, ¿no te parece?

El grupo que acaba de aparecer en la entrada e inicia su recorrido por la parte opuesta del campo, está integrado por varios individuos uniformados, dos guardias civiles y un sacerdote. Se hallan demasiado lejos aún para que podamos oír sus palabras ni distinguir con claridad los gestos de cada uno. Sin embargo, caben pocas dudas acerca de lo que pretenden y buscan.

Avanzan lentamente por los pasillos formados entre las filas de presos mirando con atención todas las caras, cambiando impresiones entre sí, volviéndose a veces para mirar más de cerca a uno u obligando a otros a dar unos pasos o contestar a sus preguntas.

—¡Una comisión de cuervos en busca de víctimas…!

—¿Una sólo? Fíjate allá y verás que son cuatro o cinco como mínimo.

Al primer grupo han venido a sumarse otros. Tras penetrar en el campo cada uno toma distinta dirección. A la media hora son seis o siete las comisiones de diferentes pueblos que buscan a conocidos y convecinos, y no para hacerles ningún favor ni entregarles un premio. Husmean por todas partes, penetran en los barracones, levantan a los que están enfermos y tumbados y cuando tienen la más ligera duda miran y remiran cien veces a los sospechosos.

—Es un deporte emocionante y sin riesgos: al ojeo y caza del rojo.

La primera comisión que pasa por delante de nosotros procede, por lo que oímos decir, de un pueblo de la huerta murciana. Buscan a los vecinos del lugar que sirvieron en las filas republicanas; suponen que quisieron embarcar en Alicante y creen que deben estar en Albatera.

—Hemos dado con uno —dicen al sargento que los acompaña—, pero todavía nos faltan siete u ocho.

El que han encontrado cometió la ingenuidad de regresar al pueblo apenas derrumbado el frente andaluz. Ahora desean llevarse a los que combatieron en Levante y el Centro para que corran la misma suerte que el anterior.

—Es mala gente —afirma el que va dando explicaciones al sargento— y cuanto antes terminemos con ella mejor.

Posteriormente sabremos que encuentran a dos de los que buscan. A los restantes esperan hallarlos en la plaza de toros de Alicante para donde se marchan llevándose bien amarrados a los dos presos. ¿Llegaron con ellos al pueblo murciano?

—Apostaría doble contra sencillo a que no, seguro de no perder el dinero —dice un comisario de la 42 División—. Hablé con Antonio Luna, uno de los que se llevaron y estaba convencido de que le matarían en cuanto le echaran mano.

Uno de los integrantes de la segunda comisión que desfila ante nosotros se para mirando fijamente a Serrano. Mueve la cabeza en gesto dubitativo, parece que va a seguir, pero se vuelve decidido a interrogarle.

—Tú eres de Alcoy y estuviste en Denia al comienzo de la guerra, ¿verdad?

—Ni he estado en Denia en toda mi vida ni he puesto jamás los pies en Alcoy. Soy tipógrafo madrileño y me llamo…

—Eso dices tú ahora. Pero si te llevamos con nosotros acabarás reconociendo… ¡Eh, tú, Alberto! ¿Quieres echar una mirada a este individuo?

El llamado Alberto mira fijamente a Serrano, le obliga que vuelva la cabeza a un lado para mirarle de perfil. Discrepa rotundamente de su compañero. No obstante, exige:

—¡Venga la documentación! A ver si es verdad que eres madrileño y tipógrafo…

Serrano ha conservado su documentación sindical y militar. En ambas aparece su nombre y fotografía. Los dos individuos la examinan detenidamente. Al final de mala gana se la devuelven diciendo:

—No eres desde luego el Roselló que buscábamos. Pero nada se perdería con colgarte. ¡A saber lo que habrás hecho en Madrid cuando querías largarte!

A los miembros de esta comisión todos les parecen sospechosos. Acaban llevándose a cinco presos. Aunque éstos protestan a voz en grito afirmando que no son los que pretenden quienes se los llevan y que no han estado ni en Denia ni en veinte kilómetros a la redonda, no les sirve de nada.

En total son siete las comisiones que recorren el campo en este mediodía del Sábado de Gloria de 1939. Nos obligan a estar formados, de pie e inmóviles durante cerca de cuatro horas. Entre todas, y según cuentan quienes están cerca de la puerta del campo, se llevan a dieciocho prisioneros. ¿A dónde?

—Creo que no fueron muy lejos. Media hora después de marcharse andando por el camino oímos unas descargas allá, junto a aquel grupo de palmeras. Un hombre salió corriendo desesperado para desplomarse a los pocos pasos. Creo que era uno de los que se llevaron. No me extrañaría que todos hubiesen quedado en el mismo sitio.

Son ya las cuatro de la tarde cuando nos permiten romper filas. Vamos a sentarnos, silenciosos y cariacontecidos, sobre nuestros equipajes. Ha pasado de sobra la hora de comer y no hemos recibido nada. Tampoco nos llegó una sola gota de agua. Mentalmente establecemos una comparación con el Campo de los Almendros:

—Allí por lo menos no nos atormentaba la sed.

La sed es peor que el hambre y empezamos a notarlo, aunque sólo hace unas horas que agotamos el contenido de la cantimplora. No quiero pensar en lo que ocurrirá en los días próximos, por temor a que el solo pensamiento acentúe el deseo imperioso de beber algo. Tampoco entregarse a meditaciones, forzosamente sombrías, sobre el futuro y el presente. No

tenemos nada que hacer hasta que nos tumbemos a dormir con los estómagos vacíos. O nos hagan volver a formar para que una nueva comisión nos mire como si fuéramos bestias feroces o animales rabiosos condenados a su inmediato sacrificio.

—Prefiero dar una vuelta para ver lo que hay por ahí.

Ni Serrano ni Esplandiú tienen ganas de moverse. Aselo, en cambio, viene conmigo. Nos dirigimos primero hacia la puerta del campo donde observamos cierta agitación y movimiento. Parece que un capitán, secundado por varios sargentos y soldados, está buscando presos que se encarguen de diferentes servicios. Nos lo explica Resti, un compañero gastronómico que se ha pasado la guerra en los frentes luchando siempre en primera línea:

—Pidieron cocineros y salimos varios del sindicato. Nos ilusionaba poder cocinar para todos, acabando con el hambre que padecemos. Por desgracia, tenemos las cocinas, pero no hay nada que cocinar en ellas. Por ahora al menos.

—¿Y agua?

—Siguen diciendo que la traerán hoy mismo de Orihuela, pero lo mismo llevan diciendo desde por la mañana y sigue sin aparecer a las cinco de la tarde.

Todo indica que están tratando de organizar los servicios del campo. Aparte de los cocineros —que entrarán en funciones cuando haya algo que cocinar—, han buscado también mecanógrafos y escribientes para las oficinas; recaderos que se encargarán de distribuir los paquetes que *los* familiares puedan traernos, luego de ser escrupulosamente cacheados; improvisados carteros que repartirán las cartas tras pasar por la oficina de censura; avisadores de comunicaciones, ordenanzas, una brigada de limpieza que funcionará cuando tenga con qué limpiar algo.

—Van a distribuirnos por brigadas, nombrando un jefe y dos ayudantes en cada una.

También está en marcha el servicio de sanidad, aunque no servirá de nada mientras no varíen mucho las circunstancias. Aparte de una enfermería fuera del campo —donde sólo irán a parar los que se encuentren poco

menos que moribundos— se establecerá un botiquín con varios médicos, practicantes y enfermeros.

—En el campo sobran excelentes médicos —indica Trigo, que anda por la puerta con su gorra de la Cruz Roja— pero, si no hay medicinas de ninguna clase y falta hasta el agua para lavarse las manos, ¿qué podrán hacer?

Supongo que nada. Por grande que sea su ciencia, nada podrán contra los piojos y las pulgas que nos invaden y menos aún contra la debilidad que por falta de alimentación va apoderándose de todos nosotros. Aun disponiendo del espacio de que carecemos para que cualquier enfermedad o brote epidémico no se contagie en pocas horas a centenares de personas y abundancia de medicamentos, serían impotentes para atajar la más grave de nuestras dolencias: el hambre.

—Para eso no hay más que un remedio, sencillo, pero que está por encima de sus posibilidades: comida en abundancia.

Uno de los mayores peligros para la salud general estriba en la inexistencia de letrinas o evacuatorios. Los hay, pero pequeños y de muy limitada capacidad, en el interior de los barracones. Serían suficientes cuando en Albatera había trescientos o cuatrocientos reclusos que pasaban la mayor parte del día fuera del campo, pero no cuando estamos encerrados quinientas veces más.

Con dificultad penetramos en uno de los barracones. No resulta agradable la estancia dentro. Es una nave grande, con literas unas encima de otras a los lados sobre unos armazones de madera que llegan hasta el techo. Calculo que debe haber un centenar de literas, dejando en el centro un ancho pasillo de cuatro o cinco metros. No estaría mal cuando albergaba un centenar de hombres como máximo, pero no ahora que pasan del millar. El pasillo ha desaparecido por completo, ocupado por los bultos, maletas y hombres, y es difícil avanzar hacia el fondo donde está lo que debió ser cuarto de aseo. Al acercarnos el hedor nos echa para atrás. Si el pozo negro al que daban los cinco o seis urinarios y los cuatro retretes ya estaba rebosante la víspera, ahora se desborda por el final del barracón.

—Y eso que no hay agua, y todos llevamos ocho días sin comer.

Si la mierda y las aguas fecales que encharcan una cuarta parte del suelo despiden un olor capaz de revolver el estómago de cualquiera y constituyen una amenaza para la salud, acaso haya todavía algo más molesto y peligroso dentro de los barracones. Las paredes y el armazón de las literas están materialmente cubiertas de chinches. En muchas de las literas hay una especie de colchonetas de paja. Quienes han dormido en ellas no encontraron motivos precisamente de satisfacción.

—Habrá que quemarlas todas cuanto antes. Tienen tantos piojos, pulgas y chinches que se mueven solas cuando las dejamos en el suelo.

Aunque están abiertas puertas y ventanas la atmósfera es tan espesa que puede masticarse. Para poderse entender por encima de los ruidos circundantes la gente tiene que hablar a gritos. Estar dentro unas cuantas horas es hacer oposiciones para ganar plaza en cualquier manicomio. Por desgracia, los que se metieron allí no encontrarán sitio en el campo y tendrán que continuar en esta olla de grillos.

—Prefiero soportar un diluvio al aire libre —digo a Aselo cuando salimos— que aguantar veinticuatro horas metido ahí.

Fuera de los barracones estamos amontonados, sin espacio para estirar las piernas al acostarnos ni lugares despejados para pasear. Padecemos todo género de molestias y privaciones; pero los ruidos son menores, el aire más respirable y los olores bastante más soportables.

* * *

La inmensa mayoría de los que hemos sido conducidos a Albatera estuvimos en el puerto primero y en los Almendros después. A cada paso por el campo encuentras centenares de compañeros, amigos o conocidos. A veces te cuesta trabajo reconocerlos. Es difícil imaginarse, no habiendo pasado por trances parecidos, lo que una persona puede cambiar en poco más de una semana. El no comer demacra las facciones; el dormir en el suelo sin desnudarse, destroza la ropa; ocho días sin afeitarse hace que las barbas crecidas cambien los rostros y el no lavarse ni peinarse contribuye a que todos hayamos sufrido enormes modificaciones que a ninguno nos benefician.

En ocasiones no reconocemos a un amigo hasta que habla y el tono de su voz nos permite identificarlo. En general, a todo el mundo parece que le ha crecido la cabeza y menguado el cuerpo. Los trajes, arrugados siempre y rotos a veces, dan la impresión de venirnos grandes. Probablemente sea verdad, porque, quien más quien menos, todos hemos perdido unos cuantos kilos en los ocho días que llevamos prácticamente sin comer. Todavía es más acusada otra impresión al mirarnos que los trajes que llevamos pertenecieron anteriormente a personas de mayor corpulencia. En cierto modo la primera impresión que debemos causar en quienes nos miren ahora es que somos una muchedumbre de infelices desharrapados.

—Y lo somos, en fin de cuentas —asegura Aselo—. Dudo mucho de que haya habido ningún mendigo con tantos piojos como ya tenemos nosotros.

—¿Os habéis enterado ya de la noticia? —pregunta Navarro Ballesteros cuando nos ve.

—¿Cuál es la noticia?

—Que los miembros del Consejo de Defensa que embarcaron en Gandía en un barco de guerra inglés han llegado a Londres. Parece que mister Chamberlain les ha recibido con los brazos abiertos. Incluso creo que les puso un tren especial para que cruzaran Francia.

Algunos de los que acompañan a Navarro —Etelvino Vega, Nilamón Toral y un comandante de carabineros apellidado Velasco, entre ellos— puntualizan y amplían la noticia, que hasta este momento desconocíamos. Afirman haberla leído en un periódico valenciano que se le cayó al suelo a uno de los comisionados de Denia que visitaron el campo a primera hora de la tarde.

—¿Dónde está el periódico?

—Se lo llevaron unos camaradas que lo estarán leyendo, pero podemos repetiros lo que dice.

Lo que cuentan puede ser lo que diga el periódico, quizá un poco corregido y aumentado. Parece ser que Casado y sus acompañantes desembarcaron en Marsella del crucero inglés que los recogió en Gandía y que cruzaron sin detenerse por París el día 4 o 5, yendo a embarcar de nuevo en Dieppe para dirigirse a la Gran Bretaña.

—Es bastante significativo —añade Velasco, sonriendo malintencionado— que un gobierno tan conservador y reaccionario como el británico haya dispensado su benévola protección a unos revolucionarios españoles. ¿No os parece sospechoso en el mejor de los casos?

—¿No te lo parece a ti —responde airado Aselo— que otro gobierno inglés, más conservador aún que el de Chamberlain, diera asilo y toda clase de facilidades a otros revolucionarios continentales europeos?

—¿Te refieres a Kropotkin? —salta Etelvino.

—Me refiero a Carlos Marx. Y podría referirme también a Lenin. ¿Acaso ignoras que Lenin funda en Londres el partido bolchevique durante el congreso socialista de 1903?

Velasco protesta afirmando que Aselo desvía la cuestión. Estamos hablando concretamente del final de nuestra guerra y de quienes la perdieron.

—Que acaso —añade— estén recibiendo ahora en Londres el precio de su traición.

Me indignan las últimas palabras de Velasco y se lo digo con entera claridad. La guerra no se perdió a finales de marzo, porque estaba perdida definitivamente luego de la caída de Cataluña e incluso antes. Nuestra suerte quedó sellada en la Conferencia de Munich. Las democracias claudicaron ante Hitler y Mussolini y la misma Rusia procuró desentenderse del conflicto español.

—¿Lo negáis? Pues decidme, si lo sabéis, qué ayudas, qué armas, qué suministros bélicos se han recibido en la zona centro-sur los cuatro últimos meses. ¡Ninguno!

—De cualquier forma hubiésemos podido resistir varios meses más.

—Es posible. Pero para ello hubiera sido menester una leal y sincera colaboración entre todos los sectores antifascistas, sin que ninguno intentara imponerse a los demás, monopolizando el poder y sacrificando al resto.

—Que fue lo que republicanos, socialistas y anarquistas hicieron el 5 de marzo con Negrín.

—Porque dos días antes y de una manera deliberada Negrín les había provocado destituyendo a todos los jefes militares no comunistas. ¿Para

resistir? De sobra sabéis que no. ¡Para echar sobre los que protestasen la culpa de una derrota inminente e inevitable!

La mejor prueba estaba en que se marchó a Francia en la mañana del 6 de marzo en los aviones que tenía preparados para la huida, sin preocuparse poco ni mucho de quienes aquí seguían luchando, ni hacer posteriormente nada para facilitar la evacuación de los que se quedaron en España.

No nos ponemos de acuerdo, naturalmente. No podemos ponernos porque en este punto concreto discrepamos rotundamente, pese a que la suerte que nos espera a todos los caídos en manos de nuestros enemigos mutuos sea idéntica. Únicamente coincidimos al cabo de unos minutos en la inutilidad de prolongar la discusión. Nos separamos ya cuando Velasco, enterado sin duda de que Aselo ha sido redactor-jefe de CNT, le dice en tono hiriente:

—Comprendo que defiendas a los de Gandía. En definitiva, tu director, José García Pradas, fue uno de los que se largaron a Londres. En cambio, aquí se quedó Navarro, que dirigía *Mundo Obrero*.

—Y aquí tienes también a Guzmán, director de *Castilla Libre* y a Manuel Villar que dirigía *Fragua Social* —responde Plaza—. Y a mí mismo que, sin ser director, correré su misma suerte.

—Pero él se largó dejándoos en la estacada, ¿verdad? —insiste Velasco.

—Veintitrés días antes se habían largado Uribe, la Pasionaria, Modesto y Líster, ninguno de los cuales esperó por vosotros, ¿verdad? —replica Aselo en el mismo tono.

Diez minutos más tarde hablamos con un grupo de compañeros de la noticia que nos han dado los comunistas y de la discusión que la siguió. Todos los presentes —Antona, Amil, Molina, Julián Fernández, Gil, etcétera— opinan con ligerísimas variantes lo mismo que nosotros. La guerra estaba perdida mucho antes de la constitución del Consejo y la formación de éste no fue más que una réplica obligada al golpe preparado por Negrín para destituir a todos los mandos republicanos, socialistas y libertarios. Discrepamos, en cambio, respecto a lo que Negrín buscaba con su inexplicable provocación.

—Creo que no se proponía otra cosa —dice Amil— que asegurar la evacuación de sus seguidores incondicionales, sacrificando a todos los

demás.

—Pienso de diferente manera —opina Antona—. Me inclino a suponer que tenía razón Rubiera en algo de lo que dijo en el puerto. ¿Lo recordáis?

Todos lo recordamos porque más de una vez hemos hablado de esto en los días pasados en los Almendros. Carlos Rubiera pensaba que Negrín había planeado fríamente su maniobra y que la provocación no tenía otra finalidad que hacer saltar al resto de las fuerzas antifascistas. La protesta de los demás le proporcionaba el pretexto que andaba buscando para salir inmediatamente de España, cargando las responsabilidades de una derrota inevitable y de la que era el primordial culpable, sobre los hombros de los demás.

—Negrín nos tendió una trampa en la que caímos con un exceso de ingenuidad. Con tanta ingenuidad como los comunistas que en Madrid se alzaron en armas contra Casado. Y mientras unos y otros combatíamos, Negrín y quienes le rodeaban alzaron el vuelo con rumbo a Francia. Peor aún, escaparon antes de empezar la lucha en la mañana del 6 de marzo.

Es posible que sea cierto; pero tanto aquí en Albatera, como cuando por vez primera oí esta opinión en el puerto, no acabo de creérmelo. Se trataría de una jugada demasiado maquiavélica para que haya podido ser planeada y ejecutada con fría y absoluta precisión. Me inclino a suponer que Negrín sólo pretendió hacerse con todos los mandos y que ante la resistencia de los demás sectores antifascistas, un poco asustado de lo que se le venía encima, no encontró mejor solución que la huida a Francia.

—De momento —añado— no podemos saber lo que hubiese en el fondo de la maniobra de Negrín. Tal vez, si vivimos lo suficiente conoceremos la verdad si cualquiera de los fugitivos de entonces se decida algún día remoto a confesarla y proclamarla.

—¿Tendremos que esperar también —salta burlón Amil— para saber si otros fugitivos más recientes sobrepasaron la talla de vulgares capitanes Araña?

Todos sabemos a quiénes se refiere: a los mismos cuya llegada a Londres provocó nuestra discusión con un grupo comunista. Coincidimos todos que entre el centenar largo de personas que embarcaron en Gandía en un barco de guerra inglés hay que distinguir dos grupos perfectamente

diferenciados. Uno, compuesto por la mayoría de los ahora exiliados en Gran Bretaña, que se encontraban en el puerto antes de la llegada de los miembros del Consejo o que fueron siguiéndoles de cerca o que cayeron allí por casualidad, como tantos otros cayeron en los más diversos puertos de Valencia, Alicante, Murcia y Almería. Otro, que no sumaban arriba de veinte o veinticinco personas, con los miembros del Consejo, algunos militares y políticos que de antemano sabían que podían embarcar allí, y no en otro sitio, en un buque británico.

—Incluso éstos —sigue diciendo Antona— tengo el convencimiento de que mandaron a la inmensa mayoría de los militantes a Alicante, porque en Alicante sabían que estaba anclado el «Marítima» en el que hubiéramos podido salir todos. Que al capitán del buque le entrase miedo y decidiera levar anclas a las cuatro de la mañana, o que por radio le dieran orden de hacerlo desde Marsella, es cosa que no pudieron prever y de la que no podemos culparles en absoluto.

—Pero sí —responde, rápido y acalorado, Manuel Amil— que embarcasen en la tarde del 29 o la mañana del 30 con entera tranquilidad a sabiendas de que en el puerto de Alicante quedábamos, metidos prácticamente en una trampa sin salida posible, veinte o veinticinco mil personas que habíamos confiado en ellos.

Los puestos de relumbrón tienen, a cambio de satisfacer la vanidad personal de quienes los ocupan, graves responsabilidades que en modo alguno pueden eludirse. El capitán de un buque tiene que ser el último en abandonar la nave en caso de naufragio e incluso de hundirse con ella cuando la catástrofe se debe a la inexperiencia suya. No duda Amil que el desmoronamiento de los frentes sorprendió a los componentes del Consejo, aunque cabía preverlo después de dar la famosa orden de alzar bandera blanca donde el enemigo atacase. Pero incluso así debieron conservar la serenidad y la sangre fría.

—Lo intolerable es que en la tarde del 27 de marzo digan a la gente que hay que continuar en Madrid y que en la mañana del 28, sin que nadie se entere, escapen ellos en avión. Por culpa suya, por su pánico en el momento crítico, se quedaron muchos que estarán muertos a estas horas o escaparon difícilmente cuando los fascistas estaban ya en las calles.

—¿Crees que debieron quedarse como Besteiro?

—¡Naturalmente! Si se fracasa, hay que tener la entereza precisa para responder personalmente del fracaso y no aprovecharse de los cargos para tener asegurada la huida. Quienes lo hacen, y hay entre ellos algunos compañeros, no merecen más que el desprecio y el asco.

* * *

Suenan los toques de retreta y silencio sin que lleguen los camiones cisterna con el agua que esperamos desde la mañana. Tampoco recibimos nada de comer. Llevamos dos jornadas en Albatera sin probar bocado. Si ya teníamos hambre atrasada antes de abandonar el Campo de los Almendros, ahora el hambre constituye un verdadero tormento físico.

Nos tumbamos a descansar con el estómago vacío y descansamos menos y peor que la víspera. Estamos de mal humor, irritados y saltamos por cualquier cosa. Si en circunstancias normales dormir materialmente unos encima de otros ya provocaría incidentes y discusiones, buena parte de la noche del sábado al domingo la pasamos enzarzados en discusiones y peleas. Unas veces porque dormidos hemos molestado a los de la fila inmediata; otras porque son ellos los que nos molestan a nosotros.

Para colmo, a las tres de la madrugada ya, cuando el cansancio ha hecho que la mayoría nos durmiéramos, nos despierta un pequeño aguacero. No es largo ni demasiado intenso. Basta en cualquier caso para dos cosas igualmente molestas: despertarnos y hacernos perder un rato de sueño y comprobar que el suelo del campo parece poco menos que impermeable. La dureza del terreno o su composición hace que no empape la lluvia y que ésta quede formando charcos, sobre los que tenemos que tumbarnos. El toque de diana nos sorprende somnolientos, cansados, con las ropas mojadas y un humor de perros.

Nos tienen formados de pie cerca de una hora, transmitiéndonos por los altavoces los himnos que quieren obligarnos a aprender. Cuando nos permiten romper filas estamos hartos de todo y de todos empezando por las formaciones y la música.

—Sólo falta ahora que nos obliguen a estar otra hora formados oyendo misa.

Por fortuna no hay formación para la misa. Pero sí hemos de permanecer largo rato en pie para que tres comisiones distintas de diversos pueblos recorran todo el campo mirándonos fijamente a la cara. Los gestos y los comentarios que algunos formulan en voz tan alta que podemos entenderlos nos sacan de quicio. Algunos no se pueden contener y replican en tono adecuado. El resultado es siempre el mismo: que acaban llevándose al que protesta. A veces vuelve al cabo de bastante tiempo, pero siempre tan lleno de cardenales y descalabraduras que es difícil reconocerle.

Cuando a mediodía nos obligan a formar por enésima vez, estamos cansados, rabiosos y hambrientos.

—Más que de Resurrección —comenta uno— este domingo va a ser de muerte para nosotros.

Por los altavoces nos comunican dos cosas muy diferentes. La primera que los jefes de brigadas o grupos deben consignar no sólo el número de quienes las integran, sino sus nombres, apellidos y naturaleza. La necesitan, explican, para el fichero del campo, para dar curso a las cartas que escribamos o nos escriban, a los paquetes que nos envíen e incluso para las comunicaciones.

—Y para mandar las listas a la policía para saber dónde están todos los que pueden interesarla —añaden muchos presos, seguros de no equivocarse.

Nuestros nombres los necesitan cuanto antes. Por ello disponen que los encargados de las brigadas tengan completas las listas antes del anochecer. Para compensar el mal efecto que esta noticia producirá en la mayoría de los prisioneros, agregan casi a renglón seguido que dentro de una hora repartirán entre nosotros un rancho sustancioso.

—¿Crees que nos darán de comer?

—Algo nos darán, aunque dudo mucho que sea sustancioso y suficiente. A menos, claro está, que hayan decidido matarnos de hambre.

Lo de los nombres plantea múltiples problemas que cada uno resuelve como mejor le parece. Si una mayoría no tenemos inconveniente en dar nuestros nombres, apellidos y lugares de nacimiento, no pocos prefieren silenciarlos. Tienen, o creen tener cuando menos, razones poderosas para hacerlo.

—Yo —dicen los encargados de redactar las listas— con consignar el nombre que me des, cumplo. No tengo por qué saber si es el tuyo o no lo es.

Muchos de los que dan un nombre cualquiera se han pasado durante la guerra de las filas nacionales a las republicanas; otros saben que tienen enemigos personales que harán cuanto esté en sus manos por terminar con ellos; no faltan los que saben que en sus pueblos les están buscando por rencores políticos ni los que de ninguna forma ni manera quieren facilitar la labor de sus adversarios.

—No tengo el menor interés en que sepan de mi paradero. Si les interesa dar conmigo, que se tomen el trabajo de buscarme.

En realidad, nadie pregunta a nadie por las razones que le impulsan a dar un nombre o un pueblo distinto al suyo verdadero. Recordando lo sucedido en tantos sitios, especialmente viendo cómo tratan las comisiones pueblerinas que nos visitan a los convecinos que descubren entre los prisioneros, las explicaciones están de más.

La confección de las relaciones de cuantos nos encontramos en el campo distrae nuestra atención durante un rato. Pese a que estamos hambrientos llegamos a olvidarnos del rancho prometido, que tomamos un poco a beneficio de inventario. Por eso, quizá, es mayor la sorpresa cuando ordenan que los delegados de cada brigada, en unión de sus ayudantes, salgan al recinto exterior para hacerse cargo de la comida que van a darnos.

La satisfacción y la alegría inicial disminuyen considerablemente al saber el rancho que vamos a recibir. En realidad, son raciones tan parcas como las que en contadas ocasiones recibimos en los días de nuestro cautiverio en los Almendros.

—Un chusco para cinco y una lata de sardinas para tres. ¡Y sin agua!

Las latas de sardinas, de diferente marca, son un poco más grandes: doscientos gramos netos en lugar de ciento veinticinco. Pero como hemos de repartirlas entre uno más, la comida para cada uno es prácticamente la misma: sesenta y seis gramos de sardinas y unos sesenta gramos de pan.

Como nuestra última comida —aunque llamarla comida sea una evidente exageración— tuvo lugar setenta y dos horas antes, ni que decir tiene que con las dos sardinas que nos tocan y con la quinta parte del chusco acabamos en mucho menos tiempo del que se tarda en decirlo.

—¡Y nos quedamos con la misma hambre que antes! —afirma Serrano y todos tenemos que darle la razón.

Muchos esperan con ansias ilusionadas el agua anunciada, pero la espera resulta totalmente inútil. O los camiones cisterna de que nos han hablado sólo existen en la imaginación de quien habló de ellos o en Orihuela deben estar secas las fuentes.

—Tal vez sea que temen acostumbrarnos mal si en un mismo día nos dan pan y agua.

—O que sea pecado beber algo en domingo.

Pero las bromas y los sarcasmos no mejoran nuestra situación y una vez más hemos de tumbarnos con el estómago vacío. Dormimos mejor que en noches anteriores, no sólo porque tenemos más sueño que nunca, sino también porque nos vamos acostumbrando a la dureza del suelo, al apelotonamiento general, a tener que darse la vuelta todos a un tiempo y soportar con resignación las involuntarias patadas de quienes no saben dónde meter las piernas. Además no llueve durante la noche, y aunque los piojos deben ir en aumento, ni siquiera sentimos sus picotazos.

Para mí la noche del domingo al lunes tiene otro atractivo: un suculento banquete compuesto por doce o catorce platos distintos que saboreo durante horas enteras con especial deleite. Que los manjares no existan fuera de mi imaginación y que apenas abra los ojos sienta la barriga tan vacía como al acostarme no impide que durante el sueño disfrute tanto o más que disfrutaría con un banquete real y verdadero. Lo cuento al despertar y compruebo que no soy el único en soñar con saciar su apetito. Todos han soñado lo mismo en más de una ocasión en los nueve días de cautividad y hambre.

—Es curioso —digo— que hasta ahora tuviese la impresión de que el deseo sexual era el más fuerte de todos. Sin embargo, en más de una semana no he soñado con ninguna mujer y, sin embargo, lo he hecho ya en dos ocasiones distintas con pantagruélicas comilonas.

Mientras estoy hablando recuerdo los versos famosos del Arcipreste: «Por dos cosas el hombre se afana / la primera por haber mantenencia / la otra cosa era / por haber yuntamiento con fembra placentera». Evidentemente el vividor de Juan Ruiz tenía plena razón. Entre los dos

instintos básicos y fundamentales del hombre —los de conservación del individuo y conservación de la especie— la primacía del primero es indiscutible, aunque en condiciones normales lo olvidemos con harta frecuencia.

La mañana del lunes 10 de abril aparece marcada en Albatera por varias novedades. La primera de todas, consecuencia probable de las listas de presos confeccionadas, es que doce o catorce de ellos sean llamados por los altavoces y metidos en el calabozo. Algunos nos enteramos entonces de la existencia del llamado calabozo. Es un pequeño barracón, un poco apartado de los demás y no lejos de la puerta de entrada al campo. Es de madera como los otros, de una sola planta, con techo de uralita también, pero cuya entrada, a diferencia de los demás, está formada por gruesos barrotes. También las ventanas —demasiado altas para que nadie pueda asomarse a ellas— están protegidas por fuertes verjas. Tras encerrar a los llamados, cierran la puerta con llave y colocan un centinela.

—¿Cuánto tiempo van a tenerlos ahí?

—Poco. Esta tarde o mañana se los llevarán a la cárcel de Orihuela.

Por lo que podemos averiguar hablando con los presos que empiezan a trabajar en las oficinas, los nombres de los detenidos figuraban en una relación de personas reclamadas por diversas autoridades militares.

—Se los llevarán a Orihuela porque consideran más segura la cárcel. Aquí temen que acaben fugándose. Como se han fugado muchos en estos dos días.

Parece que varios de los escapados fueron cogidos en la estación de Crevillente unos, en plena carretera otros. Y algunos en Dolores y Elche. En el campo, con el amontonamiento de gente, es difícil advertir la falta de algunos y a ninguno han vuelto a traerle de nuevo.

—Creo que utilizan con ellos procedimientos más expeditivos.

De esos procedimientos expeditivos hablan asustados, horrorizados mejor, los que celebran las primeras comunicaciones con los recluidos en el campo. Son en todos los casos vecinos de Albatera, Catral, Crevillente y demás pueblos próximos que tienen deudos entre nosotros. Como obedeciendo a una consigna, todos hacen la misma recomendación.

—¡No salgáis del campo de ninguna manera! Aunque desaparezcan los centinelas y os abran las puertas de par en par, continuad dentro.

Explican y justifican su consejo con lo que han oído o visto. Cuantos, procedentes de los distintos frentes, han regresado con mayor o menor dificultad a sus pueblos respectivos, han sido insultados, vejados, detenidos e incluso muertos. En todas las poblaciones importantes hay jueces que instruyen a toda prisa sumarios de urgencia. Basta la menor denuncia de cualquier enemigo personal para verse en el mayor de los aprietos. Bajando mucho la voz y únicamente cuando tienen la seguridad de que sólo podrá oírles su familiar, agregan:

—Ha habido muchos fusilamientos. A veces, incluso obligan a la gente a presenciarlos para que sirva de escarmiento.

Quienes peor lo pasan son los escapados de las cárceles o los campos de concentración. En las estaciones, las encrucijadas de carreteras, la entrada de los pueblos e incluso en los montes hay numerosas patrullas de vigilancia. Resulta casi imposible burlarlas a todas. Parece que algunos fugados del puerto, de los Almendros y aun del mismo Albatera consiguieron llegar muy lejos, pero acabaron cayendo.

—En Murcia cogieron ayer a cuatro que se habían fugado de aquí. Creo que los fusilaron de madrugada. Se ha corrido la voz de que los dejan escapar para tener un pretexto para fusilarlos en sus pueblos.

Ni quienes comunican con ellos ni luego nosotros, sus compañeros de internamiento, a los que se apresuran a contar lo que les han dicho, sabemos si el clima de terror que parece imperar en la comarca está justificado o no. Pensando con cierta lógica hemos de llegar a la conclusión de que por mucho que exagere la gente, debe haber algo de cierto.

—Yo lo creo todo —afirma Antonio Molina—. En nuestra marcha desde Huelva a Madrid en las primeras semanas de la guerra pasamos por pueblos en los que habían estado los fascistas y me contaron cosas espantosas.

—En Burgos fue peor aún —afirma Crespo, un teniente de la 42 División que peleó en las filas nacionales hasta que logró incorporarse a las republicanas durante la batalla de Teruel—. ¿Habéis leído lo que dice un tal

Villaplana en su libro *Doy fe*? Pues aunque muchos dicen que exagera, yo os aseguro que se queda corto.

Tenemos que formar a media mañana para que cuatro comisiones distintas, una de ellas llegada desde Albacete, realicen con todo detenimiento su cacería de rojos particular. Su forma de actuar y expresarse, la manera de tratar a cualquiera de los que buscan cuando le encuentran, resultan el mejor argumento para confirmar cuanto han dicho en las primeras comunicaciones celebradas en Albatera. En medio de una lluvia de insultos y golpes se llevan un total de diecisiete hombres.

—Todos se fugarán antes de llegar a su punto de destino —afirma Aselo.

—Por lo menos —completa Esplandiú— eso dirán después sus guardianes para justificar que hayan muerto en el camino.

Pero acaso la mayor preocupación entre cuantos nos encontramos en el campo sea la suerte corrida por los fugados. En primer término por ellos mismos; en segundo lugar, porque, de ser cierto cuanto han dicho en las comunicaciones de esta mañana, la represión alcanza mayor amplitud y violencia de cuanto pudieron figurarse los más pesimistas.

—¿Sabes quién escapó ayer? —viene a decirme Francisco Bajo a media tarde—. Mariano Cáscales. Se largó con un grupo de compañeros y no hemos vuelto a saber de ninguno.

Teme, y no sin motivos, que Cáscales pueda ser uno de los varios fugados de Albatera fusilados en los pueblos cercanos. Caso de ser descubierto tropezaría con mayores dificultades para burlar a sus perseguidores por su pronunciada cojera.

—Los otros podrían echar a correr, pero él no.

Mariano García Cáscales, secretario de la federación local madrileña de Juventudes Libertarias, se hizo cargo de la Consejería de Información en la Junta de Defensa de Madrid formada el 7 de noviembre de 1936. Parece que él y varios más aprovecharon el revuelo armado en la parte exterior del campo con el reparto de las sardinas y el pan, para abandonar el recinto.

—Esta mañana confiábamos en que hubieran podido llegar hasta Madrid. Ahora no somos tan optimistas…

* * *

Nos acostamos el lunes igual que nos levantamos por la mañana: sin comer en muchas horas y con un apetito devorador. El hambre empieza a producir sus naturales efectos y el martes por la mañana son muchos los prisioneros que no pueden levantarse al sonar el toque de diana.

—Igual nos sucederá a todos dentro de ocho días de prolongarse esta situación —dice uno de los médicos, tras comprobar la extremada debilidad de un campesino de edad madura que no consigue mantenerse en pie—. Los jóvenes podrán resistir un poco más. Pero los chicos, y sobre todo los viejos, no resistirán mucho.

Aunque los hombres entre veinte y cuarenta años constituyen más del ochenta por ciento de los recluidos en Albatera, no faltan entre nosotros personas que han dejado muy atrás el medio siglo de existencia; tampoco los muchachos que, por su edad, bien pudiéramos considerar niños. Hay varios centenares de chicos entre los doce y los dieciséis años. Fueron con sus padres o sus hermanos mayores al puerto de Alicante y les han acompañado luego en los Almendros y Albatera. Algunos, más desarrollados, tienen la estatura, y en casos excepcionales, la corpulencia de hombres hechos y derechos; pero basta mirarles a la cara para darse cuenta de su verdadera edad.

—Creo que hoy mismo los pondrán en libertad.

El rumor empieza a circular a primera hora de la mañana. Es una medida racional y lógica; resulta absurdo que tengan presos a chicos que, por sus años, no han podido hacer ni meterse en nada durante toda la guerra. Pero acaso por tratarse de algo natural y casi obligado lo ponemos seriamente en cuarentena. Desde nuestro punto de vista carecen de explicación lógica muchas de las cosas que vemos desde que caímos prisioneros.

—Empezando, naturalmente, porque parezcan empeñados en matarnos de hambre y sed.

Pero los rumores tienen plena confirmación en el curso de la mañana. Los altavoces ordenan la presentación en la puerta del campo de todos los que tengan dieciséis años o menos, provistos de su documentación los que

la tengan y sin más que la cara quienes carezcan de ella. En el recinto exterior, en la especie de amplio vestíbulo que precede al campo propiamente dicho y también cercado por una alambrada donde se encuentran los pabellones de las oficinas, el cuerpo de guardia y las cocinas, se colocan varias mesas. En ellas un par de oficiales y un sargento examinan e interrogan a quienes se presentan.

Ante las mesas se forman largas colas. Cuando los muchachos tienen algún documento válido en que aparezcan su edad y punto de residencia, el asunto se tramita en medio minuto. En otros casos —que son la mayoría— se examina minuciosamente al muchacho para decidir si efectivamente tiene más o menos de dieciséis años. Si deciden que sí, le extienden la correspondiente documentación.

—No se trata de una libertad absoluta ni de entregarles un salvoconducto que les autorice a marchar donde quieran. Si se les permite salir de Albatera es con la obligación inexcusable de encaminarse directamente a su lugar de residencia y hacer su inmediata presentación en los cuarteles de la Guardia Civil o las comisarías de policía.

La Guardia Civil o los policías sabrán en cada caso si el muchacho, pese a su corta edad, debe quedar en libertad provisional o ser encerrado de nuevo. En cuanto al transporte, cada uno tendrá que arreglarse como pueda. El salvoconducto le garantiza que no será detenido en el camino, siempre que vaya derecho hacia su punto de destino consignado en el papel expedido en Albatera, pero nada más.

—Tendrá que viajar sin billete en cualquier tren o conseguir que algún coche le lleve gratis. En caso contrario, habrá de hacer el recorrido a pie.

La perspectiva tiene poco de agradable para cualquiera, especialmente para chicos de catorce, quince o dieciséis años ya castigados por muchos días de escaso yantar y que difícilmente conseguirán comer algo durante el tiempo que dure su viaje. Pero todo es preferible a seguir presos en Albatera.

Entre los beneficiados por la medida está el hijo del doctor Bajo Mateos. Aunque mide por encima del metro ochenta de estatura, no tiene más que dieciséis años y puede probarlo con su documentación estudiantil.

Recibe el correspondiente salvoconducto y se dispone a abandonar Albatera sin pérdida de minuto.

—Creo que un tren con dirección a Alicante pasa por la estación a las dos de la tarde. Con un poco de suerte puedo estar en Madrid el jueves o el viernes.

Supone que su madre habrá llegado ya, aunque no han tenido ninguna noticia suya desde que fue a verles al Campo de los Almendros, luego de escaparse del cine Monumental. Caso de que haya llegado a Madrid irá a su casa. Vive en la calle de Luis Vélez de Guevara, a un paso de donde vivo yo.

—Quizá sea más seguro que de momento me refugie en el piso de mi abuela, en la calle de las Delicias.

Aunque estudiante de bachillerato durante la guerra, Paco ha actuado intensamente en la FUE y en las Juventudes Libertarias. Cabe en lo posible que haya sido denunciado por alguien y que la policía le busque. En cualquier caso no piensa hacerse muy visible durante los primeros días.

—De cualquier forma puedo ir a ver a tu madre —me ofrece— o llamarla por teléfono diciendo que estás bien.

Se lo agradezco, pero sigo creyendo que es preferible no decirle nada. En definitiva, será muy poco lo que pueda hacer por mí y saber que estoy preso sólo servirá para aumentar sus inquietudes y zozobras. Para ella —que ya debe saber fuera de toda posible duda la muerte de mi hermano Ángel— puede resultar más tranquilizador pensar que he podido salir de España.

—Tu madre sabe ya que te han cogido en Alicante —interviene Royano que, junto con el doctor Bajo Mateos y otros compañeros del sindicato de Sanidad, asiste a nuestra despedida—. Rodríguez Vega tiene un recorte de periódico en que se da tu nombre.

Me contraría oírlo, no por mí, sino por el disgusto de mi madre. Tengo curiosidad por saber en qué forma dan la noticia de mi detención, y tras dar un abrazo a Paco Bajo, que se dirige a la salida del campo, voy en busca de Rodríguez Vega. Le encuentro en un grupo de socialistas entre los que se encuentran Trigo Mairal, Ricardo Zabalza y Antonio Pérez. No tiene ya el recorte, pero me dice su contenido.

—Viene en una página de *ABC*, creo que del día 2. Un camarada nuestro lo recibió esta mañana por correo y nos lo dio a leer, convencido de que nos interesaba. Desde luego te nombra a ti.

—¿Qué dice exactamente?

—Que en la tarde del 31 de marzo y en la mañana del 1 de abril han sido apresados en el puerto de Alicante varios millares de dirigentes rojos cuando pretendían escapar de España. Menciona a los coroneles Burillo y Ortega, a Gómez Osorio como gobernador civil de Madrid, a Henche como alcalde y a Antonio Pérez en su calidad de miembro del Consejo Nacional de Defensa. Por último señala que entre los prisioneros se encuentra Eduardo de Guzmán, director del periódico sindicalista madrileño *Castilla Libre*.

Bien. Es indudable que mi madre sabe ya que estoy detenido. Mi silencio, lejos de tranquilizarla, aumentará a cada hora que pasa sus temores y zozobras. Cabe la posibilidad que piense que no puedo escribir, cosa que sucedió realmente hasta hace tres días; pero mientras no tenga noticias directas mías no podrá desechar el temor de que me hayan fusilado.

—No me queda más remedio que escribirla —digo a Aselo y Esplandiú cuando vuelvo a su lado.

Me entero bien de las instrucciones dadas para escribir. Sólo puede hacerse una vez por semana —el día que corresponda a la letra inicial del primer apellido— en una tarjeta postal. Como no tenemos tarjetas postales ni sellos ni dinero para comprarlos, podemos hacerlo en un papel que no pase de las dimensiones de un octavo de folio, escrito por una sola cara. La mitad del espacio se reservará para el nombre y señas del destinatario, así como el nombre y apellidos del remitente. En la otra mitad tienen que ir, antes que la fecha y de manera obligada, una serie de gritos rituales, un texto forzosamente muy breve y la firma.

—¿Cuáles son concretamente los gritos rituales?

—Aquí los tienes. Primero, y a todo lo ancho, es preciso escribir con letra grande y clara: «¡Arriba España! ¡Viva Franco!». Luego, a continuación de la fecha, hay que añadir: «¡Año de la Victoria!». De no ser perfectamente legibles todas las exclamaciones, no se dará curso a la misiva.

Hay otro inconveniente: que con arreglo a lo señalado no puedo escribir hasta mañana, porque mi primer apellido empieza por «g» y hoy no pueden hacerlo más que aquellos cuyos apellidos tienen como letras iniciales «d», «che» o «e». Obvio este inconveniente firmando, todo junto, Deguzmán. Para los censores del campo, que tendrán que ver cada día unos millares de misivas sin tiempo para fijarse detenidamente en ninguna, será suficiente.

—Y mi madre, que conoce perfectamente mi letra, sabe perfectamente cómo me apellido.

El texto de la misiva es forzosamente muy breve. Suficiente en cualquier caso para mí que escribo con una letra muy pequeña. Me limito a decir que estoy perfectamente; que no necesito nada porque de nada carezco; que no deben preocuparse en absoluto por mi suerte porque saldré en libertad dentro de unos días, y posiblemente, si las cosas marchan medianamente bien, llegaré de vuelta a casa antes incluso que la carta.

—Que no es verdad nada de esto lo sabemos nosotros —contesto a Esplandiú, que se muestra extrañado por lo que digo—. Por otro lado, mi madre no está en condiciones de poderme ayudar, y yo quiero, por encima de todo, ahorrarle preocupaciones y disgustos.

—¿Y si en cualquier momento pasa lo que todos estamos temiendo?

—No lo evitaría en modo alguno con decírselo a mi madre. Prefiero en todo caso darle unos días de tranquilidad, puesto que no puedo darle otra cosa.

* * *

La marcha de más de doscientos muchachos menores de dieciséis años apenas se nota en el campo, que parece tan abarrotado como antes. Pero verlos cruzar la puerta primero, las alambradas exteriores después y dirigirse a la estación, por último, cambia considerablemente la atmósfera. Unas ráfagas de optimismo parecen hacer menos irrespirable el ambiente. Por la tarde, aunque nos amargan como de costumbre unas cuantas comisiones que nos obligan a permanecer formados cerca de tres horas y se llevan un puñado de prisioneros, hay dos acontecimientos tan inesperados como satisfactorios: los repartos, con el desagradable intermedio de una nueva cacería de rojos, de un poco de comida y otro poco de agua.

La comida consiste en esta ocasión en un bote de lentejas cocidas para cuatro y la consabida quinta parte de un chusco por cabeza. No saboreamos las lentejas porque las pocas cucharadas que corresponden a cada uno desaparecen antes de que podamos hacerlo. Igual sucede con el pan. Como en esta ocasión llevamos cuarenta y ocho horas sin probar bocado —aparte de la escasa alimentación de los días precedentes—, al concluir el menguado yantar seguimos teniendo un apetito devorador.

—No tirad los botes —advierten—. Pueden servir como vasos para recibir el agua que vamos a repartir.

No tiramos los botes, naturalmente. En realidad no tiramos nada de lo que llega a nuestras manos porque casi todo puede utilizarse en una forma u otra. Pero el agua no llega hasta última hora de la tarde y resulta demasiado escasa, no ya para que podamos lavarnos, sino incluso para saciar la sed de la mayoría.

El camión-cisterna es de tipo medio; creo que es de los vehículos que se utilizan para regar las calles de Orihuela y no debe contener arriba de tres a cuatro mil litros. Pero esta cantidad de agua, demasiado exigua para ser repartida entre veinte mil sedientos, resulta todavía más insuficiente cuando se pierde estúpidamente cerca de la mitad.

La lastimosa pérdida se debe a una falta absoluta de organización. Meten el camión dentro del campo, cerca de la puerta de entrada, y anuncian que quienes deseen agua pueden acercarse para recibir la que necesiten. O ignoran que estamos todos sedientos y que la indicación va a degenerar en un verdadero escándalo, o lo hacen deliberadamente para divertirse con nuestras peleas e impotencias. De una forma u otra el resultado es el que con dos dedos de sentido común puede preverse por anticipado.

Basta el anuncio para que cuatro o cinco mil personas se agolpen en torno al camión, pugnando por recibir la mayor cantidad de líquido posible. Cuando uno se retira luego de llenar un bote, una cantimplora o un recipiente cualquiera, veinte pretenden ocupar su puesto. Bombas y grifos no dan abasto a las ansias de las gentes que en sus disputas tiran por el suelo más agua de la que beben o se llevan. Los soldados que imponen

orden lo hacen a patadas y vergajazos, con la divertida complacencia de quienes presencian la escena desde el otro lado de las alambradas.

—¡Mira cómo se ríen esos canallas! —exclama, dolido y avergonzado a un tiempo, Aselo Plaza.

—¡Ya han conseguido lo que querían: vernos pelear como perros rabiosos por un poco de agua!

Tengo tanta sed como el primero, pero me marcho porque no quiero servir de diversión a quienes con sus risas demuestran su verdadera catadura moral. Igual hacen otros muchos. Furiosos Aselo, Esplandiú y yo volvemos a nuestro puesto. De lejos vemos cómo la gente sigue disputándose el agua y los vigilantes repartiendo vergajazos; obligan a más de uno a tirar el agua de que ha conseguido apoderarse no sin grandes esfuerzos. Pronto en el camión-cisterna no queda ni una gota.

Serrano llega a nuestro lado unos minutos después. Tiene una moradura en el pómulo izquierdo y un chichón en la cabeza, pero ha conseguido beber hasta hartarse e incluso traer mediada la cantimplora.

—Ha sido una perfecta cabronada —reconoce—, pero me moría de sed y tenía que pasar por todo para saciarla. Aunque me han dado más palos que a una estera logré beber más de medio litro e incluso traer ésta para vosotros.

Los tres a quienes dirige su ofrecimiento nos negamos a aceptarlo. Nos vendría bien un poco de agua, pero la que contiene la cantimplora es suya exclusivamente. Pudimos y debimos conseguir alguna por nuestra cuenta, aguantando palos y humillaciones. Pero ya que tuvimos el gesto de renunciar antes de servir de esparcimiento a nadie, no podíamos caer en la indignidad de aprovecharnos del sacrificio de nuestro compañero.

—¡Es toda tuya! ¡Bébetela o guárdala para cuando tengas sed!

Serrano se ríe a mandíbula batiente al oírnos. Nos llama cursis, en lo que probablemente tiene razón, y señala que nuestra primera obligación, no ya como luchadores antifascistas, sino como simples presos, consiste en sobrevivir. Mayor humillación que soportar las burlas de quienes se divierten con nuestra sed es haber perdido la guerra y estar prisioneros.

—¿Que no había otra manera de evitarlo que hacerse matar o suicidarse? Desde luego. Pero todos pudimos hacerlo como Viñuales y

Máximo en el puerto, y optamos por seguir vivos con todas las consecuencias.

Recuerda la discusión de la última noche en los muelles. Ninguno de los que nos opusimos a un suicidio colectivo esperábamos que nuestra existencia de vencidos fuera un camino de rosas, sino todo lo contrario.

—Sabíamos que nos esperaban —y nos esperan— torturas mayores que la vergüenza de recibir unos palos por beber un poco de agua. ¿Hemos cambiado de opinión o la vanidad y el orgullo personales son superiores al deseo de servir de ejemplo y lección a los demás?

Tiene razón en parte, aunque distorsione un tanto los argumentos empleados en la memorable madrugada del 1 de abril. Acaba, no obstante, por convencernos, acaso porque en el fuero íntimo tanto Esplandiú como Aselo y yo deseamos ser convencidos. Al final, un poco corridos, aceptamos el agua que nos brinda Serrano.

—Hacéis bien, compañeros. ¡Cualquiera sabe el tiempo que tardarán en darnos más agua, si es que no prefieren esperar a que todos estemos muertos…!

* * *

Aunque ni él mismo lo sospecha al pronunciarlas, las palabras de Serrano tienen mucho de proféticas. En efecto, ni al otro día que es miércoles ni en todos los días que restan de la semana nos proporcionan una sola gota de agua. La comida también brilla por su ausencia. El miércoles 12 de abril —ocho años justos de las famosas elecciones que derrocaron a la monarquía— empieza para los veinte mil presos de Albatera la más dolorosa y trágica de las quincenas. Tan dura y angustiosa, que muchos no llegan vivos a su final y los supervivientes, que difícilmente podemos sostenernos en pie, tenemos más aspecto de esqueléticos fantasmas que de personas.

Por una sorprendente paradoja nuestros mayores sufrimientos se inician con el exceso de algo que tanto hemos echado de menos la víspera: agua. Dormimos todo lo apaciblemente que se puede dormir cuando sentimos vacío el estómago, no podemos estirar las piernas y nos desazonan toda clase de bichejos repugnantes, cuando a las tres de la mañana nos despiertan

unas cuantas gotas de lluvia. En principio no las concedemos la menor importancia. Suponemos que será un aguacero como tantos otros que hemos soportado en los Almendros y ni siquiera nos levantamos. Con apretarnos un poco más unos contra otros y procurar que la manta nos cubra a los cuatro creemos tener suficiente.

A las cinco de la mañana tenemos que reconocer nuestro error y cambiar un poco de postura y actitud. Sigue lloviendo sin demasiada violencia, pero con terca insistencia. La lluvia, que cae mansamente, sin truenos ni relámpagos aparatosos, no cesa un momento. La manta está totalmente empapada y empezamos a sentir la humedad en los huesos. No sé por dónde, ya que tumbados parecemos ocupar la totalidad del campo, el agua llegó hasta el suelo. Por fuerza hemos de levantarnos y ver la mejor manera de defendernos.

Tras unos cuantos ensayos, al amanecer damos con lo que juzgamos solución a nuestro problema. Consiste en clavar un lado de la manta a las maderas de la parte exterior del barracón, utilizando como clavos unas cuantas llaves de las latas de sardinas, a una altura de poco más de un metro, y sujetar el otro extremo en tierra. Formamos así una especie de tienda de campaña, abierta por ambos extremos, en que difícilmente cabemos los cuatro, sentados sobre las maletas, con la espalda pegada a la pared, la cabeza ligeramente agachada sobre el pecho y las piernas dobladas. La postura es molesta, pero cien veces más molesto sería aguantar a pie firme la lluvia incesante.

El alero de la cubierta de uralita del barracón sobresale quince o veinte centímetros de la pared. Es, a un tiempo, una ventaja y un inconveniente. Ventaja porque no cae directamente el agua sobre la parte de la manta, que tocamos con las cabezas; inconveniente, porque es mucho más abundante la que cae sobre la parte que nos cubre las piernas. En esa parte, la manta empapada forma pequeñas bolsas de agua que gotean al poco rato en el interior de la improvisada tienda. De vez en cuando tenemos que empujar hacia arriba esta parte para vaciar las bolsas. Por desgracia, cada vez que lo hacemos se desprende alguna de las llaves que la sujetan a la pared y tardamos unos minutos en volverlas a clavar.

Pronto advertimos otro grave inconveniente. En poco más de un metro de anchura, que es el espacio pegado a la pared y tapado por la manta de que disponemos, no cabemos los cuatro por muy apretados que estemos. Quedan perfectamente cubiertos los dos que se sientan en el centro; en cambio, los que ocupan los extremos tienen forzosamente fuera la mitad del cuerpo. Se impone una solución equitativa y pronto la ponemos en práctica. Consiste en que cambiemos de sitio cada dos horas, alternando los lugares del centro con los extremos.

Cuando tocan diana a las siete de la mañana lleva cuatro horas seguidas lloviendo sin interrupción. Nuestra intención es no hacer el menor caso del toque y continuar como estamos. Pero por los altavoces dan órdenes de formar y grupos de vigilantes penetran en el campo repitiendo la orden entre insultos y amenazas, traducidas muchas veces en palos y patadas a los que continúan tumbados o sentados en el suelo para mejor cubrirse con sus mantas, capotes o chaquetones. Al final no nos queda otro remedio que recoger la manta y formar de pie, pegados materialmente a la pared, protegidos en parte por el alero del barracón.

Es una postura violenta y molesta. Si el saliente de uralita nos cubre la cabeza y la espalda, basta la más ligera brisa para que el agua nos dé en el pecho y la cara. Por fortuna, yo llevo el chaquetón de cuero con el que hace ya quince días salí de Madrid y calzo unas botas de suela gruesa. Mis compañeros también llevan ropas que les defienden del agua. Aselo, una gabardina impermeable; Esplandiú, una trinchera que le llega casi a los pies, y Serrano, un fuerte capote con capucha.

—Bueno, alguna vez escampará.

Escampa tres horas después. Cesa primero la lluvia y se abren luego grandes claros en el cielo. Sin caer en ningún momento con excesiva fuerza, ha llovido en estas siete horas más que en los catorce días que llevamos en Alicante y sus alrededores.

—No hay mal que por bien no venga. Por lo menos nos hemos lavado las manos y la cara.

Muchos expresan su satisfacción porque gracias a la lluvia caída han podido saciar su sed cien veces mejor que con el contenido del camión-cisterna de la víspera. En efecto, dejando al descubierto platos, botes y toda

serie de recipientes han recogido el líquido suficiente para satisfacer sus más imperiosas necesidades. Incluso el prolongado aguacero ha limpiado el campo, que buena falta hacía. Aunque en algunos puntos se hayan formado grandes charcos.

—El que algo quiere, algo le cuesta —afirman los eternos optimistas—. Mejor es mojarse un poco que dejar que nos coman pulgas, piojos y chinches.

Siguen satisfechos y esperanzados incluso cuando, una hora después de cesar la lluvia, tornan a cubrir el cielo grandes nubes plomizas. A la una, al reanudarse de nuevo las precipitaciones la gente no parece inquietarse lo más mínimo.

—No sé por que —dice Aselo—, pero su alegría me recuerda la satisfacción de los campesinos el primer día del diluvio, según el cuento famoso.

Conozco el cuento y encuentro lógica la remembranza. Según él, los labriegos estaban muy contentos cuando empezaron las lluvias diluviales imaginándose la espléndida cosecha que recogerían aquel año. Aquí muchos estaban contentos porque habían saciado su sed.

—Sin pensar que de continuar lloviendo en la misma forma acabarán ahogándose.

No nos ahogamos todos porque en ningún momento las aguas alcanzan sobre el campo la altura suficiente para ahogar a nadie; pero sí nos hacen padecer más de lo que ninguno pudiera imaginar por anticipado. Incluso cabe achacar a la lluvia no pocas de las muertes que tanto abundan en Albatera durante los días siguientes, aparte de las muchas enfermedades que los supervivientes padecerán en años sucesivos.

* * *

Contra lo que ha pasado otras veces e incluso en esta misma mañana, la lluvia que empieza a caer de nuevo a la una de la tarde del miércoles 12 de abril cae sin interrupción alguna durante varias jornadas seguidas. Si de madrugada pudimos defendernos en general medianamente, al atardecer el agua nos derrota a todos. Las mantas o los capotes con que nos hemos cubierto no han tenido tiempo de secarse al reanudarse las precipitaciones;

se calan con rapidez y nos mojamos casi igual que si prescindiéramos de ellas.

No tardamos en comprobar de nuevo algo que ya advertimos con ocasión de los primeros chaparrones en Albatera, pero cuya gravedad no llegamos a calibrar entonces. El suelo del campo parece tener casi a ras de la superficie una capa impermeabilizadora. No empapa y absorbe el agua como parecería natural y lógico; por el contrario, parece que la que cae del cielo se suma a otra que brota de la misma tierra, formando aquí y allá charcos que a veces tienen ocho o diez centímetros de profundidad. En el resto del terreno se forma un barrillo pegajoso y blancuzco que, como no tardamos en saber por una dolorosa experiencia, quema las ropas e incluso cuartea las suelas de botas y zapatos.

—Andar descalzo por este barrillo sería peor que hacerlo sobre cristales de punta.

Al anochecer, el aspecto del campo no puede ser más desolador. En los barracones han buscado refugio contra el agua muchos más de los que caben. Una mayoría tiene que estar de pie, aplastados unos contra otros, agarrándose donde sea para evitar que los movimientos pendulares de la gente les haga salir despedidos por la puerta o cualquiera de las ventanas. No obstante, de vez en cuando algún individuo, rebotado en la entrada, rueda por los escalones para rebozarse en un barrizal formado ante la entrada.

Fuera, cada uno se defiende como puede. En general los prisioneros se han agrupado en pequeños grupos, uniendo sus ropas y sus cuerpos para mejor protegerse de la lluvia. Con pequeñas lonas, con mantas, con capotes o trincheras han levantado una especie de tiendas bajo las que se guarecen, aunque generalmente quedan fuera de la rudimentaria cubierta la mitad de sus cuerpos. Otros, envueltos en sus capotes, con las capuchas puestas, sentados en el suelo y la cara materialmente hundida en el pecho, soportan estoicamente la lluvia.

Unos centenares, desafiando el riesgo de recibir un balazo, se han metido en el espacio que media entre los barracones y las alambradas. Es un terreno prohibido en el que nadie puede detenerse ni asomar las narices,

especialmente durante las horas de oscuridad. Pero muchos desoyen consejos y órdenes para buscar la protección relativa del alero de uralita.

Como antes señalé, nosotros figuramos entre el millar o millar y medio que pueden considerarse afortunados al disponer en conjunto de una anchura de cerca de noventa centímetros en la pared externa de uno de los barracones. No es mucho tener veintitrés centímetros para cada uno con una longitud de más de un metro hasta tropezar con los que forman en la fila inmediata. Aunque la manta empapada se cala, nos protegen el capote, la gabardina, la trinchera y el chaquetón, que utilizamos para tapar sus múltiples goteras. Además, tenemos la ventaja de poder meter debajo del barracón parte de nuestras pertenencias, que así quedan a cubierto, pero siempre con el riesgo de que se refugien en ellas —y aun las devoren parcialmente— las ratas y ratones que por allí corretean.

Tenemos que dormir sentados porque no tenemos sitio para tendernos sin sacar buena parte del cuerpo fuera de la protección del alero del tejado y la manta. No resulta nada cómoda ni recomendable la postura, especialmente cuando hemos de mantenerla horas y horas. Se entumecen los músculos, duelen las articulaciones y se siente en el cuello al cabo de un rato los amagos de una fuerte tortícolis. Sin embargo, aguantamos porque no hay más remedio que aguantar. No tenemos posibilidad de opción; todavía lo pasaríamos peor si abandonásemos las posiciones que ocupamos.

—Quizá convendría acusarse de lo que fuera para que nos metieran en el calabozo.

El llamado calabozo está a cubierto de la lluvia y no se halla por regla general demasiado lleno. No lo está porque allí solamente encierran a los denunciados por algún chivato del campo o aquellos que están reclamados por cualquier autoridad militar, civil o policial y cuyos nombres encuentran en las listas confeccionadas en el propio campo, ya que las famosas comisiones que vienen de cacería a Albatera prefieren llevarse sus prisioneros, nadie sabe exactamente para qué, aunque todos suponemos lo peor. También contribuye a que no esté demasiado lleno, el que todos los días por la mañana lo vacíen conduciendo a sus ocupantes, al parecer, hacia las cárceles —parece que hay varias— de Orihuela.

—No pienses en el calabozo. Dormirías bien esta noche; pero ¿quién te garantiza que no sea la última antes de hundirte en el sueño eterno?

La noche del miércoles al jueves, en que no cesa de llover, la pasamos bastante mal. De un lado porque es difícil conciliar el sueño en la postura que ocupamos; de otro, porque cada hora como máximo tenemos que levantarnos para arreglar lo que llamamos tienda con un exceso de optimismo, o sentarnos en el centro si ocupamos los extremos y viceversa. También porque nos despiertan las patadas involuntarias de quienes forman en la fila inmediata o los empujones de los que ocupan la misma que nosotros y que materialmente no caben tampoco en su sitio. Por último, hemos de trabajar por construir unos pequeños diques para que el agua de un charco próximo no invada nuestro reducido espacio.

Con las manos, cogiendo barro de aquí y de allá, formamos en torno nuestro un pequeño valladar de seis o siete centímetros de altura. Resulta suficiente para mantener relativamente seco el suelo de la tienda. Pero basta un movimiento brusco de cualquiera de nosotros, adormilado y somnoliento, o de algunos de nuestros vecinos, para que se abra un portillo en la cerca por donde penetra el agua y no nos queda otro remedio que taponar rápidamente la abertura.

Llueve casi sin interrupción durante los dos días siguientes. Cada hora que pasa empeora nuestra situación. El suelo del campo está embarrado, excepto en los pequeños desniveles en que se forman extensos charcos que no existe posibilidad de vaciar. Las mantas y los capotes, empapados en agua y barro, pesan terriblemente y constituyen más un obstáculo que una protección. De vez en cuando hay que retorcerlos para que suelten parte del agua que contienen y volver a formar con ellos un toldo que nos resguarde un poco. Estamos agotados por el escaso dormir, helados por la humedad que se nos mete en los huesos, cansados y aburridos. Cuando disminuyen un poco las precipitaciones alzamos la vista esperanzados al cielo, anhelantes de un poco de sol. Pero nuevas nubes vienen a sustituir a las que han descargado sobre nosotros y el temporal continúa.

—¡Al que me vuelva a hablar del delicioso clima de Alicante en primavera —estalla rabioso Esplandiú— le rompo la crisma!

* * *

La lluvia persistente, agobiadora, obsesionante, nos produce molestias, dolores, enfriamientos e incluso pulmonías. Carecemos de toda protección eficaz contra ella; hemos de dormir sentados, en un suelo embarrado, con las ropas mojadas, tiritando, tosiendo o acometidos por la fiebre. Nada podemos hacer por remediarlo o curarnos. En el campo, en nuestra misma situación, hay muchos médicos, generalmente jóvenes y buenos y algunos de mayor edad —Catalina, Bajo, don Julián Fernández, etcétera—, figuras destacadas en la Medicina española, pero pueden hacer muy poco por los demás e incluso por ellos mismos.

—No tenemos medicinas de ninguna clase. Ni siquiera una simple aspirina. Podemos hablar con los enfermos, incluso diagnosticar la enfermedad que padecen, pero no darles nada para curarles.

Las tentativas para organizar la sanidad dentro del campo no han dado hasta ahora el menor resultado. Se necesita, aparte de medicamentos, algún lugar más o menos espacioso y a cubierto de la lluvia donde examinar a los enfermos, auscultarles o tomarles la tensión, ya que pensar en análisis o radiografías sería soñar con la luna. Piden todo esto al comandante de Albatera y no consiguen nada. Hay, al parecer, en lo que llaman Campo Pequeño, a trescientos o cuatrocientos metros de donde nos encontramos, un barracón que hace las veces de enfermería con algunos camastros. Sin embargo, los médicos presos no pueden ir hasta allá. Lo único que consiguen, ya cuando llevamos varios días de incesante lluvia, es que les proporcionen una pequeña tienda de campaña para instalar un presunto botiquín. Pero la tienda es tan chica, que en ella no caben más que tres o cuatro personas muy apretadas.

—Y ni siquiera tenemos algodón o tintura de yodo.

Si los médicos nada pueden hacer para combatir las enfermedades causadas por el frío y el agua, menos pueden todavía contra la mayor de las torturas que padecemos en la segunda quincena de abril: el hambre. A diferencia de la lluvia, cuya intensidad disminuye o aumenta de manera alternativa durante estas dos semanas, y algunos ratos y aun días enteros cesa por completo, el hambre crece a medida que pasan las horas. Aunque

tanto en los Almendros como en los primeros días de Albatera hemos comido poco, ese poco se nos antoja una bendición comparado con lo que viene después.

—Hasta ahora —hemos de reconocer muchos— no sabíamos lo que era tener hambre de verdad.

En Albatera, el martes 11 de abril tomamos la cuarta parte de un bote de lentejas cocidas y la quinta parte de un chusco. Miércoles, jueves y viernes no comemos absolutamente nada. El sábado 15 nos dan una lata de sardinas para tres y un chusco para cinco. Después volvemos a ayunar totalmente domingo, lunes, martes, miércoles y jueves, para recibir el viernes otros sesenta y seis gramos de sardinas y unos sesenta gramos de pan. Entre el 11 y el 27 de abril comemos cuatro veces con varios días de intervalo entre una y otra comida. Como el menú no varía en lo más mínimo, en estos dieciséis días nuestra alimentación consiste en 266 gramos de sardinas en aceite y 250 gramos de pan.

Será difícil imaginar lo que esto significa para quien no haya pasado por trance semejante. El individuo sometido a esta dura prueba experimenta grandes transformaciones físicas y morales. Paulatinamente vamos demacrándonos nosotros. Cambia totalmente la cara al escurrirse las mejillas y hundirse los ojos, mientras se acentúan considerablemente pómulos, frente y barbilla. Adelgazan paralelamente brazos, piernas, hombros y pecho, mientras va hinchándose la barriga. Los omóplatos forman una joroba en la espalda y los huesos de la clavícula, afilados como cuchillos, parecen a punto de agujerear la piel. Se inflaman y duelen las articulaciones; las fuerzas disminuyen de hora en hora; cuesta trabajo permanecer de pie, y cuando caminamos, lo hacemos encorvados, porque enderezarnos por completo exige un verdadero esfuerzo. Cuando miro a mis compañeros tengo la sensación de que en dos semanas envejecen diez años; supongo que ellos recibirán, al mirarme a mí, idéntica impresión.

—Lo único inexplicable es que todavía podamos contarlo.

Quizá superamos el prolongado ayuno porque somos jóvenes, estamos sanos y nos sostiene un sobrehumano deseo, instintivo e irracional, de seguir vivos. Acaso porque el hombre aguanta infinitamente más de lo que uno mismo supone y morirse, aunque sea de hambre, cuesta mucho tiempo

y no poco trabajo cuando no se pasa de los treinta años y ninguna enfermedad mina el organismo. Pero se sufre tanto que, pensando con lógica, habríamos de mirar a la muerte como una liberación. Y, sin embargo…

—¿Por qué nadie acorta sus sufrimientos suicidándose?

Me repito mentalmente la pregunta muchas veces sin encontrarla al principio una explicación lógica. En el puerto he visto suicidarse a muchos, y yo mismo, contagiado por el ejemplo, he dudado seriamente en levantarme la tapa de los sesos. En Albatera, en cambio, no se suicida nadie, ni yo tengo que esforzarme por resistir la tentación de hacerlo. Mueren muchos, desde luego; pero no se suicida ninguno.

—¿Acaso la situación de todos no es cien veces más desesperada?

Lo es, indudablemente, porque al dolor inicial de la derrota se unen ahora las vejaciones, los malos tratos, las humillaciones, la sensación de absoluta impotencia y la seguridad de que acabaremos en cualquier momento, como hemos visto caer a tantos compañeros desde que salimos del puerto. Si además estamos angustiados por el hambre, apenas podemos sostenernos en pie, y no pueden ser más negras las perspectivas que se abren ante nosotros, ¿por qué razón nos aferramos con tales ansias a una vida que se nos escapa, que en buena parte hemos perdido ya?

—Sólo cabe una respuesta: que nuestro cambio espiritual sea todavía mayor que el físico.

Cuanto más lo pienso —y la idea me ronda durante días por la cabeza— más me convenzo de que no puede ser otra la causa. Exteriormente hemos sufrido tan radical transformación que, de mirarnos en un espejo que no tenemos, no podríamos reconocernos. Pero probablemente hayamos experimentado interiormente una superior mudanza. La progresiva disminución de fuerzas, la creciente debilidad, la muerte por agotamiento e inanición que nos amenaza, nos ha hecho saltar hacia atrás varias decenas de siglos, reduciéndonos a la condición del hombre primitivo. El instinto animal de conservación individual se sobrepone a todo cuando el individuo corre grave peligro de perecer. El hambre, cuando sobrepasa ciertos límites, no impulsa al hombre hacia el heroísmo decidido, sino hacia un conservadurismo cobarde.

—La revolución de los hambrientos termina al llegar a la panadería de la esquina.

Empiezo a comprender la verdad que encierra la frase desgarrada y cínica de Trotski. Los hambrientos sólo piensan en comer; por eso los pueblos con hambre han sido siempre dominados con facilidad por explotadores y déspotas. Los que no comen acaban cifrando todas sus esperanzas en una buena comida y no van más lejos. Recuerdo un pueblo granadino en que los campesinos hambrientos soñaron con hacer la revolución en 1932, y cuando penetraron en un almacén de jamones, incapaces de resistir la tentación, se lanzaron a comer hasta enfermar, pudiendo luego ser detenidos sin posibilidad de ofrecer la menor resistencia. Los países con hambre de siglos difícilmente logran sacudirse el yugo de la esclavitud. Por doloroso que sea reconocerlo, nadie puede negar este aspecto negativo de la condición humana.

A nosotros el hambre nos ha hundido física y espiritualmente. Aun formando parte de una colectividad, hemos dejado de preocuparnos de los problemas colectivos para inquietarnos únicamente por los personales. Durante parte de esta quincena trágica dejamos de analizar y discutir las causas de nuestra derrota, el rumbo que seguirá el país en un futuro próximo o el porvenir del proletariado revolucionario que en el mundo entero sigue las ideas emancipadoras por las que hemos luchado todos. Apenas hablamos, porque el hablar consume energías y necesitamos reservar las pocas que nos quedan. Nos limitamos a una vida vegetativa, dominada por el instinto. Si hace dos semanas, apenas dormidos, soñábamos con opíparos banquetes, ahora los soñamos incluso despiertos. Aunque la somnolencia, el sopor que a todas horas nos invade, la egoísta indiferencia por la suerte de los demás difícilmente pueden admitirse como una vigilia consciente.

Por sobrevivir la gente es capaz de todo. Desde jugarse la vida acercándose a las alambradas y extendiendo la mano entre las púas de los alambres recoger unas mondas de naranja que ha tirado un soldado, desoyendo los avisos de los centinelas y a riesgo de recibir un balazo, hasta comerse cruda una rata. Una tarde, un perro al que asustan los soldados, se mete en el campo. Quienes primero lo ven, lo persiguen. El perro, huyendo,

penetra en uno de los barracones. Cuando quienes le acosan consiguen entrar también, ya lo han partido en pedazos quienes se hallan dentro y lo están devorando. Junto a nosotros duermen unos campesinos de la vega del Segura. Su pueblo está cerca, y un día sus familias les traen unos puñados de habas. Se comen hasta las vainas. Sólo unas cuantas, que están demasiado sucias de barro o de lo que sea, nos las ofrecen a nosotros, que les vemos comer con envidia. Tocamos a una por barba. Ninguno de nosotros cree haber recibido en toda su vida un regalo más valioso. Ni que haya agradecido más.

—¿Cuántos crees que habrán muerto en estos quince días?

No acierto a responder a la pregunta de Aselo. Ni lo sé yo ni lo sabe nadie. No hay quien se tome la molestia de contarlos ni impresiona demasiado su muerte a quienes no saben si dentro de unas horas morirán también. Todas las mañanas al sonar el toque de diana hay varios que no pueden levantarse porque fallecieron durante la noche. No es sólo el hambre, la lluvia, el frío y la suciedad, sino que como consecuencia de todo ello cualquier dolencia de mediana importancia tiene un desenlace funesto. Hay, al mismo tiempo, muchos casos de paludismo y tifus. De unos y otros son responsables directos las pulgas, los chinches, los mosquitos y hasta las ratas. Un individuo que preside la comisión de un pueblo que viene a Albatera para la busca y captura de rojos conocidos, comenta en voz alta al ver que se llevan a enterrar a dos de los prisioneros:

—En España sobran criminales. Cuantos más se mueran, menos tendremos que matar.

VII

EL ANSIA DE VIVIR

Durante estas dolorosas semanas de abril en que el hambre, la lluvia incesante, la falta absoluta de higiene y las enfermedades están a punto de acabar con todos y acaban con muchos, no se interrumpen las visitas de grupos y comisiones que buscan en Albatera a las personas que más odian y a las que acusan de todos los crímenes habidos y por haber. Son más frecuentes, al contrario. Al menos así nos lo parece a nosotros, acaso porque al aumentar la debilidad se nos hacen más penosas las formaciones interminables para que unos individuos nos miren como podrían mirar a las fieras en un parque zoológico o como en una ganadería al seleccionar las reses destinadas al matadero.

Apenas disminuye un poco la intensidad de los chaparrones, ya suenan los toques ordenando la inmediata formación. Ocurre a veces, muchas veces, que a los diez minutos o a la media hora la lluvia aumenta hasta convertirse en una buena imitación del diluvio. Es igual. Aunque caigan chuzos de punta, hemos de continuar formados. Los ojeadores suelen entrar en el campo con paraguas e impermeables. Nosotros, con los pies hundidos en el barro o los charcos, intentamos defendernos del agua que cae a cántaros con mantas, capotes o lo que tengamos a mano. Los visitantes caminan despacio, fijándose en todos, complacidos por el lamentable aspecto que ofrecemos. Es frecuente que chillen coléricos a uno cualquiera:

—¡Eh, tú, cabrón! ¡Descúbrete bien la cara…!

Generalmente el grito va acompañado, cuando no precedido, por un puñetazo, patada o palo. O el individuo deja caer el capote o manta con que se tapa o se lo arrancan de las manos, tirándoselo al suelo embarrado. Cuando alguno replica una sola palabra, llueven sobre él los golpes. Si intenta defenderse, los cañones de los fusiles o las pistolas se clavan en sus riñones y la intensidad y número de los golpes aumentan hasta hacerle rodar por tierra.

—¡Todavía con ínfulas estos bandidos…! ¡No deberíamos dejar ni uno…!

Sonríen satisfechos al verle revolcándose en el barro o los charcos, mientras los demás permanecen inmóviles bajo la amenaza cercana de las armas que portan y la más grave de las ametralladoras emplazadas al otro lado de las alambradas y cuyos fuegos cruzados pueden barrernos a todos en un abrir y cerrar de ojos. Hinchándose de vanidad, mirándonos con aires de olímpica superioridad, les oímos comentar despectivos:

—¡Y esta taifa de desgraciados cobardes esperaban ganar la guerra…!

Muchos de los visitantes tienen la pinta inconfundible de los señoritos de pueblo, de los hacendados y caciques que han señoreado durante años cualquier rincón de Levante, la Mancha o Andalucía. Si han sufrido privaciones durante la guerra, han conseguido borrar sus efectos con extraordinaria rapidez. Abundan los tipos gordos, colorados, con aire feliz y satisfecho fumando buenos habanos. Saben perfectamente de nuestras hambres y se complacen hablando entre ellos, pero lo suficientemente alto para que les oigamos, de la suculenta comida ingerida hace una hora o de la juerga corrida en Alicante la noche anterior.

No ignoran, tampoco, que llevamos muchos días sin fumar y que para no pocos la falta de tabaco es tanto o más insoportable que la falta de pan. Por saberlo precisamente muchos se regodean lanzando bocanadas de humo a la cara de quienes forman en las primeras filas. Una tarde un sujeto alto y corpulento, luciendo un brillante en una sortija y llevando en la mano derecha un grueso bastón, termina de fumar un puro, y tras sacar del bolsillo otro, tira al suelo la colilla del primero. Uno de los presos, un campesino andaluz, escuálido, de pelo grisáceo, vacila un momento con los

ojos fijos en la colilla humeante, y luego, incapaz de resistir la tentación, se agacha a recogerla aprovechándose de que ha caído a dos pasos de distancia.

No tiene tiempo de llevarse la colilla a los labios. El que la ha tirado advierte su intención y reacciona con rapidez y violencia. Alza el bastón y lo descarga con todas sus fuerzas sobre la muñeca del campesino que lanza un grito de dolor, mientras la presa ambicionada se le escapa de los dedos sin fuerzas. Uno de los acompañantes del agresor le propina entonces un violento empellón para hacerle volver a la fila que ocupaba. Alegre y satisfecho el sujeto de los puros pisotea la colilla hasta destrozarla por completo en el barro. Luego, encendiendo el nuevo puro, dice en tono desafiante mirando a quienes, impotentes, hemos presenciado la vergonzosa escena:

—¡El que quiera fumar, que se fume la polla…!

* * *

Si en todos produce el hambre los más desastrosos efectos, son los viejos, con menos reservas físicas para aguantar, quienes sufren un tanto por ciento más elevado de bajas. Cada día fallecen varios y otros tantos han de ser conducidos, poco menos que agonizantes, a la enfermería del campo pequeño, en donde debe perecer la mayoría, porque ninguno retorna a nuestro lado. Los médicos, que tratan de organizar un servicio, aunque carezcan de los medios precisos, hablan una y otra vez con los oficiales que mandan en el campo —uno de los cuales ha sido compañero de estudios de uno de los galenos—, señalando el peligro de que en un par de semanas no quede vivo ninguno.

Sea por atender a sus peticiones o porque así lo dispongan autoridades superiores, a comienzos de la segunda decena de abril se autoriza la salida de los prisioneros mayores de sesenta años, siempre que sus nombres no figuren en las listas de individuos reclamados.

Exigen, como ocurrió con los menores de dieciséis años, que los viejos presenten documentación demostrativa de que han pasado de la sesentena. Unos las tienen y otros no. Pero basta ver el aspecto de algunos para comprender que han sobrepasado la edad señalada como mínima. Son

menos que los chicos, quizá porque su número se ha reducido considerablemente en los últimos días. No ponen pegas a la mayoría. De un lado, porque algunos no parece que puedan vivir mucho; de otro, porque no les ponen en libertad definitiva. Se limitan a concederles una especie de libertad condicional, mediante un papel, en que se consigna su punto de destino y la obligación de presentarse a la policía o a la guardia civil inmediatamente a la llegada.

—Serán ellos quienes resuelvan si les dejan libres, luego de recoger los oportunos informes, o si les mandan directamente a la cárcel.

Entre los que se marchan está el doctor Bajo Mateos. Es un buen médico que trabajó toda la guerra en diversos hospitales y durante unos meses ha ocupado la Dirección General de Higiene Infantil, trabajando con acierto para mejorar la alimentación y cuidados de los niños. Me avisan de su marcha aprovechando un rato que deja de llover. Voy a despedirle a la puerta del campo y Aselo me acompaña.

En los pocos días que llevo sin verle, Bajo Mateos parece haber envejecido unos años. Ha enflaquecido considerablemente, tiene muy crecida la barba y sus ropas —que se le han quedado grandes— están arrugadas y casi tan sucias como las de todos nosotros. Anda un poco encorvado y difícilmente puede con la maleta que lleva.

—Que tenga suerte —le deseo al abrazarle—. La necesitará.

Llegamos hasta la puerta para verle cruzar el recinto exterior en unión de otros hombres de más de sesenta años. Me sorprende entonces ver al comandante de carabineros, Velasco, charlando amistosamente con unos oficiales del batallón de guardia y riendo con ellos.

—¿Qué hace ahí ese tipo? —pregunto, extrañado, a Trigo que, siempre con su gorra de la Cruz Roja, vuelve a entrar en el campo luego de acompañar al doctor hasta la salida del recinto exterior.

—¿Te refieres a Velasco? ¡Alguna nueva cabronada! ¿O no sabes ya que es el mayor hijo de puta?

Me sorprende la respuesta. Abro la boca para pedirle una explicación, pero Royano, que también ha ido hasta la puerta para despedir a Bajo —perteneciente como él y como Trigo al Sindicato de Sanidad— me anticipa la respuesta que quiero pedir.

—Hace ya dos días que se convirtió en un chivato, capaz de denunciar a Dios y a su padre con tal de que le den un chusco.

Me cuesta trabajo creerlo. Aunque ignoro los antecedentes del sujeto en cuestión, al que no conocía hasta verle en el Campo de los Almendros, suponía que era un luchador antifascista. Incluso daba por descontado que sería comunista, por estar siempre en el grupo de Etelvino Vega y Navarro Ballesteros.

—¡Pues fue a los primeros que denunció, sin duda para hacer méritos! ¡Ah, también ha delatado a Toral y a Valldecabres! En el calabozo los tienes en este mismo momento.

Aselo recuerda nuestra discusión con aquel individuo hace siete u ocho días. Hablábamos con Navarro Ballesteros, cuando terció en la charla haciéndolo en tono hiriente para nosotros.

—¡Procurad que no os vea! Porque si os ve o recuerda vuestros nombres, le faltará tiempo para delataros.

Es posible que Trigo y Royano tengan razón y que Velasco no nos haya delatado aún por olvidarse de nosotros, no recordar nuestros nombres o considerar que somos figuras muy secundarias. En cualquier caso, no vamos a preguntárselo. Hablar con las sabandijas es siempre desagradable. Es preferible aplastarlas la cabeza sin mancharse cruzando la palabra con ellas.

—¡Ojalá haya un poco de suerte y reviente esta misma tarde!

Empieza a chispear y volvemos a nuestro sitio de costumbre. En días sucesivos no vemos a Velasco —que tiene la precaución de no adentrarse solo en el campo por temor a las consecuencias de su chivatería y procura pasar casi todo el tiempo en el recinto exterior, donde incluso duerme, y casi nos olvidamos de él—. Un motivo poderoso puede explicar este olvido momentáneo. Los viejos salen de Albatera entre el 18 y el 20 de abril y la semana siguiente es la de mayor hambre para todos los presos.

La falta de alimentación empieza a minar los organismos más resistentes, si bien en cada uno se manifiesta de diferente manera. Yo, personalmente, que he aguantado bastante bien las privaciones, comienzo a experimentar una pérdida alarmante de equilibrio. De vez en cuando, sin causa ni motivo aparente, rompo a sudar, empapo las ropas y me estorba

cuanto llevo encima. En repetidas ocasiones me mareo al incorporarme y tengo que apoyarme en la pared del barracón para no rodar por el suelo. Me ahogo dentro de la tienda e incluso fuera; en los momentos que cesa la lluvia, experimento un calor sofocante, que tiene poco que ver con la temperatura ambiente.

Me ocurre todo esto una tarde que tocan a formar, esperando la visita de una nueva comisión. Al cabo de un rato de estar de pie, tengo la sensación de que se me va la cabeza y he de sentarme sobre la maleta. Sudo copiosamente y aunque sopla una brisa húmeda y fresca necesito quitarme el chaquetón de cuero. Hay muchos que se encuentran tan débiles como yo y que, cansados de esperar o agotadas sus fuerzas, se sientan en sus petates o se dejan caer al suelo. Entonces, igual que ha sucedido en múltiples ocasiones anteriormente, unas patrullas penetran en el campo precediendo a los visitantes de turno y recorren las filas, obligando con no muy buenos modales a todo el mundo a ponerse de pie.

Por regla general, se ve de lejos a los soldados y los que están sentados se incorporan antes de que lleguen a su altura. En esta ocasión, sin embargo, nos fijamos en un grupo distante sin darnos cuenta de que cuatro vigilantes, mandados por un superior, han doblado la esquina del barracón y los tenemos encima antes de enterarnos de su proximidad. Con muy malos modos, obligan a incorporarse a todos. Mientras Serrano, anticipándose a la acción de los vigilantes, me coge de un brazo para ayudarme a levantar, Aselo se dirige al oficial para decirle que me encuentro mareado y difícilmente puedo mantenerme en pie.

—¡Cuentos, no! —le interrumpe, violento, su interlocutor—. Cuando se manda formar hay que hacerlo como sea. ¿Entendido?

—Es que está enfermo y…

—Si está malo, que se muera. ¡Pero de pie!

Es inútil pretender hablar. Está irritado, colérico y dispuesto a descargar sus iras con el primero que diga una palabra. Termino de levantarme, apoyándome en Serrano y Esplandiú. Observo entonces que uno de los vigilantes mira mi chaquetón de cuero que ha quedado sobre la maleta. El oficial lo advierte también y habla de nuevo dirigiéndose a él:

—¿Te gusta, muchacho? Pues póntelo. ¡Es tuyo!

Sonriente y satisfecho, el hombre coge el chaquetón dispuesto a llevárselo. Yo trato de protestar.

—¡Perdón, oficial! ¡El chaquetón es mío!

El oficial me mide de pies a cabeza con una mirada despreciativa. Con aire insultante replica:

—¿Dónde lo robaste?

—Ni soy un ladrón ni he robado jamás a nadie.

—Eso dices tú.

—El chaquetón lo compré hace dos años en una tienda de la calle de la Montera, en Madrid. Me costó…

—¿Tienes la factura?

—No la tengo aquí, naturalmente. No llevo la factura encima durante años enteros de todas las cosas que compro y…

—El chaquetón es tuyo, muchacho —me interrumpe el oficial, sin dejarme concluir, dirigiéndose al vigilante—. Aunque fuese verdad —que no lo es— que lo compró, lo pagaría con dinero rojo. Como ese dinero no vale, lo robó.

Luego se vuelve a mirarme para advertirme, en tono amenazador, que no quiere oír una palabra más sobre el asunto.

—Te conviene cerrar la boca. Lo contrario podría resultar demasiado peligroso para ti. ¡Y *sanseacabó*!

—Por no tener, no tenemos ni mierda en las tripas.

La frase achulada, expresiva y gráfica, refleja en nuestro caso una gran verdad. Tenemos la barriga absolutamente vacía. No puede ser de otra manera, dado lo prolongado del ayuno. Lo poco que ingerimos —unos gramos de pan y sardina y media cada cuatro días— lo digerimos y asimilamos por completo, sin dejar restos o residuos de ninguna clase.

—Yo llevo tres semanas sin cagar. Y a casi todos nos sucede lo mismo.

Es cierto. Por falta de grasas o por lo que sea —y todo derivado indiscutiblemente de la falta de alimentación— padecemos un agudo y prolongado estreñimiento. Desde que salimos del puerto, a primeros de mes, yo he defecado una vez en el Campo de los Almendros. Después, nada.

—¡Naturalmente! ¿Cómo vamos a descomer lo que no hemos comido?

Sentimos de vez en cuando fuertes dolores de barriga, retortijones de tripas e incluso flatulencia. Algunos, engañados por los síntomas, procuran apartarse un poco del resto de los presos, se ponen en cuclillas y hacen esfuerzos enteramente baldíos. Al final, tienen que volver a subirse los pantalones y esperar que otra vez sea de verdad.

La mayoría de los médicos presos están preocupados. Más que por el estreñimiento en sí que consideran enteramente lógico dada la situación en que nos encontramos, por lo que ocurrirá cuando cese. Lo más probable es que el defecar por primera vez, nos cueste esfuerzos prolongados e intensos dolores. E incluso que si llegamos a comer algo más o a ingerir líquidos en cantidad, el estreñimiento deje paso a una diarrea que acabe con muchos.

No faltan, sin embargo, los que por comer algo más —merced a los paquetes que les envían sus familias, residentes en los pueblos cercanos— realizan sus deposiciones en forma casi normal. Son pocos, desde luego; tan pocos que escasamente llegarán al tres por ciento de los presos. Pero necesitan un sitio en que poderlo hacer. Los excusados de los barracones —aunque lo de excusados sea una fantasía, pues lo que debían ser cuartos de aseo no tienen puertas y las funciones fisiológicas hay que realizarlas a la vista de unos centenares de personas— están inutilizados desde el día de nuestra llegada; los pozos negros, totalmente llenos, rebosan por todas partes y vaciarlos y limpiarlos no resulta fácil dado el amontonamiento de gente.

Como en todo el campo no queda ningún espacio libre, los que necesitan evacuar algo tienen forzosamente que acercarse a las alambradas para no hacerlo encima de algún compañero. Realizan sus deposiciones en los dos metros que separan las últimas filas de los límites del campo. Sin embargo, las alambradas están muy vigiladas, tanto de día, como de noche, y a los centinelas no les agrada que los prisioneros realicen sus deposiciones tan cerca de ellos. Les molesta tanto el olor que despiden los improvisados evacuatorios, como los gestos y actitudes de los evacuadores. Chillan y amenazan a los que lo hacen, que se marchen quince o veinte metros más allá; pero si obedecen se acercan a la demarcación de otro centinela, que se indigna y protesta a su vez.

Generalmente, los vigilantes se limitan a lanzar una serie de insultos o formular amenazas más o menos graves. En no pocos casos, buscan alguna piedra que arrojan contra los individuos que les molestan y, generalmente, dan en el blanco. En ocasiones excepcionales hacen uso de las armas y son varios los que si consiguen vaciar su vientre se encuentran con uno o dos balazos. En ningún caso, las reclamaciones o protestas de los prisioneros sirven absolutamente de nada.

—Hay orden de no dejar que nadie se acerque a menos de dos metros de las alambradas bajo ningún pretexto. Los centinelas se limitan a cumplirla.

Al final —es ya el 24 de abril— se autoriza una solución de emergencia. Consiste simplemente en excavar dos zanjas de un metro de anchura y cuarenta o cincuenta metros de largo casi pegadas a las alambradas y en la parte de fondo del campo que servirán como letrinas. Se ahonda bastante para que puedan servir durante más tiempo. La tierra que se saca se amontona a un lado y otro. Pese a la debilidad general imperante entre los presos, son muchos los voluntarios que se prestan a manejar picos y palas para tenerlas listas en un par de horas. No sólo porque es una necesidad para todos, sino por correrse la voz de que quienes trabajen recibirán un poco de pan y dos cigarrillos. (Aunque después resulte que nadie sabe quién ha prometido nada, y los que esperaban algo resulten burlados y chasqueados).

En la parte exterior de las alambradas contiguas a las letrinas —que dado el número de presos habrán de estar muy concurridas en cuanto se normalice un poco la alimentación— se aumentan los puestos de vigilancia para cortar en flor cualquier intento de fuga. A los soldados no les agradan poco ni mucho aquellos puestos, y muchas veces insultan o gastan bromas pesadas —especialmente por la noche— a quienes evacúan sus necesidades. En cualquier caso, la construcción de las letrinas significa una mejora considerable para los presos.

—Podrán llamarte hijo de perra mientras cagas, pero por lo menos tienes la casi seguridad de que no te pegarán dos tiros.

En los primeros días no son muchos quienes tienen que utilizarlas. Después, sea porque el estreñimiento general llega a su tiempo límite o, más seguramente, a que empezamos a comer algo —abundan ya los

paquetes de comida, porque ahora los traen las familias de muchos, residentes no sólo en la provincia de Alicante, sino en las de Murcia, Valencia y Albacete e incluso en el propio Madrid— aumentan rápidamente los que sienten la necesidad de evacuar, una necesidad que ya casi tenían olvidada.

Comienza entonces una etapa sorprendente de angustias y sufrimientos. Contra lo que a muchos, totalmente legos en medicina, parece lógico y natural, las deposiciones no son rápidas ni indoloras, sino todo lo contrario. Generalmente, empezamos a sufrir las primeras contracciones intestinales, cuatro o cinco días antes de conseguir evacuar absolutamente nada. Una y otra vez vamos hasta las letrinas, permanecemos largo rato en cuclillas haciendo violentos esfuerzos que nos agotan, y al final, sudorosos y doloridos, volvemos igual que fuimos. Uno, poniendo a mal tiempo buena cara, hace un retruécano con un juego de palabras que millares repiten en días sucesivos al volver desolado de las letrinas.

—Me está bien empleado por haberme hartado de «albaterina».

—¿Y eso qué es?

—Está bien claro: que he ido «al váter y *ná*».

Todos hemos tomado, al parecer, cantidades ingentes de «albaterina». Pero la cosa no tiene, por desgracia, nada de graciosa ni divertida. Lejos de ello, es una tragedia que cuesta insoportables dolores a la mayoría, graves dolencias a centenares y la muerte a unos cuantos. Durante unas semanas se convierte en la más grave amenaza que gravita sobre nuestras cabezas. De tal modo y manera que ante ella pasan a lugar secundario el hambre espantosa que padecemos y hasta la probabilidad de acabar ante un pelotón de fusilamiento.

—Si te fusilan acabas en un instante; en cagar tardas días enteros y no dejas de sufrir un solo segundo.

Podrá dudarse de la primera afirmación, pero no de la segunda, de la que tenemos constantes ejemplos a la vista, y por la que todos, un poco más temprano o más tarde, pasamos casi sin excepción. No son simples retortijones de tripas los que nos fuerzan a ir a las letrinas, sino verdaderas rasgaduras de los intestinos. Escasean los afortunados que consiguen hacer una deposición al primer intento, aunque persisten en él durante horas

enteras. Lo normal y corriente es que haya que intentarlo cuatro o cinco veces en ocasiones o días sucesivos antes de tener éxito.

Los ratos que pasan son difíciles de relatar y más difíciles de creer para quienes no los hayan sufrido. La sensación que todos experimentamos es que tenemos en el vientre una serie de cristales que sólo a costa de grandes esfuerzos, de repetidas contracciones musculares van avanzando con terrible parsimonia a través del intestino grueso primero y del recto después. Pinchan, hieren y cortan por donde pasan y es corriente que antes de eliminarlos suframos pequeñas hemorragias. Los dolores son tan intensos y prolongados que las víctimas se quejan, gritan, sudan, lloran y hasta se desmayan rodando al fondo de la zanja de la que hay que extraerles exangües y destrozados.

Cuando uno ha terminado y tras respirar hondo unas cuantas veces mira lo que ha echado y que tantos dolores le ha ocasionado, se asombra al ver que únicamente ha expelido cinco o seis cagarrutas. Son unas bolitas pequeñas, duras y negras, muy parecidas a los excrementos de las cabras, pero erizadas de pinchitos negruzcos que tienen que ser los que produzcan los desgarros intestinales que tanto hacen sufrir a todos.

—Son escibalos —explican los médicos— formados como consecuencia de la escasa comida, de la falta de grasas y la casi total ausencia de líquidos en el tracto intestinal.

Nadie discute sus explicaciones. Aunque nada sepamos de medicina, tiene indudable lógica lo que dicen. Para decidirlo así basta con observar que esta extraña formación de excrementos no hace sufrir a un individuo aislado, sino que es común en millares de personas que llevamos unas cuantas semanas viviendo —acaso sería mejor decir muriendo— en las mismas circunstancias.

En realidad, mucho más que las razones científicas de un hecho que no tenemos interés ni posibilidad de investigar, nos inquietan las consecuencias. Y éstas pueden resultar a la corta o a la larga tan desagradables como peligrosas. En quienes con anterioridad padecieran hemorroides —y con sorpresa oímos a los galenos afirmar que su número es muy superior a lo que habíamos imaginado— puede reventárselas o ulcerárselas.

—Lo que, dada la absoluta falta de higiene en que tenemos que vivir, significa, aparte de grandes sufrimientos, una amenaza muy seria a su propia existencia.

A quienes no las padecían hasta ahora, resultaba casi inevitable que se las produjeran los enormes esfuerzos realizados. Si algunos superaban la prueba en unas horas con dolores y molestias…

—Para otros es peor de lo que pueda ser un parto para cualquier mujer normal y sana.

Son muchos los que, sin haber oído a los médicos, establecen por cuenta propia la comparación con el parto. A veces, las deposiciones tienen la misma duración, semejantes dolores, parecidas complicaciones o igual desenlace sangriento.

—Incluso no pocos echan de menos unos buenos fórceps.

Es lamentablemente cierto como a diario tenemos ocasiones de comprobar. Hay individuos que, tras ir inútilmente a la letrina cinco o seis días o luego de permanecer en ella haciendo esfuerzos sobrehumanos durante varias horas, recurren en plena desesperación a lo que se les ocurre. Abundan los que tratan de ayudarse, oprimiéndose con ambas manos la parte baja del vientre y hasta los que pretenden agrandar el esfínter metiéndose los dedos en el recto y tratando de sacar con sus uñas los escibalos.

No faltan incluso los que llegan más lejos. Desesperados por no poder alcanzarlos con las uñas, recurren a las llaves de las latas de sardinas. Se las introducen en el recto y hurgan frenéticamente en todas las direcciones entre alaridos de dolor e imprecaciones coléricas. Algunos —pocos— consiguen sus propósitos a costa de producirse heridas por las que sangran abundantemente; la mayoría, tras destrozarse el esfínter, acaban sin sentido.

Todos los días llevan al botiquín unos cuantos en estas condiciones. Los médicos hacen lo que pueden por curarlos, pero no disponen de los medios necesarios. A cuatro de ellos que llegaron con un maletín, el instrumental les ha sido incautado por considerar que los bisturíes podían convertirse en armas peligrosas. Tras muchas y laboriosas gestiones han conseguido que les devuelvan algunas pinzas y muy poco más. Procuran lavar las heridas, extraer los escibalos y poner unas compresas limpias. Pero como se carece

de desinfectantes y los heridos tendrán que dormir en el suelo, amontonados unos con otros y sin poder mudarse de ropa interior, sólo de milagro podrían evitarse complicaciones de toda índole.

Los milagros no abundan y no se producen precisamente en estas ocasiones y en beneficio de rojos. Si algunos, demostrando una fortaleza extraordinaria, consiguen sanar y reponerse, la mayoría de los que se han causado heridas van empeorando de día en día. No pocos mueren sin salir de Albatera; los más, tras una terrible odisea por cárceles y presidios, acabarán dentro de unos meses o unos años víctimas de una dolencia cuyo origen —que nadie se molestará en buscar— podría encontrarse en las patéticas escenas desarrolladas en las letrinas abiertas junto a las alambradas del campo de concentración en las últimas semanas de abril y las primeras de mayo de 1939, Año de la Victoria.

* * *

—Bueno, por lo menos no nos moriremos de sed.

La exclamación de Esplandiú cuando comenzaron las lluvias fuertes al día siguiente de que el camión-cisterna llegado de Orihuela dejase sedientos a las tres cuartas partes de los prisioneros de Albatera, se cumplió exactamente en las casi dos semanas en que padecimos un prolongado temporal. El agua caída con prodigalidad de las nubes no sólo nos permitió lavarnos manos y cara sino limpiar la ropa, aunque ésta la hubiésemos de lavar muchas veces sin llegar a quitárnosla. También, y pese a que carecíamos de recipientes adecuados para recogerla, permitió que bebiéramos la suficiente para que al tormento del hambre no se añadiesen las torturas de la sed.

En la última semana de abril mejora bastante el abastecimiento de agua. Casi todos los días llega a Albatera un camión con tres o cuatro mil litros del deseado líquido. No basta, claro está, para satisfacer todas las necesidades, porque en el campo continúan alrededor de veinte mil personas, pero permite ingerir un agua más limpia que la que con grandes dificultades recogemos procedente de la lluvia.

—Ahora sólo falta que tengamos algo de comer.

Lo tenemos, si bien nunca en las cantidades precisas para acabar definitivamente con el hambre que continúa imperando en Albatera. A partir del 27 de abril no tenemos que espaciar cuatro o cinco días las comidas. Incluso hay días que hacemos dos comidas en veinticuatro horas. La mejora en la alimentación no procede íntegramente de la Intendencia de Albatera, sino de nuestras familias. En un espacio de cuarenta y ocho horas, dos de los integrantes de nuestro grupo —Serrano y Aselo— reciben sendos paquetes traídos desde Madrid por familiares de otros compañeros.

Los paquetes no son muy grandes, bien porque los familiares lejanos se encuentren imposibilitados para mandar nada mejor o porque hayan perdido en el camino o en la entrada de Albatera una parte considerable de su contenido. En cualquier caso en el primer paquete —el de Serrano— viene un pan de medio kilo, una tortilla de patatas mediana de tamaño, una libra de chocolate y como remate y complemento una cajetilla de picadura y un librillo de papel de fumar.

Discutimos un buen rato qué es más oportuno y conveniente. Si racionar los víveres recibidos para que alcancen a futuras y un tanto aleatorias remesas, aun quedándose con hambre, o comérnoslo todo de una sola sentada para librarnos durante unas horas al menos del apetito que nos acucia desde hace un mes.

—De los cobardes no se ha escrito nada bueno —decide el destinatario del paquete—. ¡Comamos y fumemos que mañana moriremos!

Normalmente cualquiera de nosotros sería capaz de comerse el pan y la tortilla sin tener que forzarse mucho y aún engullir como postre la libra de chocolate. Pero el prolongado ayuno nos ha hecho perder la costumbre de comer y aunque somos cuatro a participar en el banquete nos sentimos más que satisfechos al acabar con la tortilla y la mitad del pan recibido.

—Yo he comido ya suficiente —declara Esplandiú.

—Yo también —le secundo—. Comer más sería pura glotonería.

Aselo se suma a nuestra posición que acaba por imponerse, pese a que Serrano, quizá por ser el paquete suyo, insiste en que acabemos con el resto del pan y el chocolate.

—Es preferible reservarlo para dentro de unas horas en que volveremos a tener hambre.

Contra lo que parecía lógico la tortilla y el pan habían aplacado de momento nuestra hambre. Nuestros organismos un tanto acostumbrados ya al prolongado ayuno —interrumpido de tarde en tarde por unos gramos de sardinas en conserva— recibieron con asombro y alborozo unos alimentos tan diferentes y diez veces más abundantes que los ingeridos desde que llegamos a Albatera. En cualquier caso dejan de molestarnos los cosquilleos estomacales y empezamos a sentirnos renacer. El cigarrillo que fumamos a continuación aumenta considerablemente la euforia de los cuatro.

A la mañana siguiente comemos el chocolate y el resto del pan, encendemos un nuevo cigarrillo y yo advierto complacido que, aún subsistiendo la debilidad general, puedo permanecer en pie y hasta andar por el campo sin verme acometido por mareos y vértigos. Cuando a mediodía conseguimos llenar las cantimploras de agua y a primera hora de la tarde nos dan el rancho más abundante que hasta ahora hemos recibido, creemos estar soñando. La ración esta vez consiste en la cuarta parte de un chusco y una lata de sardinas en tomate para dos.

—De seguir mejorando —comenta Esplandiú— pronto comeremos a la carta.

Cuando llevamos unas cuantas semanas hambrientos, las primeras comidas producen en nuestro ánimo un desbordante optimismo. En Albatera no llegamos a comer a la carta en los meses que allí pasamos ni siquiera a ingerir el alimento necesario para saciar el apetito. En ningún momento se borra de nuestras mentes el fantasma del hambre y las enfermedades carenciales continúan abriendo anchos claros en nuestras filas. Sin embargo, a fines de abril mejora algo el racionamiento. Al coincidir el hecho con un considerable aumento de los paquetes familiares recibidos, el problema del hambre, aun estando lejos de una solución, pasa a un segundo plano y deja de constituir la más angustiosa de las preocupaciones.

Seguimos careciendo de agua para lavarnos y de espacio para dormir. Pero al menos recibimos con cierta regularidad una cantidad de líquido un poco salobre que oscila alrededor de medio litro por barba y la sed deja de atormentarnos. Continuamos sucios —más sucios incluso— y al tumbarnos seguimos haciéndolo prácticamente unos encima de otros. Nos invaden los

piojos de tal manera que una mayoría abandonan derrotados los intentos de terminar con los que lleva encima. Hace su aparición la sarna, que rápidamente se extiende por el campo, faltos de cualquier medicamento para combatirla. No obstante, y comparando nuestra situación con la de ocho días antes, advertimos una indudable mejoría.

En nuestro grupo el paquete enviado por la mujer de Aselo que llega a nuestras manos cuarenta y ocho horas después del de Serrano, es una inyección de fuerza y vigor para los cuatro. El paquete trae una libreta de pan, tres chorizos y doscientos gramos de jamón de York, amén de un kilo de naranjas. En un día nos comemos hasta las mondas de las naranjas. Con ello y con media lata de sardinas en aceite por cabeza y una cuarta parte de chusco no es que engordemos, naturalmente, pero disminuye nuestra aguda debilidad de las jornadas precedentes.

Nuestra mejoría constituye una tónica general en el campo. Ahora nos dan casi a diario media lata de sardinas y un pequeño trozo de pan. Esto, unido a la relativa abundancia de paquetes —relativa porque ningún día pasa de los quinientos cuando somos veinte mil los recluidos en el campo— cambia el humor de la mayoría. Claro está que de los paquetes que se reciben las tres cuartas partes van destinados a los prisioneros de los pueblos próximos o de Murcia y contienen casi sin excepción habas y naranjas. En cualquier caso, y como sabemos por experiencia propia, incluso unas vainas sucias de habas o las mondas de las naranjas son en nuestras circunstancias un regalo valioso que palia un tanto el hambre.

Con esta modificación y muy esencialmente debido a la mayor cantidad de agua para beber mejora por un lado el estado sanitario de Albatera y empeora por otro. Poco a poco va disminuyendo el estreñimiento generalizado, aunque casi todos hemos de pasar por la angustiosa lucha por eliminar los escibalos, expulsión que muchos comparan por lo dolorosa y sangrienta con un parto. Defecamos con mayor regularidad y menos esfuerzos cada tres o cuatro días. Pero luego, pasando de un extremo a otro sin solución de continuidad, hay muchos que empiezan a tener que hacerlo a diario y muy pronto han de pasarse la mitad de las horas en las letrinas.

Las diarreas se extienden por el campo como una nueva plaga bíblica. No parece que haya forma humana de contenerlas y curarlas y de nuevo

cunde el desasosiego y la alarma. Los médicos presos advierten:

—Las cagaleras son mucho más peligrosas, aunque duelan menos, que el prolongado estreñimiento. Especialmente para los viejos.

Recuerdan que las cagaleras forman parte del trío de «ces» —las otras dos son catarros y caídas— pendientes como amenaza permanente y poco menos que insoslayable sobre la vida de las personas de edad. Oficialmente en Albatera no quedan presos mayores de sesenta años. En realidad, todavía hay entre nosotros unos centenares de hombres que los sobrepasan; unos porque no quisieron dejarles salir al carecer de documentos acreditativos de su edad; otros porque —con todos los peligros del campo— han preferido continuar aquí a ser enviados a sus pueblos donde serían recibidos con toda seguridad en forma nada amistosa ni saludable. Incluso a primera vista cualquiera podría calcular, juzgando por nuestro aspecto —sucios, desastrados, famélicos y escuálidos, con barba de varias semanas— que los viejos forman como mínimo una tercera parte de los reclusos. Pero aún siendo jóvenes la inmensa mayoría no se desvanece el peligro que las constantes diarreas provoca.

—Afortunadamente —dice el doctor Catalina— no creo que exista ningún brote colérico como ha empezado a rumorearse. De ser así, y dadas las condiciones en que vivimos, sería difícil que ninguno escapásemos con vida.

Pero aun no revistiendo el hecho tan extraordinaria gravedad, ni Catalina ni sus numerosos colegas encuentran motivo alguno para el optimismo. La simple descomposición ya basta para debilitar al hombre más fornido, empezando por deshidratarle. Si quienes la padecen están agotados por el ayuno al empezar a sufrirla y no ingieren los líquidos indispensables para compensar la deshidratación, el proceso puede acarrear las más desastrosas consecuencias.

—Y nada digamos cuando se trate de casos de paludismo o de tifoideas.

Aunque para no aumentar la alarma general no suelen hablar de estas fiebres e incluso niegan a los interesados que puedan padecerlas, la triste realidad es —como reconocen hablando en confianza tanto Fernández Gómez, como Miquel, Recatero o cualquiera de los galenos presos— que hay decenas y decenas de casos de paludismo y tifoideas.

—Era inevitable con tantos piojos, pulgas y mosquitos como sufrimos en Albatera.

Todos los insectos son temibles propagadores de ambas dolencias. Si piojos y pulgas nos atormentan ya desde el Campo de los Almendros, los mosquitos se convierten en una molesta amenaza en cuanto cesan las insistentes lluvias. Abundan en las cercanías charcas y lagunas donde los mosquitos proliferan y se multiplican con rapidez increíble y no es raro ver a todas horas enormes enjambres volando sobre Albatera. Para atajar el peligro que representan son claros los posibles remedios: desinfección, desinsectación, menor hacinamiento y vacunación masiva.

—Pero todos ellos —reconocen abrumados los médicos— están lejos de nuestro alcance. Llevamos muchos días pidiendo desinfectantes y vacunas y todo lo que hemos conseguido es esto.

«Esto» es cierta cantidad de un medicamento llamado «Salol» que hace años dejó de emplearse en los centros médicos por su absoluta inocuidad y que los soldados que nos guardan han debido encontrar olvidado y arrinconado en cualquier farmacia de algún pueblo de los alrededores. Con el «Salol» unos cuantos farmacéuticos —que tampoco faltan entre los prisioneros— han confeccionado unos papelitos que, a falta de nada mejor, los doctores prescriben a quienes acuden al botiquín. Totalmente inofensivo, el medicamento no sirve prácticamente para nada.

—Pero algunos de los enfermos tienen tanta fe en nuestra ciencia que se mejoran y hasta se creen momentáneamente curados.

Las diarreas persisten, naturalmente, y las fiebres van extendiéndose. Son muchos centenares los afectados por ellas. Unos pocos se curan luego de padecerlas semanas e incluso meses; otros son trasladados a la enfermería del campo pequeño, sin que volvamos a saber más de ellos.

—Y otros se mueren y los entierran sin que ni Dios se ocupe para nada de ellos.

* * *

Con el ligero alivio en la situación alimenticia coincide un cambio en la custodia del campo. Los soldados son sustituidos por fuerzas de un tabor de Regulares. Al enterarnos todos torcemos el gesto. Aun sin mucho que

agradecer a sus predecesores, tememos que los moros se porten peor con nosotros. Que extremen la vigilancia en las alambradas y disparen sin vacilar contra quienes se acerquen a ellas. También que molesten a los familiares —generalmente mujeres— que vienen a comunicar con los presos o a traerles comida o ropa y, especialmente, que cuando entran en el campo para vigilar las formaciones o acompañar a las comisiones que siguen visitándonos a diario, demuestren mayor intransigencia, dureza e incluso brutalidad.

Afortunadamente, nos equivocamos de medio a medio. Pese a que el aspecto de los rifeños tiene poco de tranquilizador, procuran no excederse en sus cometidos. Cumplen al pie de la letra las órdenes recibidas, pero lo hacen de una manera mecánica, impersonal, sin una agresividad especial.

—Nos tratan como prisioneros que somos; no como enemigos personales a los que hay que humillar constantemente.

Se les puede hablar cuando entran en el campo —aunque procuremos no hacerlo por una elemental prudencia— sin que contesten invariablemente con insultos, patadas o palos. Incluso cuando ven algo que les gustaría llevarse —sortijas, mecheros o relojes— no tratan de quedarse con ello violentamente, sino que ofrecen algo a cambio. Es siempre comida o tabaco que vale indefectiblemente cien veces menos; pero al menos ofrecen algo y no reaccionan violentamente cuando el trato no llega a cerrarse.

Es para todos nosotros una experiencia sorprendente y agradable. Como lo es que con su llegada no disminuyan las raciones que recibimos, ni los paquetes remitidos por las familias desaparezcan o pierdan parte de su peso y contenido en mayor proporción que unas semanas atrás. La prevención con que les miramos al principio va borrándose a medida que pasan los días. Cuesta trabajo creerlo, pero una mayoría de presos acaban por preferirlos y lamentar que alternen en las funciones de vigilancia con los que anteriormente nos guardaron.

* * *

Pasada la aguda crisis determinada por las semanas sin comer nada, vuelve el interés general por saber lo que pasa en el país y enterarse del

alcance y tónica de la represión. Como ahora son más numerosas las comunicaciones y, aunque no autorizada oficialmente, tampoco se persigue la entrada de periódicos en el campo, vamos estando mejor informados de lo que ocurre más allá de las alambradas. Como es lógico en razón de su proximidad los primeros informes o rumores que circulan por Albatera se refieren a los pueblos cercanos y aun a toda la parte sur de la provincia de Alicante.

Es obligado que sea así, no sólo porque la mayoría de las comunicaciones son para prisioneros nacidos en la comarca o con familiares residentes en ella, sino también porque los que vienen de Valencia, Albacete, Cuenca, Jaén o Madrid para ver a alguno de sus deudos tienen que ir en demanda de autorización a Orihuela, Elche o el propio Alicante. Como las comunicaciones son lentas y dificultosas, viajando en trenes rebosantes de público, teniendo que hacer alto en todas las localidades, los que desean hablar con alguno de nosotros tienen sobradas ocasiones para enterarse, aunque sea por encima, del clima y ambiente en aquella parte de la España liberada hace poco más de un mes.

Las impresiones que circulan por Albatera —casi siempre de segunda o tercera mano cuando llegan a nuestros oídos— no tienen nada de agradables ni esperanzadoras. Aunque por aquí embarcaron en los últimos días de la guerra con rumbo a Francia, Orán o Argel cuantos se consideraban seriamente comprometidos, en los pueblos se practican a diario numerosas detenciones y en no pocos de ellos ha habido diversos muertos.

—Incluso en varios donde en toda la guerra no murió absolutamente nadie.

Con sólo alzar la mirada por encima de las alambradas podemos ver Crevillente en la lejanía. Es un pueblo grande que eleva un caserío en unas lomas que limitan la llanura siete u ocho kilómetros al noroeste. Sobre Crevillente circulan los rumores más alarmantes, sin que acertemos a saber lo que pueda haber de cierto en cuanto se dice. En Albatera corren de boca en oído unos versos en que se menciona la cifra de cien. Es probable que el número sea exagerado. De cualquier forma algunos vecinos de la localidad que se hallan con nosotros han recibido indicaciones de sus deudores de no ir allá en caso de ser puestos en libertad.

—Dicen —asegura uno— que es preferible pasar diez años en Albatera.

Algo parecido se cuenta de Elda, Novelda, Elche, Orihuela y varios pueblos de la vega baja del Segura. En todos ellos han empezado a funcionar los juzgados y no se sabe si también los tribunales correspondientes. En Alicante sí se sabe que funcionan varios, que los procesos se sustancian en unos denominados consejos de guerra sumarísimos de urgencia, que las penas pedidas son siempre graves y que muchas de las sentencias se ejecutan a las pocas horas.

—¿A quién juzgan? ¿A los que actuaron en Alicante durante la guerra o a los que fueron apresados aquí al terminar la contienda?

Aunque este extremo no está muy claro en los rumores que nos llegan y existe entre unos y otros grandes diferencias, pronto llegamos a la conclusión de que ante los tribunales alicantinos comparecen por igual unos y otros. Muchos se encogen de hombros ante una cuestión que consideran bizantina.

—¿Qué más da que te fusilen en Alicante o lo hagan en Madrid, si de todas las maneras van a fusilarte?

No obstante, muchos tienen curiosidad por conocer algo del camino que habrán de seguir cualquier día. Especialmente una pregunta aparece en muchos labios: ¿juzgan y fusilan también en Orihuela? Nadie lo sabe, y eso que la cuestión nos afecta —puede afectarnos cuando menos— de una manera personal y directa a cuantos nos hallamos en Albatera.

—Para Orihuela llevan todos los días a los que la víspera han metido en el calabozo.

Con rumbo a Orihuela han salido ya —bien custodiados— quinientos o seiscientos presos de Albatera. A Orihuela iremos a parar de cabeza todos nosotros en cuanto alguna autoridad nos reclame, alguien presente una denuncia contra nosotros en cualquier punto de España o algún chivato nos denuncie en el propio campo.

—¿Sigues pensando en el cabrón de Velasco?

Millares de prisioneros piensan —y no precisamente para desearle ninguna suerte de venturas— en aquel comandante de carabineros convertido en confidente. Para hacer méritos a los ojos de nuestros adversarios, por retorcimiento de espíritu, porque goza haciendo daño a sus

viejos camaradas o porque le han prometido la vida y la libertad en premio a su traición, Velasco sigue denunciando a diestro y siniestro. Por culpa suya han sido sacados de Albatera más de un centenar de presos de todos los partidos y organizaciones. Si empezó denunciando a sus camaradas del partido Vega, Navarro Ballesteros y Nilamón Toral, ha denunciado también a los socialistas Ricardo Zabalza y Antonio Pérez, a David Antona de la CNT, y a todos aquellos que conoce o cuyos nombres le suenan.

—¡Con qué gusto le retorcería el pescuezo…!

Es un deseo que compartimos la casi totalidad de los prisioneros. El interesado lo sabe y tiene buen cuidado de no dormir en el campo ni traspasar la puerta de entrada sin ir acompañado, rodeado y protegido por una patrulla de soldados. Pasa los días y las noches en el recinto exterior odiado por todos, sin conseguir que nadie le dirija la palabra y viendo cómo todos los presos cuando trata de dirigirse a ellos le vuelven despreciativamente la espalda.

—Al final, le fusilarán ellos y harán muy bien, «que el traidor no es menester siendo la traición pasada».

A pesar de las circunstancias, Velasco no ha tenido muchos imitadores en Albatera. Sólo con un exceso de severidad se pueden comparar con él los pobres diablos que a veces acompañan a la policía o a los miembros de cualquier comisión pueblerina en su visita a Albatera y nos figuramos que también a la plaza de toros, a la cárcel y a los castillos de Alicante. Por regla general estos pobres hombres vienen mostrando en la cara huellas claras del trato recibido y las razones esgrimidas por quienes vienen con ellos para convencerles. Apenas levantan los ojos del suelo y se ve bien clara su resistencia a reconocer o señalar a ninguno de los prisioneros. Oímos muchas veces como les insultan y maltratan y el gesto de perro apaleado con que contemplan a sus guardianes.

—Creo que todos ellos preferirían la muerte a hacer lo que hacen.

Velasco es cien veces más despreciable y miserable. Se le ve disfrutar cuando marca a cualquiera. Ayala, un agente del SIM que ha visto muchos tipos semejantes durante la guerra, sostiene que son individuos morbosos y sádicos que experimentan un placer sexual al entregar a sus enemigos a quienes han tenido la debilidad de confiar en ellos.

—Conocí una chica en Madrid que se corría al enterarse que había muerto alguno de los amigos denunciados por ella. Lo malo es que sigue viva y que quizá experimente un orgasmo mayor al enterarse de que me han ahorcado a mí.

Pero sí sabemos que a cuantos Velasco denuncia en Albatera los llevan a las pocas horas a Orihuela; desconocemos lo que sea de ellos después. Lo más probable es que desde Orihuela se oficie a las autoridades de su lugar de actuación o residencia para saber si se ha presentado alguna denuncia en su contra y en caso afirmativo les conduzcan inmediatamente allá.

—Aunque a lo mejor no quieren perder tanto tiempo y acaban con ellos en el mismo Orihuela.

En Valencia según Manuel Villar, que ha tenido noticias recientes de la capital del Turia, la situación es muy semejante a la de Alicante. Quizá la única diferencia sensible es que sea mayor el número de presos y que los consejos de guerra sumarísimos funcionen con mayor celeridad. Entre las personas que se encuentran detenidas figuran muchas personas conocidas. Entre ellas están Sánchez Requena, que formó parte del Consejo Nacional de Defensa, el general Aranguren, los doctores Peset y Rincón y Molina Conejero, gobernador civil de la ciudad hasta la mañana del 29 de marzo.

—Dicen que varios, entre ellos Aranguren, han sido condenados a muerte. A estas horas es posible que las sentencias se hayan cumplido.

—En los pueblos de la Mancha la cosa es todavía peor.

Gallego Crespo, último secretario de la Confederación Regional del Trabajo del Centro, conoce bien la Mancha por haber pasado en ella buena parte de la guerra desempeñando diversos cometidos y organizando colectividades campesinas. Hasta él han llegado noticias concretas de lo sucedido en Daimiel, Manzanares, Tomelloso, La Membrilla, Socuéllamos y Alcázar. En todos ellos han detenido a centenares de personas, de muchas de las cuales no se ha vuelto a saber nada. Parece que las gentes han dado rienda suelta a los malos instintos, a los rencores y a los deseos de venganza.

—Siendo terrible todo estoy no admite comparación siquiera con lo que dicen de Villarrobledo.

De lo ocurrido en Villarrobledo en los días que siguen al final de la guerra se cuentan en Albatera cosas espeluznantes. Tanto que muchos se niegan en redondo a admitirlas. ¿Hay algo de cierto en ello? Ni Gallego Crespo ni cuantos están con él en este momento —Antonio Moreno e Hilario Gil, entre otros— pueden responder de su absoluta veracidad. Se habla de la suerte corrida por los heridos de un hospital instalado en la población albaceteña; pero lo que se rumorea resulta demasiado duro para —pese a la dureza de nuestra existencia cotidiana— poderlo creer sin pruebas indudables que lo certifiquen.

—En todo caso por Albatera han desfilado diversas comisiones manchegas y juzgando por las propias palabras de sus componentes no creo que lo hayan pasado muy bien ninguno de los presos que se llevaron.

A todos sin excepción lo que más nos preocupa e interesa es lo que haya sucedido y esté sucediendo en Madrid. No sólo porque en Albatera hay siete u ocho mil personas que hemos vivido y actuado en Madrid durante la mayor parte de la guerra, sino por ser la capital de la nación y la ciudad más populosa. Su resistencia en noviembre de 1936 fue uno de los episodios culminantes de la contienda y llegó a convertirse en símbolo de la lucha mundial contra el fascismo.

—Todavía no se ha trasladado allí el Gobierno nacional y no parece que le corra ninguna prisa hacerlo.

Pueden ser muy diversas las causas de esa demora y carecemos de la información precisa para saber cuál es la fundamental. Es posible que se deba a los grandes destrozos sufridos por una población que ha estado en la línea de combate durante veintinueve meses. También que el traslado de los diversos ministerios desde Burgos, Salamanca, San Sebastián o Valladolid exija mucho más tiempo del transcurrido desde que finalizaron las hostilidades. No cabe desdeñar que se quiera, antes de instalarse definitivamente en la capital, terminar la rigurosa y severa depuración en todas las ramas de la administración pública y la liquidación de responsabilidad. Tal vez a todos estos motivos juntos e incluso a otros que ignoramos.

—De cualquier forma será después de celebrar allí un gran desfile de la victoria con participación de todas las fuerzas que coadyuvaron a su triunfo.

Pero el traslado y la instalación en Madrid del gobierno del nuevo régimen es para nosotros cuestión secundaria, que únicamente nos interesa en cuanto pueda afectar a la política represiva. Lógica, natural, obligadamente es ésta la que nos importa. Y en este punto concreto y básico no parecen existir posibles dudas. Se está cumpliendo al pie de la letra lo que antes de concluir las hostilidades habíamos previsto y anunciado.

—Si acaso nos quedamos cortos, porque ni en los momentos de más negro pesimismo creímos que tuviera esta amplitud ni esta intensidad.

Lo ocurrido a la salida del puerto y las semanas que posteriormente hemos vivido en los Almendros y Albatera no permite forjarse ilusiones de ninguna clase. Hemos visto morir a no pocos de hambre y presenciado escenas que quedarán grabadas en nuestro recuerdo mientras vivamos. Sin embargo, a juzgar por lo que todos nos dicen todavía no hemos pasado personalmente ni visto con nuestros propios ojos lo peor. Aun descontando lo que pueda haber de exageración en los rumores que circulan por el campo, parece que muchos de los prisioneros que se llevan las comisiones pueblerinas que vienen en busca de determinados elementos, no llegan a sus anunciados puntos de destino o que si llegan no tienen grandes motivos para celebrarlo.

—Convenceos —repiten machaconamente la mayoría de los que vienen a comunicar con nosotros, en cuanto pueden hablar sin ser oídos por los guardianes—. Por trágica que sea la situación en Albatera os conviene seguir aquí el mayor tiempo posible.

Aunque todos arden en deseos de perder de vista el campo en que estamos recluidos, lo más cuerdo es continuar allí. Sufrimos privaciones, malos tratos y humillaciones; estamos expuestos a morirnos de hambre y sed; a contraer el tifus y el paludismo que ya hacen estragos en nuestras filas; los piojos y la sarna constituyen un verdadero tormento; la terrible suciedad y la falta absoluta de higiene son excelente abono para las dolencias de la piel e incluso del temible tracoma del que se dan abundantes casos. Pero aún así, y como en la famosa cuarteta satírica «mejor están en Bombay»; que en este caso concreto es Albatera.

—La justicia de enero es muy rigurosa —repiten algunos un dicho popular—; luego viene febrero y es otra cosa.

Tenemos la impresión de que la represión se encuentra en su mes de enero en todo lo que fue zona centro-sur de la República. Nadie sabe lo que este «enero» pueda durar, aunque desde luego ya ha sobrepasado los treinta y un días de la duración normal del primer mes del año. Pero tarde o temprano —tarde, indudablemente— llegará «febrero» en que aquietadas las pasiones, serenados los ánimos, saciadas muchas venganzas personales puedan aquilatarse responsabilidades y culpas con mayor equidad y justicia. Un mismo hecho puede ser considerado delito un día y simple falta al siguiente; merecedor del pelotón de fusilamiento hoy y mañana castigable únicamente con unos meses de encierro.

—Yo calculo —dice Manuel Amil— que en este momento debe haber en Madrid y sus alrededores entre ochenta y cien mil detenidos. Ya sé que parece una cifra increíble, casi delirante, pero temo sinceramente que nada tenga de exagerada.

Rodríguez Vega, secretario general de la Unión General de Trabajadores; Trigo Mairal, que ha sido gobernador civil de Madrid, y Amos Acero, diputado socialista y alcalde de Vallecas, coinciden plenamente. El último alega como demostración que, según sus noticias, en el campo de fútbol de Vallecas estuvieron recluidos entre treinta y cuarenta mil soldados pertenecientes a los tres cuerpos de ejército republicanos que defendían Madrid. Los allí recluidos pasaron por situaciones de hambre, indefensión, suciedad y lluvia semejantes a las que nosotros hubimos de pasar en los Almendros y Albatera, aunque de corta duración.

—Creo que ese campo ha sido prácticamente vaciado ya; también que la mayoría de los que estuvieron en él no han recuperado su libertad.

Parece que los comprendidos en las quintas movilizadas en la que fue zona nacional habrán de incorporarse al Ejército, volver a realizar el servicio militar; casi todos —excepción hecha de los que puedan demostrar su afección a los partidos y organizaciones de derechas— en batallones de trabajo, fortificaciones o demolición. En cualquier caso unos y otros podrán considerarse afortunados en comparación con los que han sido encerrados en las múltiples cárceles de la población como presuntos autores de cualquier clase de delitos o han sido objeto de alguna denuncia.

—Con respecto a las cárceles —añade Amil— Julián Fernández tiene una lista suficientemente expresiva.

Julián Fernández, trabajador de la Construcción, secretario de la Federación Local de Sindicatos Madrileña, fue entre enero y mayo de 1937 inspector-general de prisiones en Madrid. Sucedió en el cargo a Melchor Rodríguez y durante los meses de su mandato no se realizó ningún asalto ni saca alguna ilegal de detenidos en las cárceles de Madrid y su provincia. Hace dos días que ha venido a verle un jefe de prisiones que estuvo a sus órdenes y continúa en activo que le proporcionó datos concretos sobre las cárceles madrileñas.

—En plena guerra —dice Julián Fernández— funcionaban en Madrid las prisiones de Ventas, Porlier y San Antón. Las tres siguen abiertas hoy, abarrotadas de presos. Ventas dedicada exclusivamente a mujeres. Aparte de ellas se han habilitado en estas semanas las siguientes, que yo sepa: Yeserías, Torrijos, Las Comendadoras, Santa Engracia, San Lorenzo, Conde de Toreno, Ronda de Atocha, varios grupos escolares entre ellos los de Miguel de Unamuno en Madrid y el llamado del Príncipe en Carabanchel, Santa Rita, el cine Europa, Bellas Artes y algunas que no recuerdo en este momento. Aparte, claro está, del edificio del ministerio de la Gobernación y medio centenar largo de comisarías, cuartelillos, delegaciones de Falange, etc., donde se realizan los interrogatorios y en cada una de las cuales hay decenas y decenas de detenidos.

—Creo que olvidas algunas cárceles —corrige Trigo Mairal—. Por ejemplo la del Paseo del Cisne donde llevan a los militares profesionales que lucharon a nuestro lado. Entre ellos el coronel Prada, que el 28 de marzo por orden superior se presentó en la Ciudad Universitaria para rendir Madrid y fue detenido en el acto.

El considerable número de escuelas, asilos, conventos y edificios de todas clases habilitados como prisiones, demuestra por sí solo que el número de detenidos en Madrid alcanza cifras muy altas. Pero tanto o más elocuente resulta el nombre de algunos de los detenidos.

—Julián Besteiro en primer término, naturalmente —dice Acero—. Nadie ignora que Besteiro, cuya orientación discrepaba de las de Largo Caballero y Prieto en los primeros meses de la guerra y con mayor energía

después de las de Negrín y Álvarez del Vayo, no ostentó ningún cargo durante toda la contienda.

Permaneció en Madrid, soportando las incomodidades y privaciones de una ciudad asediada, desoyendo cuantas peticiones se le hicieron para que marchase al extranjero. Sólo en el último momento, cuando la guerra estaba totalmente perdida, prestó su colaboración a Casado sin otro deseo que acortar los sufrimientos del pueblo. Tuvo incluso el gesto de quedarse el 28 de marzo en los sótanos del Ministerio de Hacienda, rechazando el ofrecimiento de embarcar en Gandía en un barco inglés.

—Sin embargo, fue el primer detenido al entrar las fuerzas nacionales. Parece que van a juzgarle y que el fiscal pide para él nada menos que la pena de muerte.

Según las informaciones confidenciales llegadas hasta los socialistas presos en Albatera, peor aún había sido la suerte de Girauta, perteneciente a su mismo partido, jefe superior de policía de Madrid que tuvo la valentía de permanecer en su puesto para impedir en el último segundo la comisión de desmanes, que había sido fusilado pocas semanas después. Igual temen que le suceda a Javier Bueno.

—¿Pero le han detenido? —inquiero, sorprendido porque es la primera noticia que tengo de él.

—Sí. Al no poder salir de Madrid el 28 de marzo alguien le buscó asilo en una embajada: la de Panamá. Pero a los pocos días la embajada fue asaltada y Javier, luego de pasar un par de semanas de interrogatorio, ha sido conducido a la cárcel de Porlier.

Lo siento. Antiguo y buen periodista, director de *Avance* en Asturias y de *Claridad* en Madrid luego de perderse el Norte para la República, no ha sido ni querido ser otra cosa que periodista durante toda la guerra. No obstante, la campaña desencadenada contra él en 1934 no augura nada agradable en su actual detención.

—Le fusilarán, desde luego —dice Rodríguez Vega—, caso de que no le hayan fusilado ya.

Durante los años de lucha las embajadas, consulados o residencias diplomáticas en Madrid asilaron a millares de enemigos de la República, una mayoría de los cuales salieron libremente de España contra la promesa

—que casi ninguno cumplió— de no pasarse a la zona nacional. Para nosotros, en cambio, los mismos lugares han estado cerrados a piedra y lodo.

—Y los pocos que admitieron algunos refugiados como Panamá, ya vemos lo que les sucede.

Existe una diferencia abismal en el comportamiento y trato de unos y otros. No me sorprende saberlo, porque es algo que desde el comienzo de la contienda hemos dado muchos por descontado.

—Pero acaso te asombre saber —replica Trigo Mairal— que uno de los últimos detenidos ha sido Melchor Rodríguez.

—¡Así le pagan al famoso «Ángel Rojo» —comenta sarcástico Amos Acero— los muchos favores que hizo a los fascistas!

—Te equivocas de medio a medio —salta serio Julián Fernández—, porque Melchor, al menos como inspector de prisiones en Madrid en la segunda quincena de noviembre y todo diciembre de 1936, no hizo otra cosa que cumplir con su deber y atenerse escrupulosamente a las instrucciones recibidas del Ministerio de Justicia.

Algunos de los presentes hacen gestos de incredulidad al escucharle o prorrumpen en exclamaciones burlonas. Pero Julián sabe perfectamente lo que dice y ratifica sus palabras. Aunque la propaganda nacional haya ensalzado a Melchor, atribuyendo exclusivamente a su labor personal el cese de los asaltos a las cárceles, el hecho se debe a las medidas y órdenes de Mariano Sánchez Roca —excelente abogado y persona, compañero mío durante años en la redacción de *La Tierra*— tan pronto como toma posesión de la subsecretaría de Justicia, designado por García Oliver.

—La mejor demostración está en que durante los meses que yo desempeñé el mismo cargo no se cometió ningún desmán en las prisiones de Madrid.

Para no conceder mérito alguno a un ministro libertario y especialmente a García Oliver —«bandido con carnet», «atracador» y «presidiario», según le había llamado una y otra vez la prensa fascista de todo el mundo— pusieron por las nubes a Melchor Rodríguez, anarquista romántico y generoso, verdadero «Ángel Rojo» entre las «salvajes turbas» del Frente Popular.

—Melchor es, y le conozco bien, un hombre bueno, idealista, tan capaz de jugarse la vida en defensa de las ideas como absolutamente incapaz de traicionarlas. Lo fue antes de noviembre del 36 y lo sigue siendo después. Arriesgó la piel, indudablemente, al enfrentarse pistola en mano con quienes querían entrar en la cárcel de Alcalá para vengar en los presos los muchos muertos inocentes causados en la población por un bombardeo de aviación.

Pero en honor a la verdad había que reconocer que no todo el mérito fue suyo. No podía lógicamente ser de otra manera. De estar en contra del criterio del gobierno Largo Caballero, de no tener el respaldo activo de la organización confederal, no habría podido hacer ni conseguir nada. O hubiese sido destituido en el acto o hubiese muerto defendiendo cualquiera de las cárceles contra el asalto de las multitudes enfurecidas por los ataques aéreos.

—Como no ocurrió ninguna de las dos cosas —concluye Julián— y Melchor continuó hasta el final de la guerra ocupando puestos de confianza en la CNT, la cosa no ofrece la más ligera duda.

—Quizá el defecto capital de Melchor —tercio yo— estriba en su ingenua y candorosa vanidad. Elogiado sin tasa ni medida por quienes creen deberle la vida —lo que en parte es cierto—; jaleado en la prensa extranjera, que lo ha convertido en un mito; ensalzado en la Sociedad de Naciones, halagado, embriagado por las loas entonadas en su honor, no llegó a darse cuenta de la aviesa intención de muchos que convertían los elogios a la persona en ataques a la organización y a las ideas que defendió siempre.

—Sí —me apoya Aselo—. Melchor ha vivido unos meses en un sueño feliz, creyendo que todo el mundo era tan bueno como él. Supongo que ahora, el verse en la cárcel y con la perspectiva de un consejo de guerra, habrá despertado al fin.

* * *

—A Villar le pusieron en libertad esta mañana. Le mandaron unos avales por correo desde Valencia y fueron suficientes.

Lo de libertad es un poco excesivo. Más exacto sería decir simplemente que le han permitido abandonar Albatera. Con arreglo al salvoconducto que le han entregado en la puerta tiene que marchar directamente a Valencia y presentarse inmediatamente a la policía.

—Que puede volverle a detener.

—Que lo detendrá si se presenta, porque allí saben perfectamente que ha sido director de *Fragua Social*.

Mariano Casasús y otros compañeros catalanes, aragoneses y valencianos que han convivido con él estas semanas de los Almendros y Albatera tienen la seguridad de que no se presentará. En los avales, habilidosamente redactados y con plétora de sellos y firmas, no se hablaba para nada de sus actividades como periodista ni de su antigua y ejemplar militancia en las organizaciones libertarias a uno y otro lado del Atlántico. La menor alusión a las mismas hubiera servido, naturalmente, no para dejarle salir, sino para meterle más dentro.

—Confío —dice Antonio Ejarque— en recibir unos avales parecidos dentro de unos días.

Comisario de división durante la guerra y luchador esforzado desde el primer día, Ejarque es uno de los más destacados militantes de la CNT en Aragón. Formó parte del Comité Nacional que desencadenó el movimiento revolucionario de diciembre de 1933 en Aragón, Rioja y Navarra como réplica al triunfo de las derechas el 19 de noviembre anterior y permaneció largos meses en la cárcel. Ríe burlón al hablar de los avales y sonríen también quienes nos rodean. Aunque no lo dicen ni yo lo pregunto, tengo la clara impresión de que los avales que espera —igual que los recibidos por Villar— tienen de auténticos lo que yo de obispo.

—Lo celebro —respondo sincero— y ojalá tengas la misma suerte que Villar.

—Si yo salgo de Albatera —afirma, seguro de sí mismo, Ejarque— no vuelven a cogerme. Por lo menos vivo.

No piensa presentarse como es lógico en ninguna comisaría o cuartel de la guardia civil, diga lo que diga la orden que le entreguen al abandonar el campo. No será la primera vez que, perseguido de cerca por la policía, cruce media España burlándola.

—Cuando quieran buscarme en Valencia, estaré en Francia. O trabajando de nuevo en Barcelona o Madrid, luego de cruzar dos veces clandestinamente la frontera.

Tiene perfectamente planeado lo que va a hacer. Contra lo que muchos piensan cree llegado el momento de salir de nuestra forzada inactividad, del profundo marasmo en que nos ha sumido la derrota para volver a la lucha con los mismos entusiasmos de siempre, pero con mayor habilidad porque las dolorosas experiencias sufridas deben servirnos para algo.

—Han muerto muchos durante la guerra y posiblemente morirán más en la represión. Pero las ideas son inmortales y tenemos que seguir combatiendo por ellas.

Aun estando muchos conformes con su manera de pensar, discrepan rotundamente acerca del cómo y esencialmente del cuándo. Las prisas no son buenas para nada y algunos de nuestros fracasos debemos achacarlos tanto a las precipitaciones como a la falta previa de una meditación serena. Nadie niega ni pone en tela de juicio el derecho de cada uno de salir cuanto antes de los campos de concentración o de las cárceles. Pero intentar algo más puede resultar no sólo inútil, sino contraproducente. Cualquier actividad prematura no sólo costaría caro a los que estamos ya presos, sino a los pocos que hasta ahora han conseguido eludir su captura.

—Habrá tiempo más adelante. De momento es preferible procurar pasar lo más desapercibidos posible hasta que amaine la tempestad y se olviden de nosotros.

—Igual pensaban hace dieciocho años los revolucionarios italianos —contesta desdeñoso Ejarque— y Mussolini continúa en el poder; algo similar opinaron en 1933 los comunistas alemanes y mientras ellos siguen llenando las ergástulas del nazismo, Hitler ha conseguido dominar media Europa.

No pretende, sin embargo, imponer su criterio personal a los demás. Si logra salir de Albatera procederá en la forma que ha dicho; pero todos somos mayores de edad y cada uno procederá en caso de verse en libertad de acuerdo con los mandatos de su conciencia. De cualquier manera enzarzarse ahora en una discusión de este tipo tiene mucho de pueril.

—Antes de pensar en hacer nada tenemos que salir del pozo en que estamos metidos.

—Y para recuperar la libertad —completa Carod— cualquier procedimiento es bueno.

* * *

Veinticuatro horas después llega a mis manos un pequeño paquete de comida y una breve carta. Ambas cosas proceden de mi madre. Si la misiva ha llegado por correo y me la entregan luego de haber sido abierta y leída por la censura del campo, el paquetito lo ha traído hasta Albatera la mujer de un compañero ferroviario, preso también en el campo.

La modestia del paquete —una libreta de pan y unos doscientos gramos de chicharrones— me indica sin necesidad de palabras los apuros económicos que debe padecer mi madre en estos momentos. La carta, breve y concisa, refleja un moderado optimismo. Está segura —o por lo menos, lo dice— de que no me pasará nada porque no he cometido ninguna acción deshonrosa y siempre he sido bueno y trabajador. Volveré pronto a su lado, en completa libertad, porque a los que no se han manchado las manos les bastan unos avales para salir de los campos y «Pepe, el marido de Pura, que ha venido de capitán, me ha ofrecido el suyo».

José Fernández Martínez, teniente de ingenieros de la escala de reserva, destinado en Ceuta al comenzar la guerra, es antiguo amigo de la familia. Yo le conozco hace trece o catorce años en que se casó con una amiga de mi hermana yendo a vivir a una casa cercana a la que entonces habitábamos nosotros en el Puente de Segovia. Doy por descontado que, sin faltar en absoluto a la verdad, hará lo posible por favorecerme. Pero dudo mucho que sea suficiente, como dudo después de lo oído hace dos días, sobre la conveniencia de volver ahora a Madrid.

—Mañana escribiré a mi madre —digo a Aselo y Esplandiú— diciéndole que agradezca la buena disposición del amigo, pero que no haga nada porque de momento estoy mejor aquí.

Los demás integrantes del grupo están de completo acuerdo conmigo. Pese a que la conciencia no nos reprocha nada, puede resultar peligroso volver a Madrid mientras no se hayan calmado los ánimos y aquietadas las

pasiones. Con recibir de vez en cuando algún paquete que alivie nuestras hambres podremos resistir unas semanas más en Albatera y, probablemente, nos convenga hacerlo.

Pero antes de que escriba de nuevo a mi madre, a las pocas horas de comernos el paquetito recibido la víspera, vuelven a llamarme por los altavoces. La víspera me han llamado dos veces —igual que a varios centenares más— para entregarme en la puerta los dos envíos familiares. Supongo que el motivo de la llamada sea parecido y hasta me alegra pensando que acaso se trate de un nuevo paquete remitido por cualquiera de mis tres hermanos.

—¿Guzmán? ¡Ponte en esa fila! Es posible que sea para que salgas en libertad.

En el recinto exterior, ante una mesa tras la que están sentados un capitán y un teniente manejando una serie de papeles, esperan diez o doce personas. Formo en la cola a mi vez y otros se van colocando detrás de mí. Pronto sé de lo que se trata. A cada uno que se acerca dando su nombre, el capitán le lee los avales o informes recibidos con respecto a él; el capitán le hace algunas preguntas y tras una pequeña deliberación entre ambos oficiales resuelven lo que consideran más oportuno.

—Bueno, te dejaremos salir. Pero tendrás que presentarte lo antes posible ante la guardia civil de tu pueblo. No dejes de presentarte ni te desvíes del camino que habrás de seguir, porque lo pasarías mal.

A otros, en cambio, hacen que los acompañe un soldado a recoger sus cosas en el campo y los metan inmediatamente en el calabozo. Yo no me hago ninguna ilusión respecto a la decisión que tomarán conmigo.

—¿De qué conoces al capitán de Ingenieros don José Fernández Martínez?

Contesto con la verdad en el menor número de palabras. El capitán, que tiene un papel en la mano, me mira inquisitivo y vuelve a preguntar:

—¿Qué has hecho durante la guerra?

—Dirigir el diario madrileño *Castilla Libre*.

—¿Eres periodista?

—Sí.

Queda un momento pensativo. Indudablemente le agrada que no trate de ocultar lo que he sido. Sé de sobra que hubiera sido contraproducente intentarlo, por cuando en el aval que tiene en la mano debe consignarlo. No me equivoco, por lo que el capitán dice a continuación, ahora hablándome de usted.

—Aquí dice que no ha participado usted en ningún hecho delictivo de carácter común.

—Y es cierto.

—Pero añade que ha sido director de un periódico y eso es grave. Aunque lo sienta, no puedo ponerle en libertad.

—Lo comprendo —respondo—. Pero conste que yo no le he pedido que lo hiciera.

En voz baja cambia unas palabras con el teniente. Luego, mirándome de nuevo, indica que van a recluirme en el calabozo del campo y que un soldado me acompañará a recoger mi equipaje.

—Mañana saldrá conducido para Orihuela. Allí oficiarán a Madrid y resolverán lo que debe hacerse con usted. Le deseo suerte.

—Gracias.

Dos minutos después hablo de nuevo con Aselo, Esplandiú y Serrano que han ido hasta la puerta del campo para enterarse del motivo de la llamada. Vigilados por un soldado vamos a recoger mi maleta y regresamos al barracón donde está el calabozo que se halla a corta distancia de la entrada del campo. Me despido de ellos con un abrazo.

—Aunque es posible que volvamos a vernos antes de que mañana me lleven a Orihuela, ¡salud y suerte para todos!

La entrada del calabozo está formada por gruesos barrotes que llegan desde el suelo hasta el techo. Ante ellos hay un centinela, un cabo que tiene las llaves y varios soldados. Abren el rastrillo y entro.

El calabozo es mucho más chico que los otros barracones. No tendrá arriba de doce metros de largo por seis o siete de ancho y tres de alto. Tiene, además de la puerta, dos ventanas pequeñas, pegadas al techo y protegidas por gruesos barrotes. Adosados a las paredes unos armazones de madera con tres literas, una encima de otra. En total pueden dormir con cierta comodidad veintitantas personas, aparte de las que lo hagan en el suelo.

Junto a la entrada hay un cuartucho pequeño con una mesita de madera en el centro.

—¡Bienvenido a nuestra señorial mansión! —me saluda sonriente Amos Acero—. Espero que tu estancia en ella, por breve que sea, te resulte enteramente agradable.

Le han metido hace dos horas en forma y por motivos semejantes a los míos. Cuando entra, el calabozo está totalmente vacío, porque a los recluidos en él acaban de llevárselos. Después han ido entrando otros diez o doce presos. Probablemente antes de la noche meterán más. De cualquier manera tiene la esperanza de que durmamos mucho más anchos que en el campo.

—Lo celebraría —respondo— por si es la última noche que podemos dormir.

VIII

SERMONES Y FUSILAMIENTOS

El barracón donde está instalado el calabozo es mucho más chico que los otros, pero tiene todavía más mierda. Acaso por haber menos gente dentro, la basura se ve más. En cualquier caso es indudable que quienes han pasado por él, convencidos de la fugacidad de su estancia en el lugar, no se han tomado nunca la molestia de limpiarlo.

—Y no vamos a ser nosotros los primeros en hacerlo.

Tanto a Acero como a mí nos han dicho que a la mañana siguiente nos llevarán a Orihuela. No sabemos si alegrarnos o entristecernos, si será mejor o peor. Por principio y experiencia desconfiamos de las modificaciones en nuestra situación de prisioneros, que difícilmente harán menos desagradable y dramático el futuro inmediato. Empezamos a comprobar que, contra lo que afirma la copla popular no es que «cariño le tome el preso a las rejas de la cárcel», sino la certidumbre de que su actual encierro puede ser fácilmente sustituido por otro cien veces más insoportable.

En el calabozo tenemos más espacio para movernos y dormir que en el resto del campo. Es la única ventaja; en lo demás, todos son inconvenientes. No hay retretes, cuarto de aseo, agua ni luz. Cuando uno siente una necesidad ha de pedir permiso al cabo para ir hasta la letrina y esperar a que haya un soldado dispuesto a acompañarnos en funciones de custodia y

vigilancia. A veces se prolonga tanto la espera que cuando abren los barrotes de la puerta, uno no necesita ya salir. Juzgando por la cantidad de mierda que encontramos en el calabozo al meternos en él, el caso ha debido repetirse centenares de veces en las últimas semanas. Como las dos únicas ventanas son chicas y están materialmente pegadas al techo y dan ambas al mismo lado que la puerta, la ventilación es escasa y el olor difícil de soportar. Incluso para nosotros que vamos estando entrenados para soportarlo todo.

—Como delicada compensación tenemos superabundancia de moscas, pulgas, piojos y chinches.

Asusta fijarse en las paredes y el techo. La primera impresión que uno recibe es que unas y otro están cubiertas por una capa de pintura de color marrón oscuro, que presenta resquebrajaduras que unas veces parecen más anchas y otras más estrechas. Luego, al mirar con mayor atención, comprueba que se trata de millares y millares de chinches apelotonados unos encima de otros que se mueven lentamente y que a veces caen por centenares sobre un punto cualquiera de las literas o el suelo. En las paredes se distinguen numerosos puntos oscuros. Alguien ha encendido una cerilla, una vela o un papel y lo ha acercado a la pared. Quizá haya conseguido quemar gran cantidad de bichitos, pero no acabar con ellos.

—Para exterminarlas haría falta quemar el barracón entero.

—Espero que no se les ocurra hacerlo mientras estemos dentro.

Las colchonetas de paja han desaparecido en su casi totalidad. Sólo quedan cuatro o cinco y habrá que ser muy valiente o muy inconsciente para tumbarse en ellas. Piojos, pulgas y chinches serían capaces de sacarle en volandas hasta la mitad del pasillo.

—Por mucha sangre que tengamos, no creo que sea suficiente para alimentar a tantos animalitos.

Aunque todo está sucio y repelente, el sitio más habitable parece ser el cuartucho en la parte izquierda del barracón, entre una de las paredes y la cancela de entrada. Se trata de un espacio de unos tres metros de lado separado del resto del barracón por una mampara de madera de poco más de un metro de altura. No hay en él armazones para las literas, sino dos bancos y una mesa pequeña, vieja, coja y desvencijada, sobre la que pende un largo

cable en que se arraciman los chinches. Acero y yo, que tenemos dónde elegir, nos instalamos allí. Encima de los bancos o en el mismo suelo dormiremos mejor que en las colchonetas infestadas de pulgas y piojos la única noche que esperamos pasar en el calabozo, ya que a la mañana nos sacarán.

* * *

—¿Qué sabes de Orihuela?

—Lo mismo que tú: nada.

Tanto Ricardo Zabalza como Antonio Pérez prometieron a sus camaradas que harían lo posible por informar de su suerte a los que quedaban en Albatera. Promesas parecidas habían hecho a los comunistas Etelvino Vega y Toral y a los confederados David Antona, Guerrero y Paulet. Pero hacía ya varios días y ninguno había respirado.

—¿No será que les han cortado la respiración nada más llegar?

—Espero que no, pero temo mucho que tengas razón.

Es asombrosa y alarmante la completa incomunicación entre Orihuela y Albatera, separadas por una distancia de catorce o quince kilómetros. Mientras a través de las comunicaciones, de las cartas que recibimos y muy especialmente por los periódicos que, envolviendo los paquetes, entran en el campo, sabemos algo de Alicante, Valencia, Murcia e incluso de Madrid y Barcelona, lo ignoramos todo respecto a los cientos de compañeros que han sido llevados a Orihuela.

—Pasa como con el más allá —dice Acero—. Tenemos que morirnos para saber con certeza si hay algo más que esta vida. Sólo sabremos lo que hay en Orihuela cuando nos lleven allá.

—Y acaso entonces nos pase como a los muertos, que no podamos contárselo a nadie —replico.

La tarde transcurre monótona y un tanto aburrida. Acostumbrados a andar de un lado a otro por el campo, molesta el encierro en un barracón pequeño con barrotes y un centinela en la puerta. No estamos incomunicados, sin embargo, ni aislados del resto de los prisioneros. Por el contrario, son muchos los compañeros que, enterados que me han encerrado en el calabozo, vienen a verme y con los que charlo un momento a través

del rastrillo. Lo mismo le sucede a Acero y, en mayor o menor proporción, a los diez o doce que comparten el encierro con nosotros. Casi todos lo hacen con rostros cariacontecidos y algunos —pretextando que les sobra, lo que evidentemente no es cierto— llegan a ofrecernos un cigarrillo, una naranja e incluso un poco de pan.

—Me da la impresión de que nos visitan persuadidos o poco menos de que van a fusilarnos mañana mismo —me indigno, hablando con Acero.

—¿Y quién te asegura que no estén en lo cierto? —responde.

La preocupación de un posible final inminente la hemos sentido demasiadas veces para que pueda quitarnos el sueño. La primera noche en el calabozo, en que podemos estirar las piernas y darnos la vuelta a uno y otro lado sin tropezar con nadie la duermo de un tirón. Cuando tocan diana, tengo la impresión de que acabo de cerrar los ojos, aunque son ya las siete de la mañana. Al levantarme me encuentro fresco y descansado, pero siento agudos picores por todo el cuerpo.

Al mirarme las ropas descubro contrariado que albergo más piojos que de costumbre. También que tengo las piernas, los brazos, el cuello e incluso la cara llenos de grandes ronchones. Me sorprende un poco, no porque falten chinches en el barracón, sino porque he dormido sobre uno de los bancos que parecen libres de ellos. Además, alguien que lo utilizó antes que nosotros, introdujo los extremos de las patas en unas latas que fueron de sardinas y ahora aparecen llenas de un agua sucia en que forzosamente se ahogarían los animalitos que pretendieran llegar hasta nosotros.

—Pero no contamos con que fueran paracaidistas —dice Amos Acero, que ha dormido en el otro banco y que se levanta igual que yo— y se dejasen caer desde el techo.

Es un fastidio, pero nada podemos hacer por remediarlo. Habría que limpiar a fondo el barracón para lo que no tenemos medios, ganas ni tiempo. Por regla general vacían el calabozo al hacer el relevo de la guardia alrededor de las diez de la mañana. No nos quedan arriba de tres horas y no vamos a emplearlas dejando un poco más decente lo que tan sucio encontramos.

A las ocho llega un camión-cisterna con agua. Como hace el reparto no lejos del calabozo, conseguimos del cabo que mande a un soldado que nos

traiga agua para beber y lavarnos. Conseguimos convencerle y el soldado nos trae al poco rato un cubo sin asas y con múltiples abolladuras, pero lleno de agua. Hay suficiente para que los trece que ocupamos el calabozo saciemos nuestra sed y hasta pasemos las manos mojadas por la cara e intentemos atusarnos un poco el pelo.

—¿No crees que afeitados estaríamos más presentables?

La propuesta procede de Rasillo, un socialista agente del SIM al que conozco de vista desde mucho antes de que comenzase la guerra y que ingresó en el calabozo al anochecer el día anterior, denunciado o reclamado por no sé quién. Tiene una maquinilla, unas hojas no demasiado gastadas y un poco de jabón. Cuando nos rasuramos parecemos más limpios y menos miserables.

—Ahora sólo nos queda esperar el momento de emprender el viaje.

Pero esperamos inútilmente durante toda la mañana. Dan las diez, las once y las doce sin que nadie se presente por nosotros. Cambian varias veces los centinelas y el cabo sin que se realice preparativo alguno para el traslado. Incluso a mediodía recibimos a través de los barrotes nuestra ración del día: una lata de sardinas en aceite para dos y la tercera parte de un chusco.

—Podéis estar tranquilos —nos dice, cuando acabamos de comer, uno de los cabos—. Parece que hoy no habrá traslado de nadie.

Cree, y encontramos perfectamente lógica su creencia, que no habrá traslado hoy porque somos muy pocos los metidos en el calabozo y no merece la pena traer un camión para únicamente trece personas. Sólo nos sorprende que en toda la mañana no ha ingresado nadie, aunque también hallamos la explicación de que no se haya recibido ninguna reclamación en las últimas horas o no trabajen los oficiales de oficinas del campo.

—En cualquier caso, siempre será un día más.

Uno de los encerrados es paisano, conocido y tal vez algo pariente del cabo de servicio por la tarde. Le autoriza a ir a buscar una cantimplora suya con la que se quedaron unos amigos. Luego le convencemos para que nos deje salir de uno en uno para despedirnos rápidamente de los compañeros con los que hemos estado conviviendo. Es buena persona y accede, con la

promesa de tardar poco en volver. Estará a cubierto de toda responsabilidad con solo decir que nos permitió ir para evacuar alguna necesidad.

—Mandé a éste —dice señalando a un soldado— para que os vigilara; pero se cansó de estar mirando cómo cagabais.

En cualquier caso está tranquilo porque del campo no podemos escapar de ninguna de las maneras. Y dentro del campo, conociéndonos, daría en seguida con nosotros y tendríamos que lamentarlo.

—Y si algún cochino chivato dice algo que me comprometa, le pisoteo las tripas.

—Seríamos nosotros quienes le pisoteáramos.

Rasillo, que sale antes que nosotros, vuelve con una noticia sorprendente. Parece que hoy no ha habido traslado porque se ha armado un revuelo tremendo en las oficinas del campo. No sabe exactamente el motivo, pero han prohibido a todos los destinos que salgan esta mañana al recinto exterior.

—Dicen que se han fugado algunos anoche y que todas las fichas y papeles de la oficina están tirados por el suelo y revueltos.

Acero y yo, cada uno por nuestra parte, procuramos enterarnos de lo que haya de cierto. En media hora vemos a mucha gente, hablamos con diferentes grupos y averiguamos muy poco. Prácticamente, que algo ha debido ocurrir en las oficinas del campo y que nada se sabe de la suerte ni del paradero de cuatro presos que trabajaban en ellas durante el día y que al anochecer volvían al campo para dormir.

—Anoche no volvió ninguno de ellos —me dice Francisco Trigo— y esta mañana tampoco. Esto es lo único cierto; lo demás, todo lo demás, son rumores y fantasías.

Los rumores van desde la fuga de los cuatro en un auto que vino a buscarlos a media tarde y que los llevó hasta un punto de la costa cercana, donde embarcaron con rumbo a Orán en una lancha rápida, hasta su fusilamiento al anochecer en el campo pequeño, tras descubrir que habían destruido las listas de los recluidos en Albatera, las reclamaciones de diversas autoridades y la documentación referente a los centenares de presos enviados a Orihuela.

—Entre estas dos fantasías opuestas y contradictorias puedes imaginarte lo que quieras; por disparatado que resulte no lo será más que lo que la gente se está inventando.

—¿No estará el cabrón de Velasco entre los desaparecidos?

Trigo me lo niega a mí y Rodríguez Vega se lo niega a Acero. Los que han desaparecido eran todo lo contrario del tristemente famoso comandante de carabineros convertido en confidente. Velasco seguía por allí afanosamente entregado a su vergonzosa tarea de denunciar hasta a quien no conoce.

—No sabe ni siquiera mi nombre —me dice poco después un individuo al que traen una hora más tarde al calabozo—. Pero o recordaba mi cara o alguien le dijo que yo había estado en Fomento.

El sujeto en cuestión es un tipo alto, muy ancho de hombros, de turbia historia y más turbios antecedentes que habla mezclando palabras catalanas, francesas e inglesas en su deficiente castellano. Tiene unas fuerzas hercúleas y la inteligencia de un chico de diez años. He hablado pocas veces con él y siempre en tono violento. Le conocí un año atrás cuando, en *Castilla Libre*, que dirigía, se publicó una nota de la Federación de Campesinos incluyendo su nombre entre la partida de facinerosos que habían cometido una serie de tropelías en un pueblo de la provincia de Madrid. Vino a protestar airado y en aquel caso concreto no le faltaba razón. Como después se comprobó, no había tenido participación alguna en el hecho denunciado en las columnas de mi periódico, aunque probablemente había intervenido en otros de parecida índole.

Se contaban de él —muchas veces por él mismo— aventuras sorprendentes, increíbles casi. Entre ellas, su fuga de la Guayana francesa, donde estuvo condenado por haber matado en París a puñetazos y patadas a un rival en lides amorosas. Después había sido fogonero en un barco de la United Fruits, campeón de boxeo de los semipesados en el Caribe y «gangster» en Nueva York. Era un tipo primitivo que presumía de tener un éxito asombroso con el bello sexo y, al parecer, no le faltaban motivos para su presunción.

—¡Cuidado! —me dice cuando le veo en el calabozo de Albatera, llevándose un dedo a los labios en gesto expresivo de recomendación de

silencio—. Aquí nadie sabe mi nombre. Ni siquiera el hijo de puta que me denunció. Para todos soy Ángel Farrell Campoy.

Me encojo de hombros porque nada me importa como diga llamarse ni a nadie voy a decirle cómo se llama de verdad. Nos separamos sin más, y al cabo de un rato, cuando estoy solo sentado en el banco, viene a sentarse a mi lado para decirme en voz muy baja, como quien comunica un grave secreto:

—Estaré muy poco tiempo preso, ¿sabes? Escribí a la marquesa y contestó diciendo que viene por mí. ¿Lo dudas? ¡Pues ya verás cómo es cierto! Esta tarde o mañana me sacará de aquí y la semana que viene estaremos en Roma dándonos la vida padre.

Lo dudo, pero no me molesto en decírselo. ¿Para qué desengañarle? Aunque en alguna ocasión me han dicho que existe una aristócrata relativamente joven y bastante guapa que está loca por él y que se ha arriesgado bastante abandonando la embajada en que estaba refugiada para vivir en su compañía, siempre me ha parecido una fantasía. De pronto, por los altavoces del campo llaman:

—¡Antonio Ariño Remis…! ¡Antonio Ariño Remis…! ¡Que se presente inmediatamente en la puerta del campo!

—¡La marquesa…! ¡Ahí está la marquesa…! —exclama el interesado —. ¿No te decía que vendría por mí…?

—¡Piénsalo bien! —le aconsejo viendo que hace ademán de llamar al cabo para que le lleve hasta la entrada del campo—. Probablemente será otro el que te busca y no precisamente para ponerte en libertad.

—¡Es la marquesa! —afirma convencido—. La conozco bien y sabía que vendría corriendo.

Es inútil tratar de convencerle de que puede estar equivocado. A voces llama al cabo para que le lleve hacia la entrada del campo donde le reclaman para sacarle de Albatera. El cabo abre el rastrillo y se va vigilado por dos soldados. Vuelve a los diez minutos con gesto furioso a recoger la maleta.

—¡La pringué! —explica malhumorado mientras la cierra—. ¡Eran tres malditos «perros» que quieren llevarme a Madrid! Pero…

—¿Qué?

—Me han dicho que la marquesa está en Alicante y no tendrán más remedio que soltarme…

* * *

Aunque hace ya treinta y cinco días que fuimos apresados en el puerto de Alicante no cesan las visitas de las famosas comisiones de busca y captura. Cada provincia, cada ciudad e incluso cada pueblo debe creer que entre nosotros, precisamente por ser los últimos en caer, deben encontrarse todos los desaparecidos de sus respectivas localidades y especialmente aquellos que por su actividad política y sindical, antes o durante la guerra, tienen mayores deseos de ver colgados. Es probable que muchos de ellos hayan muerto luchando durante la contienda o salieran de España cruzando la frontera francesa o embarcando en la última decena de marzo en Almería, Cartagena, Valencia o cualquier otro puerto.

—Yo tengo la corazonada que anda por aquí y cuando lo encuentre…

Con frecuencia oímos repetir iguales o parecidas palabras a las gentes que van a la plaza de toros de Alicante o al campo de Albatera inflamadas en ansias de venganza. Muchas veces no encuentran a los que buscan, pero sí a cualquier vecino del pueblo o la comarca que ha peleado en el Ejército republicano. Se lo llevan, y por los insultos y amenazas que vierten antes de abandonar el recinto, es fácil imaginarse la suerte que le espera.

Una de las grandes torturas de Albatera, sobre todo en la etapa de ayuno absoluto, cuando difícilmente podíamos mantenernos en pie y el agua caía sobre nosotros, calándonos hasta los huesos, era permanecer varias horas cada día formados mientras los que en el Oeste americano llamaban «cazadores de hombres» pasaban lentamente por delante de nosotros mirándonos a las caras con gesto despectivo y cubriéndonos de insultos. Pronto comprobamos que en este aspecto estar en el calabozo significa una gran ventaja.

No es, naturalmente, que las comisiones no entren en el calabozo para buscar sus presas, sino que suelen hacerlo en último o primer lugar, y aunque nos miran con redoblada atención —somos «los más peligrosos», «los mayores criminales rojos», según oímos decir a un teniente—, acaban pronto dado nuestro número. Antes o después, según los casos, mientras los

de fuera tienen que permanecer horas enteras formados, nosotros podemos hacer lo que nos dé la gana.

Por regla general las comisiones suelen llevarse a sus presos particulares. A veces, sin embargo, han encontrado más de los que esperaban y tienen que buscar algún coche para llevárselos. En estos casos —un poco excepcionales— los meten con nosotros durante unas horas. Hablamos con ellos y tratamos de animarles, ya que una mayoría suelen mostrarse rotundamente pesimistas respecto a su inmediato futuro.

—Ni estoy asustado ni necesito mentiras piadosas. Pero conozco a los señoritos que han venido a buscarnos y sé de sobra que sólo de verdadero milagro llegaremos vivos al pueblo.

—Y acaso fuese peor para ti y para nosotros que no nos mataran en el camino.

Quienes así se expresan hablando con nosotros son campesinos socialistas de un pueblo de Badajoz. Afirman que en el pueblo, que estuvo en sus manos las tres primeras semanas de la contienda, se limitaron a incautarse de las tierras y a obligar a trabajar a los antiguos propietarios, pero que no hubo un solo muerto.

—Tuvimos que escapar a principios de agosto, pero sabemos lo que ha pasado después por un camarada que estaba haciendo el servicio en Cádiz y que se pasa a nuestras filas un año después en el frente del Tajo. Aunque en el pueblo no habían quedado más que quienes no se metieron en nada, llevaban once muertos.

A los siete labriegos extremeños vienen a buscarles al anochecer. Salen firmemente convencidos de que no vivirán mucho, pero lo hacen con dignidad y entereza, replicando con insultos a los que profieren quienes han ido en su busca, mientras los atan a la puerta misma del calabozo. De ninguno de ellos volvemos a saber una sola palabra.

La historia se repite con frecuencia durante las semanas que permanecemos en el calabozo. Cada dos o tres días hay un grupito de trabajadores manchegos, jienenses, granadinos, aragoneses o murcianos que, tras unas horas de permanencia en el barracón, son sacados casi siempre al anochecer. Muchos de ellos proceden de comarcas y localidades que desde el comienzo mismo de la lucha han estado en poder de las

fuerzas nacionales, y donde, por consiguiente, no han podido cometer ningún desmán. No por ello pueden, sin embargo, sentirse más optimistas.

—Quizá sea peor, porque parecen convencidos que todos los que luchamos al lado de la República somos verdaderos demonios con cuernos y con rabo.

* * *

En solo dos días se ha llenado por completo el calabozo. Apenas podemos movernos porque somos ya más de ciento cincuenta y el número aumenta de hora en hora. Como el barracón es pequeño no sólo se ocupan todas las literas y el pasillo, sino que en el cuartucho hemos de dormir quince personas. Pronto estamos tan amontonados como en el resto del campo. Con una diferencia fundamental: que nadie espera la libertad y todos tenemos el pleno convencimiento de que nuestra estancia allí será cuestión de muy poco tiempo.

—Podéis ir preparándoos porque hoy es el traslado.

Nos lo dice uno de los cabos en la mañana del tercer día de nuestra permanencia en el calabozo. No son muchos los preparativos de marcha que tenemos que realizar y los completamos en cinco minutos. Cuando a las nueve de la mañana se presentan las fuerzas encargadas del traslado con unos camiones que aguardan en el recinto exterior, ya estamos todos listos.

Un vigilante, con una larga lista en la mano, nombra a los que se llevan. Contra lo que parece lógico, encabezan la lista los últimos ingresados en el calabozo. Con la puerta abierta de par en par, y luego de haber despejado los alrededores del barracón, advierte antes de empezar a leer:

—Los que vaya nombrando que salgan con todo. ¡Deprisita, porque no quiero perder aquí toda la mañana!

Empieza un largo y monótono rosario de nombres. Hace una pequeña pausa luego de cada uno, para comprobar la salida de uno de los presos que forma a diez pasos de distancia hasta que se le unen diez o doce más que son conducidos a la puerta del campamento. Cuando alguno se retrasa dos segundos chilla irritado:

—¡Mariano Cubiles García…! ¿A qué esperas, cabrón? ¿A que entre y te saque a patadas…?

El calabozo va poco a poco vaciándose. Con las maletas o los macutos en la mano esperamos con calma. Debemos ser los que cerremos la lista. Constituye una sorpresa comprobar que no aparecemos en ella.

—¡Se acabó! —dice al terminar de leer el vigilante, haciendo ademán de guardarse la lista—. Por hoy no hay más. ¡Cierre la puerta, cabo!

Nos miramos sorprendidos y desconcertados. En el calabozo quedamos siete que no hemos sido nombrados. A los siete nos encerraron hace cuarenta y ocho horas. Luego de una ligera vacilación, Amos Acero se decide a preguntar:

—¡Un momento, teniente! ¿No estamos nosotros en la lista?

—Cuando no les he nombrado es que no están —replica destemplado el interpelado—; luego, asaltado quizá por una sospecha repentina, pregunta: —¿Cómo te llamas?

Acero da su nombre, yo hago lo mismo con el mío y los otros cinco me imitan. El teniente consulta su lista y no los encuentra. Mira a un sargento que le acompaña y éste explica:

—Teníamos que llevarnos 157 presos y 157 han salido, mi teniente.

—Entonces no hay más que hablar. Y vosotros —agrega dirigiéndose a nosotros— no tengáis tanta prisa. ¡Ya os llevarán donde tengan que llevaros…!

No acertamos a explicarnos por qué nos han dejado en el calabozo. Entre los siete, varios de los cuales ni siquiera nos conocíamos dos días antes, no existe similitud ninguna por sus actividades durante la guerra. Si yo he sido director de un periódico y Acero diputado socialista y alcalde de Vallecas, Rasillo ha sido agente del SIM, otros dos no han pasado de soldados, otro fue comisario político y el restante secretario de una colectividad agraria. Políticamente, tres han sido socialistas, dos de la CNT, uno republicano y el séptimo comunista.

—Prácticamente, lo único que tenemos en común es que nos metieron en el calabozo casi al mismo tiempo.

Debatimos ampliamente la cuestión y sólo hallamos una posible explicación, que los cuatro presos que trabajaban en las oficinas del campo —fugados aquella tarde, según unos, y fusilados de creer a otros— tacharan nuestros nombres de la lista de los recluidos en el calabozo, tratando

indudablemente de beneficiarnos. Se lo agradecemos sinceramente, aunque desconfiamos que pueda servirnos de nada.

—Hoy mismo se darán cuenta que estamos aquí y saldremos para Orihuela en la expedición de mañana.

Pero tampoco salimos al día siguiente. Hay un nuevo traslado masivo de prisioneros integrado por los setenta y dos que en las últimas veinticuatro horas han sido metidos en el calabozo, pero del que no formamos parte ninguno de los siete. Un teniente, distinto al de la víspera, lee uno por uno los nombres que figuran en una lista. Se los llevan y tornamos a quedarnos solos.

—Parece que tendremos que continuar aquí indefinidamente.

Ignoramos si el hecho nos beneficia o perjudica. En la duda, decidimos abstenernos de hacer o decir nada. Uno recuerda un viejo dicho de la «mili» —«el que pregunta se queda de cuadra»—, y nos callamos. Lo más cuerdo es pasar desapercibido dadas nuestras circunstancias.

—¡Voluntarios ni a la gloria! Máxime cuando no sabemos si iríamos voluntarios a que nos pegasen cuatro tiros.

* * *

A media mañana, Esplandiú me trae una carta que ha llegado con unos días de retraso al lugar donde acampa el grupo de que formaba parte hasta ser metido en el calabozo. Viene abierta, como todas las que entran en el campo; es de mi madre y acompañaba a los avales cuya lectura motivó mi encierro inmediato. Faltan éstos, naturalmente, pero no tengo el menor interés en reclamarlos. Dice mi madre que me remite dos avales que, según le han asegurado todos, serán suficientes para que me pongan en libertad. Los avales son de Pepe y de un primo mío. En ellos certifican, junto a mi honradez personal, que he sido director del periódico *Castilla Libre*.

«Esto —añade textualmente mi madre con admirable ingenuidad— no tiene importancia, ya que eres periodista profesional y tenías que trabajar en algún periódico. Además, y conforme dice todo el mundo, sólo persiguen a quienes tienen las manos manchadas de sangre y a nadie le molestan por sus ideas políticas».

Decido contestarla inmediatamente. No para decirla como es mi primera intención, que no haga caso de lo que diga la propaganda y que muchos han sido condenados y ejecutados por sus ideas —lo que sólo serviría para aumentar sus disgustos y preocupaciones sin la menor ventaja para nadie—, ni que la única consecuencia de sus avales es que me hayan encerrado en el calabozo. Me limito a decirla que estoy perfectamente, que no necesito avales de ninguna clase y que, aunque posiblemente sea trasladado cualquier día a Orihuela para prestar declaración, confío en poder regresar pronto a Madrid.

En días sucesivos, durante los cuales el calabozo se llena y vacía cada veinticuatro horas, sin que en la lista de las diferentes expediciones figuremos nosotros, advierto sorprendido que por el campo se extiende y propaga un optimismo totalmente injustificado. Son múltiples, sin embargo, las causas que pueden explicarlo, y en primer término las cartas y las comunicaciones en que los deudos de los presos, en un comprensible afán por consolarlos, dan pábulo a los más disparatados rumores acerca de su próxima liberación. Con tanta ingenuidad como mi propia madre y tan faltos de fundamento serio como ella, muchos se hacen eco de la insistente repetición de la frase que asegura que «nada tienen que temer quienes no tengan las manos manchadas de sangre». Es un hecho comprobado de antiguo que cualquier afirmación más o menos dudosa llega a tomarse como verdad axiomática cuando se repite millones de veces y no hay frase más repetida que esa en la primavera española de 1939. Incluso hombres que están comprobando a diario por dolorosa experiencia propia que la realidad difiere radicalmente, la conceden en determinados momentos más crédito del que merece impulsados, consciente o inconscientemente, por su propio instinto de conservación.

Influye en ello también una sensible mejoría en las condiciones de alimentación. Pese a que nadie come lo suficiente y muchos sigan devorando cuanto cae en sus manos —incluso rebuscando en las letrinas mondas de naranja, vainas de habas o trozos de queso ya podridos cuando llegan a manos de sus destinatarios los paquetes que los contienen—, recibimos casi a diario un centenar de gramos de sardinas en conserva y una cantidad parecida de pan. No es suficiente, desde luego, para que nadie

engorde; pero puede bastar para evitar durante varios meses la muerte por inanición. Si además nos llega de tarde en tarde un paquete o hay algún compañero que reparte con nosotros el que recibe —y probablemente no hay ni un solo preso que no comparta con quienes le rodean lo poco o mucho que sus deudos le mandan—, es posible contener por algún tiempo el creciente debilitamiento.

—En cualquier caso, cien veces peor estábamos todos hace sólo quince días.

Otro factor que eleva la moral general es que la sed casi ha desaparecido. No tenemos agua para lavarnos a diario y mucho menos para soñar en bañarnos o limpiar concienzudamente las ropas. Pero con algunas diferencias, variantes y fallos, conseguimos un día con otro entre medio y un litro por cabeza. Parece —lo es, en realidad— muy poco; se le antoja fabuloso, sin embargo, a quienes han tenido que pasarse recientemente días enteros sin beber una sola gota. Cierto que continúan dándose muchos casos de tifus y paludismo y que todas las mañanas tienen que enterrar a unos cuantos. Aunque resulta un espectáculo tan doloroso como deprimente, nos hemos acostumbrado a su repetición y cada día nos produce menor efecto.

—Pero la base fundamental de este desaforado optimismo son, indudablemente, los rumores.

Los rumores que al finalizar la primera decena de mayo circulan con mayor insistencia por Albatera giran en torno a una amnistía inminente. Mucha gente está firmemente convencida de que no tardará en aprobarse un perdón que alcanzará a cuantos presos no estén acusados de robo o asesinato. Significará la inmediata liberación de todos los jefes, oficiales y soldados de las fuerzas republicanas, sin excluir a los comisarios políticos; comprenderá asimismo a cuantos desempeñaron algún cargo de autoridad en la llamada zona roja, así como a los funcionarios públicos —estatales, provinciales o municipales— que entre 1936 y 1939 sirvieron a la República. Incluso cabía que todos éstos fueran admitidos y que a los militares profesionales se les concediera el retiro en forma muy semejante a como la ley Azaña había hecho con los monárquicos que no deseaban seguir en activo en un régimen distinto.

—No podrán actuar, desde luego, los dirigentes políticos y sindicales; tendrán que cruzarse de brazos y estarse tranquilos en sus casas; pero no se les perseguirá ni molestará por lo que hayan sido o dicho hasta ahora.

Yo desearía creerlo, pero no puedo. No valen los antecedentes, que algunos alegan en apoyo de su credulidad, de lo sucedido al terminar las diversas guerras civiles del siglo XIX español. No valen porque las circunstancias son harto diferentes y porque entonces vencieron los liberales y ahora no. También porque en distintas ocasiones los ahora triunfadores han rechazado en redondo la idea de que al final de la guerra pudiera dictarse una amplia amnistía.

—Pero en ningún momento han negado que puedan conceder un indulto, que para el caso es lo mismo —sostiene Rodríguez Vega, con quien discuto esa posibilidad.

Pero lo dice únicamente acalorado por la discusión, sin que confíe poco ni mucho en que sea posible. En el fondo está convencido igual que yo, y por razones parecidas, en que cuanto se rumorea en el campo no pasan de ser fantasías carentes de todo fundamento.

—Aunque a veces —me confía— simule creer lo contrario para no hacer eternamente de aguafiestas.

Desgraciadamente aquí no podemos aguar ninguna fiesta porque nada tenemos que festejar. Por asombroso que parezca, no faltan quienes ven motivos de júbilo y esperanza en aquello que más les debe preocupar. Por ejemplo, la ley de Responsabilidades Políticas. Antes de que la conozcamos, sino por lo que a algunos les han dicho en las comunicaciones, ya hay millares de presos en Albatera que anuncian alborozados que no habrá en el futuro ninguna condena a muerte y ni una sola ejecución más.

—Acaban de promulgar una ley sobre actividades políticas —aseguran — en que la pena máxima, aparte de una posible confiscación de bienes, no exceda de los veinte años de reclusión.

Quienes piensan con un poco de sensatez se resisten a creerlo, sabiendo que continúan funcionando los consejos sumarísimos que aplican los preceptos del Código de Justicia Militar, cosa enteramente lógica y natural cuando el estado de guerra no ha sido levantado en parte alguna del territorio nacional. Pero si muchos lo ponemos en tela de juicio o lo

negamos, son mayoría los interesados en admitirlo sin una reflexión previa. No faltan los que razonan más de acuerdo con sus deseos que con la realidad.

—Si a los máximos responsables —ministros, generales, presidentes o secretarios de partidos políticos u organizaciones sindicales— no les condenarán, según la ley, más que a veinte años de reclusión, a todos los demás nos pondrán en libertad.

Tan convencidos están que cuando leen el texto íntegro de la ley —que publica un periódico del que entran varios ejemplares en Albatera y que circula rápidamente de grupo en grupo— exteriorizan su júbilo esperanzados en salir muy pronto en libertad.

—¡Lee, lee esto y verás quién tiene razón…!

La leo yo —y lo mismo hacen centenares de personas en Albatera— con la máxima atención y detenimiento. Por desgracia, lejos de comprobar que los optimistas estén en lo cierto, advertimos su completa equivocación. Es cierto que la nueva ley no establece penas de privación de libertad superiores a los veinte años, poniendo especial énfasis en las penas pecuniarias; pero también lo es que la ley, como su nombre indica, se refiere exclusivamente a las responsabilidades políticas.

—¿Y no son enteramente políticas todas las responsabilidades de la guerra?

—Es posible que lo pensemos nosotros, pero nuestra opinión no cuenta porque somos los vencidos.

Los que ganaron la guerra opinan que, al margen de los delitos políticos, hemos cometido otros de muy diversa índole, que deben ser castigados con arreglo al articulado del Código de Justicia Militar. Empezando, naturalmente, por el delito de rebelión militar.

—Pero —se sorprenden no pocos— ¿acaso no fueron ellos quienes se rebelaron? Si hablan a todas horas del glorioso alzamiento…

—El alzamiento triunfó en el acto en toda España —respondo—. Por tanto, quienes luchamos contra él somos culpables de un delito de rebelión militar. Que es, precisamente, por el que nos juzgarán a ti y a mí, lo mismo que han juzgado ya a muchos millares de personas.

* * *

A fuerza de vernos día tras día en el calabozo mientras los demás entran una tarde y a la mañana siguiente son conducidos a Orihuela, acaban conociéndonos los cabos y soldados que cada cuarenta y ocho horas guardan y vigilan el barracón pequeño. Con algunos establecemos de una manera maquinal relaciones de amistad o simpatía de la que derivamos ciertas pequeñas ventajas. Por ejemplo, que con el pretexto de ir a la letrina para evacuar una necesidad nos dejen salir algunos ratos al campo para hablar cambiando noticias e impresiones con amigos y compañeros. También que podamos seguir tumbados si nos apetece después del toque de diana o charlando despiertos luego del de silencio; que nos traigan las cartas o los paquetes —pocos por desgracia— enviados por los familiares, y hasta que si nos llaman por los altavoces para comunicar no pongan pegas a que podamos hacerlo.

Hay algunas cosas, sin embargo, en las que no transigen poco ni mucho. Así nos pasa con las formaciones durante la celebración de la misa. Es inútil que arguyamos que desde dentro del calabozo no vemos la parte del recinto exterior donde se celebra la misa ni el oficiante puede vernos a nosotros. Tampoco sirve de nada que digamos que no somos católicos.

—¿Quieres decir que eres judío y que no estás bautizado?

—No tengo nada de judío y me bautizaron a los diez días de nacer.

—Entonces, aunque no quieras, eres católico y tienes que oír misa.

Oímos la misa formados en el interior del calabozo porque la transmiten los altavoces. También los interminables sermones con que pretenden edificarnos los frailes de Orihuela que casi siempre ofician en la ceremonia. Incluso los soldados nos obligan a permanecer durante la hora larga que dura en el más absoluto silencio. Un día, Rasillo, que ha hecho amistad con uno de los cabos, le insinúa que al obligarle a oír misa sin ser creyente, cometen o le obligan a cometer algo parecido a un sacrilegio. Pero el resultado es contrario al que nuestro compañero de reclusión espera. El cabo, que procura enterarse, no sabemos si hablando con los frailes o con algún oficial, dice a la mañana siguiente:

—No se trata de que oigáis misa formados porque seáis católicos, sino que la formación durante la misa es un acto de servicio al que no podéis negaros de ninguna de las maneras.

Tenemos que escuchar los sermones. Por regla general —y es lo mejor que podemos decir de ellos— resultan profusos, difusos y confusos según la conocida frase. Quienes los pronuncian no brillan precisamente por su elocuencia y originalidad de ideas. Repiten lo mismo una y otra vez, siempre en tono de ofensiva superioridad. Deben creer que quienes les oímos somos sin excepción analfabetos o deficientes mentales. En sus palabras suele haber más insultos que razones, aunque probablemente se proponen lo contrario. Pero desde criminales e hijos de satanás, dóciles e inconscientes instrumentos del mal, a ignorantes y desgraciados, emplean una larga serie de términos en los que sería difícil hallar el más remoto reflejo de la caridad cristiana.

El segundo domingo de mayo, cuando acabamos de oír un interminable sermón del padre Jesús, un fraile de Orihuela bastante conocido en la comarca, en la que pasó toda la guerra sin que nadie se metiera con él, recibo nueva carta de mi madre. Lleva fecha del jueves anterior, y aunque se dice contenta y esperanzada, me parece advertir entre líneas que el optimismo de sus misivas anteriores ha descendido considerablemente. Me preocupa, no tanto porque pueda ser motivado por mi situación personal —que mejor que ella sé lo poco grato de mis perspectivas—, sino por algún percance sufrido por cualquiera de mis hermanos. La carta termina anunciando que mi hermana y ella han conseguido ya los salvoconductos y billetes necesarios y que el sábado por la mañana saldrán de Madrid para verme en Albatera.

No me alegra su visita porque a todo trance querría ahorrarle el desagradable espectáculo de mi delgadez esquelética, de mi suciedad, de los piojos que me comen vivo y de las condiciones que imperan en el campo y el trato que recibimos. Pero como la carta ha tardado tres días en llegar no hay nada que hacer para conseguir que aplace su visita, ya que con toda probabilidad, y pese a la lentitud y desorganización de las comunicaciones ferroviarias, estará ya en Alicante y tal vez en la misma Albatera.

Procuro arreglar las cosas lo mejor posible. Hablo con el preso que vocea las comunicaciones para que venga a buscarme al calabozo y que si por casualidad habla con mi madre no le diga que estoy en él; enseño la carta a los cabos de guardia para que me permitan salir a comunicar en el momento que me avisen y procuro lavarme y asearme lo mejor posible. Tras afeitarme, me lavo la cara, paso largo rato peinándome y procurando matar el mayor número posible de piojos, preparo la ropa conveniente para ponérmela en el momento oportuno.

Toda mi ropa consiste en un traje de mediano uso que llevo en la maleta desde que salí de Madrid, unos pantalones que apenas me he quitado en cerca de dos meses, un jersey y una camisa, aparte de una camiseta y un calzoncillo, ya que otra camiseta y otro calzoncillo hube de tirarlos porque resultaba totalmente imposible librarlos de las manadas de piojos y liendres que los invadían. Como hace calor a mediados de mayo, y más en el calabozo, generalmente no llevo puesto más que el pantalón, y cuando más la camiseta. Para salir a comunicar cambiaré de pantalón —que éste podría moverse si lo dejara en el suelo, dada la abundante colonia que alberga— y ponerme la camisa que está relativamente limpia. Prescindiendo de la chaqueta porque al ponérmela me sobra la mitad.

Paso toda la tarde del domingo esperando inútilmente comunicar y parte de la mañana del lunes. Al fin, alrededor de las once de la mañana me avisan. Formo un rato junto a la puerta del campo en unión de otros cuarenta o cincuenta que también esperan comunicar. Luego un sargento va llamándonos y nos deja salir al recinto exterior.

—Allá, al fondo, a la derecha.

Para las comunicaciones han acotado un espacio más allá de las cocinas. Unas alambradas de dos metros de altura la separan del campo libre, y tras ellas vigilan algunos soldados. Las familias entran y salen por una puerta que si las mujeres trasponen sin la menor dificultad, cuando las acompaña algún hombre ha de acreditar documentalmente su personalidad. Uno puede hablar con sus familiares de pie o sentados en el suelo, e incluso comer en su compañía pidiendo una autorización especial. Salvo estos casos, el tiempo de comunicación no suele pasar de una hora.

Mi madre y mi hermana lloran al abrazarme. Yo conservo la serenidad, aunque he de esforzarme por disimular la emoción. Encuentro a las dos, especialmente a mi madre, bastante más delgada, con aire de cansancio y somnolencia, con pronunciadas ojeras y aparentando varios años más que hace cincuenta días. Pese a que nuestras primeras palabras son para decirnos ellas a mí y yo a ellas que nos encontramos mejor de lo esperado, los tres sabemos que no es cierto.

—¿Qué hay del resto de la familia?

—Ángel ya sabes que…

Se echa a llorar de nuevo sin terminar la frase. No hace falta que termine para que sepa a qué atenerme. Durante dos años le hemos hecho creer que Ángel, desaparecido en octubre del 36 en un frente cercano a Madrid, había sido hecho prisionero. Aun sin acabar de creernos, alentaba la remota esperanza de que fuese verdad y poderle ver vivo al terminar la guerra. Ahora ya sabe que está muerto.

—Preguntaba por Mariano y Antonio.

Me habla de ellos mi hermana. Antonio no tiene problemas. Nunca fue de izquierdas y durante la guerra se limitó a incorporarse a filas cuando movilizaron su quinta, siendo destinado a servicios auxiliares. Sigue trabajando, como antes, en la Compañía Inglesa de Carbones, cuya central londinense facilitó grandes cantidades de combustible al gobierno nacional. Con su mujer y sus tres hijos ha vuelto a su piso de General Lacy y se defiende económicamente.

—Mariano está en mucha peor situación.

Anda un poco a salto de mata. Escondido durante un par de semanas, ha tenido que reanudar su trabajo en el bufete de un abogado amigo, forzado por los apremios económicos. Dos veces le han detenido, logrando recobrar la libertad a las pocas horas, gracias a la suerte de que resultase antiguo conocido de las Salesas el secretario del juzgado correspondiente.

—Pero tanto su mujer como nosotras tememos que en una tercera ocasión no sea tan afortunado.

—¿Y vosotras?

Se esfuerzan por convencerme de que no pasan ningún apuro y yo simulo creerlas. En realidad están bastante mal. Para mi madre ha sido un

golpe muy duro la confirmación de sus presentimientos sobre la muerte de Ángel y mi detención. Teme, aunque no cese de repetirme lo contrario, que se prolongue durante años enteros y le inquieta también la suerte de Mariano.

—Todo se arreglará, Eduardo —insiste ansiosa por convencerme a mí, pese a que no esté nada convencida ella—. Todos reconocen que eres un buen hijo, que no has hecho nada malo y verás como pronto te ponen en libertad.

Creo todo lo contrario, pero no se lo digo porque aumentaría inútilmente sus inquietudes y zozobras. Prefiero desviar la charla hacia ellas mismas, asegurándolas que comparto su optimismo respecto a mi futuro, que no necesito nada porque como de sobra y en el campo vivimos bastante bien, con un trato excelente.

—Lo creo —replica mi madre con claro aire de escepticismo—. En cualquier caso debes cuidarte un poco más. Te encuentro muy delgado.

Trato de explicarlo con una supuesta inapetencia, ya superada, que me tuvo sin probar bocado un par de semanas. Antes de que puedan pedirme aclaraciones difíciles de dar sin descubrirme, insisto en saber cómo se defienden económicamente. Responden pintándome un panorama rosado que debe estar mucho más en sus deseos que en la realidad. Pero si antes ellas fingieron creer mis optimistas aseveraciones, ahora les imito yo. No hacen falta grandes dotes deductivas para llegar a la conclusión de que lo están pasando mal, con grandes estrecheces y probablemente con hambre; disimulada y soportada con dignidad, pero no por eso menos angustiosa.

—Mariano, más que ayudarnos necesita que le ayuden —confiesan—. Antonio demasiado hace con mantener a los suyos. Afortunadamente, nosotros no necesitamos de nadie. Tenemos una casa grande, como sabes de sobra, y con un pequeño esfuerzo…

Parece que en la casa se han metido, mientras encuentran piso, algunos familiares llegados de Valladolid y Bilbao; les pagan algo y con ello van tirando. Comprendo que, aunque lo negarían ofendidas si se lo dijera, están malviviendo sirviendo a los huéspedes. Eluden dar muchas explicaciones y no insisto en pedírselas.

—Lo fundamental —dice mi madre cambiando de tema— es que antes de fin de mes podrás estar de nuevo en casita.

Hago un gesto de incredulidad y tanto ella como mi hermana insisten. No sé si lo dicen únicamente por intentar animarme o si a fuerza de oír decirlo a cuantos las conocen y saben de mi situación han llegado a creérselo. Parece en cualquier caso que en Madrid corren los mismos rumores que en Albatera y acaso con mayor fuerza.

—Todo el mundo dice que el día 19, después del desfile de la Victoria, darán un indulto tan amplio que alcanzará a casi todos los presos. Especialmente a los que, como tú, no han hecho nada malo.

Me han traído un paquete con algo de comida. No tuvieron que comprar nada, «no por falta de dinero», sino porque todas las personas que se enteraron del viaje les dieron algo para mí. Abro el paquete y veo que han traído una libreta de pan, una tortilla de dos huevos, una tarterita con tres filetes, un trozo de queso y varias naranjas. Adivino que ellas han comido muy poco durante el viaje y pretendo que nos lo comamos juntos allí. Se niegan en redondo, alegando que han desayunado muy fuerte en Alicante y que tienen pagada la comida en la pensión donde se hospedan. Tengo la impresión de que ninguna de las dos cosas es cierta, pero no logro vencer su resistencia.

—Cómetelo tú todo —indica mi madre—. Nosotras estamos hartas ahora y en la pensión nos aguarda un sustancioso almuerzo.

Me mandarán algo más todas las semanas, aunque tienen la seguridad de que antes del domingo no necesitarán mandarme nada porque estaré de vuelta en Madrid. Advierto que mi hermana mira de vez en cuando el reloj y adivino el motivo. A las dos y media pasa por Albatera un tren con destino a Alicante, donde a las ocho de la noche han de tomar otro tren —cuyos billetes tienen— de vuelta a Madrid.

—Conviene estar en la estación dos horas antes porque si te descuidas un poco no puedes subir porque está abarrotado.

Con medias palabras confiesan que andan escasas de dinero. Traían lo suficiente siempre que hubieran podido regresar, como esperaban, en cuarenta y ocho horas. Por desgracia, el tren tardó veinte horas en llegar, ayer domingo vinieron a Albatera, pero hubieron de volver a Alicante para

solicitar la comunicación. Como era domingo no pudieron conseguirlo y tuvieron que esperar hasta esta mañana.

—La gente se aprovecha de las circunstancias y en la pensión nos cobran un ojo de la cara. Si tenemos que pasar un día más, no sé cómo podríamos resolverlo.

Charlamos un rato más y me hablan de la odisea de su viaje, con los trenes llenos a reventar, con gente tumbada en los pasillos y metiéndose en cualquier parada por las ventanillas. Si hay horarios de salida, no existen los de llegada y los trenes lo hacen cuando pueden, corriendo como locos en algunos trozos y detenidos horas y horas en cualquier estación.

—Yo tuve que venir de pie las veinte horas y llegué materialmente destrozada —indica mi hermana.

Comprendo sus apuros de tiempo y dinero y ahora soy yo el que tiene prisa en que se marchen para evitarles mayores angustias en el regreso. Trato de que se lleven el paquete que han traído para que se lo coman durante el viaje, que puede durar un día entero o más. No lo consigo, aunque discutimos un rato. A la una nos indican que la comunicación ha terminado y tienen que irse.

Lloran con mayor fuerza que a la llegada mi madre y mi hermana cuando les acompaño hasta la puerta de salida donde vigilan los centinelas. Me abrazan y cuesta trabajo separarlas.

—¡Cuídate mucho, hijo! ¡Si también a ti te pasase algo…!

* * *

Vuelvo al calabozo lentamente. Estoy triste, hundido en pensamientos que nada tienen de halagüeños. Lejos de constituir una inyección de optimismo, la visita de mi madre acentúa la cerrazón del horizonte. Si hasta hace unas horas me sentía pesimista acerca de mi futuro personal, ahora extiendo ese pesimismo a buena parte de la familia. Tengo la certidumbre de que mi madre, aparte de la zozobra por la suerte de sus hijos, está pasando auténtica hambre. Es una mujer entera, de buen temple, pero pasa de los sesenta y cinco años y acaso no logre encajar los golpes que la esperan. Quisiera creer que, conforme ha dicho, pueda estar pronto de

regreso en casa, lo que resolvería sus problemas; pero no puedo, convencido de que no pasa de ser un sueño irrealizable.

—¿Qué te ha dicho del indulto del día 19? —pregunta Acero apenas me ve.

Me sorprende la pregunta e inquieto a mi vez por qué la formula, incluso dando una fecha concreta.

—Porque ese día se celebra el desfile —responde— y se firmará el indulto. ¿No te lo ha dicho tu madre?

Me lo ha dicho, efectivamente, pero sigo sin creerlo. Tampoco Acero lo creía hace dos horas cuando salí del calabozo para acudir a la comunicación. ¿Ha cambiado en este tiempo?

—La verdad —responde sincero— lo dice tanta gente, que ya estoy empezando a dudar.

Parece que a todos los que han comunicado hoy, sus familiares —llegados de los puntos más diversos de la geografía peninsular— les han dicho lo mismo: que el día del desfile pondrán en libertad a los presos y prisioneros políticos; incluso a los que en estos momentos están condenados a las más graves penas.

—¿Y tú lo crees?

Le cuesta trabajo, pero empieza a pensar que aquella extraña unanimidad puede tener en el fondo algún fundamento más serio que los simples deseos de nuestros deudos. Especialmente porque las propias autoridades del campo parecen convencidas también.

Aquella misma mañana varios de los médicos habían hablado con el comandante para exponerle un plan de posibles mejoras en los servicios sanitarios de Albatera, para lo que necesitaban que se les proporcionaran algunas medicinas y una tienda mayor de la que ahora utilizaban como botiquín.

—Todo eso me parece muy bien —había contestado el comandante—. Pero ¿para qué vamos a molestarnos en hacer nada cuando el campo se cerrará probablemente antes de fin de mes?

Más concreto y categórico aún, el capitán de oficinas había dicho a los presos que trabajaban en ellas que preparasen listas por triplicado de los recluidos en el campo, añadiendo:

—Tendremos que tenerlas a mano para saber a cuántos ponemos en libertad en virtud del indulto general que se espera para el viernes o el sábado.

Por Albatera circulaban otros muchos rumores de parecida índole, cuyo origen y fundamento resultaba muy difícil averiguar. Acero estaba convencido de la autenticidad de lo manifestado por el comandante —repetido a él por uno de los médicos que acudieron a hablar con el jefe del campo— y por el capitán de oficinas. Admitía la posibilidad de que quienes oyeron las palabras de uno y otro hubieran acentuado la nota al repetirlas. Incluso que el perdón de que se hablaba no tuviera el alcance que la gente esperaba ni muchísimo menos.

—Cabe, sin embargo, que en este caso concreto el río suene porque lleva agua. Poca, poquísima tal vez, pero agua.

Los síntomas visibles no parecen augurar nada bueno, piensen lo que piensen las gentes. En la tarde del lunes en que hablo con mi madre ingresan en el calabozo treinta y siete prisioneros reclamados por diferentes autoridades, señalados por algún chivato o encerrados por los avales gracias a los cuales sus familiares esperaban lograr su libertad, que serán trasladados a Orihuela a la mañana siguiente. ¿Se molestarían en hacerlo de tener la seguridad de que cuatro o cinco días después habrían de ponerlos en libertad? También visitan el campo dos comisiones de busca y captura. Por culpa de ambas permanecemos formados media hora en el barracón y dos horas fuera en el campo. Incluso oímos repetidas llamadas a través de los altavoces pidiendo la presentación de todos los prisioneros onubenses.

—Creo que los que venían de Huelva se han llevado a diez o doce presos.

Temo por la suerte de un grupo nutrido de compañeros procedentes de la cuenca de Ríotinto que en los comienzos de la guerra iniciaron, combatiendo, un peligroso éxodo a través de las serranías para ganar primero tierras de Extremadura y formar más tarde en las columnas que defendieron Madrid. Son todos paisanos de Isabelo Romero, amigos personales la mayoría y algunos familiares incluso. ¿Qué será de ellos si les llevan a Tharsis, El Cerro y Zalamea, a los pueblos que abandonaron peleando en julio de 1936?

Por la mañana salgo del calabozo y voy hacia la parte del campo en que sé que se encuentran varios. Hablo con Molina y algunos oficiales y comisarios de su división que estuvieron en el Jarama hasta el 28 de marzo. No parece que se hayan llevado la tarde anterior a ninguno de los conocidos. Molina me indica por dónde andan Jesús, primo de Isabelo, León Díaz, Manuel Pérez y otros paisanos suyos.

—Los tipos que vinieron creo que no conocían a nadie. Aunque lo hubiesen conocido en 1936 no hubieran podido identificar a ninguno de nosotros tres años después y como estamos en Albatera.

—¿A quién se llevaron entonces?

—A los tontos que se presentaron cuando llamaron a los de Huelva. Por fortuna, ninguno de los compañeros hizo el menor caso de los llamamientos.

El martes se habla con mayor insistencia del próximo indulto, pero vuelve a llenarse el calabozo y otras tres comisiones pueblerinas obligan a permanecer formada a la gente mientras husmean entre ella una posible pieza. Entre los que, delatados por Velasco, meten en el barracón está, aunque no lo sabré hasta unas horas después, un hermano de Antonio Nicás, compañero mío en la redacción de *La Libertad*. Por la mañana el mismo que le ha denunciado viene a despedirse de él cuando están a punto de llevárselo para Orihuela. Fingiéndole simpatía y recordando que han peleado juntos en determinada unidad, le tiende la mano.

—¿Estrechar tu mano —contesta Nicás despreciativo— cuando tu sola presencia me da náuseas? ¡Yo no doy la mano a los traidores…!

—¿Traidor, eh? —reacciona cobarde Velasco—. Pues voy a recomendarte bien para que cuando llegues a Orihuela veas…

—No tengo que llegar a ningún sitio para saber que eres un sapo venenoso.

—¡Esto te costará caro! —amenaza el chivato.

—Si me toca morir, moriré como un hombre. Tú, en cambio, acabarás como una rata. ¡Lástima que no te matemos nosotros, porque acabarán ellos contigo cuando hayas cumplido tu papel de Judas!

A Nicás, pequeño de estatura, pero grande de ánimo, que ha llegado a capitán durante la lucha, peleando en los más diversos frentes, se lo llevan

para Orihuela la misma mañana de su enfrentamiento con Velasco, en unión de una treintena de presos más.

Aunque nada de esto induce a pensar en la proximidad de un indulto de tipo general para el próximo viernes, la mayoría en Albatera sigue esperándolo. Quizá porque así les interesa personalmente, muchos consideran que el anunciado desfile de la Victoria tendría su mejor complemento en una decisión generosa de cristiana clemencia. Incluso hay algunos que basan su esperanza en lo que estos días dicen los periódicos. Uno de ellos tras leernos en voz alta los conocidos versos de «que mientras vive el vencido, venciendo está el vencedor», pregunta:

—¿Creéis que, de no haber un indulto inmediato, publicarían esto los diarios, por muy clásicos que sean los versitos?

—Con solo esperar al viernes conoceremos todos la respuesta.

* * *

La jornada del 19 de mayo de 1939 se espera en el campo de Albatera con desbordante expectación. Suponemos que igual ocurrirá en el resto de España. Cuando llega hay un ansia desbordada por recibir las noticias. Sabemos por las comunicaciones de la tarde que el desfile, transmitido por radio a todo el país, ha constituido un espectáculo brillante, prolongado durante horas en medio de las aclamaciones de la multitud que lo presencia en las calles de Madrid. Pero no se dice una palabra de lo que, en Albatera al menos, interesa más.

—Habrá que esperar —dicen los optimistas— porque las celebraciones durarán tres días y no es lógico que el indulto se promulgue en el primero, sino en el último.

Que pasen las tres jornadas sin que se apruebe y divulgue la buena nueva del perdón, desilusiona un poco a la gente, pero no acaba totalmente con sus esperanzas. En el campo empiezan a darse otras fechas, insistiendo en que será un hecho antes de finalizar el mes. Incluso cuando unos días después circula la noticia de que una personalidad importante va a venir a Albatera para dirigirnos una alocución, una arenga o un discurso —que cada uno llama de distinta manera la anunciada disertación—, los optimistas no ocultan su alegría.

—Viene —dice— a anunciarnos el indulto.

Es absurdo y disparatado que, en caso de promulgarse un indulto, haya de venir a comunicárnoslo personalmente una personalidad cuyo nombre seguimos desconociendo. Pero basta que uno lo diga para que muchos lo repitan y todos los razonamientos en contrario no sirvan de nada. Existe, pues, un clima de general euforia cuando una tarde se obliga a formar en el campo para oír las palabras que va a dirigirnos un brillante escritor y pensador político. Aunque el nombre de Ernesto Giménez Caballero, que a continuación se cita, nada dice a muchos de los presos, para mí resulta más que suficiente.

Los que estamos en el calabozo tenemos la suerte de no tener que formar, pero no por ello nos libramos del discurso que los altavoces transmiten a todo el campo con inusitada potencia. La perorata de Giménez Caballero —librero e impresor de la calle de las Huertas, antiguo director de *La Gaceta Literaria* y uno de los firmantes del manifiesto fundacional de «La Conquista del Estado», primera organización de tipo fascista en España — es digna de él: larga, deslabazada, de un barroquismo delirante y casi ininteligible. No dice, claro está, lo que algunos ingenuos esperaban que dijera; en cambio, dice otras muchas cosas que sorprenden a la mayoría de sus forzados oyentes. Habla de los Reyes Católicos, de la España cesárea y eterna, del imperio que nos llevará a Dios y de la unidad indestructible de las tierras y los hombres de España. También de la decadencia irremediable de las grandes democracias y de las virtudes heroicas de Mussolini y Hitler, que van a traer una nueva Europa sobre las ruinas de la antigua; una Europa viril y marcial que romperá los dientes a las hordas rabiosas que desde las estepas asiáticas siguen soñando con destrozar entre sus garras a la civilización grecorromana, a la civilización cristiana de la que somos representantes y herederos. Alude, por último, a la guerra de España, donde ha sido aplastada la hidra revolucionaria y en donde los aprovechados explotadores de la ignorancia popular han huido cargados de millones, dejándonos abandonados, inermes y derrotados a merced de la generosidad del vencedor.

—Cuando como ahora os miro no veo en vosotros más que una masa amorfa —añade—. No distingo los rostros individuales, las personalidades,

los hombres. No sois más que las moléculas o los átomos integrantes de una inmensa mole. Habéis sido derrotados porque teníais que serlo, porque vuestros jefes, dignos jefes de estos rebaños, huyeron cargados de millones luego de aprovecharse de vuestra ignorancia; la torpe mente de unas masas primitivas en cuyo cerebro no brilla la luz de la inteligencia.

—¿Qué te parece el discursito? —me pregunta socarrón Acero cuando Giménez Caballero termina entre los bostezos de los oyentes.

—¡Que aviado está el país si éste va a ser uno de sus mentores intelectuales…!

Una de las consecuencias directas de la interminable perorata de Giménez es que en Albatera se deje de hablar automáticamente del supuesto indulto. Después de oírle hasta los más delirantemente optimistas han de decir adiós a sus infundadas ilusiones. Pero como la gente no se resigna nunca a perder las esperanzas, y cuando no tiene motivos en qué basarlas los inventa, muchos empiezan a hablar y a especular de nuevo con la tirantez internacional que hace presagiar en plazo breve una nueva conflagración de carácter general. Si conocemos con retraso la invasión italiana de Albania, que coincide con nuestro traslado desde el Campo de los Almendros a Albatera, posteriormente recibimos noticias —casi siempre exageradas— sobre nuevas exigencias territoriales de Hitler y Mussolini, de la creciente resistencia de las democracias cansadas de tanto ceder y del firme apoyo que Rusia parecía dispuesta a prestarles en su futura e inevitable lucha contra los regímenes fascistas. De nuevo volvemos a oír la misma frase:

—Pudimos ganar con sólo haber resistido seis meses más.

En todos los grupos renacen las viejas discusiones acerca de la posibilidad o imposibilidad de haber aguantado hasta el otoño para salvarnos. Una y otra vez se repiten idénticos argumentos en pro y en contra. No es posible poner de acuerdo a todos ni serviría de nada caso de poderlo lograr. En cualquier caso, mientras debatimos acaloradamente lo que pudo ser y no fue y lo que harán en los meses próximos Inglaterra y Francia, ayudadas por Rusia de un lado, e Italia y Alemania de otro, olvidamos un poco las angustias de nuestra situación actual.

* * *

Pero incluso en el mismo Albatera se producen algunas leves modificaciones que hacen menos penosa la situación general en la segunda quincena de mayo. La gente está un poco menos amontonada en el campo —pese a que todavía lo esté mucho— al haber bajado ligeramente el número de recluidos. Entre los muertos de hambre, frío, pulmonías, tifus y paludismo, por una parte, y los que se han llevado las comisiones investigadoras de los pueblos, por otra; los setecientos u ochocientos trasladados a Orihuela; los fugados y los puestos en libertad —relativa y condicionada libertad, puesto que todos sin excepciones tienen que presentarse a la policía o la Guardia Civil de sus lugares de residencia— en menos de dos meses la población reclusa ha disminuido en dos o tres mil personas. Claro que todavía quedamos entre diecisiete y dieciocho mil prisioneros, cuando el campo fue construido para contener un máximo de quinientos o seiscientos y la mayoría continúan teniendo que dormir con las piernas encogidas y sin poderse dar la vuelta.

Otro factor positivo es que empiece a hablarse de organizar brigadas de trabajo —que probablemente recibirán algo más de comida— para efectuar labores de reparación en los caminos cercanos, mejoras en las acequias y desecación de algunas charcas, tan abundantes en la extensa llanura entre las desembocaduras de los ríos Vinalopó y Segura, donde proliferan los mosquitos que hacen endémico el paludismo en toda la comarca. Son muchos los que quieren participar en los trabajos, pese a la debilidad y falta de fuerzas de la mayoría; todos sueñan con verse libres —aunque sea únicamente unas horas al día— del terrible hacinamiento de Albatera. Paralelamente empiezan a realizarse salidas diarias de un centenar de presos —vigilados y custodiados por una docena de soldados— para bañarse y lavar sus ropas en un lagunajo de aguas salobres a menos de un kilómetro de distancia. El agua es escasa y despide mal olor; pronto está tan sucia, que quienes se meten en ella salen con más basura que entraron. Pero el simple paseo hasta allí y el poderse librar de muchos piojos al lavar las ropas constituye una inyección de moral para muchos, de la que estamos privados quienes continuamos encerrados en el calabozo.

La primera comida caliente que nos dan desde que caímos presos en el puerto de Alicante es recibida con muestras generales de alborozo. No es muy abundante, ni variada, ni rica. Consiste simplemente en garbanzos guisados totalmente solitarios, sin aditamentos de ninguna clase. Pero sea por la habilidad y maestría de quienes los preparan —varios de los mejores cocineros de los grandes hoteles madrileños— o por el hambre que seguimos padeciendo, a todos nos saben a gloria. Procuramos alargar la degustación del cacillo que constituye nuestra ración diaria, comiendo uno a uno los garbanzos y lamentando únicamente acabar tan pronto.

Estos garbanzos, prácticamente lo único que comemos durante una semana, son la causa de una pequeña juerga en el calabozo, una tarde en que nos hallamos veintitantas personas recluidas en él. Del reparto general hecho a mediodía ha sobrado una gaveta, y como un regalo especial, los cocineros deciden enviar una parte a quienes tenemos de desventaja sobre los demás permanecer encerrados todo el día. Con habilidad de prestidigitadores logran escamotear una lata llena de garbanzos, meterla primero en el campo y hacerla, por último, llegar a nuestras manos.

—Comedlo a nuestra salud —dice Resti, un compañero de la Gastronómica, que ha pasado toda la guerra en los frentes, al entregarnos la lata— y que os aproveche a todos.

Es un banquete en toda regla. Cada uno de nosotros come en una hora lo que normalmente no ingiere en ocho días y sentir todos el estómago lleno produce en el calabozo un clima de general euforia. Para completarla, unos camaradas suyos de Vallecas han traído a Acero una bota de vino que consumimos también, y hasta tenemos la fortuna de poder fumar un cigarrillo por barba. Es más, mucho más de lo que nadie esperaba por la mañana y lo celebramos con risas, cuentos más o menos graciosos y canciones. Entre ellas hay una, cuya letra han elaborado en el campo muchos autores anónimos, en la que se habla burlonamente de nuestras angustias y sufrimientos de los Almendros y Albatera. La cantan con música de un tango popularizado por Angelillo en los últimos años: «Caminito». La letra no es un prodigio de versificación precisamente, pero acaso por las circunstancias todos la repetimos alborozados. Dice así:

Al puerto de Alicante
yo marché para embarcar;
yo quería los mundos correr,
yo quería los mares cruzar.
Esperaba un barquito muy blanco
como mi esperanza
que nunca llegó.
No me quejo, pues todo pasó
por viajar, por viajar, por viajar.
Desde entonces, ¡ay!,
todo es padecer.
¡Las maletas mías
no las vuelvo a ver!
Me trataron como a un asesino,
como a un incendiario,
como a un criminal.
No me daban nada de comer;
no me daban nada de cenar.
Me tuvieron durmiendo en el suelo
expuesto a los vientos, la lluvia y el sol.
No me quejo, pues todo ocurrió
por viajar, por viajar, por viajar…

Pero a estos breves momentos de alegría siguen, sin solución de continuidad, otros de agudo dramatismo. Desde que la División Littorio nos cercase en los muelles de Alicante han sido muchos los que han intentado fugarse, triunfando unos y fracasando otros. Es lógico que así sea porque los presos tienen siempre el derecho de aprovechar cualquier oportunidad para tratar de recuperar su perdida libertad, de igual manera que sus guardianes tienen el deber y la obligación de impedírselo. Son las reglas no escritas, pero inmutables, de un juego que se inició en la prehistoria cuando unos hombres empezaron a esclavizar a otros.

De Albatera, desde el día mismo de nuestra llegada, se fugaron bastantes utilizando los más diversos procedimientos. De unos pocos se

decía que habían logrado sus propósitos llegando a Valencia, Madrid o Barcelona; de algunos se aseguraba incluso que consiguieron atravesar la remota frontera francesa. Era creencia general, sin embargo, que una mayoría habían sido detenidos nuevamente antes de alejarse cincuenta kilómetros del campo y que no pocos de ellos habían sido fusilados. Circulaban insistente rumores de que muchas de las ejecuciones habían tenido lugar en los pueblos de los alrededores, e incluso no faltaban quienes afirmaban haber oído el ruido de las descargas en el silencio de los amaneceres.

Aun estando convencidos la mayoría de que todo esto era verdad, no faltaban escépticos que lo atribuían a la fantasía o al miedo de quienes lo afirmaban. En todo caso, nos faltaban pruebas directas, concretas, testimoniales e irrefutables. Pero a finales de mayo las tuvimos en mayor número y con caracteres más estremecedores de lo que hubiera deseado ninguno de nosotros.

A primera hora de la tarde siguiente a la de nuestra pequeña comilona en el calabozo dieron orden de formar en el campo. En un principio no le concedimos importancia alguna, seguros de que se trataría una vez más de la visita de algunas comisiones a las que tan acostumbrados estábamos. Comprendimos que se trataba de algo diferente, cuando uno de los cabos nos comunicó que también los encerrados en el calabozo tendríamos que forma fuera.

—¿Una nueva moda para jodemos un poco más? —pregunta irritado Acero.

—Tú obedece sin rechistar porque la cosa está muy seria.

Tenemos que salir del calabozo e ir formados a situarnos en el fondo del campo, no lejos de las alambradas que lo limitan. Ya para entonces están formados los demás presos con gestos serios y en un silencio que contrasta con el alboroto y la algarabía de otras formaciones. Extrañados, y aunque los soldados que guardan nuestro grupo hacen lo posible por impedirlo, preguntamos al pasar junto a ellos a algunos conocidos por el motivo de todo aquello.

—Van a fusilar a varios.

—¿Por qué?

—Tentativa de fuga.

Es la primera noticia que tenemos y nos cuesta trabajo creerla. Jamás comprenderé que se quite a un hombre la vida y menos aún que la ejecución pueda convertirse en espectáculo público. Pero cualquier duda desaparece cuando arribamos al lugar preferencial que hay reservado para los treinta y cinco hombres que estamos en el calabozo. Al otro lado de las alambradas se han triplicado los centinelas, muchos de los cuales portan naranjeros. Cada cincuenta metros se ha montado una ametralladora apuntando al campo, con los servidores detrás dispuestos a manejarla sin la menor demora. Todo aquello resulta amenazador y nada tranquilizante.

—¿Nos fusilarán a todos? —pregunta Rasillo en un susurro.

—Otra cosa sería más difícil —responde Acero en el mismo tono.

Ignoramos todavía a cuántos van a ejecutar oficialmente, quiénes serán las víctimas seleccionadas y si previamente han sido juzgados o no. En el rato que permanecemos formados —que se nos antoja interminable— nos llegan difícilmente algunas precisiones facilitadas en voz baja por otros grupos que deben estar mejor informados que el nuestro.

—Son tres.

—¿Guerrilleros?

—No; del SIM.

No parece, sin embargo, que sean una cosa ni otra. Dos minutos después, mientras aún dura la dramática espera, circulan de boca en oído, de una fila a otra, noticias que parecen más concretas. Se trata, al parecer, de dos tenientes y un comisario de una brigada que estuvo destacada en el frente de Levante. Cuando un pelotón mandado por un oficial va a situarse en el lugar elegido para el fusilamiento, hay alguien que precisa todavía más:

—Los tenientes son de la CNT; el comisario, comunista.

El silencio se hace más intenso unos segundos después. Todas las cabezas giran ligeramente hacia la izquierda, clavando la mirada en un grupo que surge de detrás de uno de los barracones. Lo integran varios soldados que custodian a los presos, un cura y cuatro o cinco oficiales que caminan rezagados unos pasos.

Los tres condenados, con las manos atadas a la espalda, visten un simple pantalón y una camisa caqui. Los rostros me parecen conocidos; estoy seguro de haberles visto anteriormente en el puerto, en los Almendros y en Albatera; incluso he debido hablar con ellos en más de una ocasión, aunque ignoro sus nombres o no los recuerde en este momento. Pero los nombres importan poco.

Lo fundamental es que son prisioneros como nosotros que van a ser fusilados.

De edades muy similares, deben oscilar entre los treinta y los treinta y cinco años. Uno es rubio, alto, delgado; otro, de pelo alborotado, recio de complexión y de estatura similar a la mía; el tercero, escurrido de carnes, muy moreno, con rasgos duros como tallados a hachazos. Caminan despacio, con paso firme, alta la cabeza, mirando a sus guardianes con gesto desafiante.

—¡Serenidad, camaradas! —grita de pronto el rubio—. ¡Es una provocación!

Uno de los soldados le coge del brazo para impedirle seguir hablando, pero se desprende con un movimiento brusco, mientras añade:

—¡Quieren mataros a todos!

—¡Silencio! —ordena un capitán adelantando unos pasos para llegar a su altura.

—¡Calma, compañeros, calma! —recomienda con voz firme el moreno—. ¡No caigáis en la trampa que os tienden!

Soldados y oficiales les rodean precipitadamente para que no sigan hablando, pero ya han dicho cuanto les interesaba decir. Cada una de sus palabras causa un terrible efecto en los millares de presos formados en el campo. Los rostros se contraen mientras se cierran con rabia los puños. Una desoladora sensación de impotencia se extiende entre nuestras filas. Muchos empiezan a verlo todo rojo y dan instintivamente un paso al frente. Los servidores de las ametralladoras ponen el dedo en el gatillo.

—¡Quietos, compañeros! ¡Es una provocación…!

Los gritos del moreno que, zafándose de las manos que pretenden taparle la boca, grita su postrera advertencia, vuelven a muchos a la trágica realidad. Dejarse arrastrar por la emoción, por los impulsos, únicamente

serviría para que en vez de tres fueran tres mil los muertos de esta tarde. Logran contenerse con un violento esfuerzo. La tensión dentro del campo baja unos enteros, mientras el nerviosismo parece aumentar fuera.

Apresuran su paso el grupo que rodea a los condenados. Llegan pronto al lugar elegido para la ejecución. El cura se acerca entonces a los tres, que le rechazan sin hablar palabra con gestos expresivos. Luego un sargento quiere vendarles los ojos; con absoluta unanimidad los que van a ser fusilados se niegan a dejarse vendar. El cura y el sargento se apartan.

Los tres condenados quedan frente al pelotón. Alzan las cabezas, mientras sus ojos parecen relampaguear. Sacan los pechos desafiando a las balas y se yerguen decididos, con los pies bien asentados en tierra.

Junto al piquete, el teniente que lo manda grita nervioso sus órdenes:

—¡Preparados…! ¡Apunten…! ¡Fuego…!

—¡Viva la…!

El final del grito de los condenados se pierde en el estrépito de los disparos. ¿Qué vitorean en el último segundo? ¿A la revolución, a la anarquía, a la República? No llegamos a saberlo. Con un nudo en la garganta, a través del velo que repentinamente empaña muchas pupilas, asistimos a la trágica escena.

La descarga que ahoga su exclamación postrera hiere certeramente a los tres condenados. Repentinamente se abren en sus pechos los boquetes a través de los cuales se les escapa la vida. Un momento, sin embargo, permanecen en pie, con los ojos muy abiertos, mirando sin ver. Incluso uno de ellos da dos pasos al frente, mientras sus compañeros se hunden verticalmente. El otro cae también unas centésimas de segundo después. Uno queda de espaldas; los otros, de bruces. Acaso sea una ilusión óptica, pero creo ver que aún se mueven, ya tendidos en el suelo.

Tras una ligera pausa, el teniente se acerca a los cuerpos caídos en tierra con una pistola en la mano. Está pálido, ligeramente desencajado. Se agacha un momento junto a cada uno y le dispara en la cabeza el tiro de gracia. Los condenados quedan en una completa y definitiva inmovilidad.

Por el campo se extiende un silencio pesado que parece gravitar como losa de plomo sobre el corazón de todos nosotros.

* * *

A estos primeros fusilamientos oficiales y públicos de Albatera, siguen otros en días sucesivos. Siempre el motivo es el mismo: tentativa de fuga. Los presos, correctamente formados, tienen que asistir a todas las ejecuciones. Únicamente los encerrados en el calabozo, no sé si por olvido o deliberadamente, nos libramos de presenciar algunas.

Lo celebramos porque el macabro espectáculo tiene poco de agradable. Especialmente en dos casos en que luego de los fusilamientos obligan a los presos a desfilar delante de los cadáveres de sus compañeros ensangrentados. Pero incluso en los casos que no tenemos que presenciar, pasamos unas horas amargas. Vemos formar a los demás, oímos las voces de mando, las descargas y los tiros de gracia. Sin verlas directamente, vamos reconstruyendo mentalmente las trágicas escenas a medida que se desarrollan los hechos.

Los repetidos fusilamientos producen una impresión deprimente en todos los ánimos. Las gentes no tienen ganas de reír, de cantar, de hablar siquiera. Durante horas enteras —especialmente las que siguen a cualquiera de las ejecuciones— reina un silencio impresionante por doquier. Callados, concentrados en sí mismos, sentados o tumbados en el suelo, cada uno rumia sus propios pensamientos. El clima, el ambiente, es todavía peor que en las semanas de casi completo ayuno.

Pero si con los fusilamientos públicos se quiere escarmentar a los presos y acabar con las fugas, el resultado es diametralmente opuesto al perseguido. Nunca son más abundantes las fugas en Albatera que en los días postreros de mayo y primeros de junio. Hay una psicosis de pesimismo y desesperanza que incita a los prisioneros a intentar la huida por todos los medios imaginables aun a riesgo de perder la vida en el empeño.

Se produce en esta época un episodio dantesco, que afortunadamente no presencio personalmente, pero que me narran cien veces con todos sus detalles quienes lo presencian. Es el caso de un pobre hombre, alto, de impresionante delgadez, al que según sus compañeros de grupo domina el miedo, que una mañana, mientras monda torpemente una naranja se le escapa de los dedos y va rodando hasta una de las alambradas. El hombre se

acerca a recogerla y cuando ya la tiene en la mano, un centinela moro le obliga a permanecer inmóvil bajo la amenaza de sus armas, mientras reclama a voces la presencia del cabo. Afirma luego que el prisionero ha tratado de escapar y el cabo le cree porque efectivamente está en la misma alambrada.

Le fusilan al día siguiente, pese a sus protestas de inocencia, de sus súplicas y lamentos. Está más muerto que vivo cuando le llevan al lugar de la ejecución. Caído de rodillas porque las piernas se niegan a sostenerle, llora y pide por su vida. Tan impresionante es el cuadro que cuando los componentes del piquete disparan las balas pasan por encima de la cabeza del condenado y tienen que volver a disparar. Ni siquiera en esta segunda ocasión le matan; herido y desangrándose el pobre diablo sigue chillando en el suelo. Incluso el oficial que tiene que darle el tiro de gracia marra el blanco y tiene que apretar tres veces el gatillo.

—¿De qué sirve no intentar fugarse —se preguntan muchos— si de todas formas pueden condenarte y fusilarte lo mismo que a ese desgraciado?

* * *

Cuando días después todos seguimos obsesionados con el doloroso suceso, a un fraile de Orihuela, el padre Jesús, se le ocurre visitar Albatera. No es la primera vez que lo hace y como siempre quiere lucir sus dotes oratorias, pronunciando encendidas arengas en distintos puntos del campo y ante diversos grupos que le escuchan como quien oye llover estando a cubierto.

En esta ocasión se asoma al calabozo. El calabozo está lleno, porque hace pocas horas de la visita de Amor Buitrago, acompañado de la policía, y han encerrado a muchos, entre los que hay figuras más o menos conocidas de todos los partidos y organizaciones antifascistas. El padre Jesús habla en el mismo tono grandilocuente de siempre, diciendo prácticamente lo mismo. Empieza por aludir a nuestros crímenes y barbaridades, por las que debemos elevar nuestras preces al Señor en demanda de perdón. Tenemos que arrepentimos de todo corazón para aplacar la cólera divina antes de que sea tarde para librar nuestras almas del fuego eterno. Piadosamente, añade,

que no toda la culpa es nuestra, sino de los jefes que nos engañaron, valiéndose de nuestra ignorancia y que huyeron en el momento crítico, dejándonos abandonados.

—Sois culpable, sí —añade—. Pero a los ojos del Señor misericordioso, vuestros graves pecados tienen la disculpa de las escasas luces, de la cerrazón mental en que vivíais, de vuestro completo analfabetismo. Sois ovejas descarriadas, vilmente engañados y empujados a los abismos del mal por la taifa de pastores malvados, de aventureros sin escrúpulos que tras dar rienda suelta a vuestros peores instintos querían medrar a vuestra costa, hasta que…

Parece que va a continuar por este camino, cuando Rodríguez Vega, que no puede contenerse más tiempo, le interrumpe, acercándose a hablarle en tono suave:

—¿Cree usted de verdad que soy uno de esos analfabetos engañados?

—¿Por qué lo dices? —pregunta a su vez, sorprendido, el padre.

—Porque soy el secretario general de la Unión General de Trabajadores.

—¿Secretario de la UGT?

—Sí, el sucesor en el mismo puesto de Largo Caballero. ¿Seré uno de los engañados?

—¡Oh, no, ni pensarlo! —se escandaliza el padre Jesús—. Tú eres uno de los jefes de que hablaba antes.

—Y, sin embargo, no he huido cargado de millones. ¿O cree que guardo millones en esa maleta?

Antes de que el fraile salga de su confusión, somos veinte los que, imitando a Rodríguez Vega, preguntamos al padre Jesús si somos de los engañados, señalando nuestras respectivas profesiones y cargos.

—Yo soy abogado y diputado socialista.

—Yo médico y jefe de sanidad de un cuerpo del ejército.

—Yo metalúrgico y mandé una división en el Jarama.

—Yo catedrático y gobernador civil.

—Yo periodista.

—Yo alcalde de…

El padre Jesús nos mira estupefacto, sumido por nuestras palabras en una confusión sin límites. Asido con ambas manos a los barrotes de la reja

que le separa de nosotros; se pone colorado, abre la boca y no acierta a decirnos lo que está pensando.

—¿Sigue creyendo, padre, que hemos sido engañados por unos jefes que abusaron de nuestra ignorancia? —inquiere suavemente Rodríguez Vega.

—¿Engañados? —reacciona con lentitud el fraile—. No; no. Creo más bien que el equivocado era yo. Y que vosotros… ¡Vosotros iréis de cabeza al infierno…!

IX

LA EXPEDICIÓN DE LOS 101

Comienza la segunda decena de junio. Hace más de dos meses que llegué a Albatera y más de uno que permanezco recluido en el calabozo. Han sido muchas las veces que en estos treinta y tantos días he visto llenarse y volverse a vaciar el infecto barracón. Generalmente han sido expediciones destinadas a Orihuela. En todas he tenido el temor o la esperanza —según mi estado de ánimo y las suposiciones acerca de la suerte corrida por quienes me han precedido en el mismo camino— de ser incluido en ellas, aunque al final no figurase en la lista de ninguna. En igual caso están otros seis hombres; mientras los demás pasan pocas horas en este lugar, nosotros permanecemos semanas y semanas. Parece que todos nos han olvidado. Con frecuencia, pensamos en los presos destinados en las oficinas del campo que desaparecieron el día de nuestro encierro y a quienes con toda probabilidad debemos nuestra anómala situación. Todavía no sabemos si nos perjudicaron o, por el contrario, nos hicieron el mayor de los favores.

El juicio depende, en definitiva, de lo que haya sido y sea de los trasladados a Orihuela. Ayer, precisamente, tuve noticias de uno de ellos, nada agradables, por cierto. Se trata de Eliseo Romero, hermano de Isabelo, secretario de la Regional Centro en julio de 1936. De Isabelo, muerto en el verano de 1937, guardo un recuerdo grato. Figura sindical nada famosa

fuera de los medios confederales, tuvo un papel importante en la defensa de Madrid del noviembre famoso, a su impulso se debió en buena parte la aparición de *Castilla Libre*, periódico que he regido durante más de dos años. Viene a decírmelo un primo suyo, Jesús, preso en Albatera, a quien acaba de comunicárselo la viuda de Isabelo.

—Elena supo que a su cuñado Eliseo le habían sacado de aquí con rumbo a Orihuela hace mes y medio. Como allí no pudo encontrarle en ninguna cárcel, hizo averiguaciones y acabó por saber que le habían matado antes de llegar a su punto de destino.

Según la dijeron le mataron al intentar fugarse, saltando del camión en que era conducido. Al parecer, otros varios perecieron en los mismos lugares, día y circunstancias. ¿Qué habría sido de los demás trasladados allá? Elena no pudo, por ignorarlo, decírselo a Jesús ni éste a mí, aclarando dudas y despejando temores.

—En cualquier caso no resulta demasiado tranquilizador saber que mataron a varios en el camino.

En las cinco semanas que llevamos en el calabozo, procuramos adecentarlo un poco, terminando con chinches, pulgas y piojos. Fracasamos estrepitosamente, porque carecemos de los medios adecuados para combatir aquella plaga y los incómodos bichitos se multiplican con mucha mayor velocidad que la que empleamos para matarles nosotros. Al final no nos queda otro remedio que considerarnos derrotados y pechar con las inevitables consecuencias: que estamos llenos de miseria.

Muchas veces, cuando llevamos horas solos en el calabozo y hemos hablado ya todo lo que teníamos que hablar, nos entretenemos compitiendo en una prueba que tiene tan poco de bonita como de higiénica. Consiste en agitar violentamente la cabeza doblando el cuerpo hacia adelante y contar los piojos que caen al suelo. Gana, naturalmente, el que arroja más con cada movimiento, casi siempre porque su pelambrera está más poblada que las del resto.

Recibo algunas cartas de mi madre, que continúa confiando en mi liberación, pese a sus repetidos desengaños. En una de ellas, fechada en 3 de junio, me anuncia alborozada que mi hermano Antonio y un primo mío, al que ni siquiera conozco, recién llegado a Madrid de la que fue zona

nacional —de Valladolid, concretamente— y que es «camisa vieja», van a ir en mi busca a Albatera, convencidos de que volveré a Madrid en su compañía. No tengo que escribir a mi madre diciéndole que pueden ahorrarse el viaje, porque no servirá para nada, porque cuando recibo la carta ya han fracasado los viajeros en el difícil empeño. Todo lo que ambos consiguen y no sin vencer grandes dificultades es que les dejen llegar hasta la puerta del calabozo, acompañados por un cabo y un soldado, para que puedan verme. Les veo y hablo con ellos tres minutos a través de la reja. Reconocen que han fracasado por la terca obstinación de un capitán, pero afirman que piensan proseguir sus gestiones en Madrid. Les agradezco sinceramente el trabajo que se han tomado, pero considero inútil que se tomen ninguno más.

—Seguramente me llevarán a Madrid, sin que vosotros tengáis que hacer nada. Si antes, naturalmente, no me pegan cuatro tiros sin salir de la provincia de Alicante.

* * *

Cuatro días después, en la tarde del 11 de junio, ordenan formar en el campo a todos los presos. Nos alarmamos en el primer momento, porque están recientes los últimos fusilamientos. Por fortuna, en este caso no se trata de ejecuciones, sino de una visita más de quienes vienen en misiones de busca y captura de determinados detenidos. No concedemos al hecho la menor importancia y seguimos como estamos —casi desnudos, por culpa del calor— tumbados unos en las literas o el suelo o yendo otros de un extremo del barracón al contrario.

—¡Cuidado! ¡A formar rápido, que ya están aquí!

Cuando el cabo grita su advertencia, ya están en la puerta cinco o seis individuos vestidos de paisano. Formamos precipitadamente en dos filas y yo quedo, por casualidad, en la segunda. Se abre la verja, penetran los visitantes y comienza la búsqueda. Son ya las siete de la tarde, el sol se ha puesto y si fuera, en el campo, sobra la luz, en el interior del calabozo más bien falta.

Uno de los individuos, de paisano, se queda vigilante en la puerta. Los otros, en grupo, recorren lentamente las filas, mirándonos con curiosidad.

Una sola ojeada nos permite descubrir que cuatro de los recién llegados son policías. El restante es, tiene que ser por fuerza, el chivato de turno. Es una triste escena, que hemos presenciado múltiples veces en las últimas semanas. No me fijo demasiado en las caras, que siempre hasta ahora resultaron totalmente desconocidas para mí. Ni siquiera en el preso que, voluntariamente, por propia decisión o convencido a fuerza de palos, les acompaña. En cualquier caso, no están mucho tiempo en el calabozo y apenas si cambian entre sí algunas palabras en voz tan baja que no podamos entenderla.

—¿Le has visto, Guzmán? —viene a preguntarme, excitado, Acero, apenas nos vuelve la espalda.

—¿A quién? ¿Alguno de los polis?

—No; el que venía con ellos. ¿No sabes quién es? ¡Amor Buitrago!

Amor Buitrago, hijo de Victoriano Buitrago, antiguo militante confederal del Puente de Vallecas, es un muchacho de las Juventudes Libertarias. No he tenido contacto alguno con él y no es sorprendente que no le haya reconocido. Le he visto varias veces en el puerto y en los Almendros, hablando con Leiva y con Bajo, pero de esto hace más de dos meses y seguramente está tan cambiado como debemos estarlo nosotros. En cualquier caso, no parece que él me haya reconocido, quizá ni siquiera visto.

—Pues a mí, sí me ha reconocido —replica Amos Acero— y temo mucho que haya hecho lo mismo con otros; sin excluirte a ti.

Al poco rato las palabras de Acero tienen plena confirmación. Antes del toque de silencio traen quince o veinte presos al calabozo y todos están convencidos de haber sido señalados por Amor. Entre los que encierran están Rodríguez Vega, Trigo Mairal, Julián Fernández y Antonio Molina. Todos están dolidos con el cobarde que les ha señalado, pero quienes más duramente le califican son quienes hasta ahora le tenían por compañero.

—Aunque su madre fuese una santa —dice Molina— es un hijo de puta desde el día mismo de su nacimiento.

Hablamos, inevitablemente, de los chivatos y de las miles de razones que pueden inducir a un hombre a traicionar y vender a sus compañeros. Coincidimos plenamente en el concepto que merecen los confidentes de

cualquier clase y condición que sean, incluso cuando se trate de enemigos y sus confidencias beneficien la causa que defendemos, como se han dado centenares y aun millares de casos en el curso de nuestra guerra. Son hierbas perniciosas que conviene arrancar de raíz sin contemplaciones de ninguna especie. Y tan despreciables como ellos mismos las causas que siempre les mueven.

—En definitiva, podemos reducirlas a cinco: ambición, morbosidad, dinero, miedo insuperable y debilidad para resistir los castigos físicos.

En diferentes circunstancias a las nuestras, la primera y la tercera podrían desempeñar un papel importante. Dada las condiciones en que vivimos, casi podemos descartar ambas por completo. Es muy difícil, en efecto, imaginar que ningún antifascista pueda esperar en este momento satisfacer sus ansias de trepar y medrar en la política a cambio de sus traiciones; también que la oferta de grandes sumas dinerarias logren convencerle, en el caso improbable que a alguno se le hagan. Quedan en pie los tres motivos restantes.

—El comandante Velasco, por ejemplo, es un tipo morboso, que disfruta con el sufrimiento que causa a sus antiguos camaradas. Es también un cobarde, que pretende salvar la piel como premio a sus confidencias, pero esencialmente una mentalidad enfermiza y retorcida. ¿Lo es también Amor Buitrago?

No le conozco lo suficiente para poder aventurar una opinión, pero sí Amos Acero, porque ambos viven en Vallecas. Rechaza la idea de que pueda ser un sádico. Considera que es un trepador que, con cierta facilidad de palabras como único bagaje y sirviéndose del historial de luchas de su padre como escabel, aspiraba a destacar y sobresalir sin verdaderos méritos propios. No cree que sea un traidor innato y voluntario, pero sí que carece de la entereza para afrontar un trance tan difícil como el que todos atravesamos desde el final de la guerra.

—Es posible que le hayan pegado, cosa que ignoro. Supongo, sin embargo, que no habrán tenido que torturarle mucho para convertirlo en la piltrafa humana que son los chivatos, porque siempre he sospechado que le faltaba el valor preciso para morir si es preciso en defensa de sus ideas. O,

mejor dicho, de las ideas de su padre, ya que no creo que él, arribista típico juvenil en un período agitado, tenga ideas propias de ninguna clase.

—En cualquier caso —comento yo— debemos compadecerle. Aunque sólo sea recordando que la compasión es la fórmula ínfima del desprecio.

Hablamos a continuación de las posibles consecuencias inmediatas de su delación. Hasta ahora todos los que fueron señalados por Velasco y otros chivatos fueron encerrados en el calabozo para ser trasladados al día siguiente a Orihuela. ¿Lo serán mañana mismo los marcados por Amor Buitrago, entre los que no sabemos —aunque suponemos que sí— estaremos Acero y yo?

—Mañana no creo, porque mañana es domingo y me parece recordar que en domingo no se hizo ningún traslado.

—Yo creo —dice Rodríguez Vega— que seremos conducidos directamente a Madrid. Los que acompañaban a Buitrago eran agentes de la policía madrileña, según les oí decir. ¿Para qué perder tiempo haciéndonos pasar por Orihuela cuando es en Madrid donde les interesamos?

Tiene perfecta lógica su opinión, aunque otros muchos cuya principal actuación había tenido Madrid por escenario —Antona, Zabalza, Navarro Ballesteros, etc.— fueron llevados a Orihuela. Claro que existía la diferencia de que a ellos no habían venido unos policías desde Madrid a buscarles.

Conforme suponíamos por anticipado, el domingo no se llevan a ninguno del calabozo. Pero sin moverme de él recibo unas noticias que parecen confirmar el parecer del secretario de la UGT. Se trata de Aselo Plaza, al que unos policías se han llevado directamente a Madrid. Me lo cuenta con aire preocupado Esplandiú, que la tarde anterior no pudo acercarse siquiera por el revuelo causado en el campo por la presencia de Buitrago transformado en confidente. Añade algo más:

—En el mismo coche en que los policías se llevaron a Aselo, y estuvo un rato parado a la entrada del campo, llevaban también a Gómez Osorio. Debieron ir por él a Alicante antes de venir a Albatera.

La impresión general de que los señalados por Amor Buitrago serán —o seremos— trasladados directamente a Madrid se acentúa considerablemente en la mañana del lunes. Hay una nueva expedición de presos con destino a

Orihuela, pero aunque en la consabida lista aparecen cuarenta personas de las recluidas en el calabozo, no figura en ella un solo nombre de cuantos encerraron en la tarde del sábado.

—Supongo que nosotros saldremos mañana mismo —dice Antonio Molina— en viaje directo de regreso a Madrid.

Transcurre, sin embargo, tanto la tarde del lunes como la jornada íntegra del martes sin que nadie se presente en nuestra busca. ¿Piensan dejarnos allí de una manera definitiva? La mayoría rechazan la idea, ya que los policías que vinieron el sábado a Albatera dijeron a varios de los señalados que se preparasen para lo que muy pronto les esperaba. Buscamos una explicación al retraso y creemos encontrarla en que los agentes hayan ido a Madrid en busca de medios de transporte para efectuar la conducción e incluso de refuerzos para custodiarla.

—¡Bah! —exclaman algunos escépticos—. No debemos pasar de veinticinco los seleccionados en el campo y con un solo camión y seis o siete policías de escolta tendrán más que suficiente.

—¿Pero quién te dice que no vayan a llevarse otros tantos de Alicante y tal vez de Orihuela?

Buitrago fue conducido como varios millares de prisioneros más a la plaza de toros alicantina al desalojar el Campo de los Almendros. Allí debieron dar con él los policías madrileños y parece natural que empezase a delatar a compañeros suyos de reclusión en el mismo coso. Tampoco se me antoja disparatado que le hayan llevado a los castillos de San Fernando y Santa Bárbara, donde están recluidos muchos militares profesionales, mandos de milicias y comisarios políticos, de igual modo y con idéntico propósito que le trajeron a Albatera. Ni siquiera cabe descartar la posibilidad de que hayan hecho otro tanto en Orihuela.

—Es probable que no se trate únicamente del traslado de veinte o veinticinco presos, sino del doble como mínimo. Incluso que pasemos del centenar los integrantes de la expedición que preparan.

Muchos creen excesivo este último número; yo pienso todo lo contrario. Aunque en los dos meses y medio transcurridos desde el final de la guerra se hayan llevado bastantes a Madrid y hayan muerto otros tantos, en el puerto de Alicante llegó a concentrarse una verdadera multitud. En ella nos

encontrábamos varios millares de personas salidas de la ciudad el mismo 28 de marzo en que se perdió. Incluso muchas que lo hicieron días antes habían desarrollado en ella sus actividades —militares, políticas, sindicales, periodísticas, jurídicas y policiales— durante los treinta y dos meses de guerra. Aparte de los pocos que por uno u otro procedimiento lograron embarcar en las jornadas postreras de lucha, en los muelles estaban el 31 de marzo los cuadros directivos de sindicatos y partidos, el esqueleto de la organización que mantuvo durante largos meses la resistencia de la zona Centro-Sur.

—A todos —jefes de división, brigada, batallón o compañía, gobernadores civiles, alcaldes y concejales, comisarios políticos, magistrados y jueces, periodistas, policías y un larguísimo etcétera— nos acusan de haber participado en la rebelión y van a juzgarnos por ello. ¿No crees que hay todavía, aquí, en Orihuela y Alicante, más de cien y aún más de quinientas personas que fuimos alguna de esas cosas en Madrid?

A las diez y media de la mañana del miércoles 15 de junio de 1939 (año de la Victoria) comienzan a despejarse nuestras dudas al respecto. A esa hora un cabo nos comunica una orden de cumplimiento inmediato, gritando desde la reja del calabozo:

—¡Que se preparen con todo los de Madrid! ¡Deprisa porque ya vienen por ellos!

Es inútil que le preguntemos nada porque no sabe más que lo que ha dicho. Ignora si se trata sólo de los que hayan nacido en Madrid o de cuantos hayan estado allí durante la guerra. Encogiéndose de hombros, responde:

—Ahora vendrán con la lista, que están terminando de escribir. Pero si cuando lleguen no estáis preparados… ¡Bueno, será mejor que lo estéis!

Se marcha sin más explicaciones. Suponemos que en la lista figurarán los nombres de todos los señalados por Amor Buitrago. Por si acaso nos preparamos también algunos que no sabemos si se fijó o no en nosotros. No es mucho el equipaje de ninguno y no tardamos en tenerlo dispuesto.

Yo me limito a abrir la maleta y sacar el único traje que tengo. Un traje de invierno cuando ya estamos a mediados de junio. La chaqueta me está muy ancha y los pantalones se me caen. Resuelvo el problema atándome

una cuerda a la cintura. Me pongo también una camisa cuyo cuello me sobra y lo sujeto con una corbata. No debo estar muy presentable, pero no tengo nada mejor. En la maleta meto el jersey y los pantalones que he usado en el campo. Están viejos, sucios y con abundancia de piojos, pero me los llevo porque ignoro si podré necesitarlos. En la maleta llevo unas carpetas con papeles. Parte de los que saqué de Madrid, los quemé en el puerto y en los Almendros. Sigo conservando una o dos novelas y una obra de teatro. Creo que no son del todo malas. En cualquier caso, no tienen relación alguna con la guerra o la política.

Termino en diez minutos. Los demás emplean un tiempo parecido. Hemos concluido todos un poco antes de que llegue hasta la puerta del calabozo un hombre joven, de paisano, policía sin duda, al que acompañan un cabo y dos soldados.

—¡Atención a los nombres! Id saliendo a medida que os nombre.

Empieza la lista y termina mucho antes de lo que suponemos. No consta más que de diez nombres. Van saliendo los mencionados y forman con sus maletas delante del calabozo, vigilado por dos de los soldados. Cierran la reja y los que no hemos sido nombrados nos miramos sorprendidos y desconcertados.

—No soltéis las maletas —advierte el policía antes de irse—. Ahora vendrán con otra lista.

La segunda lista, leída por un policía distinto, consta de once nombres. ¿Son todos los que van a salir en la expedición que están organizando? Se lo preguntamos al que la ha leído, pero se encoge de hombros y nos vuelve la espalda sin molestarse en contestar una sola palabra. En esta segunda lista figuran casi todos los amigos y conocidos que entraron en el calabozo la tarde del sábado. ¿Nos quedaremos en el calabozo cuatro de los señalados por Buitrago y yo?

—Habrá una tercera lista —dice Antonio Molina.

La hay, aunque pasen diez minutos desde que se llevan a los comprendidos en la segunda hasta que aparece un policía portador de la tercera. Es mucho más breve que las anteriores. Consta sólo de cuatro nombres, el de Molina el último. No figuro tampoco en ella. Se lo digo al agente, mientras cierran la puerta del calabozo.

—No creo que haya más listas ni más nombres.

Estoy sorprendido y desconcertado. Aunque en un principio no creyese que Buitrago me hubiere reconocido, quizá ni siquiera visto, después había llegado a la conclusión de que Acero tenía razón y de que ambos figuraríamos en la primera expedición de presos para Madrid. Incluso en el caso de que Amor no me hubiese marcado como a los demás, en la oficina del campo —donde seguramente habrían redactado las listas— sabían que había dirigido un periódico en Madrid y que estaba en el calabozo. Hacía pocos días de la gestión fallida de mi hermano Antonio y uno de mis primos y por fuerza tendrían que recordarlo.

Comprendía mi prolongada estancia en el calabozo porque el día de mi entrada desaparecieron los auxiliares que trabajaban en la oficina del campo y podían haber trastocado o destruido la documentación referente a mí. Pero más que casualidad lindaría con lo milagroso que también hoy se repitiera la historia.

Durante un rato permanezco de pie, junto a los barrotes de la puerta, esperando que vengan por mí. Pero como transcurre un cuarto de hora sin que aparezca nadie me meto en el cuartucho, dejo la maleta sobre un banco, me quito la chaqueta y empiezo a aflojarme la corbata. Estoy en esto, vuelto de espaldas a la puerta, cuando oigo una voz:

—¡Eduardo de Guzmán…! ¡Corriendo con todo…! ¡Que se están cansando de esperar…!

Confuso giro sobre mis talones para mirar a la puerta. Están abriendo de nuevo el rastrillo mientras un policía, que debe haber venido corriendo a juzgar por su aspecto, me apremia:

—¡Venga ya, pelmazo…! Media hora de retraso y encima tú…

Trato de protestar. Hace una hora que estaba preparado, pero nadie me ha llamado hasta ahora. Incluso pregunté a dos agentes que vinieron antes y ninguno de los dos me hizo el menor caso.

—¿Sales de una vez o te saco a patadas? —me interrumpe destemplado.

Vuelvo a ponerme la chaqueta, cojo la maleta y salgo. Asiéndome de un brazo el agente me empuja hacia la puerta del campo, mascullando entre dientes algo que no llego a comprender. En el recinto exterior veo dos camiones llenos de presos. Uno que ha debido completar su carga y parece

dispuesto a emprender la marcha más lejos. Otro, más próximo, donde unos guardias civiles y unos policías parece que están concluyendo de amarrar a los detenidos. En ambos veo muchas caras conocidas; incluso algunas que tengo la seguridad de que estuvieron en los Almendros, pero no en Albatera.

—Creías que nos olvidábamos de ti, ¿eh, Guzmán? Pues ya verás con qué cariño te recordamos. ¡Especialmente yo!

Es un hombre de treinta a treinta y dos años, diez o doce centímetros más alto que yo, de frente despejada, hombros anchos, vestido con pulcritud, que sonríe al mirarme y habla en tono marcadamente burlón. Soy buen fisonomista y tengo la seguridad de no haberlo visto antes pese a que él parece conocerme a mí. Desde luego, no acierto a imaginarme siquiera por qué ha de recordarme de una manera especial.

—Por tus artículos, naturalmente —continúa sarcástico, contestando a una pregunta que no he llegado a formular—. ¡No sabes cómo disfrutaba leyéndote! ¡Lástima que no podrás seguir escribiendo…!

Más que las palabras, el tono con que las pronuncia y los gestos que las acompañan no dejan lugar a la menor duda. Se burla de mí, que no puedo contestarle. Probablemente le hace gracia mi aire de completa derrota, mi acentuado enflaquecimiento a causa del hambre; quizá ver que me sobra la mitad del traje viejo de riguroso invierno que llevo en los comienzos del verano; tal vez presumir que llevo tres meses sin bañarme, casi sin lavarme y lleno de piojos.

En Madrid tendremos ocasión de hablar. ¡Te aseguro que no vas a aburrirte!

Debe ser el jefe de la expedición que va a volvernos al lugar de donde salimos dificultosamente el 28 de marzo. Los demás agentes parecen pendientes de él y obedecen en el acto no ya sus órdenes, sino sus menores gestos. El que ha ido a buscarme al calabozo, me empuja al borde del camión que no ha ultimado aún los preparativos de marcha. Me obliga a levantar los brazos, tras dejar la maleta en el suelo, y me cachea concienzudamente. Sonrío para mis adentros; no me encontrará nada encima, excepto bichitos molestos, algunos de los cuales pueden irse con él.

Mientras me cachea oigo a mis espaldas las risas del que supongo jefe de la expedición en charla con algunos oficiales. De vez en cuando logro entender una palabra o frase suelta. Me imagino, acaso con un exceso de suspicacia, que hablan de mí. Incluso creo escuchar una alusión a la reciente visita de dos familiares míos.

—Decían con toda su cara que le avalaban. Yo les contesté que quién diablos les avalaba a ellos y se fueron con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

Repentinamente cruza por mi cerebro la idea de que el retraso en llamarme, el dejarme el último en el calabozo y el hacerme pensar que no iba a ir en aquella expedición no es producto de un descuido accidental, sino algo perfectamente pensado. En el acto lo relaciono con el cuento de Villiers de l'Isle Adam y el refinamiento inquisitorial del tormento de la esperanza. Si hace meses luché esforzadamente por librarme de esa trampa, quizá haya caído hoy en ella de manera inconsciente y maquinal.

—Sólo faltas tú. ¡Sube ya al camión!

Alzo la maleta, queriendo meterla en el hueco que veo en el banco trasero del camión. Uno de los guardias que está arriba la rechaza. No hay sitio para la maleta. Dirigiéndose al policía que está a mi lado, explica:

—Si nos llevamos la maleta, no cabe él.

—¡Pues que deje la maleta! ¿No me has oído?

Le he oído perfectamente, pero no quiero prescindir de la maleta. Se lo digo en el tono más suave posible y discutimos un momento. El jefe de la expedición corta en seco el debate. Dirigiéndose al policía ordena tajante:

—¡Manda la maleta a hacer puñetas, Luis!

—Pero es que… —me vuelvo a protestar.

—No la necesitas —me interrumpe—. ¡Para el viaje que vas a emprender no necesitas ningún equipaje!

El llamado Luis tira violentamente la maleta al suelo. Tengo que subir al camión. Unos tablones que van de un lado a otro forman unos bancos en que van sentados los presos de espaldas al sentido de la marcha. Hay cuatro bancos en cada uno de los cuales van, bastante apretados, seis hombres.

Me han dejado un sitio en el último banquillo. Cuando subo, uno de los guardias cierra en torno a mi muñeca izquierda una esposa cuyo extremo

opuesto sujeta la mano derecha del preso que va a mi lado: Antonio Molina. Es difícil que unidos en esta forma los seis que ocupan cada banquillo exista el menor peligro de fuga. No obstante, una vez sentado el mismo guardia me ata los pies. Debo hacer algún gesto, porque el guardia sonríe y exclama:

—Preso atado, pareja suelta.

Emprendemos la marcha y pronto perdemos de vista el campo de Albatera. En el camión, además de los veinticuatro presos bien atados, van dos números de la guardia civil que vigilan atentamente nuestros movimientos. Como no tardaré en comprobar, otros dos guardias marchan en la cabina junto al conductor, que también debe ser agente de la autoridad.

Delante de nosotros va otro camión tan cargado como éste. Entre ambos, un automóvil con cinco agentes de paisano. Cerrando la marcha otro coche en que he visto meterse al jefe de la expedición y cuatro policías más. Marchamos por un camino estrecho hasta que, luego de cruzar la vía férrea, salimos a la carretera. Allí nos detenemos un momento pegados a la cuneta.

El automóvil en que va el jefe de la expedición nos adelanta para ir a hablar con los ocupantes de otro coche —probablemente policías también— que nos espera. Tras recibir las instrucciones, el auto que nos esperaba sale lanzado y el jefe hace señas para que nuestros dos camiones reanuden la marcha.

Torcemos a la izquierda al llegar a la carretera. Como estamos en la ruta que va de Alicante a Murcia, ello indica que nos dirigimos a Orihuela. Lo comprobamos en Callosa de Segura viendo en la casilla de un peón caminero los kilómetros que nos faltan. ¿Vamos a quedarnos en Orihuela como tantos otros que salieron de Albatera? Podría ser. Aunque los policías han hablado de Madrid en diferentes ocasiones cabe la posibilidad que lo hicieran por despistarnos. Sin embargo, tengo la impresión de que pasaremos de largo por Orihuela. Se lo digo en un susurro a Molina que va a mi izquierda y que tras asentir con un movimiento de cabeza, precisa en voz baja.

—En Orihuela recogeremos a otro grupo de presos.

Diez minutos después entramos en Orihuela. Pasamos por varias calles retorcidas y estrechas y vamos a pararnos en las inmediaciones de un

edificio monumental de estilo barroco. Aunque le veo mal y hace años que no paso por Orihuela, creo que se trata de Santo Domingo, antiguo colegio dominico y universidad convertida en prisión.

Hay otros dos camiones, aparte de los que forman en la comitiva en que venimos desde Albatera, ambos a medio llenar. Los van completando con presos que salen del edificio. Aunque los veo a distancia y de refilón reconozco a algunos: Zabalza, Antona, Navarro Ballesteros. Me alegra verles porque en las últimas semanas he temido por la vida de algunos de ellos.

La parada en Orihuela se prolonga durante cerca de una hora. No hay mucha gente en las calles, acaso porque es hora de trabajo. Algunos nos contemplan de lejos y no advierto en sus gestos animadversión ninguna, pero no se atreven a acercarse. Los que caminan por la calle en que estamos apresuran el paso e incluso miran para otro lado cuando pasan delante de los camiones cargados de presos.

Son las doce de la mañana y cae el sol de pleno cuando reanudamos la marcha. La carretera está llena de baches, los camiones pegan verdaderos saltos al atravesarlos y tenemos que agarrarnos al asiento para no ser lanzados de un lado para otro. El asiento es duro, demasiado estrecho para los seis que vamos en cada uno, con la incomodidad suplementaria de las esposas en las manos y las cuerdas en los pies. Por ir en un extremo tengo la ventaja de llevar libre la mano derecha y puedo utilizarla para agarrarme a la baranda de mi lado.

Dejada atrás Orihuela, corremos atravesando las huertas de la margen izquierda del Segura. A las doce y media, luego de pasar frente a la impresionante mole de Monteagudo, entramos en Murcia. Eludiendo el centro de la población, la comitiva —integrada ahora por cuatro camiones y cinco automóviles— tuerce a la izquierda para pasar delante de la plaza de toros y descender hasta la orilla del río.

Uno de los coches, que se ha adelantado, ha elegido un sitio adecuado para detenernos: unos jardines, solitarios y mal cuidados, cerca de la margen izquierda del Segura. Lo hacemos a la sombra de los árboles en una especie de glorieta donde hay una fuente.

—¡Parada y fonda! Un alto para comer.

La comida no es muy abundante ni variada, al menos en lo que a los presos se refiere. Consiste simplemente en la tercera parte de un chusco y una lata de sardinas de 125 gramos por cabeza. Como esposados unos a otros tropezamos con grandes dificultades para desenvolvernos, los guardias civiles —que en todo momento se portan correctamente con nosotros— retiran algunas de las esposas, quedando unidos de dos en dos, con lo cual todos tenemos una mano libre para llevarse el pan y las sardinas a la boca. Incluso consienten que dos de cada camión salten a tierra y vayan hasta la fuente para llenar de agua todas las cantimploras.

Los camiones han parado muy cerca unos de otros, acaso porque así es más fácil la misión de vigilancia, que no descuidan un solo momento los veintitantos policías y los dieciséis o dieciocho guardias que nos custodian. Incluso cuando comen ellos, lo hacen en dos turnos y mientras una mitad ingiere los alimentos, la otra permanece alerta y con las armas en la mano.

—¡Atención todos! El que tenga alguna necesidad, puede evacuarla aquí y ahora. Luego tendrá que cagarse en los pantalones. ¿Está claro?

Ignoramos el tiempo que tardaremos en llegar a Madrid. Calculamos que en el mejor de los casos no necesitaremos menos de diez o doce horas. Como es natural, todos manifestamos deseos de vaciar la vejiga o el intestino. Aunque no nos apremiara la necesidad de hacerlo lo pediríamos igual porque al bajarnos de los camiones estiraremos un poco las piernas que ya sentimos entumecidas.

—Vais a ir bajando de dos en dos. Pero mucho cuidado. El que se desvíe medio metro del sitio señalado o haga un movimiento sospechoso, le huele la cabeza a pólvora.

Aunque nos meten mucha prisa tardamos cerca de una hora en evacuar nuestras necesidades junto a unos macizos en torno a los cuales guardias y policías forman un círculo para impedir cualquier tentativa de fuga. No es fácil, esposados de dos en dos como bajamos de los camiones y sin que los guardianes, con las armas dispuestas, nos pierdan de vista un solo segundo.

Los guardias nos desatan los pies por orden riguroso, bajamos y volvemos a subir después para ocupar los mismos lugares de antes y ser amarrados de nuevo en la misma forma. A mí como a todos nos sobra

tiempo y ocasión para contar los presos que integramos la expedición y aun para reconocer a cerca de la mitad.

En total somos ciento uno los presos trasladados. Como de Albatera no procedemos más que una treintena escasa, los demás han debido ir a buscarlos a Orihuela y Alicante. En Alicante estaba concretamente Amor Buitrago, al que veo bajar de uno de los camiones esposado a su propio padre. El padre, un hombre de cincuenta y tantos años con el pelo blanco, está pálido, demacrado, con huellas claras de un intenso sufrimiento, probablemente más moral que físico. Abochornado por la cobardía del hijo, desvía la mirada cuando advierte que le mira algún compañero.

Aunque desconozco a la mitad de los integrantes de la expedición y a otros varios, aun conociéndoles bien, me cuesta trabajo reconocerles —tanto han cambiado en los meses que llevo sin verles—, tengo la impresión que la selección está bien hecha desde el punto de vista de los policías. Es posible que todos hayamos sido marcados por un mismo chivato, pero seguramente la sucia tarea que Amor se ha prestado a realizar, fue ampliada y complementada con datos e informes de otras fuentes. Especialmente del comandante Velasco, ya que en los camiones viajan no pocos de los delatados por él.

Repentinamente surge en mi ánimo una sospecha, que más tarde veré confirmada, de que los trabajos de los grupos policiales madrileños en su búsqueda por la provincia de Alicante han ido orientados en dos direcciones. De un lado, a localizar a los elementos que consideran de mayor significación o actividad política, militar y sindical; de otro, a encontrar a cuantos guardaron el orden en la zona republicana, combatiendo las organizaciones de la quinta columna, el derrotismo y el espionaje. Así, junto a dirigentes políticos y sindicales, diputados, gobernadores, alcaldes y periodistas, vemos en los camiones a jueces o fiscales, abogados, policías, guerrilleros, milicianos de retaguardia y agentes del SIM.

Entre los primeros están quienes han sido los máximos representantes de la CNT y la UGT: David Antona, secretario del Comité Nacional de la Confederación el 18 de julio de 1936, y José Rodríguez Vega, secretario de la ejecutiva nacional ugetista hasta el 31 de marzo de 1939. Junto a ellos, diputados como Ricardo Zabalza, presidente de la Federación Nacional de

Trabajadores de la Tierra; gobernadores civiles como Antonio Trigo Mairal, que lo ha sido de Madrid; médicos como González Recatero, jefe de Sanidad del Ejército de Levante; numerosos comisarios políticos y jefes militares como Molina y Guerrero que mandaron sendas divisiones; periodistas como Navarro Ballesteros, director de *Mundo Obrero* o yo mismo; Manuel Amil, organizador del transporte madrileño en horas críticas; Julián Fernández, secretario de la Federación Local de Sindicatos de Madrid; Leiva, figura descollante en las Juventudes; Germán Puerta, secretario de la FAI; Melchor Baztán, Juan Ortega, Cayetano Continente, González, Villarreal, Valcárcel, José García, Antonio Paulet y medio centenar más de valiosos elementos republicanos, socialistas, libertarios y comunistas.

—¿En qué piensas? —pregunta en voz baja Antonio Molina, que advierte mi repentina abstracción.

—En cuántos de estos ciento uno llegaremos vivos a finales de año.

—Me figuro que muy pocos.

* * *

En algo más de tres horas recorremos los 143 kilómetros que separan Murcia de Albacete. Es una tarde calurosa de mediados de junio, el sol nos da de lleno y sudamos copiosamente. La carretera no está en buen estado y los camiones, que en algunos tramos van hasta a setenta kilómetros, pegan constantes bandazos y saltos. Esposados y atados los pies, muy apretados los seis que vamos en cada banquillo, el viaje constituye una pequeña tortura. Las ligaduras de los pies dificultan la circulación de la sangre y tenemos totalmente entumecidos los miembros inferiores. Apenas hablamos; no tanto por la prohibición de hacerlo, como por falta de ganas, concentrados todos en pensamientos que nada tienen de agradables.

Si en Orihuela y Murcia hemos estado largo rato detenidos, los conductores parecen empeñados ahora en recuperar el tiempo perdido. No hacemos alto en ninguna parte. Los camiones van en fila india, separados unos de otros treinta o cuarenta metros. Los coches ocupados por los policías se adelantan a veces y nos esperan luego a la entrada de cualquier pueblo. No hay que ser muy linces para comprender que sus ocupantes han

procurado refrescarse un poco en los bares pueblerinos. A nosotros, como la sed aprieta, el agua de las cantimploras se ha agotado al llegar a Cieza. Luego pasamos sed, pero hemos de aguantarla porque nadie nos da nada para mitigarla.

Hasta Cieza marchamos por la orilla izquierda del Segura, cruzando la extensa huerta donde la lujuriante vegetación parece disputarse ferozmente cada milímetro del terreno. Luego, nos apartamos del río para ascender hacia Hellín. Más tarde, ya en tierras de meseta, corremos hacia Albacete por Tobarra y Pozo Cañada. A nuestra derecha, ligeramente difuminada en la lejanía, oscilando en la calina vespertina, la mole donde se asienta Chinchilla.

Aminoramos la marcha en las calles de Albacete, pero no nos detenemos como algunos habíamos esperado. Lo mismo hemos hecho en los pueblos del trayecto. En todas partes, la gente se asoma a puertas y ventanas para ver pasar la comitiva. Nadie puede dudar acerca de quiénes somos los que vamos en los camiones, vigilados por la guardia civil y amarrados de pies y manos. Quienes nos ven pasar no dicen nada generalmente; ni siquiera hacen un gesto. No obstante hay brillo de lágrimas en muchos ojos, que algunas mujeres se limpian con disimulo.

Pasado Albacete, ya declinando la tarde, pero todavía dándonos en la cara el sol poniente, proseguimos a través de la Mancha. Cruzamos La Gineta y tres cuartos de hora después de salir de la capital de la provincia llegamos a La Roda. Creemos que lo pasaremos de largo, pero nos equivocamos. Los camiones aminoran la marcha y van a detenerse en una plaza del pueblo; el nuestro, que cierra la comitiva, queda muy cerca de la entrada de un café-bar, muy concurrido en este momento.

La Roda es un pueblo grande. Son cerca de las siete de la tarde de un día caluroso y todo el mundo parece haberse lanzado a la calle. Entre las gentes pueblerinas que pasean por la plaza, abundan los uniformes. Al parecer hace cosa de dos meses que hay un batallón en el lugar y se ven soldados libres de servicio por todas partes. Muchas mujeres y hombres nos miran de lejos, pero no se atreven a acercarse. Algunos de los policías han ido en busca de algunos amigos personales suyos, y nosotros aguardamos dentro de los camiones sin que nos desaten ni los pies ni las manos.

De pronto en la puerta del café aparece un tipo de mediana edad, bajo, gordo, coloradote. Se nos queda mirando con aire complacido. Luego, volviéndose hacia el interior del café, grita jubiloso llamando a sus amigos:

—¡Salid todos deprisa! ¡Mirad lo que tenemos aquí…!

Cinco o seis individuos asoman precipitadamente a la puerta. El individuo gordo, señalándonos con el brazo extendido, explica con una ruidosa carcajada:

—¡Más carne para el matadero…!

Sus amigos le ríen la gracia. Luego, acercándose unos pasos al camión, le secundan con escogidas demostraciones de ingenio:

—¡RIP rojillos…!

—¿Cuándo la *espicháis*, cabrones?

—¿A cuántos habéis asesinado, hijos de puta?

No contestamos porque no podemos contestarles. Nos limitamos a mirarles con una clara expresión de desprecio. Nuestra actitud les enfurece. En dos minutos su número aumenta considerablemente con nuevos individuos que salen del café y otros de la plaza que se acercan al oír sus voces.

—¡Y todavía parece que nos perdonan la vida estos bandidos…!

—¡Debíamos terminar aquí mismo con ellos…!

—¡Matadlos…! ¡Matadlos…!

Algunos enarbolan los bastones mientras gritan y parecen dispuestos a descargarlos sobre nosotros, que seguimos atados, esposados y sin pronunciar una sola palabra. Basta, sin embargo, que dos de los guardias civiles se acerquen al grupo para que éste retroceda hasta la puerta del café. De lejos, siguen mascullando insultos, pero ya sin voces ni amenazas.

Diez minutos después vuelven los policías que fueron en busca de amigos y conocidos. Vienen charlando y riendo con ellos, probablemente autoridades en el pueblo. La mayoría viste de paisano, aunque no falten los que lleven camisa azul y gorra colorada, generalmente en la mano. Uno de los policías —un hombre corpulento, cuarentón, de cara redonda y abundante papada— les lleva de camión en camión para que vean de cerca a los presos. Con aires de satisfacción explica:

—¡Aquí llevamos a los mayores criminales rojos!

—¿Qué vais a hacer con ellos?

—Ya te lo puedes figurar. Regalarles unos bombones…

De pronto, asaltado por una idea, se acerca al camión que precede al nuestro y exige a voces que Ricardo Zabalza se ponga de pie. Cuando el diputado socialista lo hace, el policía se lo muestra a sus acompañantes.

—Es el jefe de los campesinos socialistas que predicaba el reparto de bienes.

—¿El ladrón que quería robarnos las tierras?

—¿El que deseaba el reparto de mujeres para implantar el amor libre?

—¡El mismo!

Llueven los insultos sobre Zabalza que los soporta de pie con los brazos caídos porque está esposado por las muñecas a los dos que se sientan a su lado.

Reanudamos la marcha cerca de las ocho de la tarde, cuando las primeras sombras de la noche se extienden sobre los campos de la Mancha. Cruzamos sin detenernos por Minaya y hacemos un breve alto en El Provencio. Un grupo de gente nos espera en la carretera, en las proximidades del pueblo, supongo que avisada por teléfono por alguno de los policías. Pronto conocemos el motivo de la parada. Hay quien tiene interés en ver a David Antona y apenas se detiene la caravana, ya le están ordenando a gritos que se ponga de pie. Uno de los policías explica, como podría hacerlo un domador en el circo ante la jaula de una fiera.

—Era el mandamás de la CNT y hasta finales de marzo pasaba por gobernador civil de Ciudad Real.

Sobre Antona, igual que sucede en La Roda con Zabalza, cae una lluvia de insultos y burlas, que el interesado aguanta estoicamente en pie. Cuando se cansan de llamarle cosas, algunos quieren seguir divirtiéndose con otros y oigo vocear los nombres de Rodríguez Vega, de Amil e incluso el mío. Pero el jefe de la expedición ha dado ya orden de reanudar la marcha y los camiones empiezan a rodar, dejando defraudados a quienes esperaban que continuasen las exhibiciones de presos.

Con ligeras variantes la escena se repite una hora más tarde, a cuarenta kilómetros, en Mota del Cuervo. La principal variante, en lo que a mí respecta, es que sea yo uno de los exhibidos. Parece que aquí hay algunas

personas que leían *Castilla Libre* durante la guerra y que tienen cierto interés en ver a su director derrotado, preso y atado de pies y manos. Por suerte, la parada es corta y encajo con serenidad la correspondiente ración de burlas y denuestos.

Son las diez de la noche cuando hacemos nuestra entrada en Quintanar de la Orden y vamos a detenernos en la plaza del pueblo. Aquí la parada es mucho más prolongada. Han pasado más de ocho horas desde que comimos en Murcia y tenemos hambre, aparte de estar molidos por la paliza del viaje. Quizá se agudiza nuestra hambre cuando oímos que los policías van a cenar en dos turnos —para que siempre haya unos cuantos vigilando los camiones — en compañía de algunos amigos que viven en Quintanar. Los presos tenemos que aguantarnos el hambre porque no recibimos alimento de ninguna clase. Puede ser que no lo tengan previsto —como suponen los guardias civiles— por esperar que a estas horas estaríamos ya en Madrid o porque nos sepan acostumbrados al hambre de Albatera y no quieran quebrantar nuestro dilatado ayuno.

—Lo sentimos —dicen los civiles que nos custodian, con sinceridad— pero nada podemos hacer para que cenen.

Les agradecemos con igual sinceridad su buena intención y más aún que se tomen la molestia de llamar al camarero de un bar cercano para que llene de agua algunas cantimploras y podamos saciar la sed. Sin embargo, para dejarnos apear de los camiones a fin de evacuar alguna necesidad urgente necesitarían una autorización que no reciben y permanecemos durante una hora sentados en los banquillos, sin hablar y casi totalmente inmovilizados por esposas y ligaduras.

Pasadas las once de la noche vuelve una parte de los policías que se han ido a cenar. Parecen haberlo hecho bien y vuelven alegres, eufóricos, con un puro encendido y con una risa fácil y pronta en los labios. Les rodea y sigue un nutrido grupo de amigos, cuyo número no bajará de veinte, al que no tardan en unirse otras veinte o treinta personas, igualmente divertidas y satisfechas. Todos hablan a voces, gastándose chanzas y bromas entre constantes risotadas. Por lo que oímos parece que algunos de los policías han residido en el pueblo durante la guerra; también que algunos de los

vecinos de Quintanar vivieron en Madrid algún tiempo y que dos o tres de ellos estuvieron asilados en una embajada, lo mismo que dos de los agentes.

—Bueno —dice el cabo a uno de los agentes—. Vamos a enseñaros algunos de los ejemplares que traemos. Empezaremos por Guzmán, del que hablábamos antes. ¡Ponte en pie, Guzmán!

Tengo que obedecer. Al incorporarme con dificultad, porque se me han clavado las cuerdas de los pies y tengo totalmente entumecidas las piernas, escucho risas y burlas, entremezcladas con insultos. Haciendo ademán para que se callen todos, el policía que me ha hecho levantar habla de *Castilla Libre*, de los artículos que publicaba y de mí. En tono sarcástico termina:

—¡Buena carrera llevaba este cabroncete! A su edad, más de dos años ya dirigiendo un periódico. Si le damos tiempo…

—¿Es que vais a dárselo? —le interrumpe en el mismo tono uno de sus oyentes.

—¡Claro! ¿O crees que somos tan malvados como ellos y no vamos a darle tiempo para confesar y librarse del fuego del Averno?

Varios celebran la frase con grandes risotadas. Algunos, en cambio, preferirían mandarme de cabeza al infierno inmediatamente. Uno incluso me acusa:

—¡Este bandido es el autor de la consigna «resistir es vencer»!

—¡Pues vamos a ver lo que es capaz de resistir ahora!

Durante unos minutos más he de continuar en pie escuchando denuestos, burlas y frases en que policías y acompañantes lucen su ingenio a mi costa. Al fin, me dejan tranquilo para divertirse con otro.

Este otro es Ricardo Zabalza. Le siguen David Antona y Navarro Ballesteros. Si a ninguno le tratan muy bien, quizá sea este último el peor librado verbalmente, que siempre son los periodistas quienes mayores iras suscitan en contra suya. Cuando los policías creen que ya se han divertido bastante, presentan un número fuera de serie: Felipe Sandoval.

—Es el tristemente famoso Doctor Muñiz, el más peligroso atracador y pistolero, un auténtico «gangster», peor que el mismísimo Al Capone.

—¿Cómo está vivo todavía?

—Lo estará por poco tiempo, descuida. ¡Ah, y no creáis que los otros, aun siendo distintos, vivirán mucho más…!

* * *

Partimos cerca de las doce de Quintanar de la Orden, dan las tres de la madrugada cuando llegamos a la Puerta de Atocha madrileña. De no hacer tantos altos en el camino hubiéramos podido estar en Madrid a las nueve o las diez de la noche. Creo que no fue simple casualidad que llegásemos a horas tan desusadas, sino finalidad buscada de propósito. Era preferible que la gente no presenciara el paso por las calles céntricas de varios camiones llenos de presos en el estado en que veníamos nosotros. El espectáculo desagradable podía alterar la digestión de unos o inquietar la conciencia de otros.

En cualquier caso, son las tres cuando bajando por el Pacífico arribamos a la glorieta de Atocha. Las calles, totalmente desiertas como es lógico a estas horas, me producen un pequeño deslumbramiento. Durante veintiocho largos meses, la ciudad asediada vivió entre las sombras. La amenaza de los bombardeos, el cañoneo intermitente desde las baterías emplazadas en la Casa del Campo, Carabanchel y Usera convertía en suicida la iluminación de una calle. Desde noviembre del 36 a marzo del 39 las farolas, los focos, los anuncios luminosos permanecieron apagados y muchos desaparecieron. Ahora están todos encendidos. La ciudad parece otra y en cierto modo lo es porque la guerra ha quedado atrás.

No así, desgraciadamente, las consecuencias. Nosotros, nuestra situación, nuestros sufrimientos, nuestra muerte posible, son consecuencias de la guerra. Peor aún, pienso que para nosotros la guerra no ha terminado. Ni terminará mientras la sigamos sufriendo en nuestra propia carne. Mentalmente me repito el verso clásico: «mientras vive el vencido, venciendo está el vencedor». ¿Seguirá venciendo durante mucho tiempo o terminará todo dentro de una semana o unos meses porque los vencidos hayamos desaparecido por completo?

No sabemos dónde nos llevan, aunque supongo que sea al edificio de Gobernación en la Puerta del Sol, donde nos han dicho que han instalado o piensan instalar la Dirección de Seguridad. Lo sigo pensando aun cuando en lugar de subir por la calle de Atocha, torcemos por el paseo del Prado; es posible que al llegar al Palace sigamos por la carrera de San Jerónimo.

Cambio de parecer cuando seguimos hasta Cibeles. El Prado está bien iluminado como lo están la Carrera y Alcalá; las grandes fuentes del siglo XVIII —Neptuno, Apolo y la Cibeles—, ocultas durante años por un caparazón de cemento para protegerles de los bombardeos, han sido destapadas ya.

Pasada la Cibeles continuamos por Recoletos. ¿Dónde vamos? ¿Directamente a las Salesas o tal vez a los nuevos ministerios convertidos en prisión? Parece que a ninguno de los dos sitios. En Colón giramos hacia la izquierda para subir por Génova; luego, en Alonso Martínez, a la derecha, para meternos en la calle de Almagro. Aquí, en un edificio de la acera de los pares, pasada la calle de Zurbarán, está nuestro punto de destino, al menos momentáneamente.

Dos de los camiones, que se nos han adelantado en los últimos kilómetros, han descargado ya y se han ido. Del tercero están bajando los presos a medida que les sueltan los pies. Cuando se apean los meten en el portal, abierto de par en par, y les quitan las esposas. Para evitar cualquier intento de fuga los camiones están rodeados por vigilantes armados. También los hay en la acera formando dos filas por entre las cuales pasan los presos para entrar en el portal.

Tenemos que esperar un rato mientras vacían el camión anterior para empezar a descender nosotros. Observo entonces que los hombres que nos rodean armados con fusiles llevan camisas azules; supongo que deben ser milicianos o soldados de alguna bandera de Falange. Terminan de bajar los detenidos que van en el tercer camión y éste se marcha, mientras el nuestro avanza unos metros hasta quedar su parte trasera frente a la puerta abierta del edificio.

—Venga. Ya podéis ir bajando.

No es tan rápido, sin embargo, porque antes de bajar los guardias tienen que desatarnos los pies y soltar dos de las esposas, de modo que podamos saltar a tierra de dos en dos. Varios policías esperan en la acera, para ir metiéndonos a empujones en el portal. Allí, luego de un nuevo y riguroso cacheo nos ordenan recoger nuestras cosas, que la mayoría ha dejado en el suelo; abren las esposas que todavía nos tienen emparejados y nos mandan subir al segundo piso.

El portal es amplio, lujoso, con suelo de mármol; la escalera es también de mármol y bastante ancha. Aunque a diferencia de los otros no llevo ninguna carga —mi maleta se quedó en Albatera— me cuesta trabajo subir los escalones porque tengo las piernas entumecidas por la falta de circulación sanguínea. Un policía que asciende detrás me empuja irritado.

—¡Menos cuento y más rapidez!

En el rellano del primer piso tenemos que pegarnos a la pared y esperar unos segundos para que bajen ocho o diez presos de los que vinieron en el primer camión. Todos van pálidos y desencajados. Uno trata con un pañuelo de contener la sangre que le mana de boca y narices; otro tiene un ojo cerrado y una brecha en el pómulo; un tercero camina con dificultad, un poco doblado hacia adelante, con las dos manos sobre el vientre.

—¿Qué hacéis ahí pasmados? ¡Arriba de una vez!

El amplio vestíbulo del segundo piso está casi a oscuras. En cambio, está bien iluminada una habitación al fondo y unos pasillos. En el vestíbulo hay seis o siete policías de los que vinieron con nosotros, que van separándonos en diferentes grupos. A unos los mandan en una dirección; a otros en la contraria. A Molina y a mí nos dicen que aguardemos junto a una puerta, pero que no entremos hasta que nos lo indiquen. Esperamos allí en uno de los lados del vestíbulo, ocho o diez minutos. Poco a poco otros diez o doce vienen a unírsenos. Al volverme, y pese a la escasa luz, reconozco entre ellos a Germán Puerta, Rodríguez Vega y Navarro Ballesteros. Esperamos todos con los nervios en tensión. Hay centinelas por todas partes y policías en mangas de camisa van y vienen de un lado para otro, entrando y saliendo en distintas habitaciones. A nuestros oídos llegan gritos, portazos, golpes y lamentos.

Al cabo de un rato, se abre la puerta junto a la que estamos y sale un grupo de presos que se dirige hacia la escalera rodeados de guardias y policías. Uno de los policías que nos han traído desde Levante nos dice a voces que pasemos de una vez. Es un cuarto grande, casi vacío de muebles. A la izquierda una mesa a la que están sentados, rellenando unas fichas, tres agentes. Otros cuatro andan por la estancia. Al entrar nos ordenan:

—Formad en doble fila allí, junto a la pared. Luego, os acercáis de uno en uno.

Se trata de ficharnos a todos, aunque quizá por las prisas del momento sin fotografías ni huellas dactilares. Uno tiene que adelantarse y junto a la mesa responder a sus preguntas. Nombre, edad, naturaleza, domicilio, familia, profesión y servicios prestados o cargos desempeñados durante la guerra. Por regla general, la contestación a esta última pregunta hace estallar el mal humor de los interrogadores. A Germán Puerta la mención de la FAI le vale un chaparrón de palabras gruesas. A Paulet, que reconoce que ha sido agente de policía, una serie de puñetazos y patadas que le tiran medio inconsciente contra la pared del fondo. Cuando Navarro primero y yo después declaramos que hemos dirigido respectivamente *Mundo Obrero* y *Castilla Libre* los denuestos entremezclados con algunos puñetazos nos hacen volver doloridos a los puestos que ocupábamos en las filas junto a la pared.

Sólo hay una excepción sorprendente y curiosa: la de José Rodríguez Vega. Cuando le pregunta qué ha sido durante la guerra, contesta con ademán resuelto y voz firme que secretario de la ejecutiva nacional de la Unión General de Trabajadores.

—¡Ah, bueno! —replica encogiéndose de hombros el individuo que le toma la filiación, mientras otro de los policías le indica que vuelva a su sitio.

—¡Esos imbéciles han debido creerse que soy el secretario de la UGT de alguna aldea! —masculla irritado dirigiéndose a Navarro y a mí cuando regresa a nuestro lado.

Terminada nuestra filiación ordenan a unos guardias que nos lleven con los demás presos. Cruzamos el vestíbulo para salir a la escalera. A unos pasos de ésta hay un individuo alto y corpulento caído en el suelo que con ambas manos trata de librar su cara de las patadas que sin compasión alguna le propinan tres individuos. No le veo el rostro ni sé quién es, pero por su corpulencia me imagino que se trata de Manuel Amil, y aflojo el paso al llegar a su altura. Uno de los que le están pegando lo advierte y me grita colérico:

—¡Fuera de aquí, idiota, o sales por el hueco de la escalera!

Uno de los guardias me coge del brazo y me empuja hacia la salida. Vigilados por ellos bajamos a la planta baja. Entonces, con cierto asombro

nuestro, nos hacen salir a la calle.

—¿Dónde nos llevan?

—Muy cerca como verás.

Vamos muy cerca, en efecto. Tras cruzar la calle avanzamos cuarenta o cincuenta metros en dirección a Alonso Martínez por la acera opuesta. Hay un gran chalet que ocupa por entero el triángulo de la intercesión de las calles Almagro, Zurbano y Zurbarán. Es un edificio de dos plantas, en medio de un pequeño jardín rodeado por una verja de hierro. La verja, donde hay un centinela, está abierta de par en par. También la entrada del hotelito donde varios hombres montan la guardia. Penetramos por la puerta de servicio, donde una escalera de cemento de quince o veinte escalones conduce a los sótanos. Bajamos. Al pie de la escalera un pequeño vestíbulo, donde también han puesto centinelas, del que parten dos pasillos y en él se abre una puerta a la izquierda que da a una habitación grande y destartalada. Es aquí donde nos meten.

No sé para qué utilizarían este sótano. Tal vez para dormitorio de los criados, bodega o almacén de trastos viejos. Ahora está vacío de muebles, aunque no de gente. Tumbados en el suelo, sentados encima de las maletas o las mochilas, recostados contra la pared o apurando algún cigarrillo con el que pretenden aplacar sus nervios, se hallan aquí casi todos los integrantes de nuestra expedición. Es probable que falten algunos, pero a la primera ojeada calculo que no bajarán de ochenta o noventa los que se encuentran presentes. Me alegra que uno de los primeros que veo sea Manuel Amil, al que supuse destrozado a patadas en el vestíbulo de entrada del piso segundo.

Pero si Amil no parece haber sufrido el menor daño, son muchos los que no pueden decir otro tanto. Hay algunos con señales de golpes recientes en la cara o que tendidos en el suelo se quejan de ellos. Aunque ya son más de las cuatro de la madrugada y en la calle empieza a clarear, en el sótano están encendidas todas las luces y nos vemos bien las caras, lo que no contribuye precisamente a mejorar el estado de ánimo general. No hay muchas ganas de hablar, si bien algunos cambian impresiones en voz baja. No creo que nada de lo que ahora podamos decirnos unos a otros pueda servir para animar a nadie.

Me siento en el suelo, recostado contra una de las paredes. Estoy cansado del viaje interminable, me duelen todas las articulaciones, tengo hambre y sed y ni siquiera dispongo de un pitillo para distraerme con el humo. Cierro los ojos, pero es peor y vuelvo a abrirlos. Con los ojos cerrados veo de nuevo las desagradables escenas que acompañaron nuestra llegada; peor aún porque incluso recreo imaginativamente lo que no llegué a ver, pero cuya realidad me consta por los gritos, golpes y lamentos escuchados; que se evidencia y confirma, si precisara confirmación de ninguna clase, con sólo mirar a mi alrededor. En todos, las escenas presenciadas han producido un terrible efecto.

El clima del sótano se enrarece más a medida que pasan los minutos. Porque sucesivamente van llegando —acaso sería mejor decir trayendo— a los siete u ocho que faltan de la expedición. Todos llegan en condiciones lamentables. Pero acaso peor que ninguno, el individuo a quien vi patear arriba. Le reconozco en el sótano por su corpulencia aunque antes no llegué a verle la cara. Ahora muestra el rostro tumefacto, la nariz rota, la boca sin dientes, muy hinchados los pómulos y una ceja partida. En cualquier caso resulta para mí totalmente desconocido.

¿Quién es este hombre, destrozado a palos, que se queja débilmente tirado en un rincón? Pregunto a varios de los que me rodean, que se encogen de hombros indiferentes por toda contestación. Al final, Fidel Losa, que ha sido policía durante muchos años y que en guerra se convirtió en eficaz auxiliar de Mancebo, me lo explica en pocas palabras.

—Es un viejo comisario de policía llamado Lebrero. Pertenecía a la plantilla de Madrid y hasta hace cinco días fue jefe de policía en Alicante.

—¿Con los nacionales? —inquiero sorprendido.

Losa inclina la cabeza en gesto afirmativo. Condenado por los tribunales populares se encontraba cumpliendo condena en el Reformatorio de Adultos de la población levantina. Al recobrar la libertad el 29 o 30 de marzo le nombraron jefe de policía. Lo ha sido durante setenta días.

—Se ha ensañado brutalmente con los detenidos antifascistas que cayeron en sus manos durante este tiempo.

¿Por qué le tratan así luego de traerle a Madrid? Losa no lo sabe de una manera concreta. Dice que Lebrero continuó actuando a las órdenes de las

autoridades republicanas hasta mediados de 1938. Entonces, cuando la guerra estaba decidida, empezó a colaborar con la quinta columna y fue descubierto y encarcelado.

—Es posible que en el tiempo que estuvo con nosotros interviniese en la detención de algún compañero y que éste, sus amigos o familiares quieran vengarse ahora.

Aun siendo verdad esta suposición, ¿puede justificar que le destrocen materialmente a patadas? Pero ¿acaso puede justificarse en ningún caso la tortura de un hombre por otro, o este último, el torturador, cree precisar justificación alguna? Entiendo que un no rotundo es la respuesta adecuada a las dos partes de la pregunta. En el fondo el hombre sigue siendo lobo para el hombre, aunque en circunstancias normales lo disimule bajo una leve capa de respeto mutuo, de urbanidad, de presunto humanitarismo. Basta una conmoción violenta —guerras, revoluciones, catástrofes colectivas— para que se rompa fácilmente esa capa y afloren los instintos crueles, predatorios, sanguinarios de la bestia que llevamos dentro. Quizá seamos entonces peores que las fieras porque son pocas las especies animales que se devoran entre sí y menos aún las que torturan a sus víctimas gratuitamente, sin otra finalidad ni objetivo que disfrutar con el espectáculo de los sufrimientos ajenos. Sólo el hombre, además, llega en su sádico refinamiento a añadir a los tormentos físicos los morales; a pegar, herir y matar a su víctima y, paralelamente, reírse de ella sometiéndola a las mayores humillaciones, degradándola, convirtiéndola en objeto de burla, desprecio y sarcasmo.

En estas horas de la madrugada del 16 de junio, recluido en un sótano de la calle de Almagro, viendo rostros heridos, oyendo quejas y con la perspectiva de un futuro inmediato todavía peor, me siento deprimido y pesimista. Hace muy poco tiempo aún pude soñar despierto con un mañana mejor en que los hombres, superadas sus diferencias, transformados sus instintos primarios, iniciaran una nueva etapa de convivencia y solidaridad mutua, sin violencias, coerciones ni injusticias. Incluso llegué a creer que estábamos próximos a alcanzar la meta ambicionada. Ahora veo que hemos retrocedido muchos milenios o que habíamos avanzado mucho menos de lo

que suponíamos y no hay grandes diferencias entre nosotros y la barbarie salvaje del cuaternario.

—¡Antonio Trigo Mairal…! ¡Que salga inmediatamente!

La voz de acento imperioso me saca de mis reflexiones. La puerta del sótano se ha abierto y dos individuos llaman a gritos a uno de los detenidos. Trigo Mairal es hombre fornido, de alrededor de la cuarentena, que ha sido gobernador civil de Madrid y no ha suscitado contra sí rencores ni odios. Se pone en pie con aire tranquilo y avanza sonriente hacia la puerta. Algunos le ven salir con envidia. Tanto por su carácter como por su actuación, Mairal se ha granjeado grandes amistades no sólo en el partido socialista a que pertenece, sino en los demás sectores antifascistas e incluso entre sus enemigos. Algunos optimistas llegan a pensar que la llamada tenga como objetivo ponerle en libertad.

Tarda en volver. Mientras, la puerta se abre en tres ocasiones distintas para llamar a otros tantos detenidos que tampoco vuelven. Va avanzando lentamente la mañana y ya es día claro como comprobamos por la luz que penetra por una ventanilla enrejada abierta en uno de los muros cerca del techo. Recostado contra la pared, cansado por todos los incidentes de la azarosa jornada, quedo traspuesto un momento.

Me despierta el regreso de Trigo Mairal. Viene infinitamente peor de lo que nadie pudo imaginarse. En realidad, no viene, sino que le traen. La puerta se abre de golpe, con estrépito y penetran cuatro hombres en mangas de camisa con la pistola al cinto, que arrastran materialmente el cuerpo del exgobernador civil de Madrid. De un violento empellón le arrojan a tres o cuatro pasos de distancia y cierran la puerta mientras uno exclama, coreado por las risas de sus acompañantes:

—¡Ahí queda eso…!

Impresiona el aspecto de Trigo. Con la ropa manchada y en jirones, el rostro parece una masa informe y sanguinolenta. Está medio inconsciente y se queja sordamente, revolcándose en el suelo, mientras vomita sobre sí mismo agitado por unas terribles bascas. Varios acuden a socorrerle, incorporándole un poco y tratando de limpiarle la sangre de la cara. Lo consiguen a medias, mientras el hombre respira con dificultad, entre estertores y quejas. Ahora vemos que tiene varias descalabraduras, los ojos

hinchados y cerrados y tres o cuatro heridas en la cara. Poco a poco va recobrando por completo el conocimiento. Entre jadeos se lleva las manos a la parte baja del vientre, al hígado y a los riñones donde debe sufrir dolores insoportables. Transcurren quince o veinte minutos antes de que pueda hablar. Cuando lo hace, sentado en el suelo, sangrante todavía, su voz tiene un acento desesperado y desgarrador.

—¡Mataros si os llaman! —grita entre convulsiones—. ¡Mataros antes de subir…! ¡Todo, todo, es preferible a que caigáis en manos de esos miserables…!

Le interrumpe un golpe de tos, seguido de una bocanada de sangre. Da la impresión de estar destrozado por dentro. Se limpia los labios con el dorso de la mano derecha y continúa a gritos:

—¡Me han hecho lo que no podéis imaginaros…! ¡Me pegaron diez o doce a un tiempo, puñetazos, patadas y vergajazos…! ¡Me metieron a la fuerza en la boca un retrato de Pablo Iglesias y me hicieron tragarlo…! Cuando perdía el conocimiento, me introducían la cabeza en un váter y tiraban de la cadena… Cuando abría de nuevo los ojos, se reían y continuaban pegándome… ¡Estoy destrozado, muerto…! ¡No subáis ninguno, ninguno…! ¡Mataros, mataros si os llaman…!

Los gritos, lamentos y sollozos de Trigo Mairal producen un profundo efecto. Callamos todos y en el impresionante silencio resuenan con mayor fuerza sus palabras, que repiten con ritmo obsesionante una trágica invitación:

—¡Mataros…! ¡Mataros antes de subir…!

De repente vuelve a abrirse con estrépito la puerta del sótano. Todos volvemos instintivamente la cabeza hacia allí. En el dintel se recortan las figuras de cuatro individuos. Pantalones oscuros, un fusil en las manos y un nuevo llamamiento:

—¡El director de *Castilla Libre* y el de *Mundo Obrero*…!

Vacilo un momento. Me estremezco mientras la mirada va de la puerta a la figura destrozada de Trigo Mairal, para dirigirla por último a la entrada del sótano. Los hombres con fusiles tornan a gritar impacientes:

—¡El director de *Castilla* y el de *Mundo Obrero*, que salgan rápidos…!

Me incorporo lentamente. A quince pasos de mí, Navarro Ballesteros se incorpora también. Oímos nuevos gritos:

—¡Salís de una vez u os sacamos a tiros…!

Maquinalmente avanzo con lentitud hacia la puerta. Navarro se me adelanta dos pasos. Salimos y la puerta se cierra a nuestra espalda. Estamos ya en el arranque de la escalera de cemento, rodeados por cuatro individuos cejijuntos, malhumorados, amenazantes.

—¿Quién es el comunista? —pregunta uno en tono destemplado.

Navarro se vuelve hacia él y mirándole serenamente a la cara responde una sola palabra:

—Yo.

—¡Toma, cabrón, para que aprendas…!

El puño cerrado del individuo se estrella contra la cara de Navarro que, bajo el impulso del golpe, da un paso atrás. Yo contemplo impotente y silencioso la escena. De repente siento un dolor agudo en los riñones mientras otro de los sujetos me grita:

—¡Y tú, para que no te rías…!

Anticipando la acción a las palabras, acaba de asestarme un violento culatazo en la espalda. Salgo proyectado contra la escalera y me golpeo la cara contra los escalones de cemento. Quedo un segundo conmocionado.

—¡Venga ya! —se impacienta el mismo que me ha pegado—. Menos comedias y en pie.

Me incorporo con dificultad llevándome las manos a los riñones. Los cuatro individuos estallan a un tiempo en una carcajada. Les divierten mucho los gestos de Navarro, que se limpia la cara con un pañuelo, y los míos, doblado aún, sin acabar de reponerme del culatazo.

—Es sólo un aperitivo —advierte uno sin dejar de reírse—. ¡Ya veréis lo que os preparan arriba…!

—¿Los traéis ya, o qué? —les apremia un quinto sujeto desde lo alto de la escalera, en la puerta que da al pequeño jardín.

—¡Andando! ¡Vosotros delante…!

Subimos los quince escalones para ganar la planta baja. Tras de nosotros suben riendo, entreteniéndose en aguijonearnos pegándonos en la espalda con el cañón de sus fusiles, los dos que han venido a buscarnos.

—¿Son estos los periodistas?

—Sí.

—Vamos.

Echa a andar para cruzar el minúsculo jardín. Vamos tras de él y los otros nos siguen, clavando en nuestros riñones los cañones de sus armas. Al atravesar la verja para salir a la calle, el que marcha delante advierte:

—Atención, muchachos, por si quieren largarse estos pajarracos.

—¡Ojalá! —contesta uno de los que marchan tras nosotros—. ¡Pues apenas si tengo ganas de darle gusto al dedo…!

Estamos en la calle de Almagro. Cruzamos la calzada para seguir por la acera de los pares. Deben ser las seis y media de la mañana y no se ve a nadie. Es una mañana espléndida de finales de primavera. En un cielo sin nubes, intensamente azul, un sol brillante empieza su caminar del día. Sopla una brisa tibia, impregnada de olores. Los árboles de la calle, de los hotelitos próximos, estallan de savia y pujanza. La Naturaleza entera parece entonar un himno a la vida.

Al llegar al portal de antes dirijo una rápida mirada en torno mío. Mentalmente me despido de los árboles, del sol, de la luz, de la vida. El cañón de un fusil en la espalda me empuja hacia adelante, mientras una voz ordena tajante:

—¡Entra…!

Obedezco. Penetro en el portalón y me envuelven las sombras. Ante mí se abren una serie de dramáticos interrogantes, mientras simultáneamente se apaga la luz de cualquier esperanza.

Document Outline